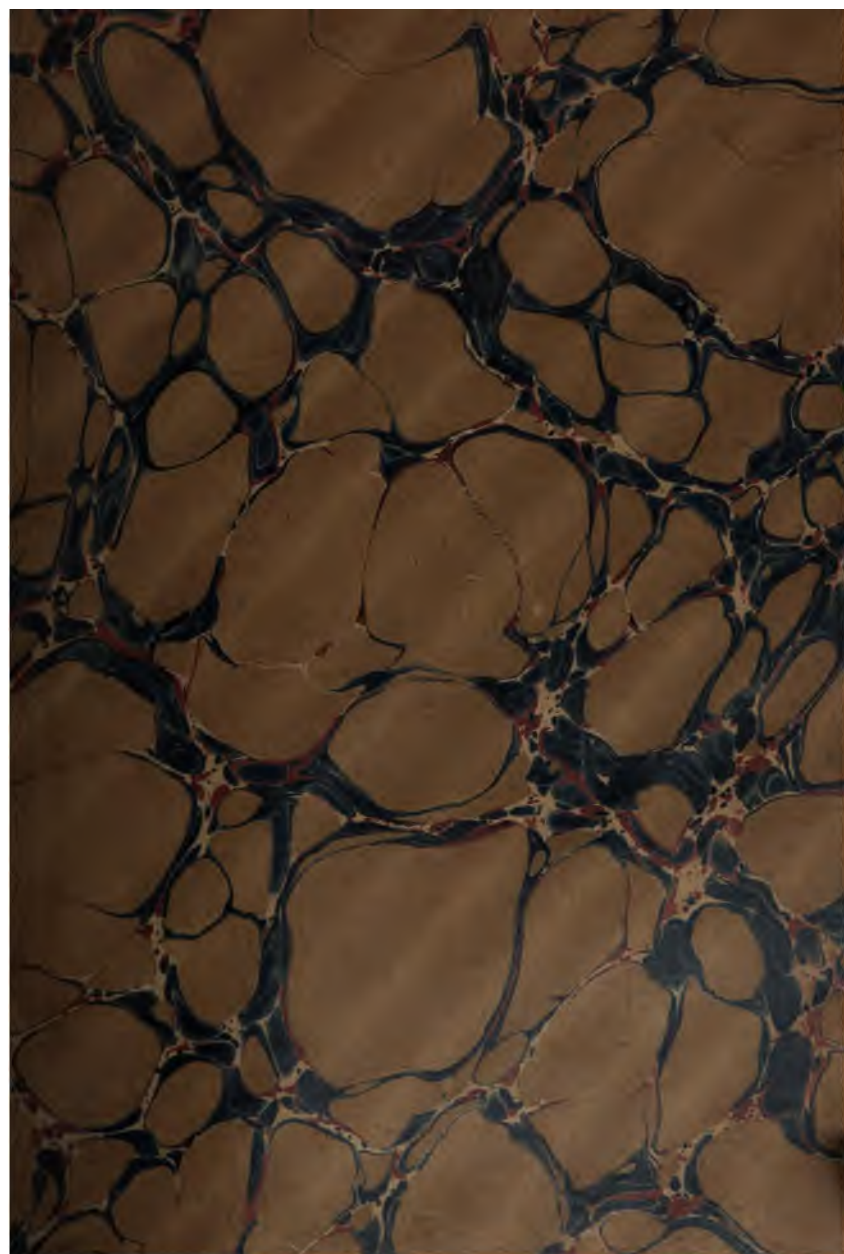



ich will
Staudt



LA REVOLUCIÓN

(SU CRONICA DETALLADA)

ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

POR

JOSÉ M. MENDIA

(Jackal)

Tomo II

BUENOS AIRES

Imprenta de Mendia y Martinez, 25 de Mayo 583

1890

Entrevista con el General Campos
DESPUES DEL DESARME

Por qué no se llevó el ataque

De la exposición de hechos que hemos venido haciendo hasta aquí resulta, á más de una desorganización sin ejemplo, un cargo grave en el sentir de todos, en la opinión general, contra el General en Jefe de las fuerzas revolucionarias, y éste es el no haber llevado un ataque decisivo á las fuerzas del Gobierno en las primeras horas del sábado, facilitando por el contrario la concentración de sus elementos. A nadie han satisfecho las razones apuntadas en su parte oficial á la Junta Revolucionaria, y creyendo que el General Campos tendría otras y de otro órden que no quería hacer constar en un documento como ese, pedímosle una entrevista para conocer las verdaderas causas á que respondiera su actitud.

El resultado de esa entrevista fué el siguiente:

—General: al serle comunicada en el cuartel del 10, donde estaba usted preso, la noticia de que en la madrugada del día siguiente estallaría la revolución, ¿se le manifestó si se habían ó no introducido modificaciones en el plan acordado?

—Absolutamente nada se me dijo. A las 10 1[2 próximamente de la noche del 25, el Teniente Missaglia, del mismo cuerpo en cuyo cuartel me encontraba preso, me dijo, llamándome aparte con cautela para que no se apercibiese el Mayor Toscano que se encontraba en mi alojamiento, textualmente—«General, á las cuatro de la mañana *Patria ó muerte*.

Está bien,—contesté; y el Teniente Missaglia se retiró. Este oficial y el teniente Bussetti han sido los mas activos colaboradores que he tenido para el movimiento del cuerpo.

A las 3 y 25 de la madrugada del 26, cuando pude comunicarme con mis hermanos, ellos me dijeron que debia ponerme inmediatamente al frente del 10 para incorporarme con él á las fuerzas que debían reunirse en Palermo, esto es, el 9 de Infantería, Regimiento 1° de Artillería y cadetes del Colegio Militar.

—Con entera exactitud, ¿cuál era su plan de campaña?

—La víspera del movimiento todos los comandantes de fuerza, tanto del ejército como de la armada, debían arreglar sus relojes por el de San Ignacio, á fin de salir, de sus cuarteles los unos y los otros de sus fondeaderos, á la misma hora: las cuatro de la mañana.

El Parque era el punto de concentración de todas las fuerzas de tierra, donde de antemano debían ocupar los puestos que se les había designado, como los ocuparon, y los buques debían amanecer frente al Retiro y á la Casa de Gobierno, para atacar simultánea y conjuntamente con aquellos, bombardeando estos puntos que, á mi entender, eran los únicos que las fuerzas del Gobierno elegirían para su concentración.

Elejí el Parque para mis operaciones por diversas razones: primero, porque era el punto más cercano para efectuar nuestra concentración; segundo, porque allí teníamos todo el material de guerra necesario para armar al

pueblo y también á los cuerpos del ejército que nos acompañaban, impidiendo al mismo tiempo que el enemigo se apoderara de él. Después, y este era uno de los objetos principales de esa operación, porque tenía que determinar un punto para que los cuerpos se vieran entre sí, aumentara su confianza en presencia de los elementos reunidos y se estableciera la complicidad del soldado en el acto revolucionario, pues no debe olvidarse que si es verdad que mandaba fuerzas regulares, estas podían ó no responderme en un momento dado ó por lo menos yo no podía estar seguro de ello sin antes haberla complicado conmigo.

Concentrando las fuerzas en el Parque, por otra parte, dejaba espedito el camino á las fuerzas del Gobierno para que ellas á su vez pudieran efectuar igual operación en el Retiro ó en la Casa de Gobierno, como sucedió, y de donde la escuadra debía desalojarlos, según las instrucciones que antes de mi prisión le había dado.

Procediendo á la prisión del ex-Presidente, Vice y Generales Roca y Levalle, como se había convenido y estaba establecido, esas fuerzas se hubieran encontrado sin jefes y sin bandera, no teniendo objeto la resistencia que pienso no hubieran intentado. Esta es mi creencia.

Si, en caso contrario, detenidas las más altas autoridades del país por la revolución, las fuerzas hubieran querido resistir, el ataque combinado de la escuadra y del ejército unido al pueblo, les hubiera demostrado la temeridad de su empeño y el patriotismo les hubiera aconsejado adherir al movimiento, en que si bien es verdad no hubieran alcanzado ascensos en el *campo de batalla* hubieran logrado la gratitud de la patria.

—¿Es exacto que los cuerpos de ejército revolucionarios habían impuesto como única condición que fuera el elemento civil el que apresara al ex-Presidente, Vice, etc.?

—No; no fueron los cuerpos ni la oficialidad comprometida en este movimiento los que impusieron esta con-

dición, sinó yo y los comandantes de fuerzas, á fin de no desvirtuar el pronunciamiento popular y evitar que la disciplina se quebrantara.

Obedeciendo al mismo propósito es que se formaron grupos de ciudadanos para proteger la salida de los cuerpos de sus cuarteles. No queríamos sentar el funesto precedente de que los militares tuviéramos que poner la mano encima al superior; el ejército se ponía al servicio del pueblo para apoyarlo en su movimiento, mas no lo iniciaba.

—Se dice que los grupos organizados para efectuar estas prisiones, no procedieron porque esperaban, como señal para proceder, el disparo de un cañonazo. ¿Se le comunicó á usted este detalle y se le pidió que lo emplearа?

—No tengo conocimiento de esta disposición y ella no entraba en el plan acordado, en que la única señal era esperar las cuatro de la mañana, hora en que todos los cuerpos comprometidos debían salir de sus cuarteles. Despues de esa hora, la escuadra como el ejército y los grupos de ciudadanos, sin esperar otras órdenes, debían cumplir su cometido. Si siquiera hubiera sospechado que los grupos de ciudadanos esperaban el disparo de un cañonazo para proceder á efectuar esas prisiones, aunque lo considerara una temeridad, no hubiera solo disparado un cañonazo sino cien, mil á fin de que por este detalle no fracasara un movimiento tan grande y tan santo.

—Se formula un cargo grave contra usted, y yo mismo, señor, que he sido su secretario y lo he visto en los momentos supremos desafiando el peligro, no me explico por qué el mismo día sábado no atacó al enemigo, impidiéndole así su concentración. Este es el cargo que se formula y sobre el cual necesito oir su palabra.

—Voy á complacerle y al mismo tiempo voy á hacer-

le declaraciones que hasta ahora no he hecho sinó insinuar.

Siempre creí que debía dejar que las fuerzas adversarias se reconcentraran, esto como ya se lo he dicho entraba en mi plan, á fin de conocer el punto donde debía ir á atacarlo, sin dejar á mi espalda quien pudiera fusilarme. Facilitándoles la concentración en el Retiro ó la Casa de Gobierno; caían bajo los fuegos de la escuadra y obligadas á abandonar esos puntos saldria yo á su encuentro para intimarles una capitulación ó batirlas si fuera necesario.

Esperé, pues, que la escuadra diera principio á su acción, como con anterioridad se había convenido, teniendo lista la Artillería, con los caballos atados á las piezas, para salir de la Plaza General Lavalle, tan pronto como aquella se hiciera sentir. Pero, como Vd. sabe, la escuadra no rompió sus fuegos por las causas apuntadas en mi parte á la Junta Revolucionaria.

Luego, desde el momento en que perdí la esperanza de que el Dr. Juarez, Dr. Pellegrini, y Generales Roca y Levalle cayeran en poder de la revolución, creí firmemente que el movimiento había fracasado y pensé que solo podía salvarse, entonces, pronunciándose la provincia de Buenos Aires. Mi hermano Julio debía trasladarse á La Plata con tal objeto, pero la muerte lo sorprendió y el movimiento no pudo realizarse.

Pude haber atacado, es cierto, á las fuerzas del Gobierno pero ¿cuáles hubieran sido los resultados de este encuentro? Un derramamiento inútil de sangre y nada más, pues en caso de haber triunfado, los restos de las fuerzas enemigas hubieran seguido al Dr. Juarez al interior y sirviéndole de plantel hubiérase organizado todo un ejército que tendríamos que batir para alcanzar el triunfo. Y usted sabe lo que cuesta una guerra civil!

Y si al fin de la jornada, en vez de vencedores hubié-

ramos sido vencidos, ¿de qué nos hubiera servido arruinar y enlutar al país, sacrificando á sus mejores hijos en una guerra fratricida?

Desde el momento, pues, en que perdí toda esperanza de que las autoridades indicadas cayeran en poder de la revolución, pensé que si no estábamos perdidos, por lo menos debíamos evitar, en cuanto nos fuera posible, la efusión de sangre, procurando, sin embargo, obtener las mayores ventajas posibles, y si se ha derramado alguna en esta revolución, en que no debió tirarse un solo tiro, no caerá seguramente sobre mi nombre, sinó sobre aquellos que nos obligaron al combate.

A maś, el Gobierno tenía mayor número de fuerza de línea y vigilantes, ocupaba buenas posiciones (lo mismo que nosotros) asi pues, la ventaja en caso de ata-ataque la tenía el que esperaba y no el que lo llevara.

Estas son las razones que pesaron sobre mi espíritu para no llevar un ataque decisivo ni parcial á las fuerzas del Gobierno, haciéndome esperar tranquilo el fallo de mis conciudadanos en el futuro, cuando el criterio recto y sereno del historiador no sienta la presión de las pasiones agitada, y desafio desde ya á que se me dé una razón táctica ó estratéjica contraria al temperamento que he adoptado.

No me arrepiento ni me arrepentiré jamás de la conducta que he observado, esperando que al fin se me hará justicia.

Si la escuadra llega á romper sus fuegos sobre el Retiro y la Casa de Gobierno, como estaba convenido, y que no lo hizo por falta de globos con que hacerle las señales, cumpliendo el plan acordado, hubiera llevado el ataque decididamente y creo, con entera franqueza, que en él no se hubieran disparado más tiros que los de la escuadra, pues el patriotismo les hubiera aconsejado á los jefes de los cuerpos adversarios el no producir un derramamiento de sangre sin resultados y sin consecuencias.

No sucedió así, y las cosas han pasado como usted lo sabe. Tal vez si así no hubiera sucedido, á estas horas nos encontraríamos envueltos en una guerra sangrienta.

Por otra parte, no habiéndose atacado en el primer momento como debió haberse hecho, lo natural era esperar el ataque por muchísimas razones. El Gobierno debía hacer sentir el poder de su autoridad sobre nosotros que le desconocíamos, pues es esto tan elemental que no habrá ejemplo de que un jefe, oficial, y aun hasta un *vigilante*, dado el caso de ser desconocida su autoridad, no sea *él* el que esté obligado á hacérsela reconocer por aquel ó aquellos que la desconocen.

Las revoluciones que no triunfan en el primer momento son después de un éxito muy difícil.

Dígame ¿por qué no se le ha ocurrido á Vd. preguntar á los Jefes del Gobierno porqué ellos (todos héroes incomparables segun la especie del General Levalle) no nos trajeron el ataque á nosotros pobres revolucionarios?

—Confieso que no se me ha ocurrido, General; pero supongo que el General Levalle no tendrá inconveniente en contestar.

¿Por qué no se efectuaron las prisiones?

En el curso de nuestra narración hemos dicho más de una vez que de las prisiones convenidas en el plan revolucionario dependía el éxito del movimiento, confirmando nuestro modo de pensar el General Campos en su parte oficial de los sucesos á la Junta Revolucionaria, y también el Mayor Day en su exposición ante la Junta de Guerra.

La revolución, sin haber apresado á los miembros del P. E., si no estaba perdida, importaba la guerra civil con todo su séquito de males, importaba el sacrificio tal vez de millares de ciudadanos y la ruina de esta desgraciada patria, que tanto amamos y por quien estamos dispuestos á nuevas pruebas.

Esto, mejor que nosotros, lo había comprendido la Junta Revolucionaria, y de aquí que una de sus primeras medidas fuera organizar grupos de ciudadanos bién dispuestos para efectuar la prisión del ex-Presidente Dr. Juarez, del entonces Vice-presidente Dr. Pellegrini y de los Generales Roca y Levalle, porque ellos en poder de la revolución conjuraban el peligro de una guerra fratricida, espantosa, y de consecuencias funestas ara el país.

La prisión del Dr. Juarez, sostenido por una liga de

gobernadores de provincia, estaba indicada, era necesaria para evitar que esos gobernadores se levantaran en armas en su defensa y nos llevaran á la época en que las provincias confabuladas contra Buenos Aires enviaran sus fuerzas á sitiarla. Contra él, es contra quien primero debía haberse procedido, y así se convino previamente en el plan revolucionario; pero resulta de nuestras investigaciones que, para el Dr. Juarez, no sabemos por qué razones, no se organizó grupo alguno que lo prendiera.

Por qué? ¿Quién fué aquel que, después de haberlo pactado, creyó innecesaria la prisión del Dr. Juarez? Y si se había resuelto no proceder á efectuar su prisión, ¿qué razón se tuvo para dejarle libre y expeditas todas las comunicaciones, los ferrocarriles, el telégrafo y hasta el teléfono? ¿Por qué no se le impidió siquiera que se alejara del territorio de la capital?

Estas imprevisiones no se comprenden ni se explícan en una Junta Revolucionaria compuesta de hombres de la talla del Dr. Alem, Del Valle, etc., so pena de pasar por nulidades que no son para estar al frente de un partido político y menos de una agrupación que hace revoluciones.

Volvemos á preguntar ¿por qué no se organizó un grupo destinado á prender al Dr. Juarez?

Responda mañana la historia; contesten hoy los encargados de dirigir el movimiento revolucionario producido, y que hicieron fracasar después del sacrificio de hermosas vidas.

*
* *

Respecto del Dr. Pellegrini, su detención era tan necesaria como la de los demás miembros del P. E.

En un principio se comprendió así y se dieron órdenes de proceder en este sentido; pero más tarde se reputó innecesario su arresto.

¿Por qué? Lo ignoramos. ¿Tal vez se le creyó hombre

de poca acción, de escasa ó ninguna iniciativa, de restringida influencia, en una palabra, entidad de poca importancia que nada podía fraguar y hacer contra la revolución?

No obstante, en empresas de esta naturaleza no debe dejarse desapercibido ningún detalle por insignificante que parezca, pues en un caso dado la causa más pequeña produce los mayores efectos y el hombre más insignificante se convierte en temible adversario.

Para mayor claridad de los hechos, vamos á dejar la palabra al Sr. Fermín Rodriguez, encargado de organizar los grupos que habían de efectuar las prisiones.

Preguntamos á este caballero:

¿Por qué no fueron presos el Dr. Pellegrini y los Generales Levalle y Roca—siendo esta la comisión más importante de todas las que le estaban confiadas, la de mayor trascendencia y la que quizá hubiera cambiado los resultados del movimiento decidiendo del éxito?

A lo que dicho señor, que, sobre merecernos entero crédito, creemos perfectamente informado, nos contesta

«Respecto de este punto interesantísimo, diré á Vd. que es efectivamente cierto que tenía la comisión de disponer la prisión de los dos Generales; pero no así la del Dr. Pellegrini, pues si bien en un principio se pensó aprehenderlo y aun recibí órdenes en este sentido, *la víspera de la revolución abandonóse la idea por considerarla innecesaria.*»

Insistimos en lo que enunciamos anteriormente: ¿Por qué se reputó innecesaria la prisión del Dr. Pellegrini? Por qué se desistió de ella después de haberla acordado como imprecindible para el éxito? ¿Quién la consideró innecesaria?

En verdad que no se comprende esta veleidad de pareceres, y solo queda un medio de explicarla; pero es de tal naturaleza, que no nos atrevemos á estamparlo, pues esas cosas ó se acusan con pruebas irrefragables, ó quedan sepultadas en la conciencia, á pesar de que la razón nos

dice que pueden ser exactas, porque son lógicas. Para darlas á luz no basta, sin embargo, el convencimiento moral.

Sigue hablando el Sr. Rodriguez:

«En cuanto á la causa que impidió la prisión de los dos generales, entra en los dominios de esa fatalidad que algunos llaman providencia.

»Todo lo dispuse con la anticipación debida, para que la orden se cumpliese.

»Contra todos mis deseos, contra los consejos de la más sana previsión, que indicaban que dicha comisión debía encomendarse á militares, tuve que ceder á órdenes superiores, encargándola á jóvenes decididos que acreditaron su valor en los momentos del combate, pero á quienes una mala inteligencia, *la falta de un detalle*, que no habría tenido importancia ninguna para un militar, unida á otras circunstancias que usted verá más adelante, impidieron que la verificaran.

»Entre otras razones además que impidieron esas prisiones, se hallaba la *muy especialísima* de haberse asegurado al Dr. Alem que, pasada la una de la noche, cesaba la vigilancia policial en la ciudad y que, por consiguiente, los encargados de realizar dichas prisiones podían hallarse impunemente en los puntos escogidos al efecto y al abrigo de toda sospecha por parte de la policía.—Desgraciadamente el dato era inexacto, y nunca la policía hizo más lujo de vigilancia que en esa noche, al rededor de las casas de dichos generales. Esto produjo el desconcierto consiguiente y la comisión fracasó. Cuando esos grupos llegaron al Parque ya de día, ni el General Roca ni el General Levalle habían salido de sus domicilios.»

En este punto se ofrecen consideraciones que serían dolorosas si no fueran de naturaleza ridícula.

¿Qué jefe de revolución es el Dr. Alem, que se fia buenamente de lo que *le aseguran*, que no trata de convencerse *pro visu* y que fia el éxito de tan importante

empresa y la vida de centenares de hombres, comprometidos en la causa, á los azares de una afirmación gratuita?

¿Acaso el Dr. Alem, en sus largas trasnochadas, no había reparado que jamás se ha suspendido la vigilancia á la una de la noche, ni menos cuando la conspiración era la sombra negra, el fantasma que perseguía los sueños del Coronel Capdevila?

Por otra parte, ¿en qué país del mundo ha visto el Dr. Alem que deje de ejercerse la vigilancia policial á las mas altas horas de la noche, que es cuando precisamente su acción es más necesaria?

Ni aun en la República de dioses, soñada por Platón, se daría un caso tan singular como éste.

Resulta, pues, que de ser cierto lo que al Dr. Alem *se le había asegurado*, el Dr. Alem no supo lo que tenía entre manos y demostró que el ser bueno y honrado, nada significa para saber dirigir una revolución y también que se puede ser muy buen tribuno y muy mal revolucionario.

Pero ¿quién pudo hacerle tal aseveración?

El Sr. Rodríguez termina con las siguientes palabras, que son el fiel trasunto de nuestras opiniones, el reflejo de nuestras creencias sobre el particular, el informe que acerca de estos hechos ha tenido la exquisita amabilidad de darnos:

«Como sucede siempre después que los hechos se han producido, surgen las grandes previsiones y los excelentes mariscales, y así no me ha extrañado encontrar á cada paso una serie de profetas del día siguiente.

»Usted, mi querido Mendía, que ha estado constantemente en la brecha (1), no habrá olvidado las circunstan-

(1) *Nos perdonará el Sr. Fermín Rodríguez si le rectificamos en la parte que nos atañe. No pudimos estar en la* BRECHA, *como hubiéramos deseado, por que no se nos dió participación alguna en el movimiento. Apelamos al testimonio del Dr. Alem.*

cias difíciles y excepcionales en que teníamos que actuar, en medio de esa turba de esbirros, que constituían la gloria y el lujo del Coronel Capdevila.»

«A nadie se le oculta que si entre los hombres del gobierno había alguno que pudiera oponer séria resistencia á nuestros intentos y organizar los medios de defensa de modo de mantenernos en jaque, á ser posible, ese era el General Roca. De él había que precaverse, de él había que guardarse, su pérdida para el gobierno era una necesidad de nuestra parte, tanto por nuestra propia seguridad, cuanto para desmoralizar al adversario, privándole de la cooperación de su mas valioso elemento.

Urgía, pues, apoderarse de la persona del General, antes tal vez que de ninguno de los señalados en el plan revolucionario.

Pero éste, como los otros, quedó en libertad, merced á las mismas circunstancias que venimos señalando.

Veamos cómo ocurrió el que no se prendiera al General Roca, y para ello oigamos al Dr. Crotto, jefe del grupo encargado de llevar á cabo esta prisión, con los caballeros Lino Lagos y Sixto E. Rayneli:

«El día 19 de Julio, dice el Dr. Crotto, se me entregó por D. Fermín Rodríguez, un recibo por el alquiler de una pieza en la calle San Martín núm.,. y la llave de ella. Presentéme á la dueña de casa, manifestándole venía del Rosario.

»Pedí luego instrucciones, y se me dijo por el señor Rodríguez, textualmente: que mi misión era aprehender la persona del General Roca el día que estallara la revolución, que cerca del grupo de que era yo el jefe, existiría otro que coadyuvaria á la empresa.

»Preguntéle, entonces, qué señal tendría para saber que la revolución había estallado, y en consecuencia poder proceder, y me respondió que á la hora que el movimiento se iniciase, se tirarían *unos cañonazos* (1) que, una

(1) *Es este el* DETALLE *de que nos ha hablado el Señor Rodríguez anteriormente?*

vez oidos éstos, debiamos esperar media ó tres cuartos de hora para ver si salía el General Roca, y que solo debíamos proceder en sintiendo *los tales;*—que si pasado este tiempo no asomaba la persona indicada, nos reconcentráramos al Parque.»

Aparece aquí esos célebres cañonazos, base de una porción de operaciones, importantes todas para el éxito de la empresa, y con ella pónese de relieve, cuando menos, la espantosa desorganización que presidió á la obra revolucionaria, desde el momento en que la Junta tomó su dirección.

Pendientes de esos cañonazos estaban varios hombres, mejor dicho, su acción, y en ellos estribaba gran parte del triunfo.

No obstante, nadie les oyó, porque no llegaron á dispararse.

¿Quién era el encargado de dar esa importante señal? ¿Por qué no la dió? ¿Sobre quién debe caer la enorme responsabilidad de este descuido de tanta trascendencia?

De nada sirven los entusiasmos, la fé, la buena voluntad, la decisión al sacrificio, cuando se tropieza con desorganizaciones análogas, que lo anulan todo, que todo lo hacen infructuoso, que causan víctimas innecesarias y martirios estériles.

Pero dejemos aparte las consideraciones, y oigamos la exposición de hechos que hace el Dr. Crotto:

»Tales fueron las instrucciones precisas y terminantes que recibí, y agrega:

El día 25 á la 1 p. m. fuí llamado al Comité de la Unión Cívica, y el mismo Sr. Rodriguez me manifestó que me sacaba del puesto que me había tocado; que de mi comisión lo encargaba á D. Lino L. Lagos (hijo) que se hallaba presente, que le entregara la pieza y las llaves y que en vez de esa comisión tendría la de aprehender al Dr. Pellegrini para lo que debía formar un nuevo grupo.



1—Coronel Julio Figueroa, *Gefe de la 1ª Brigada*
2—Teniente Coronel José García.
3—Mayor Rodolfo Mom.
4—Capitán Alejandro Sarmiento.
5—Capitán Adolfo Señorans.
6—Teniente Carlos Zárate.
7—Teniente Justo Solano,
8—Teniente Feliciano Lobo.
9—Subteniente Pedro S. Lódolo.
10—Subteniente Romelio Fernandez.
11—Subteniente Cayetano Ramírez.

»Acepté y en compañía de Lagos me trasladé á la casa calle San Martín, donde manifesté á la Sra. dueña de casa que había encontrado un empleo en La Plata y que la pieza se la dejaba á mi compañero.—Aceptó la señora, y Lagos, le manifestó que esa noche irían á visitarlo varios amigos; á fin de que no le causara sorprêsa la afluencia de concurrentes que habría esa noche en la casa.

»A las cuatro de la tarde volví nuevamente al Comité y dije al Sr. Rodriguez que ya había formado el nuevo grupo que me había encargado y que me diera las llaves de la casa en que estaría. Respondióme que se había *desistido de tomar al Dr. Pellegrini* y que me incorporara á los del Parque á las cuatro menos cuarto de la mañana del día 26.»

Nueva pregunta:

¿Por qué se había desistido de la detención del doctor Pellegrini, después de no haber formado grupo para aprehender al Dr. Juarez?

Cualquiera imaginaría en vista de esto que ó no se temía al Vicepresidente, ó que se confiaba en él, para lo cual, preciso era que estuviera informado de lo que se fraguaba y que habiéndole pedido su aquiescencia, ya que no su cooperación, la hubiera acordado.

No decimos que haya ocurrido así, que se haya previamente conferenciado con él al respecto, sinó que el menos malicioso podriá presumirlo en virtud de lo que acabamos de oir.

Sigue la exposición del Dr. Crotto:

»Como queda dicho, el Sr. Lino L. Lagos fué encargado de la misión de tomar á Roca y el grupo que debia ayudarlo en la empresa era el capitaneado por el señor Sixto C. Rayneli, quien ocuparía otra casa situada á veinte y seis varas de la que á mi se me había designado.

»Entre nueve y nueve y media de la noche salieron de

mi estudio, situado en Victoria 551, perfectamente armadas y municionadas las personas que componían los dos grupos, el de Lagos y el de Rayneli y fueron á ocupar sus puestos respectivos.

»Yo, en compañía del Dr. Enrique Pérez, del doctor Nicasio Elchepareborda, de Francisco Rayneli y de mi hermano Jacinto, fuí á un billar de la calle Chacabuco á esperar llegara la hora convenida para entrar en el Parque, como efectivamente lo hicimos.

»Los Sres. Lagos y Rayneli recibieron *exactamente las mismas instrucciones que á mí se me habían dado.* Desde las 10 de la noche del día 25 estuvieron en su puesto habiendo colocado centinelas en los zaguanes de las casas que estaban y vigilando constantemente la puerta de calle del General Roca.

»Pero los benditos cañonazos no se oyeron ni á las cuatro, que era la hora que se nos había designado, ni á las cinco, ni á las seis.... porque no se tiraron. A las 8 de la mañana del día 26 abandonaron recién los puestos en la firme creencia que la Revolución no había estallado.

»Esta es una parte de los hechos que tengo conocimiento y escuso comentario alguno sobre ellos, por no ser demasiado fastidioso.

»Solo me resta darle la nómina de los que formaron los grupos: el de L. Lagos contaba con los señores José Lagos, Norberto Crotto, Hilario Figueredo, J. Videla, M. Soto, P. Lavalleto y N. Brague;—y el de Rayneli: Matías Varela, Nemesio Licardi, Prudencio Vargas, Enrique Manrique, Domingo Fissoni y Severo Toledo.

»Casi todos estos jóvenes, que se incorporaron posteriormente á las fuerzas revolucionarias, se encontraron bajo mis órdenes el día 27 por la mañana en la azotea del Parque (ángulo S. O.) A pesar que no estaban parapetados para los fuegos de los cantones enemigos, pues estos se hallaban á tres ó cuatro cuadras al E. de donde dominaban con nutrido fuego la azotea del Parque, se

comportaron con serenidad y denuedo cumpliendo así con su deber.»

Después de la enunciación de estos hechos, huelga entrar en comentarios de ningún género, comentarios que por otra parte cualquiera puede hacer, pues se desprenden de la sola relación de los acontecimientos.

La Revolución estaba llamada á fracasar desde el primer momento.

*
* *

Ya sabemos que Juarez no fué apresado porque no se organizó grupo para ello, dejándole sin embargo expedito el camino para que pudiera dirigirse al interior y amenazarnos con la guerra civil; que el Dr. Pellegrini no lo fué tampoco por considerarse innecesaria su prisión, y que el General Roca corrió igual suerte porque no se tiraron los *célebres cañonazos:* falta ahora saber por qué no fué aprehendido el General Levalle, Ministro de Guerra y Marina.

El Sr. José L. Caro, según nos lo ha manifestado, fué llamado el jueves 24 de Julio al Comité, y allí el señor Fermín Rodriguez le informó que con un grupo de ciudadanos debía proceder á la detención del General Levalle, entregándole al mismo tiempo la llave de la casa,— y el recibo de alquiler correspondiente,—que debía ocupar para cumplir su cometido.

El Sr. Caro se dirigió inmediatamente á la casa indicada, y se encontró con que ella estaba situada en la calle Libertad y como á más de una cuadra de la casa del General Levalle. Estudió el terreno, observó que en la esquina de Libertad y Avenida República existía la *parada* de un vigilante, y por consiguiente que le era imposible cumplir la misión que se le confiaba, pues á más de no encontrarse la casa que debía ocupar en la misma calle que la del General Levalle, había en la misma esquina un vigilante que le impediría establecer vigilancia sobre la casa de aquél.

Regresó Caro al Comité y manifestó al Sr. Rodriguez que no le sería posible cumplir la comisión que se le daba por las circunstancias apuntadas, desistiendo de tomar sobre sí esa responsabilidad. Entonces se le aseguró que el vigilante de facción en la esquina de Libertad y Avenida Republica se retiraría á la *una* en punto de la mañana, y como el movimiento recién podría ser notado, cuando más, á la hora en que los batallones salieran de sus cuarteles, las 4 a. m., desde aquella hora podía impunemente establecer su vigilancia sobre la casa del General Levalle.

En esta creencia, el Sr. Caro ocupó la casa cuya llave se le había dado, y esperó impaciente la una de la madrugada del dia 26; pero llegó esa hora, llegaron las dos, las tres, y el vigilante de facción permaneció impasible en su puesto. El reloj señaló las cuatro y las cinco, y entonces se decidió Caro á hacerle preguntar al vigilante si había visto al General Levalle. El vigilante contestó que hacía cerca de una hora había pasado para el centro.

Esta es la exposición que nos ha hecho el Sr. Caro, la que una vez más pone de relieve la conducta de la Junta Revolucionaria.

***

Resúmen:

El Dr. Juarez no fué apresado porque no se formó grupo para ello.

El Dr. Pellegrini, porque se consideró innecesaria su prisión.

El General Roca, porque no se dispararon los *cañonazos*.

El General Levalle, porque el vigilante de facción no se retiró de su puesto.

¿A quién no se le ocurre decir, en presencia de estos hechos, de estas imprevisiones, de esta verdadera *degringolada*, que nó se apresó á nadie porque no se quiso?

Debemos confesar, una vez más, que somos un pueblo tan bueno como generoso, que llega en su bondad hasta perdonar á los que lo llevan al sacrificio!

Opiniones del Coronel Figueroa

Una de las figuras más simpáticas de la Revolución es, sin disputa, la del Coronel Julio Figueroa, quien desde el primer momento, con una decisión y un entusiasmo digno de mejor suerte, puso su espada y su influencia al servicio del pueblo con la abnegación de un patriota que todo lo sacrifica en aras de la patria.

Conociendo su participación en el movimiento revolucionario desde que éste se inició, y también su carácter franco y leal, hemos querido que su opinión militar quede sentada en este libro, por si ella puede servir más tarde al historiador.

El Coronel Figueroa se expresa así:

Señor Mendía:

Me pide usted la referencia de los acontecimientos de la Revolución del 26 de Julio y mi opinión acerca de ellos, y voy á dársela con la lealtad de mi conciencia, narrando la verdad pura de todos los hechos que me consten, aparte de que su libro será tenido en cueuta cuando se escriba la historia aún más detallada de estos sucesos, y por tanto, la exactitud debe ser su base.

Yo no conozco los puntos que usted quiere tratar, así

es que puede usted, si quiere, suprimir lo que no le parezca pertinente.

. . . .

Vino la gran manifestación de la Unión Cívica. Concurrí á ella.

Poco antes al Dr. Alem mandé ofrecer el Batallón 9 de línea, del que yo había sido jefe durante ocho años, y, contando con simpatia entre sus oficiales, no dudé en hablarles para entrar en un movimiento revolucionario, única y eficaz ley suprema de los pueblos que quieren ser regidos por su Constitución en vez del látigo y la servidumbre del esclavo.

Los oficiales todos respondieron como yo lo esperaba; con decisión y patriotismo, y sabía que todos ellos eran muy capaces de cumplir sus compromisos.

Entretanto, el Batallón fué trasladado al cuartel que ocupaba el Regimiento 11 de Caballería, lo que me hizo comprender que quizá algo sospechaban, tanto más cuanto el cambio de cuartel no respondía á causa justificada, y por el contrario el Batallón quedó en peores condiciones de comodidad y de higiene.

Como se aumentaran las dificultades para la fácil salida del Batallón en el momento necesario, no obstante la decisión de los oficiales que estaban decididos á formar y pelear al Regimiento 11 si sentía ó se oponía á la salida, creí prudente poner en el secreto á algunas clases y soldados, los necesarios para contar con que la tropa no vacilaría en secundar á sus oficiales.

Todos me prometieron ponerse á mis órdenes en cuanto me presentara, y pelear al 11 si se oponía.

El Dr. Alem, dudando de que realmente yo pudiese contar con el Batallón, atribuyendo mi confianza á un entusiasmo ciego, me pidió una conferencia con los co mandantes de compañía, la que tuvo lugar en casa de mi amigo el Sr. Angel Ugarriza, quedando el Sr. Doctor Alem plenamente satisfecho.

Formado el Comité ó Junta Revolucionaria, á la que

yo pertenecía, se celebraron algunas reuniones generales, á las que asistieron más de cincuenta oficiales de los diversos cuerpos de la guarnición, reuniones que, aunque peligrosas é imprudentes, sirvieron para darme confianza plena de que tales oficiales eran muy capaces de cumplir sus compromisos y llevar á buen término la revolución.

La Junta comenzó á discutir la forma en que esta se realizaría en presencia de los elementos disponibles.

Por mi parte, hablé también al Capitán D. Bernardo Calandra y Teniente D. Jorge Señorans, ambos del Batallón 4, los que, á su vez, hablaron al Capitán Ratto, del mismo cuerpo, dando esta entrevista por resultado el que contásemos con dos compañías más pertenecientes á este Batallón.

Resuelto por la Junta producir la Revolución á las cuatro de la mañana del día 20, me parece, ocurrió la delación del Mayor Palma, á quien yo pedí no se viera bajo pretexto alguno, porque el corazón me decia que nos delataría, como sucedió en efecto.

Pero el General Campos, viendo las dificultades que tocaría el Batallón 9 para salir del mismo cuartel donde se encontraba el 11 de Caballería, creyó necesario buscar la cooperación, al menos de un esuadrón del mismo Regimiento, por lo que resolvió hablar con Palma, conceptuando la entrevista nada peligrosa, por ser éste pariente del Mayor Garaita y amigo del Mayor Vazquez, que eran de entera confianza. Yo me opuse, á pesar de esto, manifestando reiteradas veces que tenía el presentimiento de una delación por este conducto, comprometiéndome yo á hacer salir al Batallón á pesar de los inconvenientes que pudieran oponerse.

Felizmente no tuvo gran consecuencia la delación de Palma, cosa que fué milagrosa, y solo una ciega confianza por parte de los hombres del Gobierno en que el país como el ejército seguirían mansamente soportando

como hasta entonces la vergüenza del desgobierno de Juarez, pudo evitar qué no se tomase en cuenta la detallada y terminante delación de Palma, á quien desgraciadamente el General Campos enteró de cuáles eran los cuerpos comprometidos y, en fin, de todos los detalles y nombres propios de oficiales principales.

Presos ya el General y yo, á mí me tocó ir al Cuartel del Retiro, precisamente bajo la vigilancia del Batallon 1°, cuyos excelentes oficiales, en su mayor parte, estaban comprometidos en la gloriosa jornada que debía salvar al país. Estos oficiales debían sacar el Batallón completo, á pesar de sus jefes, como los de los otros cuerpos los suyos respectivos, con excepción del 5°, en el que se contaba con su segundo jefe, el distinguido Sargento Mayor Bravo.

La Junta, desde antes de la prisión del Sr. General Campos y mía, resolvió que á la hora señalada los cuerpos concurriesen al Parque, plaza General Lavalle.

Yo no creí jamás conveniente, y menos indispensable, tal reconcentración. Por el contrario, firmemente creí siempre que la operación debió hacerse atacando en dos columnas, por lo menos, los principales puntos que pudieran responder al Gobierno, tales como el Departamento Central de Policía y la Casa de Gobierno. El primer punto para tener el mayor número de fuerzas, aunque fuesen vigilantes, y evitar el que los destacamentos de las comisarías pudiesen reunirse, y la Casa de Gobierno, porque al hecho moral que su ocupación importaba, se agregaría el que, estando en sus inmediaciones el Batallón 2° de Infantería, quizás se hubiera adherido al movimiento, y en caso contrario hubiera sido fácilmente rendido, sin más fuerzas que otro Batallón y el concurso de dos piezas de artillería.

No es presumible que los soldados del ejército, ni sus oficiales y aun los jefes, prefiriesen hacer fuego contra sus compañeros, contra la pátria, contra los ciudadanos,

porque desde el momento en que sonara la revolución de una manera tan poderosa y ostensible en las calles de esta gran ciudad, era indudable que ciudadanos como militares harían causa común; serían como un torrente desbordado ante el sentimiento de una noble causa y ante la necesidad de derrocar un gobierno de depravación y de ignominia.

En cuanto al Parque, naturalmente debía estar en nuestro poder, pero bastaba para ello la permanencia en él, y solo en el primer momento, del Batallón 5º, que, como estaba convenido, debía tomarlo fácilmente puesto que la guardia era del mismo cuerpo.

Una hora después el Parque quedaba completamente seguro con mil ciudadanos, mucho más cuando los que podían atacarlo eran, á su vez, atacados.

De esta manera hubiera sido más general y poderosa la revolución, porque, al paso de las tropas, el pueblo hubiera tenido ocasión de darse cuenta del apoyo que se le ofrecía, sirviendo ellas, al mismo tiempo que de rápido y simultáneo aviso, de activo y poderoso agente de propaganda y entusiasmo.

En tal forma hecha la revolución, el triunfo era infalible; no había resistencia posible. La razón ó la fuerza dominaría ampliamente de un extremo á otro de la ciudad, quedando ferrocarriles y telégrafos, desde el primer momento, en poder de la revolución, y una hora después de producida, con mil cuatrocientos soldados de línea de que disponíamos y mil ciudadanos transformados en defensores de la Constitución, y dispuestos á morir heróicamente, habríamos contado con diez mil, treinta mil, cincuenta mil ciudadanos, tan solo dentro del radio de la Capital.

Estaba resuelto por la Junta, que la revolución debía realizarse, en efecto, llevando el ataque sin pérdida de tiempo; pero vino la prisión del General Campos y la
a, y por mi parte quedé desorientado, casi por com-

pleto, de la marcha que se imprimía á los preparativos, pues muchas veces no me podía comunicar con los enviados y otras los informes eran contradictorios. Así fué que por dos veces me negué á dar mi voto para que la revolución estallase antes del 26, manifestando que por mi parte no cargaría con responsabilidad asistiendo á la revolución, mientras no tuviera plena seguridad de que no se omitía ningún detalle, porque, en caso de fracaso, el país entero, con sobrada razón, nos maldeciría, debido á que en vez de un beneficio habríamos contribuido á entronizar la más calamitosa tiranía.

En cuanto á la Escuadra, con la que contábamos en su totalidad, gracias á la santidad de la causa y á la iniciativa y habilidad de los brillantes jefes O'Connor y Lira, yo suponía que su misión estaba indicada en Campana ó en el Rosario, pues en la Capital no tenía rol alguno, y en caso de tener que romper sus fuegos, éstos tenían que perjudicar necesariamente á los revolucionarios, los cuales deberían de ocupar todos los puntos de la ciudad, especialmente en el caso de que el movimiento resultara triunfante desde el primer momento, como fundadamente había derecho á suponer.

La víspera de estallar me expresó la Junta, por intermedio de uno de sus miembros, el temor y la duda que unánimemente abrigaba de que el Batallón 9 no pudiese cumplir su compromiso, dada la extrema vigilancia que se ejercía sobre él con el Regimiento 11 de Caballería, y en verdad que se le tenía, con corta diferencia, en calidad de prisionero á causa de la delación de Palma, quien había manifestado que yo debía ir al cuartel á ponerme á su frente; así es que á la noche permanecía un numeroso destacamento del 11 sobre las armas frente á las cuadras del Batallón, y por si yo escapaba de la prisión había otra guardia fuera con orden de prenderme en cuanto me presentase.

A estos temores, contesté yo que bien comprendía la magnitud de los inconvenientes, y más cuando ya no

podía ir, como antes de mi prisión estaba convenido, á ponerme al frente del Batallón desde el primer momento, pero que por esto mismo había encomendado al Capitán D. Alejandro Sarmiento para que, en mi nombre, hablase al 2º jefe del mismo, Sargento Mayor D. Rodolfo Mom, y le invitase á tomar parte en el movimiento, á lo que inmediatamente habría accedido.

Que si el concurso de los demás cuerpos comprometidos era tan seguro como el de éste, aunque no tenían que vencer tan peligrosos inconvenientes para su salida, el triunfo de la revolución era indudable. Por último, á fin de disipar toda duda en el ánimo del enviado de la Junta, le juré que el 9 saldría, aunque se opusiera el 11 y á pesar de todos los inconvenientes que hubiera que vencer, repitiendo solemnemente el juramento por mi vida y por mi honor de que todo saldría conforme lo aseveraba.

Creo que la Junta quedó satisfecha con la seguridad plena que yo daba.

La revolución quedó acordada indefectiblemente para las 4 de la mañana del dia 26. Yo debía salir del cuartel, donde me encontraba arrestado, con relativa facilidad, porque se me había comunicado que quedaba simplemente en arresto; pero en previsión de que el Jefe del Regimiento 6 de Caballería tuviese órdenes reservadas, le manifesté necesidad urgente de ir hasta mi domicilio, á lo que accedió.

Inmediatamente indiqué á mi esposa, á la que forzosamente fué necesario que pusiera en todos los secretos, me llevase personalmente un traje de particular, el que vestí sobre el uniforme militar.

A las diez y media salí del cuartel, dirigiéndome á mi casa, no solo para despistar en caso de ser seguido, sinó por llenar un deseo de mi alma en momentos tan supremos, cual era el de dar un beso á mis hijos.

Poco antes de salir del cuartel tuve la feliz nueva de que el Batallón 9 había recibido orden de salir á la ma-

drugada á ejercicio de tiro. Así es que de una manera providencial quedaba libre para incorporarme al Regimiento 1º de Artillería, noticia que comuniqué en el acto al señor Dr. Alem, Presidente de la Junta.

Ya no tenía, pues, necesidad de ir á buscar su incorporación en medio del combate probable con el 11 y en la oscuridad de la noche, por lo que era fácil caer en poder del enemigo á la menor equivocación.

De mi domicilio me dirigí al del Dr. Juan José Romero, en compañía de uno de mis ayudantes, el Teniente Señorans. Entré con precaución, pues queda en la misma plaza del Retiro, cerca del cuartel de mi prisión. Allí debía esperar hasta las dos de la mañana, hora en que debía dirigirme á Palermo, á tomar el mando que me estaba confiado, esto es: Regimiento 1º de Artillería, los cadetes del Colegio Militar, pero solo los más grandes, por parecernos demasiada temeridad llevar al peligro á niños que, por su edad, aún no tienen el supremo deber de sacrificar su vida en defensa de la patria; el Batallón 9 de Infantería y parte del de Ingenieros, que debía incorporarse al pasar por la Penitenciaria la columna.

En casa del Dr. Romero encontré ya al Subteniente D. José Uriburu, que también debía acompañarme en calidad de ayudante, y un paisano de apellido Luna, hombre probado por su valor, que debía acompañarnos, por si ocurría algún incidente en el camino, pues era probable que, dada la vigilancia que se ejercía, nos quisieran detener en el camino para reconocernos.

Un momento después llegó el Sr. Dr. Del Valle, que debía ir á Palermo, no solo como representante de la Junta, sinó para preparar la salida de los cadetes.

Entonces yo manifesté mi proyecto de atacar el Regimiento 11, una vez que saliera el Batallón 9 y se incorporase al Regimiento de Artillería, con cuyas fuerzas podía destruir el Regimiento ó arrastrarle á la revolución, lo que era más probable, para lo que no había nece

sidad de perder tiempo ni ofrecía inconveniente, una vez que ejecutase este ataque á las cinco de la mañana, hora en que, indudablemente, el Batallón 5º se encontraría ya ocupando el Parque, como asimismo las fuerzas del Coronel Morales y del Comandante Montaña; pero el Dr. del Valle creyó más prudente no producir aún la alarma, y que marchase en silencio hasta el punto de reunión, la plaza del Parque, de donde era entendido debíamos de salir sin pérdida de minutos en dos ó tres columnas á sorprender todos aquellos puntos en donde hubiera fuerzas que pudieran responder al llamamiento del Gobierno.

A las dos de la mañana, habiéndose adelantado el señor Dr. del Valle para ir al Colegio Militar, salimos con el Dr. Romero á una cochería de la calle Charcas, entre Florida y San Martín, donde tomé el carruaje que me estaba destinado, acompañado de mis dos ayudantes y del paisano Luna.

Nos encaminamos al cuartel de Artillería de Palermo, con toda la ansiedad y esperanza que embargaba nuestros espíritus ante empresa semejante. Las cuatro de la mañana se aproximaban. ¿Saldrían los cuerpos comprometidos? ¿No tropezarían con mil inconvenientes imprevistos que escapan á toda previsión? ¿No estarían sus jefes en algunos cuerpos? ¿Podrían éstos vencer, ó desconocer la autoridad de estos jefes? ¿Podría yo mismo llegar al cuartel de Artillería? ¿No sería un sueño, una ilusión forjada por la necesidad que sentía de ofrecer á mi país días mejores y de contribuir á devolverle su honor y su libertad? ¿Vería en realidad runida la columna que yo debía conducir, formada por estas brillantes tropas y á su frente oficiales tan abnegados, tan llenos del santo fuego del verdadero patriotismo?

Si tal sucedía, nuestros desvelos, nuestras agitaciones y zozobras, que á costa de tantos esfuerzos habíamos dominado durante tres meses, periodo álgido y lleno de

peripecias, todo, todo quedaría compensado antes de las nueve de la mañana, con solo la realización de la principal, esto es, la salida de los cuerpos y su avance rápido y enérgico sobre los puntos convenidos.

Llegados, por fin, al cuartel de Artillería, después de un rápido reconocimiento, envié al Subteniente Uriburu, quien se valdría de un pretexto en caso de dar con algún jefe. Fuí recibido por el malogrado Capitán Manuel Roldán, cuya pérdida lamentan la patria y sus amigos, por el esforzado Fernandez, del mismo grado y arma, el cual, aunque con vida, salió con una pierna menos de la lucha.

El Regimiento hacía sus últimos aprestos para salir. Rápidamente me quité el traje de particular y me presenté ante el Regimiento como un jefe que va á cumplir órdenes del Gobierno, no queriendo confiar mucho en el espíritu de la tropa en el primer momento. Por fin salió el Regimiento, llegó el Batallón 9, en el que también venía su Comandante García, quien sabiendo casualmente que el Batallón había recibido orden de ir á ejercicio de tiro, se había presentado en la noche. El Mayor Mom conferenció con los Oficiales y resolvieron comunicar al Comandante el acontecimiento que debía tener lugar, contando con que se adheriría á él y en caso contrario detenerlo, hasta que el Batallón formase y se incorporase á la Artillería. García aceptó entrar en el movimiento y el Batallón lo coloqué por compañías á los flancos de la Artillería, en previsión de una emboscada en las calles.

Los Cadetes tomaron colocación conveniente, y en el mayor silencio puse en marcha la columna por la Avenida Alvear. Frente á la Penitenciaria hice alto y mandé un ayudante con orden de que se incorporase el destacamento de guardia, perteneciente al Batallón de Ingenieros, el que no tardó en llegar, siguiéndose la marcha.

Al parecer nadie había sentido el movimiento de esta

fuerza ó al menos nadie sospechaba su objeto. A la altura de las aguas corrientes. encontré un Oficial de Policía con cuatro vigilantes, los que fueron desarmados, colocándoles en la columna, bajo segura custodia.

Los soldados de Artillería, como los de Ingenieros, tuve ocasión de comprender que se habían apercibido del objeto de nuestra marcha y era fuera de duda que abrazaban la causa de la revolución con la misma decisión y entusiasmo que sus dignos Oficiales; y no podía ser de otro modo, cuando se trataba de echar por tierra á un Gobierno presidido por el más incapaz y más inepto de sus conciudadanos.

En seguida encontré al Sr. General Campos y Batallón 10 de Infantería, y desde aquel momento me puse á órdenes de este Jefe, pasando á retaguardia de la columna en observación del Regimiento 11, que podía venir siguiendo nuestros pasos. Siempre por la Avenida Alvear, llegamos hasta la calle Libertad, y tomando por ésta entramos á la plaza del Parque, donde se hizo alto.

Nunca lamentaré bastante esta fatal detención y á medida que pasaban los minutos iba comprendiendo que la Revolución corría sério peligro.

A mí no me importaba saber si Juarez estaba ó no prisionero. Salir, salir, repetía, era lo bastante para el triunfo. Que la Escuadra estuviese en este puerto ó en otro, no era cuestión importante; bastaba su apoyo moral. Contábamos con algo más que la mitad de los cuerpos de línea, decididos y preparados al combate y con toda la artillería que había en la Capital, mientras que los otros cuerpos descansaban tranquilamente en sus cuarteles á las cinco y media de la mañana, en completo descuido y con sus oficiales en sus domicilios.

Ni el Ministro de la Guerra se había apercibido ni sospechaba que en la plaza General Lavalle se encontraban cinco cuerpos del ejército, Cadetes de Palermo, y una Compañía del Batallón 4, con más de seiscientos

cívicos, todos animados del firme propósito de acabar en un par de horas y echar por tierra el gobierno de que él formaba parte, gobierno de vergüenza y de ruina para la patria.

A las 10 de la mañana, hora en que debió terminar la revolución, habiendo salido desde el primer momento á las calles, sentí oprimido el corazón. Nuestra inercia significaba el fracaso de la revolución completo é indudable, y así sucedió, en efecto, esterilizando en un instante un movimiento tan hábil y felizmente realizado, debido á que permanecíamos en el Parque y en completa inacción, precisamente cuando era el momento de obrar con rapidez y energía.

Aun dado el caso de que Juarez pudiese huir, probablemente á Córdoba, única guarida menos peligrosa para él, á las dos de la tarde del mismo día, diez mil hombres en un tren expreso habrían llegado quizá junto con él á la misma ciudad, la que, aun sin este apoyo, se habría levantado en armas contra los Juarez, al saber el triunfo completo de la revolución en la Capital de República. Esto mismo habría sucedido en las demá provincias, sin excepciòn,y el movimiento hubiera tenido un éxito tan rápido y tan feliz, como el habido últimamente en el Brasil cuando nuestros vecinos, levantándose en armas, dieron en tierra con D. Pedro II su monarca.

No se trataba de cambiar un sistema de buen gobierno por otro mejor, sinó de extirpar la corrupción más repugnante, merced á la cual el servilismo y la desvergüenza se habían entronizado.

Hasta los ciudadanos que antes de estallar la revolución creyeron muchos que no sería secundada mientras no estuviera triunfante, demostraron sin embargo desde el primer momento en que se rompió el fuego, que eran capaces de pelear al lado de los soldados de linea. Todos hemos visto cuánto valor han desplegado, cau-

sándonos sorpresa y admiración su arrojo hasta á los mismos soldados veteranos.

Yo he visto á muchos ciudadanos, aun heridos, no querer abandonar su puesto de peligro y de honor, entre otros muchos el señor Saffia, corredor de Bolsa, herido en la cara, aunque levemente, pero su tranquilidad demostraba que era capaz de afrontar todas las situaciones.

Jamás habría sospechado yo, cuando conocí algun tiempo antes á este señor, que detrás de un aspecto tranquilo y bondadoso se ocultase el valor heróico de un soldado cuando le veía en la calle Florida, en aquellas noches, en que yo me dirigía á las sesiones de la Junta Revolucionaria, en casa del patriota y noble ciudadano señor D. Benjamin Butteler.

Con la confianza, pues, adquirida en el primer momento de fuego de que los ciudadanos eran también otros tantos soldados, mayor seguridad habia en el triunfo.

Así pues, en la tarde del sábado, la salida era eficaz y el triunfo seguro, mayormente cuando se facilitaba por este medio hacer saber al pueblo entero que la revolución se extendía y los ciudadanos con mayor motivo correrían al Parque, se armarían y ocuparían toda la ciudad, quedando la revolución inconmovible y terminada, por este solo hecho, y si aún algun cuerpo quedara adicto al Gobierno, era de hecho prisionero y envuelto entre las poderosas mallas de una red formada por cada una de las casas de la ciudad; y, como he dicho antes, producida así la revolución, de hecho quedaban prisioneros igualmente, no solo los personajes que fuese necesario tomar, sinó todos los demás.

Creo, pues, evidentemente, y repito que el no haber triunfado la revolución, fué debido única y exclusivamente á nuestra inacción en el Parque, lo que no debió suceder por ninguna consideración ni circunstancia, y antes, por el contrario, si algo se había omitido mayor era la razón y la necesidad de movernos con rapidez.

Setiembre 24 de 1890. JULIO FIGUEROA.

El General Roca y el Dr. Pellegrini

Conocemos ya las razones que obraron en el espíritu del General Campos para no llevar un ataque decisivo á las fuerzas del Gobierno, resultando de ellas varios cargos á la Junta Revolucionaria, y dejando en pié todos los que contra ella hemos formulado en el transcurso de nuestro relato con el solo propósito de producir la discusión para que la luz se haga, porque así lo exige la sangre derramada y ese pueblo que tan abnegadamente supo batirse y morir.

Las razones dadas por el General Campos, buenas ó malas, atendibles ó no, son la expresión honrada de un hombre que en los momentos del peligro no ha excusado su presencia, jugando su vida, sin que le detuvieran esas dudas, esos temores, esas reflexiones que acuden á la imaginación y al corazón en el instante supremo y que hacen vacilar al más fuerte: el recuerdo de la esposa, el recuerdo de los hijos. La palabra del General Campos merece entera fé, y si ha errado, ahí está el error confesado con la lealtad y franqueza del hombre que *todo* lo jugaba, desde su porvenir hasta su vida, en aras de la patria. Si algo hay que disculpe esos errores que escalonados y fatalmente ligados entre sí, siendo una la consecuen-

cia inmediata del otro, errores que nos llevaron paso á paso al fracaso de nuestras esperanzas y al de nuestra empresa, es el haberlos cometido inconscientemente, creyendo obrar en el sentido requerido, y prueba de ello es que el autor de tales equivocaciones era el primero en afrontar y sufrir sus consecuencias.

Conocemos también la opinión del valiente y bizarro Coronel Figueroa respecto á las operaciones militares, expresada con ruda franqueza, con ese entusiasmo y energía de los que están acostumbrados á desafiar el peligro; pero no sucede lo mismo respecto de otros antecedentes que, apuntados hoy, pueden servir al historiador para encontrar la verdad en medio de las nebulosidades, por hoy impenetrables, que envuelven el proceso del movimiento revolucionario.

Para nadie es un misterio que el General Roca conocía ya el 18 de Julio los antecedentes de la revolución; que estaba perfectamente impuesto de lo que se tramaba y que sabía los medios de que se disponía, para el movimiento, como asimismo el plan que se había trazado.

La revelación de tan importante secreto ¿respondía á una infidencia de la Junta Revolucionaria ó de alguno de sus miembros? Dícese que no, y preferimos creerlo así. Achácase al Capitán Rojas, desligado de sus compromisos para con la revolución en vísperas de estallar; pero de todos modos, acéptese la versión que se acepte, el General Roca tiene sobre sí un cargo enorme, del que en vano tratará de disculparse.

Conocía el movimiento en sus detalles, conocía el plan: ¿por qué no lo evitó? ¿Por qué, en vez de indicaciones de esfinge, de frases de oráculo que podían interpretarse de dos maneras distintas, no reveló terminantemente al Gobierno del hombre impuesto por él al país, lo que contra él se fraguaba?

¿Le era simpático el movimiento? Nó, pues que desde el primer momento lo combatió, poniéndose al frente de las fuerzas enemigas.

¿Acaso le pedían sus guerreros instintos, cansados de diez años de paz, la embriaguez del combate, el fragor de las armas, los caliginosos vapores de la sangre recién vertida? Deseaba recrear su vista de soldado con el horrible espectáculo de sangrientas batallas? No es posible creerlo sin creer también que el General Roca tuviera entrañas de hiena; que estuviera completamente desprovisto de sentimientos humanitarios.

¿Esperaba tal vez cubrirse de gloria en la jornada, aprovecharse del espanto que dominaría las filas en que había de prestar el contingente de su brazo, obligándole á volver á él los suplicantes ojos y hacerse entonces el héroe del momento, el hombre de la situación, el redentor, sin martirio, de los poderes amenazados? Los que ven en él una sed insaciable de popularidad y mando, que le tienen por oportunista que no repara en los medios con tal de llegar al fin, así lo creen y así lo aseguran.

Pero ¿es posible concebir que haya un argentino capaz de ver convertidas las calles de Buenos Aires en campo de batalla; que consienta que centenares de hombres lleguen al sacrificio, que se derrame sangre generosa de hermanos, para alcanzar la satisfacción de inconfesables ambiciones?

¿Por qué el General Roca no evitó el movimiento? ¿Qué razones tuvo para dejarlo producir si más tarde había de combatir contra él?

Y respecto al Dr. Pellegrini, formulamos iguales preguntas, pues también el entonces Vicepresidente de la República tuvo conocimiento, supo, que las cabezas dirigentes de la «Unión Cívica» conspiraban y que iban á la revolución. ¿Por qué no procedió como las circunstancias se lo aconsejaban?

¿Cómo se explica la reserva de estos dos hombres para con el Dr. Juarez, de quien eran cómplices, colaboradores y sostenedores? ¿No debían temer acaso que la revolución, derrocando al Dr. Juarez, había de derrocarles tam-

bién y que en su caída había de arrastrarles? ¿No eran y no son ellos miembros conspicuos de ese círculo funesto que obligara al pueblo á levantarse en armas? ¿Y por qué entonces, sabiendo que la revolución contaba con elementos que la hacían *invencible*, la esperaron tranquilos y dejaron que se produjera? La conducta del General Roca y del Dr. Pellegrini no es explicable, pues entraña misterios que solo podría descifrar el *Círculo Republicano*.

Por otra parte, ¿ es en pago de haber guardado el secreto de la conspiración el General Roca y Dr. Pellegrini que no se disparó el cañonazo aquel que aguardaba por señal el grupo encabezado por el joven Lagos para proceder contra el primero y por la misma causa se consideró *innecesaria* la prisión del segundo?

Sentamos hechos, y para que en ningún tiempo ni lugar se nos tache de apasionados, de exagerados ó de parciales, anotamos al paso las reflexiones que surgen en nuestra mente al hacer el examen de esos hechos. Como el anatómico que diseca un cadáver músculo por músculo, arteria por arteria, filamento por filamento, así disecamos también los sucesos, sus consecuentes y antecedentes y los argumentos favorables ó adversos que en pró ó en contra de los hombres que los provocaron pueden enunciarse.

A ellos les toca justificar su conducta, descargarse del peso de las responsabilidades contraídas ante la opinión y aparecer por sí mismos inocentes ó culpables.

Hablen, hablen los que deben hablar, porque así lo exigen todos los que, abandonando á sus madres, á sus esposas y á sus hijos, corrieron á prestar el sacrificio de sus vidas á la revolución, en la creencia de que servían á la patria.

———

Conclusión

LA CAIDA DE JUAREZ

Vamos á terminar la difícil tarea que nos impusimos al reseñar los hechos que provocaron el movimiento armado cuya crónica acabamos de hacer del modo más completo que nos ha sido posible y sin dejarnos influenciar por apasionamientos políticos, por odios de partido ni por nada de cuanto puede ofuscar la mente del narrador y desvirtuar la verdad de los hechos.

No nos ha movido en nuestra empresa el futil deseo de detallar sucesos más ó menos conocidos ni la fugaz vanagloria de historiarlos, por cuanto que ni hemos tenido pretensiones literarias ni nuestro trabajo puede caer bajo la crítica de las letras. Ha guiado nuestra pluma el mero deseo de establecer la verdad, dando fin á sugestiones ó preocupaciones del vulgo, favorables ó adversas para los hombres de la revolución; dejar una página escrita que sirva de auxiliar á los historiadores del futuro, y sobre todo, deslindar situaciones, obligar á que hablen, siquiera sea volviendo por su buen nombre empañado con el aliento de los severos cargos que contra ellos resultan, á los que nos comprometieron y comprometieron al pueblo en una aventura desastrosa.

El drama que tuvo sus comienzos en la Logia Militar formada por el patriotismo de la distinguida oficialidad de nuestro ejército, y su desarrollo en el Parque, ha terminado en sainete de antecámara, en el que han jugado los papeles principales, sobre la sangre de las víctimas, unos cuantos comediantes y un hombre atemorizado con relaciones pavorosas y fantasmas de escenario.

Algo de este sainete pudieran decir algunos de los miembros de la misma Comisión mediadora de la paz, que en nombre de la patria, en nombre de la humanidad, pidieron la cesación de la guerra y hasta el mismo General Levalle, el amigo íntimo del Dr. Juarez.

Entremos en el verdadero desarrollo del sainete que pone fin á la tragedia de Julio.

Mientras la ciudad entera se ahoga bajo el terrible peso de la derrota de sus esperanzas; mientras los ciudadanos, todos esperan con terror el comienzo de las represalias y la aurora de una situación más ominosa aún; mientras se extiende por Buenos Aires un velo de tristeza y flota sobre ella una atmósfera de muerte, las figuras principales de este cuadro sombrío se agitan en la oscuridad, tejen la red en que han de envolver el obstáculo que queda á sus aspiraciones.

El doctor Alem desaparece, se oculta, cambia de domicilio. El doctor Del Valle sigue sus huellas y momentáneamente desaparece también.

El doctor Pellegrini y el General Roca indagan ó aparentan indagar el paradero de uno de ellos, el del doctor del Valle; necesitan avistarse con él; ¿para qué?... Lo ignoramos; para cambiar ideas tal vez!

Por fin, pues no es tan impenetrable el misterio en que se envuelven, encuentran al doctor Del Valle, se conferencia y se habla, y.... ¡quién sabe lo que se prepara!

El resultado es hacer del Dr. Juarez una especie de Carlos II el Hechizado, al que se asusta con continuas revelaciones de nuevas conspiraciones, con constantes

temores de nuevas asonadas: ya ni dormir tranquilo se le deja! Pellegrini y Roca, obedeciendo las insinuaciones de su política tenebrosa, le arrancan á media noche de su lecho, le hacen atravesar las calles de Buenos Aires en medio del espantoso silencio que en ella reina, le hacen respirar aquella atmósfera de terror que se retrata hasta en las mudas fachadas de las casas silenciosas y sombrías, y le llevan al cuartel del Retiro, «preveyendo que se produzca un nuevo movimiento que se prepara, según noticias; una conspiración que tiene por objeto arrancarle la vida al Presidente.»

El Dr. Juarez, en medio de estos sobresaltos continuos, en el aislamiento, en el vacío en que le han colocado, sin ver á su alrededor más que rostros aparentemente asustados ¡oh poder de la máscara! del General Roca y Dr. Pellegrini, que sin cesar mormuran en su oido palabras fatídicas, vé por todas partes la sombra del asesino imaginario, no come temiendo ser envenenado en los manjares que le sirven; no duerme temiendo no despertar; vé por do quiera la imagen de muerte, el fantasma de la rebelión, y si en aquel entonces no perdió el juicio, es.... porque el doctor Juarez no puede perderlo, porque no se pierde lo que no se tiene.

Como vivir así no es vivir, porque no compensa el poder la constante excitación, el continuo sobresalto, y luego como sus amigos y cómplices Roca y Pellegrini habíanle hecho el vacío, sin dejarle ni siquiera formar ministerio, el atemorizado presidente renuncia y renuncia tal vez después de lo que había deseado.

¿Qué le restaba que hacer? Los hombres en quienes confiaba, porque los había visto á su lado en el momento del peligro, *defendiéndole*, eran los mismos que ahora despertaban el miedo en su alma, le amenazaban con un desenlace fatídico; ¿cómo no creerlo? cómo imaginar que todo fuera una repugnante comedia?

Hé aquí explicado el por qué de la renuncia. No la provocó la revolución, no la exigieron las Cámaras, no

fué una consecuencia de los hechos; estaba prevista y decretada de antemano, habíase trazado el plan de ella pasando por sobre montones de cadáveres de desgraciados que creyeron deber morir, porque morían por la patria. ¡Y para llegar á este ridículo sainete, tantas víctimas! Para jugar papeles tan mezquinos, comprometer á todo un pueblo noble y generoso!

El General Roca y el Dr. Pellegrini, podían decir, antes que la revolución estallara, que tenían en su poder la renuncia del Presidente, como asimismo la cartera del Interior el primero y la primera magistratura del país el segundo, proclamando el triunfo del *Círculo Republicano* sobre los mártires del Parque.

*
* *

Entremos en algunos detalles.

La revolución, vencida, no por las fuerzas del doctor Juarez, sinó por los hombres que la dirigían, había consolidado en el poder al círculo y á su jefe, cuyo derrocamiento se había intentado por medio de las armas. Así lo comprendió el Dr. Juarez, sin pensar que sus cómplices, antes y durante los sucesos de Julio, tramaban contra él el ridículo sainete que lo volcara, y que tan hábilmente fuera explotado para hacer creer al pueblo que era un triunfo por la revolución alcanzado.

Mientras el complot se fraguaba, el Dr. Juarez escribía cartas, como la siguiente, al Ministro de la Guerra, General Levalle, su íntimo amigo, su sostenedor, sin imaginarse que también en el momento oportuno habíale de dar la espalda.

Dice la carta:

Mi querido Ministro:

Me parece que Marcos debería volverse á Córdoba y dejar el Batallón al mando de Espinosa, pues él podría hacer falta para más tarde.

Como el ha mandado los cinco mil fusiles que tenía, para armar las fuerzas de Córdoba y Santa Fe, sería bueno l

mandara entregar cinco mil fusiles para que los mantuviera allí á disposición de la Nación.

El último motín nos ha demostrado el inconveniente de mantener todas las armas en un solo punto.

Creo que también podrían mandarse otros cinco mil á Santa Fé.

Le agradecería diera las órdenes al respecto.

Suyo afmo. amigo.

M. JUAREZ CELMAN.

Agosto 1º de 1890.

Como se ve por este documento, en primero de Agosto, lo que menos había pensado el Dr. Juarez era en dimitir y, por consiguiente, resulta inexacto que ello se hubiera estipulado *secretamente* en la capitulación, á menos que el Dr. Pellegrini y General Roca con el Dr. Del Valle lo hubieran así convenido durante la larga conferencia del 27 de Julio, celebrada para obtener un armisticio de 24 horas con el propósito de enterrar muertos y dar debida asistencia á los heridos!

Pero la permanencia del Dr. Juarez en el Gobierno contrariaba la opinión, contrariaba también los planes puestos de manifiesto más tarde, y de aquí que el mismo día, horas después de escrita la carta que antecede, los señores Roca y Pellegrini se presentaran exabrupto, en pleno acuerdo de ministros, para manifestarle al doctor Juarez que la marcha del país era imposible, que la opinión exigía su renuncia. Esto último no lo dijeron, pero lo dejaron comprender.

Después de cambiar ideas, se votaron varias proposiciones, siendo las principales las siguientes:

1ª Renuncia del Dr. Juarez. Fué rechazada por unanimidad.

2ª Licencia por seis meses al Presidente, á fin de que durante ese tiempo el Vice procurara encarrilar la marcha del país. Tuvo esta proposición dos votos en favor y tres en contra.

3ª Consulta al Congreso. Aceptada.

Sabido es que el Congreso, casi por unanimidad, rechazó la renuncia del Dr. Juarez en el primer momento, viniendo después el proyecto de formación de ministerio. El Dr. Pellegrini fué comisionado para formarlo, pero.... sus gestiones fueron inútiles (!) como pueden testimoniarlo el Dr. Eduardo Costa, el Dr. Gutierrez, actuales ministros, y las cabezas dirigentes de la «Unión Cívica».

Esto por una parte y haber declarado el General Levalle que no contaba con el ejército, aunque más tarde volviera sobre sus pasos, contribuyeron á la desesperación del Dr. Juarez, el que á más y al mismo tiempo era atemorizado con una *conjuración* que debía concluir con su existencia. ¡Qué farsa inicua!

Llega un momento de reacción en presencia de la negativa del Dr. Costa á formar parte del Ministerio, y la nota más alta la dá el ex-ministro Saenz Peña: «Hemos mendigado demasiado, dice, y es necesario afrontar la situación tal como se presenta. ¡Presidente, es llegado el momento de ir á Roma por todo!»

—¡Sí, á Roma por todo!—contestaron los demás ex-ministros y encomendaron al Dr. Saenz Peña varios proyectos tendentes á dar confianza á la opinión y consolidar la marcha político-administrativa del país

Al dia siguiente el Dr. Saenz Peña, vinculado al Dr. Del Valle, no solo por la amistad, sinó *por avisos oportunos*, en vez de los proyectos cuya preparación le había sido encomendada presentó su dimisión, pensando esta vez que no podia «irse á Roma por todo».

El Dr. Juarez comprendió entonces que sus amigos le daban la espalda en el momento de la prueba, y así como habia querido entregarse en manos del partido mitrista, pensó que habia llegado el caso de lanzarse á los del irigoyenista y más tarde del rochista. El Dr. Irigoyen no aceptó formar ministerio, y el Dr. Rocha pudo hacerlo pero se asustó—es la palabra,—ante la opinión, renunciando horas después el cometido.

El Dr. Juarez, abandonado por sus amigos, sin encontrar

un punto de apoyo en parte alguna, atemorizado por *conjuraciones* de teatro y dirigidas por hábiles *tramoyistas*, concluyó por presentar su renuncia y dar el triunfo al *Círculo Republicano*.

El partido mitrista ha conseguido dos ministerios; ¿qué más quiere? ¿Acaso con ello el país no se ha salvado de la bancarrota? ¿Acaso no se ha salvado la moral política?

Y nosotros ¡pobre pueblo! contribuimos con nuestra sangre, con el sacrificio de nuestras vidas, con el porvenir de nuestros hijos, á la consumación de farsas tan repugnantes, tan destituidas de moralidad!

* * *

¿Qué ha conseguido el pueblo, en suma, con la caida del Dr. Juarez?—¿No era acaso un poder tambaleante que al primer soplo se hubiera venido al suelo?—Nos han arrancado del cuello un dogal de cuero podrido para ceñirnos dura cadena de fierro que en vano intentaremos romper, porque ya no nos será posible realizar una revolución como la que se ha hecho fracasar.

Notas

En el trascurso de nuestra narración no hemos visto actuar algunos militares y ciudadanos en el rol que desempeñaron, debido á la precipitación con que hemos escrito este libro, pero no queremos cerrarlo sin tributarles siquiera una palabra de justicia.

—En primera línea figura el General Domingo Viejobueno, quien, como se sabe, preparó la entrega del Parque á la revolución é inmediatamente de haber ella estallado se trasladó de Rio IV para presentarse á la Junta Revolucionaria de que formaba parte. El mismo día

en que esto sucedió,—el domingo,—embarcóse para La Plata á fin de conferenciar con las autoridades de la Provincia de Buenos Aires y solicitar su concurso para la revolución. Las gestiones del General Viejobueno se estrellaron contra la actitud espectante de esas autoridades, que ni eran revolucionarias ni dejaban de serlo.

—En segundo, el Mayor Felipe Vazquez, que aunque al frente de la Mayoría, durante la guerra, prestó sin embargo valiosisimos servicios, siendo él quien ordenara la formación de los primeros cantones para la defensa en vista de la inactividad que se observaba. El primer Jefe que concurrió al Parque fué el Mayor Vazquez y el primero también en organizar las fuerzas populares para la defensa de aquella posición.

—El Dr. Oscar Liliedal no debe quedar sin un recuerdo de gratitud, pues fué él quien abasteció las tropas, gran parte de su peculio, y quien cuando se dijo que faltaban municiones se puso en campaña para encontrarlas y adquirirlas en plaza, logrando 59.000 tiros que el martes por la mañana introdujo al Parque.

—El Dr. Juan José Araujo, que también prestó valiosisimos servicios á la causa revolucionaria.

—El Sr. Emilio Onrubia, cuya casa sirvió de cuartel general á los jóvenes oficiales que se alistaban á levantar los cuerpos de la guarnición en favor del pueblo, animándoles y alentándoles en su patriótica empresa.

—El Dr. D. Bernardo de Irigoyen y tantos otros distinguidos ciudadanos como el Sr. Francisco Uriburu, los jóvenes Rouquaud, etc., que contribuyeron con dinero los unos y con su brazo los otros á la cruzada redentora, cuyo desenlace el país entero lamenta y lamentará siempre.

Muertos y heridos

Regimiento 1.° de Artillería

Constantino Reybaud, Teniente, herido—Doratio Hermosid, id id—Estanislao López, id id—Tomás Vallée, id id—Eduardo Tello, Alférez, id —Alberto Cáceres, Sargento distinguido, id—Pablo Libardi, id id—Alejandro Rodriguez, id id—Abraham Suárez, id id—Salvador Villegas, Cabo 2°, id—Miguel Díaz, id id—N. N., tambor, id—Timoteo Torres, soldado, muerto—Alfredo Navarro, id herido—Evarísto Almonada, id id—Agenor Aguilar, id id—Segundo Cancino, id id—Cárlos Rodriguez, id id, grave, murió—Silvano Gómez, id id—Miceño Rocha, id id—Andrés Luna, id id—Luis Guerrero, id id—Benito Rojas, id id—N. Alvarez, id id—Cornelio Gallegos, id id—Marcelino Manquido, id id—José Lizondo id id—Facundo Peñaloza, id id—Pascual Jofré, id id—Feliciano Olivera, id id—Eusebio Lastra, id id—Luis Perelli, id id—Emilio Guerrero, id id—Jósé Lucas Rojas, id id.

Batallón 10° de Línea

Reducindo Pereira, Teniente, de Estado Mayor, herido—Venero Acevedo, Cabo, id—N. Rodas, id id, grave—Feliciano Tello, soldado, id—Waldino Alga, id id—Simón Godoy, id id—Serafín Leonardi, id id—Ignacio Amarallo, id id—José Cabrera id..

Batallón 4.° de Linea

Julio Méndez, Cabo 2°, herido—León Uzar, soldado id—Lorenzo Albarracin, id id—Guadalupe Madariaga, id id.

Batallón 9.° de Linea

José Serra, soldado, herido—Tomás Silva, id id—Marcelino Manrique, id contuso en una pierna—Gerónimo Lastra, id herido.

Batallón de Ingenieros

Luís G. Fernández, Capitán, herido—A. Benande, Teniente, id en una mano—Adolfo Benavidez—Segundo Pereira, Cabo, id—José M. Corbalán, Cabo 2°, id en un tobillo—Pedro Laurrea, soldado, id—Eleuterio Velásquez id id—Ignacio Martínez, id id—Antonio Gallardo, id id Angel Voges, id id—José Mena, id id—Alejandro Lobos, id id—José Segura, id id—Guillermo Sveinz id id—Alejandro Barros, id id—Luís Esquirre, id id en un brazo—Luís Roldán, id id—Juan Loreira, id id en una ingle—Alberto Bedoya, id id—Juan de la Cruz Tello id id—Jnan Guzmán id id.

Vigilantes

N. N., herido,—Dionisio Carroso, id,—Francisco Gutiérrez, id,—Pedro González, muerto,—Manuel Pérez, herido,—Basualdo, id,—Dámaso Calvo, id,—José Lascano, id,—Antonio Casucho, id,—Pedro Alamiz, id,—Aiejandro Sánchez, id,—Ricardo Torres, id.

Ciudadanos

Favio Otamendi, dos heridas,—Domingo Malhau, herido,—Gregorio Palacios, id,—J. Basualdo, id,—Pedro González, id,—Enrique Castellanos, id grave; Hospital de Clínicas,—Alejandro Gavilongo, id, id, id, id,—Un desconocido, muerto, Paraná, 791,—Otro idem, id, Montevideo, 836,—Manuel Reyes, herido en una mano,—Manuel González, id,—Federico C. Oliver, id; fué llevado al hospital y salió,—Pedro Merzori, id,—Cruz Rodríguez.

id,—Fernando Elizalde, id, fué llevado al hospital y salió —Emilio Llanas, id,—Ignacio Vazañez, id,—Manuel Arteador, id en un pié,—Eduardo Fernández, id,—Francisco C. Angó, id,—Jerónimo Rivas (español), id,—Juan José Costa, id,—Alberto Sumbland, id,—Domingo Mattu, id,—Adolfo Elben, id,—Cruz Vera, id,—Tomás Golota, id,—Pedro Quereche, id,—Pedro Troncoso Vela, id,—Andrés Laborda, id,—N. N., id,—Alberto Moreno, id en la cabeza,—Manuel Terrible, id en una pierna,—Juan Videla, id en la cara,—Agustín Thoduas, id,—Donato Güille, id,—José Rivas, id,—Abraham Kraus, id,—Lázaro Schuard, id leve en la cara,—Luis M. Basavilbaso, id,—Federico Rivera, id,—Barbagelata, id,—Juan Antonio Rive, id,—Miguel Macías, id, fué llevado al hospital y salió,—I. Sargero, id,—Gustavo de Elía, id,—Francisco Alcobendas, id, fué llevado al hospital y salió,—Emilio Germán de la Serna, id,—Francisco de la Casa, id,—José Martínez, id.

Las nóminas que anteceden son deficientes é incompletas, como se ve. Pero hay que tener presente que solo se refieren al momento mismo de la lucha.

Algunos de los que en ellas figuran simplemente como heridos, dejarían, tal vez, de existir al día siguiente, y otros, por el contrario, habrán salido ya de los hospitales adonde fueron conducidos.

La suerte de muchos de ellos podrá verse en el texto de este libro, y, especialmente, la de aquellos que formaron parte del elemento militar.

En cuanto á los heridos y muertos en las filas del gobierno, sabemos que el cuerpo de vigilantes tuvo *setecientas* bajas y los cuerpos de ejército al rededor de *quinientas*.



1—Coronel Mariano Espinosa, *Gefe de la 2ª Brigada.*
2—Capitán Gregorio Ratto.
7—Capitán Bernardo Calandra.
6—Capitán Federico Calandra.
3—Teniente Jerge Señorans.
5—Teniente Isidro Arroyo.
4—Subteniente Manuel Blasco.

CANTONES

COMANDO Y FUERZAS

SUCESOS OCURRIDOS EN ELLOS

TALCAHUANO Y CÓRDOBA

COMANDANTE: CORONEL DR. JUAN JOSÉ CASTRO

Entre los documentos que publicamos, bajo el título de «Operaciones militares de las fuerzas revolucionarias,» encontrará el lector el parte oficial que el Dr. Castro elevó al General en Jefe de las fuerzas.

Abundaremos sin embargo, en detalles. Durante todo el día sábado, este cantón, que era el más avanzado sobre la plaza Libertad, donde se habían situado las fuerzas del gobierno, sostuvo con ellas un nutrido fuego, sin dejarlas avanzar ni siquiera situarse en la esquina de Talcahuano y Paraguay, posición que era anhelada por el enemigo para dominar desde allí el Parque.

En los diversos y fuertes tiroteos del mismo dia, sufrieron las fuerzas revolucionarias algunas bajas y, entre ellas, la del apreciable caballero Francisco R. Alcobendas, que fué herido en un brazo, aunque no de gravedad, y también la del joven Troncoso.

En la madrugada del domingo, después que el enemigo, al amparo de la noche, pudo formar trinchera en la esquina de Talcahuano y Paraguay, fué este cantón

el que rompiendo sus fuegos sobre las fuerzas del gobierno, llamó la atención del Parque batiéndose denodadamente contra el 2° y el 4° de línea que, aprovechando la niebla, parecía se dispusieran á llevar un ataque decisivo á la plaza del Parque.

En este combate el joven Manuel Curutchet, fué herido, y muerto un niño llamado Diaz. Cayeron heridos también, el joven Enrique Madero, y Alberto Sumblad.

En lo más recio del combate del domingo á la madrugada, el cantón mandado por el coronel Castro, arrancaba aplausos en el Parque, donde con ansiedad se preguntaba quien era el bravo que tan valerosamente lo mandaba.

Aquel cantón era compuesto por hombres como el citado y como los que cayeron heridos ó muertos, en defensa de la libertad y el derecho.

Después del combate del domingo, el coronel Castro formó el batallón «Buenos Aires» con el cual ocupó la iglesia y convento del Salvador.

He aquí su composición:

BATALLON DE CÍVICOS «BUENOS AIRES»

Jefe: Coronel, DR. JUAN JOSÉ CASTRO.
2° *Jefe: Comandante*, PEDRO CAMPOS.

Plana Mayor

Capitán Ayudante: Manuel Curutchet;—Ayudantes Mayores: Eduardo Amaro, Juan Maria Campos, Ventura Martinez Campos, Rodolfo Araujo Muñoz y Miguel Angel Gelly—Subtenientes: Ramón J. Lagos, Pedro L. Medina y Antonio Martinez Campos—Capitan-Abande-

rado: Alberto Sundblad—Subteniente de bandera: Alberto O. Maciel—Tambor de órdenes: N. Diaz.

Compañías

Granaderos

Capitán: Francisco R. Alcobendas—Teniente 1º: Pedro Leon—Teniente 2º: Bernardo Velez Sarsfield—Subteniente: Francisco R. Piñeyro—Subteniente: Juan Ariñez.

I

Capitán: Enrique Madero—Teniente 1º: Justiniano J. Lynch—Teniente 2º: Raul Villanueva—Subteniente: Julio J. Labitte—Subteniente: José J. Almirón.

II

Capitán: Pedro J. Troncoso—Teniente 1º: Hugo Macias—Teniente 2º: Teodoro Argerich—Subteniente: Federico Lanes—Subteniente: Villate.

III

Capitán: Alberto Sundblad—Teniente 1º: Manuel L. Montolo—Teniente 2º: Enrique Lynch Arribászaga—Subteniente: Enrique F. Beccar—Subteniente: Francois Loyez.

IV

Capitán: Carlos M. Campos—Teniente 1º: Eduardo P. Fernández—Teniente 2º: Rufino de Elizalde—Subteniente: Cornelio Lizárraga—Subteniente: Rufino Rodriguez de la Torre.

V

Capitán: Cayetano Rey Grimau—Teniente 1º: Hernan Cibils—Teniente 2º: Norberto B. Cobos—Subteniente: Anacleto Llosa—Subteniente: Juan Quevedo.

VI

Capitán: Rafael Martinez Campos—Teniente 1º: Alberto Bosch—Teniente 2º: Adolfo S. Gomez—Subteniente: Manuel Campos (hijo)—Subteniente: Carlos Soussens.

Cazadores

Capitán: Augusto Belen Sarmiento—Teniente 1°: Cosme Beccar Varela—Teniente 2°: Ireneo Gelly—Subteniente: Augusto Diaz—Subteniente: Leon Rebollo.

Compañías de cívicos agregadas al Batallón «Buenos Aires»

I

Sargento Mayor: Adolfo Drury—2° Sargento Mayor: Pedro C. Cabral—Teniente 2°: José A. Gimenez—Subteniente: Enrique Coquet—Subteniente: Ricardo Orfili.

II

(CANTÓN CALLAO Y LAVALLE)

Capitán: Farias—Teniente 1°: J. B. Otamendi—Teniente 2°: Alberto E. Coquet—Subteniente: Armando Casal—Subteniente: Luis Bermudez.

III

Sargento Mayor: Carlos Willson—Teniente 1°: F. Garaycochea—Teniente 2°: Pedro Madariaga—Subteniente: J. C. Barreyro—Subteniente: Juan Willson,

IV

Capitán: P. Benavente—Teniente 1°: Celedonio D. Mercado—Teniente 2°: Ventura Barreyro—Subteniente: Juan C. Nazar—Subteniente: Eduardo Casal.

Clases y soldados cívicos

Eugenio Martinez, Pedro E. Guardiola, Angel M. Parpaglioni, Enrique Guizazola, Juan J. Ferreira, Juan Barreiro, Rómulo Ibarra, Fermin Cafré y García, Francisco Arostegui, Andrés F. Durán, Enrique Durán, Alberto Irigoyen, Manuel Lozano, Antonio Fernandez, José Perez Miguelini, José Cerutti, José Tadey, Manuel Montenegro, Juan Lacatelli, Segundo A. Rivero, Pablo Chias, Tomás C. Muñoz, Cristóbal Driller, Diego A. Frassinetti, Agustín Rodriguez, Isauro P. Argüello,

Emilio Villalba, Anacarsis Galvan, Cárlos Grube, Cárlos M. Ascherí, Pedro Macias, Claudio V. Crotto, Clemente Berterresse, Antonio F. Monti, Santiago A. Figueroa, Juan Peralta, Angel Perego, Juan J. Santander, Ramón Oric, Luís Maidana, Dionisio Alberú, Antonio Romero, Eduardo J. Casalido, Cárlos Borterlini, Justo Pastor Alvarez, Andrés Laborde, Alfredo Hornos, Mario de la Serna, Mañuel de la Serna, Fortunato Robatte, Francisco Guarda, José Perez. Juan Manuel Aguiar, Antonio Cerutti, Antonio Eiff, Juan Fassio, Enrique Schenoné, Mario Cibeles, Cárlos Martin, N. Marti, N. Aparicio, Belisario Yacear, Andrés Rivero, Miguel Inkerman, Alfredo Mesadra, José Benaschi, Eulogio Ceballos, Victorio Bessio, Antonio Descalzo, Emilio Silva, Enrique Ortega, Alejo Miranda, José Bilbao, Casiano Cabrera, Manuel Cascallares, Alejandro Armanino, Manuel de la Huerta, Emilio Ortega, Santiago Linares, Andrés Aparicio, Norberto de Lavalle, Gabriel M. Ortega, Agustin Klapemback, Luís Cerrano, Lorenzo Vergara, Nicanor V. Arévalo, Julio Cortinez, P. Vernet, Josué Mon, Antonio Aristi, José Buschiazo, Justo Galeano, Jaime Carlos Nelson, Félix Aguilar, Gerardo Mass, Alberto Benosa, Casio Moreira, Mariano Amari, Joaquin S. Zeballos, Dimas Oyde, Angel Manzolido, Antonio R. Gutierrez, Julio Cattaner Echeverria, Juan Perez Badía, Tomás Balcarce, Gumersindo Otero, Cosme Reynal, Roque Fuentes, Juan Guildo, Juan Linares, Benito Cuestas, Martin Cuestas, Jorge Real, Luís Real, Miguel Pignasco, Rufino Gomez y Serna, Julian Andujar, José Parieti, Vicente Puchelli, Leon Repurta, Mario Chielli. Luis Fumagli, Rosio Roca, Julio Ran y Lagos, Benito Fuentes, Cárlos Argiveli, Manuel San Pedro, Bernardo Rios, Alejandro Carleschi, Antonio Berttoni, Pablo Celestino, Romeo de Luca, Lucio Ruiz, y ciento veintidos hombres más, cuy nómina no ha sido posible presentar.

PALACIO MIRÓ

En las primeras horas del día 26, el palacio Miró, posición estratégica, fué ocupado por fuerza de línea al servicio de la revolución; pero, más tarde, estas fuerzas fueron reemplazadas por ciudadanos que, en número de treinta y al mando del ex-teniente Cárlos Goyeneche, las relevarón.

El Sr. Goyeneche, instalóse con su fuerza en dicho edificio y, poco después de esta operaciòn, rompieron el fuego sobre él los cantones enemigos, uno de los cuales estaba situado en la capilla de «Las Victorias» y el otro á la derecha del palacio.

El fuego continuó intermitente, durante todo el día.

Disponíase el cantón enemigo de «Las Victorias» á hacernos fuego con una pieza de artillería que habian colocado en la azotea, cuando los certeros disparos hechos por el malogrado Capitán Roldán, hicieron que desalojase la posición, á pesar de lo cual el fuego continuó por fuerzas situadas en la plaza Libertad.

Al mismo tiempo el Sargento distinguido Justo P. Plaza ocupaba la casa contigua al palacio (calle Via-

monte) de propiedad del señor J. Posse, al mando de un grupo de ciudadanos.

Esta fuerza se parapetó en la azotea de dicha casa, comenzando con nutrido fuego, por troneras que abrió el Mayor Sr. Day en persona, ayudado por el ciudadano Andrés R. Soffia, que fué uno de los que más se distinguieron por su conducta, á quien el Sr. Goyeneche comisionó con tal objeto.

Posteriormente dejó el cantón con un refuerzo, al Mayor Cabrera, el que permaneció en él hasta las siete de la tarde, poniéndose bajo sus órdenes el Sr. Goyeneche con su fuerza.

El mismo día cayó herido en dicho cantón el joven Luis María Basavilbaso, hijo del Dr. Leopoldo Basavilbaso, juntamente con los ciudadanos Andres R. Soffía, Martín Diaz, Ricardo Montaña, Carlos Martín, Ramón Alzagaray y José Martinez.

Hubo seis heridos más y dos muertos.

A la caida de la tarde, respondiendo á un plan del general Campos, fué desalojado el palacio; pero á las tres de la mañana del 27, habiéndose observado que las fuerzas del gobierno parecía se disponian á un ataque apenas aclarase, volvió nuevamente á ser ocupado por el Capitán Alejandro Cortina, al mando de una fuerza de 25 hombres. Como á las diez de la mañana fué reforzado el cantón con 30 hombres más y 5 artilleros mandados todos por el teniente Manrique, quién, á su vez, quedó bajo las órdenes del capitán Cortina.

Por fin, algo más tarde llegó tambien el Mayor Soler con 40 hombres de refuerzo, asumiendo el comando de la posición.

Entre otras distinguidas personas figuraban en este cantón los apreciables ciudadanos Felix Comet, el joven Quiroga, hijo del comandante del mismo apellido, el Dr. Molina, Salas, los dos jóvenes Argerich, Paulino Escobar, Pedro Casablanca, Elizalde, Ortíz, Alcobendas,

Guerrero, Diógenes Cortés y otros más cuyos nombres no recordamos.

La ametralladora que se había colocado en esta posición, era dirigida por el teniente del batallón de ingenieros, señor Manrique. Dicha pieza estaba colocada en la parte superior del edificio, y sirviéndola, encontró la muerte el teniente de marina Sr. García.

El cantón del palacio Miró, fué uno de los que más fuego recibió del enemigo, como es fácil suponerlo, dada su posición topográfica, respecto del cuartel central del mismo.

—Hé aquí los datos que nos ha suministrado el Sr. Fernando Cabrera, Mayor del regimiento 7° de caballería, respecto de este cantón:

Sr. D. Jose M. Mendia.

Distinguido compañero:

Habiendo tenido conocimiento del llamado que Vd. hace, á los ciudadanos que tomaron parte en los sucesos de Julio ppdo., á fin de que le suministren noticias acerca del movimiento, cábeme la satisfacción de poner en su conocimiento las peripecias y alternativas acaecidas en el cantón estacionado en el palacio de Miró durante el día sábado 26 del citado mes, del que me cupo el honor de ser su jefe.

Habiendo tenido noticias de que la revolución había estallado y de que el Parque era el sitio en donde las fuerzas revolucionarias habían establecido su cuartel general, traslademe á dicho punto el sábado á las nueve de la mañana.

Llegado que hube á la presencia del general D. Manuel J. Campos, General en jefe de las fuerzas revolucionarias, recibí sus órdenes, en cuplimiento de las cuales marché á tomar el mando de las fuerzas acantonadas en el edificio ante dicho.

La fuerza que allí habia, compuesta de veinticinco ciudadanos, estaba al mando de un ex-oficial cuyo

nombre siento no recordar en este instante (Goyeneche.)

Inmediatamente de haberme hecho cargo de dicha fuerza, comenzó un nutrido fuego, que me fué hecho desde los cantones enemigos, situados en la esquina Libertad y Paraguay, plaza de Libertad y especialmente de otro que se hallaba en la torre de la capilla de la Misericordia (Las Victorias.)

La fuerza de mi mando contestó á estos fuegos de una manera enérgica y heróica, pero eran tan certeros los disparos del enemigo á causa de su número y ventajosa posición, que á las doce del dia tuve que lamentar la pèrdida de once ciudadanos, de los cuales ocho fueron heridos y tres muertos.

No obstante, y apesar de la ventajosa posición del enemigo, conseguí, con mis valientes subordinados hacerle abandonar su posición de la capilla, que era la que más daño nos hacía, circunstancia á que se debe el que el número de bajas habidas en las fuerzas de mi mando, no haya sido más considerable.

No obstó esto para que el fuego del enemigo continuara siendo terrible, debido á la concurrencia de otros cantones, siendo contestado por las fuerzas del mío con valor y serenidad, dignas del mayor elogio.

En esta actitud permanecimos hasta las cuatro de la tarde del mismo día á cuya hora acometió el enemigo, la empresa de hacer desalojar la posición á cañonazos, haciéndonos dos disparos de artillería los que, felizmente, no nos ocasionaron pérdida alguna.

Conociendo el infructuoso peligro en que nos hallábamos debido á la actitud del enemigo, puse el hecho en conocimiento del Coronel Figueroa, el cual, previendo sin duda, que el permanecer allí sería causa de que fueran barridos por el cañon los veinte jòvenes tan distinguidos como valientes que defendían la posición, ordenó que bajásemos de la azotea y nos estacionásemos en los jardines, lo que hice ejecutar sin inconveniente alguno.

Una vez en ellos y después de recibir un refuerzo de nueve soldados del Batallon 9° de línea, al mando del bravo Sub-teniente don Rogelio Fernández del mismo cuerpo, nos desplegamos en guerrilla.

En momentos en que el infrascrito, acompañado del Sub-teniente Fernández, se hallaba ocupado en dar las órdenes necesarias para este acto, fuimos de súbito, sorprendidos por una descarga cerrada que nos hizo el enemigo, que se hallaba á nuestro frente.

Esta descarga fué contestada por nuestros fuegos y momentos después, un tiroteo nutridísimo, se entabló por una y otra parte.

La casa que teníamos en frente y desde la cual se nos hacía fuego tan mortífero, era la que recientemente acababa de ocupar el Coronel Garmendia, que desde el primer momento pudo darse cabal cuenta de que el adversario era digno de medir sus fuerzas con él y con los bravos que le acompañaban, como á su tiempo lo hizo constar en el parte que dicho jefe pasó al Ministro de la Guerra.

Aunque el fuego duró próximamente unas dos horas, no hubo afortunadamente, que lamentar la pérdida de un solo ciudadano, debido en parte, á que se observaron mis órdenes, así como las del Sub-teniente señor Fernández, el cual, en lo más recio del fuego, se multiplicaba prodigiosamente á fin de hacer la trasmisiòn de las que yo le daba, disponiendo la colocación de los soldados y ciudadanos en parajes convenientes.

No terminaré esta narración, sin hacer especial mención del susodicho señor Fernández, á quien conceptúo como un modelo de pundonor y de bravura.

Permanecimos en el palacio Miró hasta las siete de la tarde del mismo día sábado, hora en que por órden del Coronel Figueroa me puse en marcha para el Parque, poniéndome á las órdenes del bravo Coronel Morales, permaneciendo con él hasta el 28 á la tarde, en

que por órden del mismo jefe ocupé una de las esquinas del cuartel.

Dicha esquina es la que corresponde al ángulo N. O. ó sea Tucumán y Talcahuano, en donde con cuarenta ciudadanos, permanecí hasta el dia 29 á las cuatro y media de la tarde, hora en que todo había terminado.

De Vd. afectisimo y S. S.

FERNANDO CABRERA.

Buenos Aires.

TALCAHUANO Y VIAMONTE

COMANDANTE: CIUDADANO DON ANACLETO ESPINDOLA

Al Sr. Jefe de las fuerzas revolucionarias, General Don Manuel Campos.

Tengo el honor de dirigirme á V. E. comunicándole que el domingo 27 del corriente, á las siete de la mañana, salí del Parque al mando de una fuerza de ochenta y cuatro hombres, los que me fueron entregados por el Capitán D. Jacinto A. Espinosa; y cumpliendo órdenes recibidas de V. E., me trasladé con ella al cantón situado en la esquina de las calles Talcahuano y General Viamont, en cuya posición debía relevar al Comandante Sr. Dr. Juan J. Castro, juntamente con la fuerza á sus órdenes.

Llegado al sitio del relevo, puse en conocimiento del Comandante Sr. Dr. Juan J. Castro, la orden que llevaba,

é inmediatamente me fué entregada la posición con las siguientes novedades, un cadáver perteneciente á la acción del dia anterior y cuatro remingtons inutilizados á causa del excesivo fuego que se había hecho con ellos.

Una vez posesionado del mencionado cantón, examiné detenidamente sus entradas y salidas, y considerando que algunas de ellas eran peligrosas, por cuanto ofrecían fácil acceso al enemigo, contribuyendo además á hacer su fuego certero, á causa del gran descubierto que presentaba la trinchera, tomé todas las precauciones del caso é hice construir parapetos en todas las azoteas de la calle Talcahuano hasta Córdoba, extendiendo además, una línea de defensa por esta última que se prolongaba hasta el número 1320; debiendo hacer constar que en la construcción de dicha línea empleé CUARENTA Y SEIS colchones con igual número de almohadas y frazadas, todo lo cual me fué ofrecido por el vecindario voluntaria y expontáneamente.

Estas operaciones quedaron terminadas á las diez y cuarenta y cinco minutos a. m. del mismo día, y pocos momentos después sostuve un recio fuego de fusilería, provocado por las fuerzas del gobierno.

Duró el ataque unos veintisiete minutos, al cabo de los cuales, y después de haber hecho retroceder al enemigo hasta obligarle á ocupar sus posiciones primitivas, izó bandera blanca y en cumplimiento de la orden recibida de V. S. ordené que cesara el fuego, no habiendo en el cantón y fuerza de mi mando otra novedad que tres fusiles inutilizados á causa del mucho fuego hecho con ellos.

La misma tarde noté que el enemigo tenía el intento de construir una trinchera en la boca calle de Talcahuano y Paraguay, lo que personalmente tuve el honor de poner en conocimiento de V. S.

Mi suposición no resultó infundada, por cuanto poco

después de cerrada la noche me pude convencer de su evidencia. El enemigo trabajó con ahinco desde las nueve de la noche hasta las dos de la mañana, hora en que quedó terminada la trinchera, la cual construyó con fardos de pasto superpuestos, colocando en ella tres piezas de artillería.

Terminados estos trabajos de defensa, noté que el enemigo aumentaba la fuerza de los cantones que habían de batirse con el mío, hasta duplicarla, en virtud de lo cual supuse que quizá tuviera la intención de traer otros ataques más decisivos que los anteriores, como efectivamente aconteció.

En vista de la enérgica actividad que había asumido el enemigo, hice presente á V. S. la necesidad que había de reforzar á la mayor brevedad el cantón de mi mando, á lo que, accediendo V. S. tuvo á bien enviarme momentos después, un refuerzo de cincuenta hombres del Batallón de Ingenieros, al mando del Teniente don Eusebio Cuitiño.

Como ya estaba terminada la trinchera que V. S. ordenó que construyese en las calles Talcahuano y Viamonte, en las primeras horas de la mañana del domingo, coloqué en ella cinco piezas de artillería, tres ametralladoras y dos piezas Krup, al mando de los tenientes Vélez y Mujica, los que dieron pruebas de un valor extraordinario, asi como de su pericia militar.

A las doce menos diez minutos del domingo, el enemigo, que, como dejo expuesto, había tomado posiciones en la calle Talcahuano y Paraguay, rompió el fuego sobre el cantón de mi mando, sosteniéndose entre una y otra parte un vivisimo tiroteo con ventaja por nuestra parte, por cuanto en los primeros cuatro disparos hechos sobre la trinchera enemiga con las piezas Krup, quedaron completamente desmontadas las tres piezas de artillería que había colocado en su trinchera.

Conseguido esto, ordené al Teniente Cuitiño, al que había hecho parapetar al mando de cuarenta hombres

en la esquina de Córdoba y Talcahuano, que rompiera el fuego de fusilería sobre el enemigo, haciéndolo con gran tino y valor.

Al propio tiempo, nuestra trinchera continuaba sin cesar un nutridísimo fuego con las ametralladoras, ocasionando al enemigo gran número de bajas, tanto con aquella, como con el fuego de fusilería que se le hacía desde mi cantón y desde la calle de Córdoba y Talcahuano en donde se encontraba el teniente Cuitiño.

Después de media hora de reñidísimo combate, el enemigo se vió obligado á desalojar la trinchera que ocupaba en la mencionada esquina de Talcahuano y Paraguay, refujiándose muchos de ellos en los zaguanes de algunas casas contiguas.

Izada la bandera blanca por las fuerzas del gobierno, ordené como en el día anterior, que cesara el fuego obedeciendo así órdenes recibidas de V. S. y una vez terminado este, procedí á pasar revista tanto de las fuerzas de mi mando como del armamento y municiones, resultando muerto el soldado José Gómez, herido en una pierna el de igual clase Victorio Moreno, é inutilizados dos remingtons á causa del excesivo fuego.

Durante la noche del lunes 28 así como todo el día 29, no ha ocurrido en mi cantón cosa alguna digna de ser tenida en cuenta, si se exceptúa la circunstancia de que algunos de los ciudadanos que estaban acantonados á mis órdenes, hicieron varios disparos contestando á otros que habían sido hechos antes desde los cantones del enemigo; pero inmediatamente hice suspender el fuego, amonestando á los voluntarios y haciéndoles entender con palabras comedidas, que no debían disparar un solo tiro por cuanto estábamos en armisticio y que cualquier otro procedimiento en contrario sería causa suficiente para hacer sospechosa la elevada y caballeresca conducta de V. S. como general en jefe de las fuerzas, y la mia como jefe del cantón, cabiéndome la

satisfacción de poder comunicarle que estas razones fueron suficientes para calmar el ánimo de mis subordinados.

Acto seguido hico armar pabellones, y à fin de que nadie pudiera tomar las armas sin mi consentimiento, mandé colocar una imaginaria, permaneciendo en esta actitud hasta las cuatro de la tarde, hora en que recibi orden de V. S. de deponer las armas en Parque.

Inmediatamente de recibida esta órden, hice formar toda la fuerza del cantón á mi mando, dirigiéndome en seguida al mencionado cuartel, en donde los ciudadanos fueron desarmados y disueltos y las fuerzas de línea reincorporadas á sus cuerpos respectivos, cumpliendo así lo ordenado por V. S.

No terminaré este parte, señor General, sin hacer un recuerdo de la conducta del Capitan Espinosa y subteniente Champalanne, ayudantes de V. S., los cuales, en lo más recio del fuego se presentaron á trasmitirme las órdenes que V. S. me enviaba.

Dios guarde á V. S.

ANACLETO ESPÍNDOLA.

Julio 31 de 1890.

CANTÓN "FRONTÓN BUENOS AIRES"

(VIAMONT ENTRE LIBERTAD Y CERRITO)

COMANDANTE: CIUDADANO DOCTOR ENRIQUE S. PEREZ

Distinguido correligionario:

Accediendo gustoso á su pedido, le adjunto la historia

del cantón cívico «Frontón Buenos Aires». Es el parte que habría pasado al General en Jefe, si se me hubiera comunicado la orden general del dia 27 de Abril, de que Vd., posteriormente á los sucesos, me ha-hablado.

Lo saluda con su consideración más distinguida.

ENRIQUE S. PÉREZ.

s|c. Agosto 23 de 1890.

Señor D. José M. Mendía.

—

El cantón cívico «Frontón Buenos Aires», al mando de los señores Enrique S. Peres, Enrique Stegmam, ex-alumno de la Escuela Naval y Carlos E. Martinez, ex-ingeniero militar, estuvo situado en la calle Viamont, casi esquina á Cerrito, ocupando todo el edificio de la Sociedad Anónima «Frontón Buenos Aires» que dá frente á la mencionada calle.

Fué establecido el sábado 26 á las once a. m. por 20 ciudadanos, pues aun cuando salimos hacia él, del Parque de Artilleria 25 hombres, sufriò esta fuerza cinco bajas en el trayecto de la calle de Viamont, desde Libertad hasta la puerta por la cual penetró al edificio. Dos de los caídos eran los distinguidos jóvenes Justo Martinez y Felix Storni. Las causas de que antes de instalarse ya experimentara tantas pérdidas nuestro pequeño destacamento, fueron: en primer lugar, que para llegar á su destino, tuvo que avanzar sin ser protegido por nuestra tropa de línea, hasta aproximarse á 25 varas del enemigo, que ocupaba ya la boca-calle de Cerrito, y además, que fué necesario demorarse en esta situación algunos instantes en la calle, mientras se derribaba una puerta del edificio para poder penetrar á él.

Ocupé, primero, exclusivamente la mitad *Este* del edificio, y desde un pequeño mirador que existe sobre el segundo piso y desde los balcones,—en ambas posiciones teniendo que oponer los tiradores cívicos, todo el cuerpo de blanco al enemigo que se encontraba perfectamente parapetado,—conseguimos después de seis horas de con-

tinuo y nutrido tiroteo, extinguir el fuego de cuatro cantones del gobierno, y aminorar sensiblemente el de varios otros. En esta lucha tuvimos dos bajas.

Habiéndonos advertido el empresario de las obras de carpintería del Fronton, D. Antonio López, persona que desde el primer momento nos prestó su más decidido apoyo y cooperación, que la casa vecina por el costado *Este* tenía comunicación, por una ancha y débil puerta, con la esplanada del Frontón, ocupada por las tropas del gobierno, se ordenó, previo reconocimiento por las azoteas, para indagar si ya había allí enemigos, la perforación de la pared divisoria y se tomó así posesión de la casa de vecindad que dá frente á Viamont y cuya puerta central lleva el núm. 1135.

Notando que desde la Intendencia Municipal, que estaba en poder de los revolucionarios, se nos hacía un fuego contínuo, nos dimos cuenta de que esto sucedía, porque todos los cantones cívicos estaban provistos de una bandera argentina, que no tenía el nuestro. Inmediatamente se envió al Parque á solicitar una, la que fué colocada en la claraboya del mirador.

En la manzana que ocupábamos, comprendida entre las calles Libertad, Viamont, Cerrito y Córdoba, había también otro cantón cívico, dirigido por el Subteniente de línea, Irurtia. Desde él se había hecho durante todo el día un fuego verdaderamente terrible al enemigo.

Al caer la tarde, notóse que un destacamento de línea se le había colocado á pocos pasos, sobre azoteas á la misma elevación. Fué doblada la guardia de nuestro pequeño mirador para que dirigiera allí sus fuegos, pero á los pocos momentos vimos con dolor que el Subteniente Irurtia caía atravesado por el plomo enemigo y que sus compañeros abandonaban la posición. Dominando nosotros el sitio que éstos ocuparon, continuamos impidiendo que las tropas asaltantes, del Coronel Garmendia, llegaran hasta él.

Mientras tanto las tropas de línea revolucionarias, que se encontraban en la esquina de Libertad y Viamont, se replegaron á Tucumán y Libertad, quedándonos así completamente cortada la retirada hacia la plaza y cuartel del Parque.

Vino la noche y en sus primeras horas se mandó por dos veces al Parque á pedir el *Santo y seña* y un refuerzo que creíamos indispensable; pero los emisarios no regresaron, de manera que á las 12 p. m. nos encontrábamos custodiando una posición que codiciaba con sobrada razón el enemigo, y en medio de una manzana ocupada totalmente por él, once ciudadanos hábiles para manejar el fusil.

En esta situación, creyóse oportuno formar consejo de todos los compañeros de armas. Se pensó primero en tentar el regreso al Parque abandonando el cantón; pero ante la consideración de que las fuerzas del Gobierno ocuparían inmediatamente el sitio que desalojáramos, y que desde él se dominaba toda la plaza del Parque, creimos que el patriotismo nos obligaba á defenderlo hasta el supremo trance de la muerte del último de nosotros.

Como con la poca fuerza que contábamos hubiera sido, no solo imposible, sinó hasta ridículo, pretender la defensa de todo el edificio que ocupábamos, en el caso de que el ataque que se nos llevara viniera, como era lójico, simultáneamente por las azoteas y la puerta de comunicación con el Frontón, cerramos la abertura hecha en la pared y concentramos toda la fuerza en la casa de vecindad. Así, esperando de un momento á otro ser atacados y destruidos, pero sin que el desaliento invadiera los espiritus, pasamos el resto de la noche del 26 al 27.

Además de los jefes mencionados al principio de esta relación, pasaron esa noche en el cantón las siguientes personas: Cárlos Martinez, Manuel del Pardo, Migue

T. Freire, José M. Mussich, Dermidio Rubini y un morenito, Gauna.

El domingo 27, en todas las primeras horas de la mañana entramos de nuevo al combate recuperando el resto del edificio, de que felizmente no se había apoderado el enemigo. Al sentir el toque de diana, se mandó una nueva comisión al Parque para manifestar la necesidad en que nos encontrábamos de recibir refuerzo. Esta vez nuestro reclamo tuvo éxito: al poco rato nos llegaron unos 30 hombres armados y municionados y mil tiros que reservamos para ser distribuidos oportunamente.

No bien se había colocado en sus puestos á los ciudadanos recién venidos, cuando observamos que se acababa de establecer á 50 metros al frente de los balcones del primer piso, en la calle de Cerrito, un nuevo cantòn de soldados del 4 de infantería de línea. Rompióse el fuego simultáneamente por ambas partes, y al cabo de algunos minutos, habiendo tenido tres heridos en nuestra fuerza, habíamos desalojado para siempre el flamante cantón.

A las once a. m. la guardia que custodiaba la puerta de comunicación con el Frontón, dió la voz de alarma, pues había notado que se trataba por el otro lado de violentarla. Inmediatamente se hizo colocar con sigilo doce tiradores formando ángulo frente á la puerta, y en la seguridad de que al atravesarla no perderían fuerza alguna nuestras balas y de que habia tropa del Gobierno reunida del lado opuesto, se hizo hacer por los doce tiradores mencionados una descarga simultánea, oyéndose al disiparse su estampido, múltiples lamentos en la esplanada. Sorprendidas las fuerzas del Gobierno por esta descarga, que les produjo cinco bajas,—según declaración de su jefe en el parte al General Levalle,—retiráronse, no intentando por el momento un nuevo ataque.

Al poco rato de este suceso se nos comunicaba la orden de suspender el fuego hasta nuevo aviso.

Sin novedad mayor se pasó el resto del día domingo, durante el cual se recibió un nuevo refuerzo de doce hombres.

El día lunes y el martes hasta el medio día, se empleó en instruir á los ciudadanos en el ejercicio militar, y en fortificar el mirador por medio de aspilleras practicadas en sus muros, y por un parapeto de baldosas bastante resistente para protejer nuestra gente de las balas y de un ataque á la bayoneta, por la azotea, de que ya teníamos aviso por el mismo oficial del Gobierno que debía llevarlo á efecto no bien cesara la tregua. Al ejecutar estos trabajos, tuvimos un breve pero nutrido tiroteo con las fuerzas contrarias, que no respetando la tregua, de una descarga inesperada habían producido una baja en nuestras filas.

El ingeniero Martinez se encargó en seguida de fortificar el resto del cantón. Siendo la figura del edificio un rectángulo, y suponiendo que se trataría de nuevo de penetrar por su fondo, se ocupó de hacer levantar una trinchera en la base paralela y opuesta, lo suficientemente resistente para recibir un ataque de cualquier naturaleza, pues era de tinas llenas de tierra y escombros. En el piso alto, colocòse otra trinchera, desde la cual podían dirigirse los fuegos sobre la puerta de comunicación con el Frontón y al mismo tiempo hacia el parapeto en la parte que le era posible escalarlo al enemigo. Entre tanto, de cada puerta de las habitaciones bajas y de cada una del piso alto, situadas sobre las verticales de las primeras, podía hacerse un fuego continuo y convergente hacia el punto de ataque sospechado. En las paredes del edificio, con frente á la calle de Cerrito, se hicieron—para completar nuestras obras de defensa—varias aspilleras, que en caso de haber continuado el fuego, nos hubieran permitido dominar impunemente dos cuadras de Cerrito y hasta el alcance de nuestras

armas, la calle de Viamont en dirección al centro de la ciudad.

En la tarde del día martes tuve una conferencia con el Comandante Lobo, jefe de una parte de las fuerzas del Gobierno, situadas en la misma manzana, sabiendo por él que todo había terminado. Nos confirmaron después esta noticia diversas personas que venían del Parque de Artillería, diciendo que éste estaba ya abandonado por los revolucionarios; fué para nosotros tanto más dolorosa esta noticia, cuanto que, completamente aislados como estábamos del Parque, creíamos que la tregua había sido solicitada por el Gobierno y que nuestro triunfo estaba asegurado. Fuí inmediatamente con el ingeniero Martínez al Parque, á inquirir la verdad, y habiéndonos el Sr. Zuberbühler, tesorero de la «Unión Cívica», confirmado las noticias recibidas, regresamos al cantón, donde, haciendo formar los ciudadanos al frente, esperamos órdenes, creyendo que sin ellas no podíamos abandonar nuestro puesto.

Viendo pasar por la boca-calle de Libertad y Viamont á los doctores Del Valle y Lucio López, llamóseles, y habiéndose aproximado, manifestaron extrañeza de encontrarnos allí, y nos ordenaron, en nombre de la Junta Revolucionaria, que dejáramos las armas y regresáramos á nuestros domicilios....

Así lo hicimos, siendo las cinco p. m. del día 29 de Julio.

Al alejarnos silenciosos, volvimos todos la vista hacia el pequeño mirador: sobre él quedaba abandonada, ondeando al viento, la bandera azul y blanca, que habíamos soñado mostrarla con orgullo ungida por la victoria!

Buenos Aires, Agosto de 1890.

ENRIQUE S. PÉREZ.

———

CANTÓN "CORONEL JULIO CAMPOS"

Rivadavia y Santiago del Estero (Angulo S.E.)

COMANDANTE: FRANCISCO FERNÁNDEZ

LISTA DE LAS FUERZAS

Capitán—Luis S. de Baudry, Teniente del Ejército Francés.

Sargentos:—Eugenio Pini, Francisco Roca y Eduardo Reyes, Alférez del Ejército Español.

Cabos:—Ramón Peralez y José Justo Escalante.

Ciudadanos:—Luis Mingielle, Luis Pizza, Benjamín Marrocco, Andrés Massillon, Teófilo Gotuzzo, Bartolo Reimundo, Simon T. Hogan, Manuel Salabarrieta; Juan A. Pèrez, Agustín Pregosti, Felix Fernández, Diego Gallardo, Enrique Diaz, Angel Perlini, Domingo Guio, Francisco Cortés, Domingo Masteirra, Octavio Sarpero, Severino Salgado, Daniel Torres, Julio de las Heras, José Pascual, Vicente del Valle, Felipe Mortillar, Salvador De Marsi, Eulogio Sta. Cruz, Rudecindo Gundín, Pedro Castagnoli, Juan B. Font, Domingo Lorenzo, Ladislao Jerez, Adolfo Ponti, Eudosio Castro, Luis Roca, Cosme Hernández, Angel Hernández, Alfredo Caldani, Romeo Marziani, José Baratti y Julio de Santos.

Presentáronse á última hora otros cuyos nombres no recordamos, hasta componer el número de sesenta y cinco.

El Sr. Francisco Fernández, comandante de este cantón, es un antiguo miembro del ejército español, hallándose en América emigrado, con motivo del movimiento revolucionario encabezado por el general Villacampa.

La situación de este cantón era de suma importancia, porque además de asegurar al Parque un punto bastante avanzadopor el Sud, merced á lo cual podían ser distribuidas las fuerzas revolucionarias hacia la plaza Libertad, que era donde las del gobierno habían establecido su Cuartel General, dominaba con sus fuegos certeros las calles que dan acceso al Departamento, ocasionando muchas bajas á las fuerzas de policía cada vez que pasaban por la calle de Moreno ó cualquiera otra de las adyacentes. El coronel José I. Arias, nombrado jefe interino de policía, en reemplazo del coronel Capdevila, comprendió, seguramente, la importancia de este cantón y, en concecuencia, trató de tomar posiciones con lo cual sin duda se proponía envolver á dicha fuerza, para ir avanzando de azotea en azotea, hacia el Parque, consiguiendo por este medio colocar á los revolucionarios entre dos fuegos.

Estas medidas fueron puestas en práctica por dicho jefe en la mañana del 29. Serían las cinco de la madrugada, cuando las fuerzas de policía se apoderaron de la esquina de Santiago del Estero y Alsina, haciendo prisioneros á siete voluntarios que custodiaban otro cantón establecido en la azotea de dicha esquina.

Acto continuo el jefe del cantòn Santiago del Estero y Rivadavia, Sr. Fernández, fué sorprendido por un fuego tan nutrido como imprevisto, y conociendo el desastre de sus compañeros, dispuso convenientemente la distribución de las fuerzas á sus órdenes, con tal acierto, que al poco rato de comenzado el fuego, logró desalojar al enemigo de la posición que momentos antes había ocupado.

Esta maniobra, llevada á cabo con tan feliz éxito, hubiera introducido la desmoralización en el enemigo, pero la llegada de nuevos contingentes en su auxilio, contribuyó, como era natural, á que reaccionara y dió por resultado el que se empeñara entre una y otra parte un combate reñido y general.

Componíase el refuerzo que había recibido el enemigo, de nuevas fuerzas de Policía, de un destacamento de Bomberos y de una sección de caballería de línea, avanzando esta última, protegida á vanguardia por fuerzas policiales, hasta la esquina de Rivadavia y Salta, por la parte E. del cantón, mientras que por el O. otro grupo de vigilantes se estacionó en la calle de Rivadavia, á la altura de la plaza de Lorea.

Como se ve, las fuerzas del gobierno obedecían á un plan hábilmente combinado, pues habiéndose tomado dichas posiciones con la idea de dirigir sus fuegos hacia el cantón de Santiago del Estero y Rivadavia, venía á estar atacado éste por tres de sus flancos.

Pero si hábil fué esta maniobra, no lo fué menos la ejecutada por el Comandante de este cantón.

Observadas las posiciones del enemigo y comprendiendo que no podría sostener el ataque sin notoria desventaja, hallándose concentradas todas las fuerzas á su mando, dispuso la distribución de los sesenta y cinco individuos que la componían, en cinco cantones, con lo cual, y suficientemente protegidos, sostuvieron con ventaja el nutrido tiroteo del enemigo.

La situación de estos cinco cantones era la siguiente: diez hombres en el edificio en construcción en la calle Rivadavia, como á mitad de cuadra, al mando del segundo jefe del cantón, señor Luís S. Baudry, Teniente del ejército francés; diez en los altos de la confitería Rivadavia y Talcahuano, al mando de los ciudadanos don Francisco Roca y don Eugenio Pini; diez en la casa dealtos de en frente, situada en la misma esquina, á las órdenes de los ciudadanos, D. Eduardo Reyes, oficial del ejército español y don Ramon Perales; ocho en la tienda «Italo-Suiza», esquina San José y Rivadavia, permaneciendo el resto, de venticinco hombres, al mando del Comandante del cantón, señor Fernández, con el fin de cubrir la retirada y prestar auxilio en los puntos donde más necesario fuese.

Este plan de defensa produjo, como decimos, el más feliz resultado y á él se debe el que las fuerzas del gobierno no lograran avanzar un palmo de terreno, hostilizadas continuamente por los certeros fuegos que se les hacía.

Las bajas que tuvieron las fuerzas revolucionarias, consistieron en tres heridos: Domingo Masteirra, en el tobillo izquierdo; Antonio Reignoni, en la mano derecha y, gravemente, en el antebrazo izquierdo, con fractura del hueso: Francisco Cortes Gallardo, el cual fué remitido al Hospital de Clinicas.

Las bajas sufridas por el enemigo no pueden apreciarse con exactitud, pudiendo tan solo asegurarse que fueron en mayor número, habiéndosele hecho algunos prisioneros que fueron remitidos al Parque, juntamente con tres caballos y ocho monturas.

Digna del mayor elogio, segun se desprende del parte pasado por el señor Fernández, fué la conducta observada por la señora Paula R. de Sala y su hija la señorita María Sala. No contentas con prodigar á los soldados todo género de atenciones con la amabilidad más exquisita, hubo casos en que, aun á trueque de perder sus vidas y, atentas solo á lo apremiante de la situación, entregaban á los voluntarios los remingtons cargados, al mismo tiempo que les dirigían palabras de aliento, demostrando así que en la Argentina hay también émulas de las Aragón, de las Orleans y de las Judit. (Párrafos del parte de Fernandez).

Lavalle y Cerrito

(Angulo S. E.)

Comandante: Teniente, Leandro Anaya.
id. id. Aurelio Figueroa.

Lista de los defensores del cantón «Intendencia Municipal».

Emilio Caillón, Emilio del Real, Julio Gorini, Blas J. Pi-

co, Felipe Papadia, Pastor Argüello, Obligado J. Nicolás Reyes, Jorge Lesser, Ricardo Amadeo Videla, José Bordeval, Juan Lanudio, José Castellano, Freder P. Blanco, Pedro Monardi, Justo Ahval, Ernesto Bitter, Martín Baggio, Pedro Baggio, Juan Lefreggir, Justino Parede, Guillermo Paruse, Levec Ferdinando, José Castillo, Pedro O'Ivady, Pedro Leonardi, Eduardo Villanueba, José Rodriguez, Juan Murray, Luis Pacinotti, Jesús García, Carlos Duprat, Rosa Rodriguez, Emilio Villalon, Pedro Soto, Blas Vidal, Felipe Arias, Nicolás Mansilla, Juan Olloqui, Juan Esquire, Pedro Villanueba, Pedro Esquivel, Máuro Coria, Juan Serantes, Gregorio Robles, Vicente Vazquez, Manuel Esteb. Llinas, Domingo Cattanco, Marcos Arriola, Emilio Rauli, Ghiggeri Luis, Cotta Basilio, Woldi Napoleone, Bercker Enrique, Romano Angelo, Galileo Miguel, Nicolari Raffaeli, Dunzelmann Carlos, Attos Salovich, Brunetti Scipione, Zudoli Vincenzo, Chandia Pascual, Arroyo Inocencio, Brambilla Eugenio, Emilio Aguilar, Enrique García, Carlos Senrar, Carlos Rovido, Antonio Tenorio, Simón Molina, José Mañalich, Felix Castro, Ramón Subié, Carlos Pugini, Manuel Rivero, Hugo Kohl, José Bordeva, José Nieble, Francisco Gandolfi, Julio Magnani, Oscar Stock, Adolfo E. Sackmann, Rafael Perez, J. Honorio Silgueira, José López, José Tappiano, Albino Zanelli, Esteban Messi, Valentino Mayasso, Eliseo Ausinde, Orlando Silva, José Capelaro, Pedro Frugoni, Arturo F. Gemignoni, Agustín Pagano, Rafael Martinez, Angel Arias, Aribal Bilotte, Carlos Gaglia, Florent Van Huglendonk, Germán J. Rojas.

TOTAL

2 Tenientes.
8 Soldados.
99 Tropas civil.
———
119

—Publicamos á continuación los partes de los dos Jefes

que mandaron este cantón, denominado á última hora «Coronel Espina.»

Al Al Sr. Jefe de la 2ª brigada de las fuerzas revolucionarias, Coronel D. Mariano Espina.

Tengo el honor de comunicar á V. S. que inmediatamente que recibí sus órdenes, ocupé el cantón de la Intendencia Municipal, procediendo en seguida á la distribución de los soldados y ciudadanos que se hallaban á mis órdenes, en los balcones y azoteas de dicho edificio como mejor me fué posible.

Una vez distribuidos de este modo los soldados y ciudadanos, rompí el fuego sobre el cantón situado en Lavalle y Artes que estaba ocupado por vigilantes, quienes tres horas después de un fuerte tiroteo, lo desalojaron, quedando los cívicos en posesión de él.

A pesar de que los fuegos hechos por el enemigo al cantón de mi mando, se han descargado en muchas direcciones, con objeto de apagar el fuego que les hacíamos, tenemos solo que lamentar la pérdida del Cabo 2º Marces Rodas, y algunos heridos entre los que se encontraba el ciudadano Bernardo Elizalde, quien á pesar de ser herido gravemente, siguió haciendo fuego gritando viva la «Unión Cívica.»

Como V. S. habrá podido apreciar por haberse apersonado en diferentes ocasiones en lo más recio del combate, el espacioso edificio se puso en estado de defensa, colocando sacos terreros en la azotea, y las cajas de hierro y algunos otros objetos que allí se encontraban en los balcones; con cuyo requisito conseguí preservar á los soldados y ciudadanos del fuego enemigo, practicando aspilleras en las paredes para conseguir el mismo fin.

Debo manifestar á V. S. que la conducta observada por los soldados y ciudadanos á mis órdenes, como también los que se encontraban á las del Teniente 1º don Leandro Anaya, es digno de elogio, demostrando con va-

lor que en defensa de sus convicciones y legítimos derechos estarán siempre dispuestos á combatir per medio de las armas, de la legitimidad y del honor.

Es cuanto tengo que manifestar á V. S. á quien Dios guarde muchos años.

AURELIO FIGUEROA.

Buenos Aires, Julio 30 de 1890.

Del Comandante del cantón «Coronel Espina», al Jefe de la 2ª brigada de las fuerzas revolucionarias, Coronel D. Mariano Espina.

Tengo el honor de comunicar á V. S. que desde el momento que fuí enviado á tomar parte del mando del cantón establecido en la Municipalidad y que más tarde se denominó con el nombre de V. S. hasta el momento del desarme de las fuerzas, he permanecido en él recibiendo órdenes directas de V. S.

El deber cumplido de las fuerzas á mis órdenes compuesta de ciudadanos fué en un todo satisfactorio, teniendo simplemente que lamentar la pérdida de pocas bajas, apesar de ser una posición codiciada por el enemigo y á la que se le descargaban de varias direcciones certeros fuegos para lograr apagar los que esta hacía.

No escaparán á la penetración de V. S. las providencias que se pueden haber tomado para defender una posición como esta, que á todas luces el enemigo hubiera deseado poseer.

Entre las disposiciones que se tomaron fueron las primordiales disponer convenientemente de los cien ciudadanos que tenía, á cubrir el espacioso edificio que consta de varios pisos, y tratar en lo posible de atrincherarlos por medio de las cajas de hierro y otros objetos que existían en la casa,—como también se procedió durante la noche del 2º á formar troneras á fin de librar en cuanto fuese posible la menor pérdida de vidas.

Este trabajo fué ejecutado bajo la inmediata dirección

del Teniente 2º Aurelio Figueroa quien mandaba otra parte del edificio.

Excuso entrar en detalles más minuciosos, puesto que le constan á V. S. por haber venido personalmente en lo más recio de los combates á cerciorarse del cumplimiento y estado en dichos momentos de las fuerzas á sus órdenes.

Es cuanto tengo que comunicar á V. S. á quien Dios guarde.

LEANDRO ANAYA.

Cantón General Mitre

LAVALLE Y ARTES

(*Angulo N.O.*)

COMANDANTE: GUARDA MARINA AUGUSTO CHIARRONE

Este oficial de marina, que había sido colocado de guardia en la Casa de Gobierno, por las fuerzas del mismo, desertó para incorporarse á las fuerzas revolucionarias, llevando con él nueve hombres de tropa. Era Ayudante del Comodoro Lasserre.

En la noche del 26 ocupó, al mando de nueve ciudadanos, la esquina de Lavalle y Artes, ángulo N.O., batiéndose denodadamente contra las fuerzas enemigas.

Al día siguiente, después del tiroteo de la madrugada del domingo, en el cual tuvo dos bajas (el joven Mariano Ramos, muerto, y otro herido en una mano), recibió un refuerzo de diez hombres.

Con este refuerzo ascendía á diez y nueve el número

de defensores, que, en el último día, ascendió á cuarenta y seis.

Tenía por ayudante al joven Correa, y como oficiales á los jóvenes Hugo Rathjeu, Manuel J. Aparicio, Teófilo Huertas, Eduardo Capdepont y otro joven alemán, cuyo nombre sentimos no recordar.

Hallábanse en la guarnición, entre otros, los jóvenes Ricardo Arroyo, los Otamendi (José y Alberto), José y Eduardo Thénon, Duffau, Serrano, José Ardoino y otros más, entre los que había niños de trece años que, en la madrugada del 27 recibieron un glorioso bautismo de fuego.

De los movimientos verificados por esta fuerza, el más notable fué el del martes 29, en que una fuerza de veinte hombres avanzó hasta la casa de Varela Ortiz, sita en la calle Lavalle y Maipú, es decir, tres cuadras á vanguardia de la posición que ocupaba el resto de la fuerza.

Dicho movimiento fué ejecutado al mando del bravo Chiarrone, quien lo llevó á cabo con toda felicidad, acompañándole los oficiales Huertas, Aparicio y el abanderado Capdepont.

De regreso, y poco antes de llegar al cantón, varios Cadetes del Colegio Militar les dieron la noticia del *arreglo*, que fué recibido con gritos de protesta.

Poco después, frente al valiente cantón «General Mifre», los voluntarios hacían pedazos las armas que durante cuatro días habían tenido en su poder, y después de saludar la enseña querida, atravesada por algunas balas, se dispersaron, llevando el desaliento en sus corazones.



1—Coronel José M. Morales.
2—Teniente Coronel Gregorio Lopez.
3—Teniente Coronel Hector Córdoba.
4—Teniente Coronel Erverejisto Vergara.
5—Mayor Adrian Mondragon.
6—Dr. Guillermo Udaondo, *Cirujano Mayor*.
7—Mayor Fermin Carranza.

Lavalle entre Uruguay y Paraná

(Número 1439)

COMANDANTE: CIUDADANO LUIS N. BASAIL

Este abnegado ciudadano fué uno de los primeros, y el único que, con un grupo de ciudadanos, provistos á su costa de armamento y municiones, se trasladó al Parque tan pronto como tuvo conocimiento de que la revolución había estallado.

Partidario decidido de la Unión Cívica, como llegado el momento lo demostró con su persona y bienes, era uno de los más asíduos concurrentes á las reuniones que diariamente se celebraban en el Comité.

Sin embargo, y á pesar de haber estado como de costumbre el viérnes á la noche en dicho centro, nada se le comunicó, ni nada supo, hasta que el sábado por la madrugada el señor Natalio Roldán le sorprendiò con la noticia del movimiento.

Llegado al Parque con la fuerza, se le designó para acantonarse la cuadra de la calle Lavalle entre Uruguay y Paraná, ocupando las casas señaladas con los números 1439, 1445 y 1442, en las que permaneció hasta la tarde dél mártes 29, día en que tuvo lugar el desarme.

Por su situación cercana al Parque, estos cantones, como muchos, no tuvieron ocasión de entrar en pelea

Consignamos á continuación los nombres de los ciudadanos que los guarnecían:

Lavalle—Número 1439

Eduardo Basail, Pedro Eglis, Cárlos Schulz, Félix Muli, Santiago Muli, Luís Ristorini, Manuel Donati, Teófilo Gil, Isidoro Lenco, Francisco Marino, Juan R. Martinez,

Gregorio Durao, Juan Mergara, Augusto Mergara, Domingo Ravana, Adolfo Mengelle.

Lavalle—Número 1445

Cornelio Mantilla, Pedro R. Figueroa, Cornelio P. Lufones, Eulalio Gonzalez, Macedonio Reinoso, Federico Jurest (hijo), Manuel Fernandez, Manuel Del Campo, Alejandro Lezender, Froilan Lloveras, Gerónimo Ferreira, Enrique Matti, Benito Salomón, Pedro Goyena, Ciriaco Ezeiza, Teófilo Millan, Mario Heredia, Ignacio Lopez, Fortunato Ortella, Antonio Cestir, Juan Toledo.

Lavalle—Número 1442

Juan I. Valino, Víctor Rolan, Evaristo Basc, Antonio Eiff, Angel Gazcon, Alfredo Gazcon, Julio Corto, Angel Lecondo, Fernando Bustamante, Pablo J. García, José Coppan, Eduardo Doriat, Fernando Lopez, Máximo Mendieta, José Minelo.

Cantón núm. 1

LIBERTAD ENTRE LAVALLE Y TUCUMAN

COMAN.: CAPITÁN AUGUSTO C. FORTUNATO

Lista nominal de la fuerza:

Capitán, Augusto C. Fortunato.

Teniente 2º, Carlos Espinosa.

Subteniente, Hipólito Aguiar.

Sargento 1º Distinguido, Juan Iturrieta, y 2º José T. Flores.

Cabo 1º, Genaro Altamirano.

Cabos 2ºs Distinguidos: Florencio Cárdenas, Jobino Pereyra y José M. Garay.

Soldados: Pantaleón Barroso, Alejo Alfaro, Santiago Arce, José Luna, Teófilo Chaparro, Eduardo Coronado, Simón Godoy y Valentín Molina.

Ciudadanos: Agustín Alegre, Miguel Fernández, Máximo Sosa, Ramón Nieva, Pablo de Guirre, Juan Sudio, Eusebio Martínez, Serjino Fredi, Luis Herrera, Fidel Bonino, Carlos Minotti, Alberto Sauder, Victoriano Castro, Hipólito Vidal, Francisco Tuscatti, Ramón Vela, Luis Rufo, Mariano Lauri, Hüber Pablo, Otto Euqrter, Joussaint Hervet, José Gallo.

Buenos Aires, Julio 28 de 1890.—Comandante de Cantón, *Augusto C. Fortunato.*

Este cantón, que dominaba la calle Libertad así como el cantón Garmendia y otros de las fuerzas del Gobierno de Juarez, fué uno de los que más sufrieron el fuego del enemigo, distinguiéndose en la defensa á mas de sus jefes y tropa el subteniente Hipólito Aguiar, un bravo de la guerra del Paraguay.

TALCAHUANO Y VIAMONT

(*Angulo S. O.*)

COMANDANTE: TORCUATO E. HARBÍN

He aquí los datos que nos ha suministrado el Jefe de este cantón, señor Harbín:

Sr. D. José M. Mendia.

Mi distinguido compañero: En virtud del llamado que ha hecho usted á los jefes de cantón y demás personas que puedan comunicarle datos referentes á los últimos sucesos ocurridos en esta Capital, tengo la satisfac-

ción de poner en su conocimiento los que poseo, relacionados con el cantón de mi mando.

Hallábase éste situado en el Colegio de la calle Talcahuano y Viamont (ángulo S. O.), al mando del joven José M. Campos, quien lo formó con un grupo de ciudadanos en las primeras horas del día sábado.

El joven Campos permaneció en su puesto hasta las ocho de la noche del mismo sábado, hora en que se retiró con motivo de haber muerto esa tarde su señor padre, el valiente Coronel D. Julio Campos.

Con motivo de tan sentida desgracia, cúpome el honor de sustituir en el mando del cantón al joven Campos, y, al frente de una compañía de ciudadanos, que, en unión con el señor Desiderio Aguilar, organicé en el Parque, compañía á la cual mis compañeros denominaron «de Harbín», marché á ocupar la mencionada posición.

A mi llegada, encontré en ella un piquete de seis soldados del 9º de infantería, juntamente con algunos ciudadanos, entre los que recuerdo á los señores Celindo Castro, Ignacio del Mazo, Salas y otros.

En la madrugada del domingo, sostuvimos un fuerte tiroteo con el enemigo, el cual duró unos cuarenta minutos, demostrando en él mis compañeros de armas que, cuando el ciudadano defiende una causa justa, puede rivalizar hasta con las mismas tropas organizadas.

Temiendo ser atacado nuevamente, pedí un refuerzo al jefe del 9º de infantería, señor Comandante García, quien me mandó una compañía del mismo Batallón á las órdenes del Capitán Señorans, Teniente Lobo y Subteniente Recalde, formando así un total de cincuenta hombres, con los cuales me puse á las órdenes del Comandante Sr. García.

El domingo, como á las once de la mañana, fuimos nuevamente atacados por las fuerzas del Gobierno, especialmente por el cantón de Bomberos, por el que esta-

ba situado en la iglesia de las Victorias y por otro compuesto de tropas del 6º de línea que se hallaba en la esquina de Talcahuano y Paraguay, cuyo ataque fué enérgicamente contestado, tanto por las tropas de línea como por los ciudadanos á mi mando, luchando unos y otros con ardor digno de la noble causa que defendían, hasta que oida la orden de «alto el fuego» que partió del Parque, le hice suspender, después de una duración de veinte minutos.

Media hora después, ó sea á eso de las doce del mismo día, fué colocada en el ángulo de la azotea que ocupábamos una pieza de artillería de campaña á las órdenes del Teniente del 1º de artillería, Sr. Estrada, y una ametralladora á las del Guardia-marina Ricardo Santori, siendo servidas ambas piezas por soldados del Regimiento de Artillería citado.

Esa misma tarde fuimos atacados nuevamente, siendo éste uno de los fuegos más fuertes que resistimos, pues no solamente operó la fusilería enemiga, sinó que también una ametralladora que estaba en el cantón de la iglesia de las Victorias.

Entonces el Teniente Estrada hizo un disparo, pero, acto continuo, fué desmontada nuestra pieza por la metralla del enemigo, salvándose milagrosamente aquél, pero no así sus soldados, de los cuales quedaron tres heridos, como también otros tres de los ciudadanos á mis órdenes.

Este fuego tuvo una duración de cincuenta minutos, próximamente.

Debo hacer constar que el domingo, como á las doce, estuvo en nuestro cantón un grupo de ciudadanos al mando de un señor Dávila, el cual, por estar ocupado todo el ángulo del edificio por las fuerzas á mi mando, no tomó parte en el tiroteo, á pesar de lo cual compartió con nosotros el peligro, viniendo á quedar esta fuerza como de *reserva, para* el caso en que fuera necesaria.

En la noche del domingo al lunes, no hubo otra novedad que algunos tiros aislados que se cambiaron de una y otra parte.

El lunes, habiendo sido nuevamente montada nuestra pieza, fuimos atacados otra vez; pero en este ataque, que duró unos veinte minutos, no operó sinó la fusilería. Terminado el fuego pude notar que, en nuestras filas, no había que lamentar desgracia alguna.

A las cinco de la tarde del mismo día, inicióse otro fuerte tiroteo, en el cual operaba la fusilería enemiga y la ametralladora de que he hablado antes.

Por nuestra parte, contestamos con la fusilería y también con la pieza que, como dejo dicho, había sido montada nuevamente.

Esta vez, como la anterior, fué también desmontada nuestra pieza, aunque sin tener que lamentar desgracias felizmente, salvo algunos contusos, entre los que citaré á mi segundo el señor Aguilar, el que recibió una pequeña contusión en la pierna derecha.

Después de este ataque, no ocurrió en mi cantón cosa digna de mencionarse, hasta el desarme de las fuerzas.

Debo hacer constar el valor y serenidad demostrado por el Capitán Señorans, Tenientes Lobo y Estrada, Subteniente Recalde y Guardia Marina Sartori, así como el de los ciudadanos y soldados que compartieron conmigo el peligro de esta triste jornada.

Durante los tres días tuvimos seis heridos (tres artilleros y tres ciudadanos), no siéndolo ninguno de ellos de gravedad.

A continuación trascribo los nombres de los ciudadanos que estuvieron á mis órdenes.

Compañía «Harbin»

Jefe: Torcuato E. Harbin.

Segundo: Desiderio Aguilar.

Ciudadanos: Toribio E. Ortiz, Severo Toledo, Juan Ma-

nero, Marcelo de Luca, Manuel Prego, Angel G. Fontini, Carlos Lamarque, Arturo Reyes y Lazo, Ramón Sanabria, Teodoro S. Reyes y Lazo, Pablo Peralta, Juan Peralta, Juan Rómulo, Luis Quiroga, Roberto Godoy, Doroteo Bazanes, N. Juna, Sixto Winka, Jacobo L. Laureiro, Amaro Seach, Adam Rodriguez.

Le saluda su affmo. y S. S.

TORCUATO E. HARBIN.

LAVALLE Y ARTES

(*Angulos N.E. y S.E.*)

COMANDANTE: PABLO RAUCH

A más de los cantones situados en los ángulos N.E. y S.O. que estableció el ex-oficial del ejército argentino, señor Pablo Rauch, desprendió varios destacamentos que sirvieron para la descubierta del enemigo.

Las fuerzas de estos cantones fueron las que tomaron prisioneros al Teniente del cuerpo de Bomberos, Dellepiane con tres vigilantes, y al Coronel Benito Machado que se dirigia al Retiro en compañia de un oficial de Policía.

Las fuerzas al mando del señor Rauch se componían de ciento cincuenta ciudadanos.

Como Ayudante del señor Rauch, aparece un señor Enrique Puttkamer, vinculado por lazos de parentesco al príncipe Bismark, que se presentó acompañado de cinco tiradores alemanes, los cuales con su certera puntería prestaron muy buenos servicios.

Hé aquí el parte que el señor Rauch pasó al Coronel Espina:

Buenos Aires, Agosto de 1890.

Señor Coronel D. Mariano Espiña.

Obedeciendo á la órden recibida, tengo el honor de trasmitir á V. S. el presente parte que instruye de los hechos que tuvieron lugar con la fuerza de mi mando, en los últimos días del mes de Julio ppdo.

El 26 del mes citado y siendo las diez y treinta a. m., teniendo noticia del movimiento que se producia para derrocar el ignominioso Gobierno que imperaba, me dirigí al Parque de Artillería, donde supe se encontraban las fuerzas que lo habían iniciado, yendo el infrascrito acompañado de cincuenta hombres, que sin esfuerzo alguno pude conseguir, por habérseme ofrecido espontáneamente.

Inmediatamente que hubimos llegado, recibieron armas y municiones, trasladándome á la cabeza de ellos y por órden de V. S. á la esquina de Lavalle y Artes, tomando posesión de la azotea de la casa ocupada por la Farmacia del Fénix, donde establecí un cantón.

El día 27 presentáronse otros ciudadanos, los que envié al Parque para que se armasen, y con éllos, cuyo número era de treinta y cinco, colocando á su frente al Guardia marina D. Augusto Chianone, ordené á éste pasase á ocupar la azotea de la casa que hacía cruz con la Botica del Fénix, en la misma calle Lavalle y Artes, donde se formó otro cantón bajo mis órdenes.

El día 28, habiendo obtenido más gente, que voluntariamente y con entusiasmo acudía, mandé al Guarda marina señor Sastre, que se colocase con veinticinco hombres en los altos de la casa del señor Montes de Oca; el Sargento norte-americano Alberto Mayer, con veinte hombres, á la esquina Suipacha y Lavalle; y á otro Sargento, cuyo nombre siento no recordar, con veinte hombres, á los altos de la casa del señor Belleza, haciendo *cruz* con el cantón anterior.

Debo significar á V. S. que toda la gente de los *cinco* cantones, cuya situación respectiva era, á mi juicio, bastante importante, se componían de nacionales y extranjeros, portándose todos, durante el tiempo que duró el movimiento, con valor y patriotismo, sin haber tenido que lamentar afortunadamente ningún desórden, no obstante el entusiasmo que en ellos reinaba, y á pesar de haber sufrido continuamente un fuego nutrido de cañón y fusilería, por parte del enemigo, aparte de las privaciones que experimentaron.

En los dos días señalados, procedí al arresto del Coronel D. Benito Machado y de un oficial de Policía, al de dos súbditos españoles, encargados, segun su propia confesión, de llevar correspondencia al Estado Mayor, en la que se denunciaba la existencia de una mina, por medio de la cual se pretendía hacer volar el Parque de Artillería; á la captura de un Teniente del cuerpo de Bomberos, que se decía Ayudante del Coronel Calaza; se aprehendieron también cuatro vigilantes que habían entrado en el radio de nuestros cantones, los que fueron remitidos al Estado Mayor; y por último se arrestaron treinta y cinco espías armados, que habían venido á estudiar nuestras posiciones.

Debido á las grandes precauciones que tomé á fin de evitar que hubiera entre la gente bajo mis órdenes víctimas, me es muy grato manifestarle que solo conté dos heridos y dos muertos.

Mucho hubiera deseado tener la lista de todas las personas que me acompañaron, para recomendarlas á V. S., pero esa tarea me fué difícil en esos días.

Creyendo haber cumplido los deberes de ciudadano, lo mismo que lo ordenado por V. S., remito el presente parte.

Dios guarde á V. S.

PABLO RAUCH.

Córdoba y Montevideo

(*Angulo S.E.*)

COMANDANTE: SR. JUSTO GONZÁLEZ ACHA

En las primeras horas del lúnes, á las 4 a. m., próximamente, recibí orden del General Campos de abandonar el cantón de Cangallo y Paraná, replegándome al Parque al frente del piquete de mi mando.

Una vez allí, dispuso este Jefe que me pusiera bajo las órdenes del Capitán D. Gualberto V. Ruiz, á cuyo cargo estaban varios cantones y que se hallaba en el de Paraná y General Lavalle.

El Capitán Ruiz me ordenó ocupase, en la intersección de las calles Córdoba y Paraná, la esquina más adecuada. Inicióme en el sistema de señales convenido para comunicarnos, y me trasladé al paraje mencionado.

Las cuatro esquinas, bajas y con débiles parapetos. no eran posiciones de halagar al menos perito en estas cuestiones. Dominanlas muchos edificios cuyas masas oscuras percibía apenas en aquellos momentos.

Ocupé una, sin embargo, ciñéndome á las órdenes recibidas y esperando que la claridad del nuevo día me permitiera elegir otra posición á que trasladarme, si esto me era permitido.

La esquina ocupada, ángulo S.O., había servido de cantón el sábado y domingo, teniendo que ser abandonado después de tener en él los cívicos algunas bajas, y me permito creer que sin ofender en nada al enemigo.

Entre las posiciones circunyacentes llamó pronto mi atenciòn un edificio de dos pisos situado en la misma manzana, hácia Montevideo.

Me dirigía hácia él por las azoteas, que todas fácilmen-

te se comunican, cuando algunos vecinos me llamaron desde un patio.

—De aquella casa, me dijeron, señalándome la que pensaba reconocer, han hecho fuego sobre el cantón que había ayer aquí.

El edificio en cuestión se hallaba con todas sus celosías cerradas herméticamente, y quizá influenciado por el aviso, desconfié.

Volví al punto de partida, y después de dejar el piquete á cargo del sargento con órdenes precisas, me dirigí nuevamente al edificio en cuestión, acompañado de un cabo y de un soldado del 4 de línea que en la noche anterior tomara.

Resultó el edificio ser la casa-habitación del Dr. Cabral, quien me aseguró ser incierto el informe que me habían dado.

Observando desde esta casa, me convencí que la esquina de Montevideo, ángulo Sud-Este, era una posición digna de ocuparse, y á ella me trasladé cuando hube recabado la autorización de mi jefe.

Edificio de tres pisos, domínase desde él la calle Córdoba hasta Junin, y la de Montevideo hasta la de Juncal, así como todos los edificios circunvecinos, á excepción del nuevo de aguas corrientes.

A haberlo ocupado el enemigo, muchos de nuestros cantones vecinos, el de la Escuela de Viamont y Talcahuano, así como la parte de azotea que dá á General Lavalle y Talcahuano, hubieran estado bajo sus fuegos, haciéndose, puedo afirmarlo, insostenible su defensa.

Con solo cincuenta soldados de línea y en poder del enemigo, dicha posición hubiera podido sernos fatal.

Hallábase ocupada solo por dos sirvientes que la abandonaron al instalarme en ella con la fuerza de mi mando. Esta, en número de diez y siete hombres, me pareció insuficiente para utilizar debidamente posición tan valiosa. En consecuencia solicité, sin resultado, se me

completara hasta el número de cincuenta hombres. Teniendo municionada la fuerza á cincuenta tiros por hombre, y esperándose que esa mañana fuera récio el combate, pedí municiones, obteniendo idéntico éxito.

Apenas hice distribuir centinelas y reforzar algo el parapeto hácia la calle Córdoba al Oeste y Montevideo al Norte, puntos por donde creí podía esperar el enemigo (11 y 6 de Caballería, que incomodaban por esos lados), traté de descubrir, con el anteojo, de qué cantones enemigos podía esperar fuego.

Creí mi posición vulnerable solo del Noroeste, y aumenté el resguardo que prestaba el parapeto. Suponía que se hallaba bastante protegida hácia el Este con el arranque de la balaustrada, y á ese error debí la única baja sufrida durante el primer tiroteo sostenido el lúnes.

Ocupaba con un sargento y dos soldados el ángulo formado por el arranque y la balaustrada. Hacíamos fuego sobre la capilla de la calle Paraguay, sobre los cantones, de Córdoba y Libertad y otro que había en el centro de la cuadra por Córdoba. Del fuego de estos cantones, que esperaba, encontrábame bastante resguardado, pero de ponto sentí un violento repiqueteo de balas en la azotea y á nuestro costado. Provenían del Este, parte que había considerado inútil parapetar, y era dirigido sobre el cantón de Córdoba, entre Paraná y Uruguay, y el mio, que se hallaban en la misma dirección para los tiradores enemigos que estaban en Esmeralda y Córdoba, en «Au-Bon-Marché» y en otra casa cuya posición no puedo referir, pero que es muy elevada y se encuentra, según creo, á la altura de Florida ó San Martin.

Este fuego, muy certero y nutrido, me produjo una baja, como dejo dicho; un pobre muchacho, cuyo nombre siento no recordar y á quien inmediatamente de ligar la pierna (parte herida) para evitar la fuerte hemorragia, remití á la botica que hay en frente, de donde más *tarde fué* recogido por la Cruz Roja.

No me fué posible, debido al desamparo de la azotea por ese lado, desplegar mayor número de tiraradores, pues era exponer los hombres á una muerte cierta. Por otra parte, el temor de que la tropa, inexperta en el uso de las armas, fusilase á nuestros amigos del cantón antes citado y que quedaba en la misma dirección, me contuvo. Preferí hacerlos retirar tras una pieza alta, á cuyo abrigo nada había que temer, quedando pocos en observación de las calles Córdoba y Montevideo al Oeste y Norte respectivamente.

Con los dos soldados y el sargento continué el tiroteo, que considero me hubiera causado muchas bajas á no haber tomado la providencia antes citada.

Suspendido el combate después de 20 ó 25 minutos, en que la trepidación del fuego fué imponente, al toque de *¡atención!* y *¡alto el fuego!* que partió del Parque, los vivas, palmeteos y gritos de júbilo repercutieron por los cantones, atronando el aire.

Habíamos triunfado.... sí, buen triunfo te dé Dios, decía para mi capote, aleccionado con la dolorosa experiencia del 80, que me hizo conocer el grado de resistencia de la tropa de línea.

Pensando, y con razón, según ví más tarde, que el fuego se reanudaría, hice parapetos con baúles llenos de ropa, alfombras viejas, etc., hacia el lado del Este y otro resguardo para los tiradores que tuvieran necesidad de cuidar el Oeste y el Norte, puntos por donde esperé inútilmente pudiera avanzar el enemigo por las calles ó azoteas. Era este parapeto una línea paralela á la balaustrada, de bastante resistencia.

Debido á estos resguardos, no experimenté baja alguna en los tiroteos posteriores, y ellos fueron contestados con más tesón por mis soldados.

Y puedo afirmar que, para mi cantón por lo menos, el fuego del lunes á las 5 p. m. próximamente, fué tan intenso ó más que el de las 12 y 5; bien que ya el enemigo

hubiera abandonado la Capilla de la calle Paraguay, posición ventajosísima y que nos causaba mucho daño.

La noche del lúnes pasó tranquila, pero apenas la luz del nuevo día nos permitió observar las posiciones enemigas, vi que no había perdido su tiempo.

Aparte de varios cantones, establecidos en edificios altos en las adyacencias de la plaza Libertad, distinguí un cañón, elevado á la azotea de una casa que ocupaba en dicha plaza. Esta pieza estaba enfilada hacia mi cantón, sin duda por ser uno de los que mejor percibían. Quizá había otros que yo no podía distinguir y con otras direcciones.

Tomé mis precauciones para impedir, en lo que fuera posible, recibir sus fuegos.

Hice graduar los fusiles, coloqué el mayor número de tiradores que pude, con orden terminante de no hacer fuego á otro punto sinó sobre dicha pieza, y esperé.

Tronó el cañón en el río, empezó la fusilería de los cantones nuestros que estaban más al Este, y dí orden de hacer fuego, observando atentamente con el anteojo el efecto de los tiros.

Pronto noté gran tumulto y que los artilleros desaparecìan, retirándose hacia las habitaciones.

Dos minutos á lo sumo duró el tiroteo del cantón, pues en vista de que no se contestaban nuestros fuegos por el enemigo, ordené suspenderlos, creyendo que la fusilería se hubiera iniciado debido al ardor inmoderado de los cívicos.

Un momento más tarde, partió del Parque un *¡atención!* y *¡alto el fuego!* que corroboró mis sospechas.

Fueron estos los últimos disparos que hicieron las fuerzas revolucionarias en la parte Norte de la ciudad, recorrida, momentos más tarde, por la noticia aparentemente increible de un convenio que no era tal, de una rendición inexplicable, de un pacto, en fin, que, dejando al Dr. Juarez todo el poder en sus manos, nos colocaba en condiciones de no poder renovar el esfuerzo por mucho

que la fantasía de algunos crea ó aparente creer hoy lo contrario.

Felizmente causas imprevistas trajeron un desenlace imprevisto también, pero cuyas consecuencias no sabemos aún á ciencia cierta qué resultante darán.

Para terminar, diré que, llegado el momento, hice dispersar, desarmados, á los ciudadanos que habían sido mis compañeros de tres días; y ya que otro premio no me es dado acordarles en nombre de la causa que con tanta abnegación y desinterés sirvieron, haré constar que, á pesar de pertenecer todos á clases muy humildes, se condujeron con la circunspección y decoro dignos de la noble causa porque expusieron sus generosos pechos.

Sírvales esto de íntima satisfacción: cumplieron su deber como buenos, para entregarse, perdida la jornada, al trabajo honrado, en que buscan su sustento diario.

Debo también, en nombre de mis compañeros y en el mio, agradecer á los vecinos que tanto nos ayudaron con alimentos, generosamente ofrecidos siempre, no exigidos jamás.

Justo González Acha.

Lavalle y Montevideo

(*Angulos S.E. y N.O.*)

Comants.: Ciudadanos Guillermo Quiroga y B. Araujo

El señor Guillermo Quiroga, al mando de veinte hombres, tomó esta posición siendo después sustituido en el mando por el ciudadano B. Araujo.

He aquí los datos que dicho señor Araujo nos ha suministrado acerca de los sucesos de estos cantones, en los días de la revolución.

El día 26 me presenté en el Parque, pasando inmediatamente á las órdenes del señor Coronel Morales, bajo cuyo mando estuve hasta el día siguiente, tomando parte en el combate que empezó á las seis menos diez y terminó á las ocho y veinte de la mañana.

Pasado éste, el General Campos me comunicó verbalmente la òrden de armar cien soldados y marchar con ellos á ocupar la esquina de Lavalle y Montevideo, como así lo hice.

Llegado que hube á este punto, me hice cargo de la fuerza, que al mando del ciudadano señor Quiroga le custodiaba, de manera que mi fuerza se componía de ciento ocho hombres.

El mismo día domingo, á eso de las cuatro de la tarde, fuí atacado por un escuadrón de caballería y algunos soldados de infantería, los que fueron rechazados por las fuerzas de mi mando, haciéndoles un muerto y cinco prisioneros, y sufriendo por mi parte la pérdida de un soldado, que cayó herido en el pecho, juntamente con otro que lo fué en una mano.

El dia 28 pasó sin más novedad que algunas guerrillas de escasa importancia, debido á que las fuerzas del Gobierno no podían avanzar hasta nuesto cantón por impedírselo otros de nuestro mismo bando que estaban estacionados en las calles inmediatas.

A las diez y media, remití al Parque, en calidad de prisionero, al señor Isidoro Z. Quinteros, el que fué entregado al cantón Paraná y Lavalle para ser conducido á dicho punto.

La conducta de mis subordinados ha sido altamente patriótica y digna de la grandiosa causa que defendian.

Debo hacer mención de la familia del señor Medina y de la esposa del señor Miguel Delfin, así como del almacenero y carnicero establecidos en la misma bocacalle, los cuales con generoso desprendimiento pusieron á nuestra disposición, durante los tres dias, todo gène-

ro de alimentos, así como ropas y demás cosas necesarias.

Hé aquí los nombres de los oficiales y demás clases que estaban en este cantón:

Comandante: B. Araujo.
Capitán: Britaldo Palacios.
Capitán: Gregorio López.
Alférez: Ingeniero Figueroa.
Sargento: N. Rodriguez.

Lavalle y Paraná

COMANDANTE: CAPITÁN D. GUALBERTO V. RUIZ

Este esforzado Capitán, Ayudante del Regimiento 4º de Infantería de línea, recibió orden del General Campos de formar cantón en la calle Paraná y Artes (altos), en cumplimiento de cuya orden salió del Parque el sábado á las diez y cuarto de la mañana, llevando á sus órdenes una fuerza compuesta de ciudadanos.

Media hora después, presentáronse en dicha esquina cuatro tranvías llenos de vigilantes, al mando del Comisario Gayoso (de Flores), los que fueron completamente deshechos por las fuerzas al mando del Capitán Ruiz, haciéndoles varios muertos, muchos heridos y ocho ó diez prisioneros.

En la tarde del mismo día sábado, salió del cantón un destacamento de fuerza, con objeto de batir al Regimiento 11 de Caballeria, que iba en dispersión por la calle de Santa Fé, sosteniendo en los días subsiguientes cortos tiroteos con tanta felicidad, que no tuvo que lamentar la pérdida de un solo ciudadano.

El lúnes, á las dos de la tarde, un rondín que salió del cantón, tomó prisionero al Capitán José M. Pérez, del Regimiento 9º, juntamente con dos soldados del mismo

cuerpo, habiéndose tomado en este mismo día á un ordenanza de policía que llevaba correspondencia, y á varios otros, entre los que figuró el ex-gobernador Quinteros, el cual fué remitido del cantón Lavalle y Montevideo.

He aquí la lista de los ciudadanos que componían la fuerza:

Capitán: Gualberto V. Ruiz.

Ciudadanos: Emilio Gómez Rivara, Fermín del Valle, José Perelano, Juan Fregosi, Juan Ernesto, Agustín Gorchs, Andrés J. Gorchs, Antonino Gorchs, Belisario Lozano, Pedro Prado, Enrique Pagez, Enrique Ventura, Emilio Miranda, Martín E. Salvadores, Ricardo Machali, Ricardo Almagro, Alfredo F. Plon, Rómulo J. Williams, Tobías Guerra, Hipólito Romero, Carlos Conrade, Roberto Szewczyk, Cirilo Palma, Ernesto M. Arroyo, Bernardo Balcarce (hijo), Rafael Frfdes, Rómulo Tajes, José Montes de Oca, Carlos Casarini, Rómulo Painenau, Julio Antonini, José María Brizuela, Nicolás Risso, Juan Casamiglia, Inocencio J. Arroyo, Angel Barcella, Antonio Gómez, Segundo Caratini, Antonio Riobóo, José Arteta, Ireneo Ramírez, Francisco Martínez, Pedro Sierra, Luis Camogi, Antonio Roblero, Genaro Alvarez, David Echagavia, Matías Varela, Ignacio Herrera, Tomás W. Saul, Manuel Sanchez, Eduardo R. Stephens, Pablo Rossi, Juan Corradi, Felipe Camargo, Jacinto Bossi, Carlos García Pineiro, Emilio Gill, Ignacio Brague, Julio Cornell, Enrique José Cabrera, Félix Gutierrez, Oscar L. Vecchio, Andrés Galinberti, Felipe Andrade, Angel Demicheli, Matías Matorra, Enrique Bisso, José Rodríguez, Antonio Mosquera, Félix Barbella, Afrodisco Rodríguez, Ramón Munilla, Tomás Abballo, Francisco Malacrida, José Terrico, Juan C. Carranza, César O. Cella, Ernesto Tidblom, Héctor Tidblom, Nicolás Guerra.

Viamont 1177 y Libertad 747

COMANDANTE: SUBTENIENTE LUIS IRURTIA

Como segundo jefe de este cantón, aparece el ciudadano Ricardo Videla.

Las casas Viamont 1177 y Libertad 747, fueron ocupadas el día 26 por el bravo Subteniente Irurtia, sosteniendo un fuego nutrido con los diversos cantones del enemigo, y también con un flanco de la plaza Libertad, donde, como se sabe, se hallaban reconcentradas las fuerzas del Gobierno.

A eso de las tres á cuatro de la tarde del mismo día 26, los treinta y ocho hombres con que se había acantonado el Subteniente Irurtia, fueron sorprendidos por las fuerzas del Coronel Garmendia, situándoseles á pocos pasos sobre la casa del Sr. Bengolea.

Cuando Irurtia se apercibió de esta sorpresa, y se incorporó sobre la azotea de la casa Libertad 747, para reconocer al enemigo y las posiciones que ocupaba, recibió casi á boca de jarro una descarga de fusilería que traspasó su pecho, dejándole muerto en el acto.

Al día siguiente, después del combate que dió lugar al armisticio, las fuerzas del Coronel Garmendia avanzaron y tomaron el cantón Viamont 1177, haciendo prisionero al segundo Jefe, Ricardo Videla y al ayudante Guillermo Matte, aventajado estudiante de medicina, juntamente con dos ciudadanos más.

Cuenta el Sr. Ricardo Videla que las fuerzas que le hicieron prisionero, le dieron un cruel trato, llegando hasta á amenazarle con el fusilamiento si no declaraba qué cantidad de fuerzas tenía la revolución. Uno de los jefes de las fuerzas del Gobierno, que Videla no conoce, llegó en su pretensión hasta poner la mano encima á uno de los prisioneros!

Talcahuano y Lavalle

(*Angulo S.E.*)

COMANDANTE: DOMINGO A. BRAVO

El jefe de este cantón, que creemos fué el primero que se formó, pasó la siguiente relación de las fuerzas á su mando.

Lista de los oficiales y ciudadanos que guarnecían el cantón Talcahuano y General Lavalle (ángulo S.E.)

Teniente 2º: Domingo Bravo.

Id. id.: Martín Rodriguez.

Aspirante: Juan M. Coucirat.

Ciudadanos: Adolfo G. Salas, Mariano Varela, Manuel Ramos, José Rivera, José Molinari, Alfredo Moyano, Manuel Palacios, Manuel Peñalva, Enrique Croto, Pedro Prage, Angel Montes de Oca, Juan M. Alsina, Carlos Maschi, Ernesto Navarro, Ernesto Pizorno, Daniel Isuardi, Luis Goya, César Beuce, Juan Chapar, Tomás Beloc, Ricardo Lopez, Felipe Nuñez, Domingo Repetto, Felix Orrigueta, Juan Acosta, Pablo Loweski, Juan B. Pujol, José M. Martinez, F. Guiñazú, Erasmo de Rocha, E. Billinghurst, Luis E. France, Delfin M. Huergo, Alberto Laberne, Leopoldo Varela, Eduardo Moreno, Rodolfo Solveyra, Juan C. Molina, Miguel Piñeiro Sorondo, Octavio Piñeiro Sorondo, Julio Llosa, Rodolfo Morón, Matías Fernandez, Antonio Consillas, Adolfo Salas, José Arana, Eduardo Livingston, José G. Salas, Máximo Piñero, José M. Martinez, Tomás A. Le Breton, José M. Llobet, Juan José Montes de Oca, Federico Gomez Molina, Jaime Viespa Latorre, Nicolás Calvo, Andrés Sofia, Rómulo Pareda, Modesto Sanchez Viamonte, Adolfo P. Blayer, Carmelo Rosende, José Lujan.

TOTAL

Oficiales.	2
Aspirantes.	1
Ciudadanos	61

Encargados de la ametralladora:

Capitán de Marina Leopoldo R. Taboada, Alferez José Pereira y dos soldados del Batallón de Ingenieros.

Parte S. N.

D. A. BRAVO

Paraná y Tucumán

(*Angulo N.O.*)

COMANDANTE: CADETE RAMÓN TRISTAÑI

En este cantón había cuarenta hombres, y entre sus soldados contábase al Diputado Nacional doctor Arturo Castaño, que fué el único representante de la heróica provincia de la Rioja en este movimiento patriótico.

Peleó como soldado raso y costeó la manutención de toda la tropa.

Un hermano de este caballero estableció un hospital de sangre en la calle de Tucumán, entre Paraná y Montevideo.

En el comando de este cantón alternaron el cadete Ramón Tristani y el sargento 1º Manuel Frías.

Lista nominal de las fuerzas del cantón Paraná y Tucumán (fotografía).

Jefe de la fuerza: Sargento 1º distinguido Manuel Frías.

Ignacio Soller, Cándido B. Salas, César Nocetti, Liborio Liberato, Bartolomé Mazza, Miguel Tarello, Cayetano Galmarini, Juan B. Argenta, Carlos Zapana, Nicolás Sumisa, Juan Rugeír, Juan Gonzalez, José Chambos, Antonio Cerbetto. Luis Biasotti, Casimiro Dell Debio, Emilio Catella, Antonio Barazano, Antonio Marini, Estéban Cañaso, Eleodoro Candiotti, Juan J. Martinez, Blas Aredo, Máximo Alvarez, Miguel Piñero, Isidoro Mendiolasi, Félix Tambolini, un cadete de Palermo, José Gior-

ge, Julián Reynoso, Ernesto Dufour, Augusto Larrey, dos milicos: Nicanor Díaz y Victoriano Moreno; Arturo Mill.

Callao y Cuyo

(*Angulo N.O.*)

Buenos Aires, Agosto de 1890.

Señor J. M. Mendia.

Estimado señor: Tengo la satisfacción de dirigirme á usted con motivo de su invitación hecha á los jefes de cantón, para recoger datos sobre los sucesos gloriosos de Julio.

Aunque el cantón que me cupo el honor de tener á mi cargo en la *calle de Cuyo y Callao* no tuvo la suerte, como otros, de entrar en fuego, no por eso el espíritu de los ciudadanos que le componían desmayó un solo momento, y estoy persuadido de que si los sucesos hubieran pasado de manera que los cívicos hubieran tenido que tomar la ofensiva, mis compañeros se hubieran llenado de gloria.

Esta posición se ocupó el día sábado 26, á las tres y media de la tarde, por orden del Mayor Vazquez, quien, sin más trámite, me hizo jefe de los quince hombres que componían el piquete y que salimos del Parque, donde habíamos concurrido espontáneamente.

Durante los tres días de expectativa por que pasamos, esperando, ó la orden de ataque ó recibirlo nosotros de parte del Gobierno, no tenemos que consignar sinó uno que otro tiro hecho á soldados que se presentaban armados á nuestra vista, y tomado algunos espías, entre ellos al cochero del Comandante Calaza, que venía en un carro de la Policía, ostentando indebidamente el signo de la Cruz Roja, siendo remitidos al Parque.

El día 29, como á eso de las tres y media de la tarde,

se me presentó un Teniente de línea llamado Correa, con cuatro individuos, á que le hiciera entrega de la fuerza que tenía á mi mando, invocando el nombre del Comandante Irigoyen. Como no traía orden escrita, dudando de las palabras del Teniente, le exigí me entregara las armas, siendo remitido al Parque y volviendo poco después con la orden del expresado Comandante, la que tengo en mi poder.

Siento declarar que la noticia del arreglo ó convenio produjo más desastre en el ánimo de mis soldados, que si realmente hubièramos sido vencidos en el campo de batalla.

Debo hacer presente, como un deber de gratitud, las generosas atenciones que durante esos dias recibimos de las distinguidas familias del Dr. Tedin, Pietranera y Pedro Nani, dueño de la confitería La Legal, donde teníamos el cantón, y otras cuyos nombres no recuerdo.

Con este motivo me repito de usted S. A. y S. S.

EMILIO J. MILIAVACA.

Cantón Politeama

COMANDANTE: SUBTENIENTE EDMUNDO ALVAREZ

En este cantón había una fuerza de cincuenta ciudadanos y fué uno de los últimos en deponer las armas.

Fué instalado en las primeras horas del sábado por el ciudadano D. Justo Marinovich, quien fué su jefe durante todo el día, hasta que se retiró de él obedeciendo órdenes superiores, sucediéndole en el comando su segundo el Sr. Pita.

Serían las tres de la mañana del 28 cuando el Subteniente de Estado Mayor Edmundo Alvarez, que formaba parte del Batallòn «Montaña», recibió orden del Mayor Vázquez, de marchar inmediatamente al cantón Politeama y hacerse cargo de él, en virtud de haber sido abandonado.

Acto seguido se puso en marcha el Subteniente Alvarez, acompañado de dos ciudadanos: el ingeniero señor Tresen y D. Salvador Flores.

A su llegada, halló la fuerza que custodiaba la posición completamente desorganizada, por lo cual su primera medida fué proceder á organizarla, hecho lo cual, trascurrió el día 28 sin novedad.

Por la tarde fué hecho prisionero un espía, el que, custodiado por un ciudadano, se remitió al Parque.

La noche del citado día pasó tambièn sin que ocurriera novedad alguna.

En la mañana del 29, el Subteniente Alvarez recibió orden de construir una trinchera en la boca-calle, lo que verificó empleando en su construcción tres caballos muertos, un carro grande sacado del teatro, un cupé roto y un carro de panadero, rellenándose convenientemente las aberturas con adoquines. Al mismo tiempo se hicieron parapetos en la azotea por presentar ésta mucho blanco á los tiros enemigos, empleándose en ella una cantidad de ladrillos traídos del edificio en construcción de la calle Lavalle y Paraná.

Como se sabe, este día quedó arreglado todo; así es que estos preparativos fueron infructuosos.

Hemos dicho más arriba que este cantón fué uno de los últimos en deponer las armas.

Al trasmitirsele la orden de desarme, los oficiales subalternos se complotaron entre ellos con la intención de morir antes que rendirse. Afortunadamente no lo hicieron así, pero permanecieron las fuerzas tiroteándose con la policía hasta ya entrada la noche del día martes.

General Viamont, 1249

(Entre Libertad y Talcahuano)

COMANDANTE: SARGENTO 2° DISTINGUIDO JUSTO P. PLAZA

Formado por las siguientes fuerzas:

Luis Mariscal, Justo Litardo, Carlos D. Scott, Tomás Trejo, Isidoro Torres, Francisco Bayley, Luis Battione, Braun Canzio, Ceferino Diaz Velez, Martin Franco, Carlos Maria Banossi, Francisco Banossi, Serafin de Martin, Antonio Venza, G. Sierra, Antonio Viera, Francisco Serra, Víctor Williams, Gustavo Elía, N. N., Juan Pirro.

Fué en este cantón donde el joven estudiante de medicina Gustavo de Elía, próximo ya á doctorarse, recibió el bautismo de sangre que le tiene hasta hoy postrado en cama.

El, con el Sargento Justo P. Plaza, llevados de su heroismo, se hallaban en observación del enemigo en lo alto de la azotea, y separados del resto de las fuerzas que guarnecían el destacamento.

Colocados encima de la azotea, como decimos, y sin tener delante de sí objeto alguno que les sirviera de salvaguardia, al mismo tiempo que observaban, hacían fuego, lo cual, como era natural, llamó la atención del enemigo, que poco después hacía víctimas á ambos valientes de sus certeros fuegos.

El primero que cayó fué el joven Elía, á eso de las nueve de la mañana del 26, y pocos instantes después tocóle igual suerte á su digno compañero el Sargento Plaza.

A este cantón fué enviado el joven Roqué, que en la madrugada del 26 había sido tomado prisionero por un oficial del 5°, en la misma plaza del Parque.

Además de las bajas que hemos mencionado, sufrió también este cantón las del ciudadano D. Juan Piero y otro más, cuyo nombre se ignora.

Corrientes entre Cerrito y Libertad

(*Al llegar á Libertad á la izquierda*)

COMANDANTE: TENIENTE DE CABALLERÍA D. RAFAEL LÓPEZ

En este cantón había una fuerza próximamente de treinta hombres, y fué en él donde su Comandante, el Teniente López, encontró la muerte.

Atribuyóse, en un principio, este hecho al Teniente Coronel D. Erveregisto Vergara, de quien se dijo que la había llevado á cabo de una manera traidora y alevosa.

Como tales sospechas, y tan graves, recaían sobre el señor Vergara, fué inmediatamente transportado al Parque, á fin de practicar las averiguaciones del caso; pero no bien llegó del sitio mencionado, en calidad de preso, cuando se pronunciaron en favor de su reconocida hidalguía y caballerosidad las opiniones de todos los jefes y oficiales presentes, incluso la del mismo General Campos, con franqueza y espontaneidad dignas de su tan intachable como larga carrera militar.

El Teniente Coronel Vergara es, por sus antecedentes militares, incapaz de cometer tan baja acción. Habiendo asistido á las memorables batallas de Cepeda y de Pavón, en donde se distinguió por su bravura, reanudó su interrumpida carrera militar haciendo la penosa campaña del Paraguay, durante la cual fué uno de los más pundonorosos ayudantes del General D. Bartolomé Mitre.

Los galones que ostenta su uniforme, así como las condecoraciones que penden de su pecho, no han sido ganadas merced al favoritismo, sinó en el campo de batalla y en buena lid.

Aunque en la conciencia de todos los que conocen sus intachables prendas de carácter, estaba que no podía ser él el autor de tan condenable hecho, como decimos, averiguaciones posteriores han venido á confirmar de una manera plena su inculpabilidad.

Hallábanse acantonadas las fuerzas de dicho destacamento, cuando acertó á pasar por enfrente un sargento de vigilantes, al que el Teniente López supuso portador de algunos pliegos.

En esta creencia, el Teniente López bajó á la calle é intimó orden de prisión al mencionado sargento; pero éste, sacando su revólver, le hizo fuego.

Vista la actitud del sargento por las fuerzas del cantón, hicieron fuego sobre él, con tan mala suerte para el malogrado López, que fué herido de muerte por una bala perdida, quizás de sus propios compañeros.

Tal es la verdad de lo ocurrido, lo cual está confirmado, como decimos, por indagaciones ulteriores.

Corrientes y Artes

(Iglesia de San Nicolás)

COMANDANTE: CAPITÁN DE BOMBEROS ANSELMO S. BULLINOS

El campanario y azoteas de este templo fueron ocupados por el Capitán Bullinos y Teniente Antonio Dalmedo, al mando de treinta hombres.

Los dos referidos oficiales se presentaron al Parque en

la tarde del domingo, para compartir con el pueblo la gloria en la lucha por sus libertades.

El cantón mandado por ellos prestó buenos servicios, pues apagó los fuegos del cantón enemigo Tucumán y Artes, formado por vigilantes.

No tuvo sinó un herido.

Lavalle y Libertad

(*Angulo S.E.*)

Sobre la azotea de esta casa,, propiedad del señor Martinez, fueron colocados veinte hombres del 10° de infanteria y tres de artilleria, al mando del Alférez de Fragata D. Ernesto Anabia y del Sargento 1° distinguido Manuel Ponce.

El Alférez Anabia con los tres artilleros manejaban una ametralladora que causó algunos estragos en las fuerzas del Gobierno.

Uruguay y Paraná

(*Angulos N.O. S.O. y S.E.*)

COMANDANTE: CADETE PABLO SAN MARTIN

Las fuerzas de esta posición, dividida en tres cantones, se componian de ochenta hombres.

Este destacamento, de que habla el Coronel Figueroa en

su parte al General en Jefe y que publicamos en otro lugar, habria prestado grandísimos servicios á la causa revolucionaria si no se hubiera producido el armisticio, pues él dominaba por un flanco la plaza Libertad.

Viamont y Paraná

COMANDANTE: CIUDADANO LUÍS E. ESPINOSA

Ocupaban esta posición unos veinte hombres, al mando del susodicho ciudadano señor Espinosa, el cual el día 27 fué herido en el antebrazo.

En los dos dias siguientes, resultaron fuera de combate los ciudadanos Francisco Nuñez y Manuel Torres.

Fué éste uno de los destacamentos que sufrió más fuego del enemigo.

Diversos cantones

Lavalle entre Suipacha y Artes.—(*Casa del doctor Montes de Oca*).—COMANDANTE: SUBTENIENTE DE MARINA F. V. SASTRE; SEGUNDO ID.: CABO F. CASTELBAJAC.

El lunes 28 tomaron las fuerzas revolucionarias esta posición sin ser notados por el enemigo. El Subteniente Sastre, al mando de treinta hombres, rompió sus fuegos sobre un grupo de vigilantes acantonados en la esquina de Tucumán y Artes, que el mismo día, duran-

te el tiroteo que principió á las cinco y cuarto de la tarde, validas de lo estratégico de la posición que ocupaban, hacían fuegos certeros sobre el Parque y el cantón establecido en la Intendencia Municipal.

Sorprendida la fuerza del Gobierno por el destacamento del Subteniente Sastre, que les hizo varias descargas continuas y certeras, obligáronle á levantar bandera blanca, apagando al mismo tiempo sus fuegos.

Corrientes entre Talcahuano y Uruguay—*(Izquierda)*.—COMANDANTE: CIUDADANO ROBERTO B. COLLINS.

Este cantón tenía una fuerza de quince hombres y extendía su línea de defensa hasta la esquina de las calles Talcahuano y Cuyo.

Montevideo y Viamont.—*(Angulo N.O.)*—COMANDANTE: CADETE JOAQUIN RAMIREZ.

Las fuerzas de este cantón se componían de diez hombres.

No tenemos noticia alguna respecto de las operaciones de este destacamento, aun cuando por su posición debió molestar al enemigo.

Libertad al llegar á Corrientes.—*(Izquierda)*—COMANDANTE: SARGENTO 1° DISTINGUIDO JOSÈ A. IRUSTA.

Hallábase este destacamento custodiado por una fuerza compuesta de quince plazas del 1° de línea.

Como los demás, contribuyó á hostilizar al enemigo con sus fuegos.

Viamont entre Libertad y Talcahuano.—COMANDANTE: CIUDADANO D. CELINDO CASTRO.

Inmediato al cantón mandado por D. Justo P. Plaza, y próximo al palacio Miró, se acantonó el Sr. Celindo Castro, al mando de veinticinco hombres, sosteniendo un fuego vivísimo contra las fuerzas de Juarez, sin desmayar un momento.

Paraná y Corrientes—(*Angulo N.O.*)—COMANDANTE: LUIS A. SILVA.

Al mando de este señor, antiguo oficial del ejército uruguayo, se formó un cantón en los altos de la esquina que hace cruz con el Politeama.

La fuerza de este destacamento se componía de treinta hombres.

Montevideo y Viamont—(*Angulo S.E.*)—COMANDANTE: CIUDADANO BERNARDO DUHALDE.

Formóse este cantón bajo las órdenes del apreciable caballero Duhalde, con quince hombres.

Corrientes y Uruguay—(*Angulos S.E. y N.E.*—COMANDANTE: CIUDADANO ERNESTO R. OLIVER.

Estos cantones tenían como segundo jefe al ciudadano Eduardo Iñiguez y contaban con cuarenta voluntarios armados.

Tuvieron siete bajas en los días sábado y domingo: cinco heridos y dos muertos. Los heridos fueron depositados en la Comisaría 5ª, que las fuerzas al mando del Sr. Oliver habían tomado en la mañana del sábado.

Piedad y Callao—(*Angulo N.E.*)—COMANDANTE: MAYOR ISIDORO SILVA VILLAGRÁN.

Al mando de noventa y seis ciudadanos, el Mayor Villagrán tomó esta posición para evitar la entrada de las fuerzas enemigas por la calle de Callao. No tuvo sinó que disparar algunos tiros contra grupos de caballería que se presentaron en la mencionada calle Callao.

Moreno y Cambaceres—(*Angulo S.E.*)

Estaba custodiado este cantón por un grupo de ocho ó nueve voluntarios extranjeros, los cuales se proporcionaron municiones y armamento por cuenta propia.

No estuvo posesionado sinó un día, que, si mal no recordamos, fué el lunes 28.

Sentimos no recordar el nombre del jefe que le comandaba, como asimismo de los voluntarios que se hallaban con él.

Por lo demás, no ocurrió cosa alguna digna de contarse.

Rivadavia y Junin—(*Angulo N.O.*)—JEFE: ANTONIO MARTINEZ.

Lista nominal de las fuerzas de este cantón:

Jefe: Antonio Martinez.

Segundo id.: Juan Ottone.

Sargento: Carlos Ottone.

Cabo: Honorio Díaz.

Id.: Pedro Carreón.

Soldados: Luis Cazuel, Benito Lascano, Agripino Teuso, Jorge Angulo, José Santa María, Benigno Ruiz, G. Bellineri, P. Janin, Angel Belas, C. Manssini, P. Ramella, V. Santistéban, Luis Ottone, Antonio Ferrari, Vicente Ramirez, N. Genta, Domingo Circilio, José Cameris, Bedro Burucuá, José González, Juan Fernández y Luis Rodriguez.

Lavalle, entre Libertad y Cerrito—(*Casi esquina Libertad, sobre la derecha*)—COMANDANTE: JOSÉ LÓPEZ.

Las fuerzas de este cantón las componían setenta y cinco hombres de tropa al mando del tirador español D. José López.

Segundo jefe era D. Nicolás Trebino, y ayudantes don Julio Segura y D. Francisco Garabal.

Por la posición que ocupaba, los tres días tuvo que batirse con las fuerzas del Gobierno. y, debido á las precauciones que se tomaron, no hubo que lamentar sinó dos ó tres bajas.

De este cantón fué de donde el Teniente Dellepiane, del Cuerpo de Bomberos, desertó, llevándose papeles insignificantes que momentos antes había tomado en e Parque. Según parece, fué enviado como *bombero* por el Comandante del Cuerpo á que pertenecía, logrando llegar al Parque como pasado.

Cantón General Campos—*Rivadavia y Rodriguez*



1—General Eduardo E. Racedo.
2—Subteniente Pedro T. Perez.
3—Teniente Leandro Anaya.
4—Teniente Emilio E. Correa.
6—Capitán Augusto C. Portunato.
6—Teniente José H. Rosende.
7—Teniente Carlos Espinosa.
8—Teniente Faustino V. Diaz.
9—Cadete Manuel Ponce.
10—Teniente Pedro A. Pintos.
11—Teniente Eduardo Tello.
12—Teniente Miguel Giron.
13—Teniente Francisco Denis.
14—Sarjento Distinguido Mario Baraldo.
15—Subteniente Juan T. Recalde.



Son los siguientes:

Comandante: A Juarez—*Alférez:* Emilio Vivot—*Ayudante:* Mariano Quintana—*Cabo 1º:* Maris Martin—*Cabo 2º:* Dr. Horacio Calderón—*Soldados:* Cesar Vivot, Enrique G. Romero, Escequiel Calderón, Virgilio Mújica, Toribio Goyena, Juan G. Campos, José Pascuateiti, Santiago Bilbar, Ernesto Almirón, Juan Bernasconi, Alejandro Jaime, Paulino Silva, Esteban Risso, Angel Tudescat, Enrique Rosas, Manuel Martinez, Santiago Redriguez, Alejandro Elatrot.—Julio 26 de 1890.—A. SUAREZ.

Tucumán y Montevideo—*Angulo.*

Relación del personal que guarnecia el cantón situado en la calle Tucumán y Montevideo á las órdenes del que suscribe:

Jefe: José Ballesteros—*2º Jefe:* Eduardo Pló—*Ayudantes:* Pedro Saavedra y Severino Mendoza Garibay—*Sargento:* Manuel Casovino—*Cabo:* Cárlos Islas—*Soldados:* Bartolo Sportusso, Domingo Oddesa, Cárlos Aholt, Pedro Colombro, Federico Baldasar, Víctor Massa, Juan Cademartoli, Juan Acorta, Antonio Pichelto, Reinaldo Ferrari.—Buenos Aires, Julio 28 de 1890.—JOSÉ BALLESTEROS.

Piedad y Montevideo—COMANDANTES: CIUDADANOS FORTUNATO FIGUERREDO, ID. SEGUNDO: EUGENIO P. JACOB.

Lista de los señores Jefes y Oficiales y ciudadanos que componian este cantón:

Comandante: Fortunato Figueredo—*Ayudante:* Eugenio P. Jacob—*Sargento 1º:* Dardo Arturo Cardellari—*Sargento 2º:* Ramón Gilbert—*Ciudadanos:* Juan Gilbert, Francisco Malazaña, Rodolfo Samoni, Facundo Quiroga, Lisifredo Calderón, Facundo Algañaras, Raimundo, Otero, Ramón Garcilaso, Melchor Torres, Clemente Escobar, José del Río, Isaias Oliver, José Cardoso, Doroteo Navarro, Demesiano Aguilera, Manuel Calderón, Claro Ledesma, Vicente Muniagurra, Matías Lambon.—Bue-

nos Aires, Julio 29 de 1890.—FORTUNATO FIGUEREDO, Piedad 1607.

Cantón Libertad—COMANDANTE: CIUDADANO D. TEODORO CHACÓN.

Fuerza de este cantón: Dr. F. Diaz Ibarguren, Artur de Iturraspe, Alejandro de Lavalle, Román D'Uce, Andrés A. Isasmendi, Salvador Saenz, Antonio Porta, Juan Bosch, Ricardo Marti, Tomás Gueké, José Osés, José Martinez, José Melendez.—Buenos Aires, Julio 28 de 1890.

Artes 526—*Entre Lavalle y Tucumán*—COMANDANTE: CIUDADANO JOSÉ FERNÁNDEZ.

Lista nominal de las fuerzas de este cantón:

Ciudadanos: Martin Becar, Nicolás Bado, Gaudencio Cortés, Cárlos Falcon, José Guerrero, José Amarello, Florencio Amarello, Julian Brandon, Paulo Enedarrea, Sirgio Merlo, Juan Herrera, Pedro Gimenez, Gregorio Mercar, Salvador Horlando, Sirberio Garcia, Manuel Flaba, José Requeiro, Simón Errarte,

PIEDAD Y TALCAHUANO

(Angulos N.E., S.E. y N.O)

COMANDANTE: MARIANO H. DE LA RIESTRA

Cerramos este capítulo con el cantón mandado por el apreciable caballero de la Riestra, que fué uno de los primeros en concurrir al Parque para prestar á la revolución su decidido y entusiasta concurso.

Formóse este cantón, que fué el más importante de la linea sud del Parque, en las primeras horas de la

mañana del sábado, con una fuerza de veinticuatro ciudadanos al mando del Sr. de la Riestra, fuerza que, pocas horas después de haber tomado posiciones, se aumentó hasta el número de trescientos ocho con el concurso de ciudadanos que espontáneamente llegaban y necesitaban ser armados.

Tan grande fué el número de los que acudieron, que el Sr. de la Riestra se vió en la necesidad de enviar á muchos de ellos al Parque, por carecer de elementos con que armarlos.

Hé aquí el parte de las operaciones de este cantón:

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.

Del Jefe del cantón Piedad y Talcahuano al Sr. Jefe de las fuerzas revolucionarias, General D. Manuel J. Campos.

Tengo el honor de dirigirme á V. S. á fin de poner en su conocimiento los hechos producidos en este punto durante el movimiento de las días 26 al 29 del corriente y la participación tomada por las fuerzas cuyo mando se dignó V. S. confiarme, y que se acantonaron en los edificios de las esquinas de las calles Piedad y Talcahuano y adyacencias.

El sábado 26, á las 12 1|2 p. m., fuí mandado con veinticuatro ciudadanos, con la consigna de tomar posiciones en ese lado, cubriendo de esa manera ese costado del Parque que hasta entonces no lo había sido y que se encontraba amenazado de ser tomado por fuerzas enemigas por las ventajas que presentaba su situación para hacer fuego sobre aquél.

Penetrado de este cometido, he tratado de desempeñar misión tan delicada con todos los medios á mi alcance, habiendo encontrado una cooperación tan entusiasta y decidida en mis compañeros de esos días, que todo elogio sería pálido en ese sentido.

Al llegar á las esquinas de Piedad y Talcahuano, tuvimos un ligero tiroteo con fuerzas de Policía que

ocupaban las esquinas de Rivadavia y Santiago del Estero, replegándose èstas en seguida por la parte de la Avenida. El primer cantón que se formó fué en el edificio de la primera de estas esquinas, de propiedad del Sr. Manuel Rodriguez, que mira al norte y oeste, habiéndose brindado su propietario é inquilinos con todo género de atenciones, como asimismo todos los vecinos de ese barrio y los habitantes de las casas en que más tarde formamos otros cantones, entre ellos el Sr. Cura Párroco de la iglesia de la Piedad, cuya torre y azoteas fueron ocupadas. Desde el momento que este primer cantòn se instaló y organizó en forma, fué increible el número de ciudadanos y aun de militares que vinieron á presentarse como voluntarios, principalmente desde el domingo temprano (día 27), engrosando de esta manera rápidamente nuestras filas, hasta el punto que los veinticuatro hombres con que salí del Parque se habian aumentado á trescientos ocho el día veintinueve, sin contar muchos contingentes de ciudadanos en grupos que se presentaban y los dirigíamos á V. S. por faltarnos armas y municiones que proporcionarles.

No me detendré en darle cuenta detallada de cada hecho que se ha producido en estos cuatro días memorables, porque este parte tomaría proporciones indebidas. Básteme decirle que cada ciudadano ha cumplido su deber como tal, desempeñando su cometido con verdadera abnegación y valor.—También algunos extranjeros contribuyeron á engrosar nuestras filas, fraternizando con nuestros compañeros de causa y batiéndose á su lado con ardor y arrojo digno de mención

Nuestras fuerzas, al mismo tiempo que defendian sus posiciones y sufrían los fuegos enemigos, trataban en lo posible de socorrer á las numerosas familias de los alrededores, protegiendo también sus casas de no pocos individuos que, titulándose de los nuestros, penetraban en sus domicilios para cometer todo género de abusos y atropellos, habiendo sido aprehendida un buen nú-

mero de esta clase de gente, desarmada y remitida á la disposición de V. S. al Parque.

Abuso de *ningún género* se ha producido en nuestra línea.—Las provisiones para la tropa fueron tomadas en forma y ninguna casa de comercio ha sufrido el más mínimo perjuicio. Invoco para ello el testimonio honrado de todos los vecinos.

Los soldados enemigos que llegaban á pasar por allí, dispersos ó en comisiones, eran hechos prisioneros, sin hacerles fuego sinó en último caso, y demando su atención sobre esto á fin de desautorizar versiones malignas que circularon en un principio, atribuyéndonos una actitud indigna de personas que voluntariamente tomaban las armas y exponían sus vidas en holocausto de principios más levantados.

El día 29, entre siete y ocho de la noche, se efectuó el desarme de la tropa, retirándose en orden cada ciudadano á su casa, si bien abatidos por malas interpretaciones del primer momento; pero con el consuelo y la satisfacción íntima del deber cumplido. Aunque de la mayor parte de los hechos tiene conocimiento ya V. S. por las notas que le dirigí diariamente á la retreta, pasaré á continuación á hacerle una relación completa de nuestra organización y de los hechos producidos, concisándolos todo lo posible.

Cantones

Talcahuano y Piedad (principal)—noventa y seis hombres—Dos galerías de balcones á ambas calles y azoteas. Se forraron los balcones con chapas de hierro gruesas, que facilitó una fundición inmediata, estando las chapas colocadas sueltas.—En la misma esquina se levantó una trinchera, formada con adoquines, arena y fardos de pasto.

Talcahuano y Piedad (Club Católico)—cuarenta y seis hombres.

Santiago del Estero, Avenida de Mayo y Rivadavia—catorce hombres.

Santiago del Estero y Rivadavia (mirando al N.O.)—cuarenta y ocho hombres.

Santiago del Estero y Rivadavia (mirando al S.O.)—veinticuatro hombres.

Piedad entre Uruguay y Talcahuano, azoteas de los baños de Lacroze—diez y seis hombres.

Paraná y Piedad—cuarenta y cinco hombres.

Iglesia de la Piedad—diez y nueve hombres.

(Los cantones de la esquina de Santiago del Estero y Rivadavia fueron replegados el domingo, quedando solo una guardia avanzada, pasando la gente que allí había á ocupar posiciones más ventajosas.

Más tarde vino un pequeño refuerzo al mando de un Sr. español Fernandez y ocuparon una de esas esquinas, gente que permaneció hasta el desarme en ese punto.)

* * *

Desde que las fuerzas del Gobierno se apercibieron de la instalación de estos cantónes, el tiroteo, ya aislado, ya recio, se puede decir que no cesó hasta el último momento, siendo el de más consideración el de los vigilantes por la Avenida y Talcahuano primeramente, que fué desalojado por el cantón que se formó en esa esquina, del Departamento y luego del Onrubia, fuegos que eran contestados tan solo cuando había probabilidades en el éxito del disparo, debido á la escasez de cartuchos.

Las caballerías del Gobierno aparecieron también en no pocas ocasiones por esos lados, avanzando una vez hasta Victoria, con bastantes bajas.

Con excepción de la muerte del Teniente Coronel Villoldo, de Caballeria, acaecida en esta esquina, pasó de esta manera sin alternativas mayores el dia sábado y la noche, hasta la una y media de la madrugada próximamente en que tuvimos un ataque traido por fuerzas del Gobierno, compuestas de soldados de linea, vigilantes, bomberos y marineros.

A la hora indicada, los centinelas avanzados que teníamos por las azoteas de ambos lados hácia la parte de la calle Libertad, nos dieron la voz de alarma, y, efectivamente, favorecidos por la claridad de la noche, se pudo divisar á la altura de Suipacha próximamente la tropa que venía hacia nosotros.

Se ocultó la gente lo mejor posible en sus posiciones, y se dió la consigna de no hacer un solo disparo, á efecto de obtener la ventaja de la sorpresa y de tomarlos entre dos fuegos, dejándolos avanzar hasta la misma esquina de Talcahuano.

La indiscreción de un centinela quiso que solo pudieran llegar á la mitad de la cuadra, y que advertida con esto se desplegara inmediatamente por ambas veredas, dándose principio á las descargas de ambas partes, que se conservaron con todo vigor hasta que el fuego de ellos empezó á ser menos recio y luego siguió disminuyendo cada vez más en retirada, siendo entonces perseguidos por nuestras fuerzas, que tomaron prisioneros á un Capitán, un Teniente, varias clases y nueve soldados de tropa, y dejando siete muertos y diez y seis heridos. Los prisioneros fueron remitidos al dia siguiente á disposición de V. S. con el parte respectivo.

En este encuentro distinguióse especialmente la primera galeria de balcones del cantòn, que era la posiciòn más favorecida para el fuego y que mandaba el ciudadano Raul Manrique, cuya conducta me es grato recomendar á la consideración de V. S.

Las fuerzas que nos dieron este ataque se componian de unos ciento cincuenta ó doscientos hombres del Batallón 2 de línea, de bomberos, marinos y vigilantes, habiendo quedado en la esquina de Libertad un número aproximado á éste de fuerzas, al mando de un fuerte estado mayor.

Los bomberos y vigilantes, á las dos primeras descargas que les hicimos, perdieron completamente su organización, dispersándose una parte, si bien la mayoria

continuaron haciendo fuego en pelotones diseminados. Las compañías del 2º, que estaban reforzadas con soldados de diversos cuerpos, conservaron su orden, siendo las que más sostuvieron el ataque, si bien retirándose en confusión cuando cesaron sus fuegos.

La reserva de estas fuerzas, antes aludida, abandonó también su posición y fué rechazada en su intento de acantonarse por el lado de la calle Libertad, habiéndonos trasladado en el primer momento con las fuerzas que teníamos en el cantón de Rivadavia y Santiago del Estero á ese punto, donde tuvimos un ligero encuentro con fuerzas de línea que mandaba, según creo, el Comandante Valdés (que formaba la vanguardia de la reserva), replegándose inmediatamente, sufriendo en sus filas seis bajas entre muertos y heridos. El Coronel Molina en su parte al Sr. Ministro de la Guerra de fecha 30 de Julio da cuenta detallada de este encuentro, por lo que le transcribo á continuación algunos párrafos de dicha nota que contribuirán á ilustrar á V. S. al respecto.

Dice así:

«Al recibirme del puesto, quedaron bajo mis órdenes los siguientes jefes y oficiales:

Tenientes Coroneles, Saturnino Berón, Manuel E. Icaza, Juan F. Vivot, Romirio Valdez, y mis ayudantes, Capitán Pedro J. Reguera, Martín G. de San Martín, Germán Mejías.

Habiéndoseme presentado después el Coronel D. Liborio Bernal, Tenientes Coroneles Franklin, Rawson, Bonifacio Zapiola, Jorge Rodhe, Manuel Dantas, Maximino Rendón.

Mayores: N. Montenegro, Francisco Vila, Merardo H. Latorre, Alberto Martinez, Saturnino Canavery, Castro Vergara, Izauro Herrera. Benjamín Barrozo (Teniente Coronel).

Capitanes: Ignacio Rodriguez, Julián Rodriguez, Nicolás Fernández, Lorenzo Machado.

Tenientes: Andrés E. Rodriguez, Dionisio Meza.

Subtenientes: Avelino Martinez, Mauricio Solá.

Y las fuerzas que á continuación se expresan: un piquete del 2 de línea á las órdenes del Capitán Reguera y Subteniente Solá con 33 individuos de tropa. En seguida recibí las fuerzas siguientes: un piquete de bomberos de policía de la capital, con 30 hombres, otro de la Subprefectura Marítima con 32, otro de peones de la Aduana con 30, otro de vigilantes con 48, otro piquete de marineros de diversas reparticiones con 20 hombres, procediendo á armar á 70 individuos que se presentaron.

Con estas fuerzas organicé el servicio de cantones hasta la calle de Florida, y rondines hasta dos cuadras en todas direcciones de la plaza Victoria. Servicio que fué retirado al recibir la orden de V. E. de marchar á cubrir con esta fuerza la calle de Piedad, desde Cerrito hasta Talcahuano.

Marché á la 1 a. m. á cumplir la orden recibida, por la calle de Piedad y al llegar á la de Talcahuano apareció un fuerte cantón enemigo que nos hizo fuego, sosteniendo un combate de poca duración, en que tuvimos 21 hombres fuera de combate, entre muertos y heridos; en esos momentos había destacado el Comandante Valdez con la fuerza á sus órdenes por la calle Libertad para su acantonamiento.

No sabiendo la existencia de ese cantón ni de otro que había á retaguardia, que también nos hizo fuego, el primer momento fué de sorpresa y una parte de los ciudadanos, marineros y vigilantes se dispersaron.

El resto de la fuerza y la que conseguimos contener de los dispersos fué llevada al cuartel del Retiro en dos grupos».

Firmado:—Miguel E. Molina (Coronel).

El sábado, entre tres y cuatro de la tarde, fué herido por fuerzas á mis órdenes en la calle Piedad, al llegar á Talcahuano, el Teniente Coronel Villoldo, de caballería, muriendo más tarde á consecuencia de las heridas que recibió.

A la hora indicada, venia en un carruaje por la calle Piedad, en dirección al Este, y, como diera á sospechar la ligereza con que venia el coche, se le mandó hacer alto á distancia, voz que el cochero no obedeció á pesar de haberle sido repetida muchas veces, haciéndolo tan solo cuando vió que le apuntaron.

Villoldo se asomó entonces por la portezuela del carruaje, é increpando duramente al cochero por haberse detenido, le ordenó que siguiera adelante.

Quiso obedecer el cochero, pero al intentarlo, se contuvo nuevamente ante la intimación que repetimos apuntando.

Convencido el Tet. Cor. Villoldo de que no le dejaríamos pasar, contestó á las insinuaciones que le hacíamos de que vivara á la Unión Cívica, y que se incorporara á nuestra causa, con palabras no convenientes y una actitud hostil, á consecuencia de lo cual ordené á un cabo que bajara con cuatro hombres á tomarle; y al apercibir la gente que iba hacia él hizo dar vuelta su carruaje y volvió por el mismo camino á todo lo que daban los caballos. La guardia corrió tras el coche, y viendo impotentes sus esfuerzos para alcanzarle, hizo fuego sobre los caballos, cayendo uno de éstos.

Desgraciadamente, de los balcones, al oir esta descarga, sin saber á qué atribuirla, se hizo una segunda que dió fin con todo.

Nuestras mismas fuerzas lo auxiliaron en una botica de la esquina de Piedad y Montevideo, como asimismo al cochero que lo conducía, siendo reconocido por un facultativo y de allí trasportado poco despuès al Hospital de Clinicas.

El Tet. Cor. Villoldo venía solo en su carruaje y no

acompañado del Capitán Guerrero, como equivocadamente se ha dicho; y á propósito de este oficial del ejército sobre quien se han corrido tantas versiones inexactas, llegando hasta decirse que formó parte de nuestro cantón, etc., etc., lo único ocurrido con él fuè lo siguiente: llegó á esa esquina por la calle de Piedad, y al apercibírsele vivó á la Unión Cívica, saludando á los balcones nada más, y retiróse luego, después de haber permanecido el tiempo que quiso en esas inmediaciones.

En los días restantes nuestra acción se ha concretado por el lado de la Policía y del teatro Onrubia, desde donde se nos hacia un fuego casi continuo y en momentos muy récio, siendo contestado con la prudencia que nos imponía la poca abundancia de cartuchos y la pequeña reserva que conservábamos para el caso de un ataque decisivo. Tomónos el momento del desarme, aprestándonos y fortificándonos lo mejor posible en nuestros puestos, y á la espera de un encuentro que contábamos se produjera de un momento á otro, al atenernos á las noticias que nos daban de todas partes; habiendo concretado, como era consiguiente, á este trabajo nuestra mayor atención en el último día.

Las fuerzas de Policía del Departamento, intentaron también atrincherarse en la esquina de Talcahuano y Moreno; pero luego desistieron de su propósito, debido á los fuegos de una guerrilla de tiradores que formamos en la calle, que, con sus disparos certeros, les hizo bastante perjuicio en sus filas y al cantón de la esquina de Santiago del Estero y Rivadavia.

Nuestra gente fué armada toda, no tan solo con los remingtons que V. S. se dignó mandarme, sinó también con los que se recogieron de los muertos y heridos y de la gran cantidad que abandonaron en su dispersión las fuerzas del Gobierno que nos trajeron el ataque el domingo de madrugada.

Me es grato recomendar á la consideración de V. S. la conducta observada por todos los ciudadanos que me

cupo la honra de mandar, como asimismo la de los señores que paso á mencionar, asimilados al rango de oficiales y clases, á efecto de la mejor organización.

Raul Manrique, Benito Gonzalez Rubio, Manuel F. Cutiellos, Irineo Manuel Pividal, Santiago Ballarin, J. Albisuri, Laureano Alemán (Teniente de la R. O.), Enrique Amor, Marcelino Izquierdo, Juan, Antonio y Saturnino Gonzalez Rubio, A. Fragueiro Frias, Guillermo Torres, Isandro Sanchez, N. Anchorena, Angel Meroni, Elasto Mangudo, Floro Suarez, E. Castro, I. Gainza, J. Pardo, J. Chanón, E. Grimau, V. Cubelló, R. Matanis, D. Echanes, A. Gordillo Arias, E. Beretti, D. Lima, D. Bordasini, A. Dufurt, J. Martinez, A. Pineiro, O. Schecek, Hellner, G. Emeril, M. Fernandez, D. Bordosini, P. Cruz, A. Gilardi, C. Ghengi, F. Barvioli, P. Pedemonde, un Oficial de Marina, dos Cadetes, un cabo y un vigilante y un soldado del Batallón Cabos y Sargentos, cuyos nombres no tengo presentes en este momento.

Tuvimos que lamentar solamente cuatro bajas, 3 argentinos y 1 español; todos cuatro de posición modesta, y 9 (nueve) heridos, 2 de importancia, en toda la línea y en todos los diversos encuentros.

El señor Albisuri, director del cantón del Club Católico, recibió una ligera contusión en la nariz, producida con una bala fria, y el señor Sanvidal una igualmente en la mano izquierda.

Tuvimos la suerte de que dos metrallas que penetraron en los mismos balcones, no hicieran mayor daño, habiendo hecho explosión tan solo una de ellas por la parte de abajo del balcón.

Podría informar á V. S. de muchísimos otros hechos ocurridos, que, aunque de secundaria importancia por su magnitud, no dejan de poner de relieve la decisión y patriotismo de mis compañeros; sin embargo, esta nota ya ha tomado más extensión de la que habria deseado. *Básteme decirle* que en los cuatro dias y tres noches

transcurridas, se ha estado siempre en continua acción, sea combatiendo, tomando posiciones, haciendo reconocimientos, etc., etc.

Réstame tan solo, al cerrar aquí esta nota, agradecerle la distinción que me hizo al confiarme este puesto, sin títulos para ello, y aprovechar esta oportunidad para suscribirme de Vd., su servidor si en algo me creyere útil, siempre que abrace una causa como la presente, lo que está demás el decirlo, dados sus antecedentes, que le han colocado en el rango que ocupa ante la opinión del pueblo á quien acaba de dirigir en estos duros momentos de prueba y en cuyas filas á sus órdenes me cupo el honor de militar.

MARIANO H. DE LA RIESTRA.

PARA LA HISTORIA

(Documentos)

I

FRAGMENTO DE LA PROCLAMA REVOLUCIONARIA

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Conocemos y medimos la responsabilidad que asumimos ante el pueblo de la Nación; hemos pensado en el sacrificio que demanda el movimiento en el que se compromete la tranquilidad pública y la vida misma de nuestros conciudadanos; pero el consejo de patriotas ilustres, de los grandes varones, de hombres de bien de todas las clases sociales, de todos los partidos, el voto íntimo de las provincias oprimidas, y hasta el sentimiento de los residentes extranjeros, nos empuja á la acción y sabemos que la opinión pública bendice y aclama nuestro esfuerzo, sean cuales fueren los sacrificios que demande.

El movimiento revolucionario de este dia, no es la obra de un partido político. Esencialmente popular é

impersonal, no obedece ni responde á las ambiciones de círculo ú hombre pùblico alguno. No derrocamos al Gobierno para separar hombres y sustituirlos en el mando; lo derrocamos porque no existe en la forma constitucional; lo derrocamos para volverlo al pueblo, á fin de que el pueblo lo reconstituya sobre la base de la voluntad nacional y con la dignidad de otros tiempos, destruyendo esta ominosa oligarquía de advenedizos que ha deshonrado ante propios y extraños las instituciones de la República.

El ùnico autor de esta revolución, de este movimiento sin caudillo, profundamente nacional, larga, impacientemente esperada, es el pueblo de Buenos Aires, que, fiel á sus tradiciones, reproduce en la historia una nueva evolucion regeneradora que esperaban anhelosas todas las provincias argentinas.

El ejército nacional comparte con el pueblo las glorias de este dia; sus armas se levantan para garantir el ejercicio de las instituciones. El soldado argentino es hoy dia, como siempre, el defensor del pueblo, la columna más firme de la Constitución, la garantía sólida de la paz y la libertad de la República. La Constitución es la ley suprema de la Nación, es tanto como la bandera, y el soldado argentino que la dejára perecer sin prestarle su brazo, alegando la obediencia pasiva, no sería un ciudadano armado de un pueblo libre, sinó el instrumento y el cómplice de un déspota.

El ejército no mancha su bandera ni su honor militar, ni su bravura, ni su fama, con un motin de cuartel. Sus soldados, sus oficiales, sus jefes han debido cooperar, han cooperado á este movimiento, porque la causa del pueblo es la causa de todos; es la causa de los ciudadanos y del ejército, porque la Patria está en peligro de perecer y porque es necesario salvarla de la catástrofe.

Su intervenciòn contendrá la anarquía, é impedirá

desórdenes, y garantizará la paz. Esa es su misión constitucional y no la tarea oscura, poco honrosa, de servir de gendarmería urbana para sofocar las libertades públicas.

El periodo de la revolución será transitorio y breve; no durará sinó el tiempo indispensable para que el país se organice constitucionalmente y el Gobierno revolucionario establezca la elección de tal manera, que no se suscite ni la sospecha que la voluntad nacional haya podido ser sorprendida, subyugada ó defraudada. El elegido para el mando supremo de la Nación será el ciudadano que cuente con mayoría de sufragios en comicios pacíficos y libres, y únicamente quedarán excluidos como candidatos los miembros del Gobierno revolucionario, que espontáneamente ofrecen al país esta garantía de su imparcialidad y de la pureza de sus propósitos.

Por la junta revolucionaria—*L. N. Alem—A. del Valle—M. Demaría—M. Goyena—Juan José Romero—Lucio V. Lopez.*

II

DECRETOS DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

Buenos Aires, 26 de Julio de 1890—El Gobierno revolucionario decreta:

Art. 1° Movilízase la guardia nacional de la capital.

Art. 2° De los ciudadanos que se encuentran actualmente en el Parque de Artillería se formarán dos batallones, el primero bajo el mando del comandante Joaquin Montaña, y el segundo bajo el mando del ciudadano Pedro Campos.

Art. 3° Nómbranse 2° jefe del 1er. Batallón al Sargento Mayor Domingo Rebución, y 2° jefe del 2° Batallón al Capitán Nicolás Menendez.

Art. 4° Publíquese, etc.—LEANDRO N. ALEM—*Miguel Goyena—Juan José Romero.*

—

Buenos Aires, 26 de Julio de 1890—El Gobierno revolucionario decreta:

Art. 1° Nómbrase Jefe de Policía de la capital al ciudadano Hipólito Irigoyen.

Art. 2° Pubílquese, etc—LEANDRO N. ALEM—*Miguel Goyena—Juan José Romero.*

III

PROCLAMA DEL PRESIDENTE

El Presidente de la República al pueblo de la capital.

Los eternos enemigos de la paz de la República acaban de dar un nuevo escándalo, sublevando dos batallones del ejército, de guarnición en esta capital.

El resto del ejército permanece fiel á su deber, y yo me encuentro en medio de él acompañado de mis ministros y del Vicepresidente de la República.

El pueblo no responde á esta criminal aventura de unos pocos insensatos, que será en breve dominada con los poderosos elementos que el Gobierno tiene á su dis posición en la capital y en toda la República.

Conciudadanos: la palabra de vuestro primer magistrado se hace oir en estos momentos solemnes, sin odio y sin rencores, inspirada por el sentimiento del deber y del patriotismo, para exhortaros á rodear á vuestro Presidente, y sostener la autoridad constituida.

En ello va la salvación de la República, amenazada

por un motín de cuartel que no puede encontrar éco en el corazón de los buenos argentinos.—MIGUEL JUAREZ CELMAN.

IV

ESTADO DE SITIO

Habiendo estallado en esta capital un movimiento revolucionario con el propósito de derrocar las autoridades constituidas, el Presidente de la República decreta:

Artículo 1° Declárase en estado de sitio todo el territorio de la República.

Art. 2° Movilícese la guardia nacional de la provincia de Buenos Aires, Santa-Fé, Entre-Rios y Córdoba.

Art. 3° Comuníquese, publíquese, etc.—MIGUEL JUAREZ CELMAN—*Salustiano J. Zavalla—Roque Saenz Peña —Juan Agustin García—José M. Astigueta—Nicolás Levalle.*

EL DR. ALEM AL CORONEL CAPDEVILA

Buenos Aires, Julio 26 de 1890.

Al señor Jefe de la fuerza de Policía de la Capital.

La revolución triunfante acaba de constituir un Gobierno provisorio, á cuyo frente está colocado el infrascripto.

Manda el ejército revolucionario el valiente General

Manuel J. Campos. Obedecen las órdenes del Gobierno revolucionario, con la totalidad de los cuerpos de la guarnición, los buques de la Escuadra Nacional y millares de ciudadanos que corren á tomar las armas en el Parque de Artillería, que está en poder de la revolución.

Toda la artillería obedece igualmente al Gobierno revolucionario.

A nombre de la Patria pido á V. S. su adhesión á este grandioso movimiento de regeneración nacional, que repercutirá en toda la República, donde los buenos patriotas esperaban la señal de la unión.

Si en el término de dos horas no se recibe su respuesta ó su incorporación al ejército revolucionario, éste procederá contra las fuerzas de su comando como contra fuerza enemiga de la Nación.

Dios guarde á V. S.—*L. N. Alem.*

VI

EMPLEADOS NACIONALES

Buenos Aires, Julio 28 de 1890—Considerando que es un deber de todos los empleados de la administración nacional concurrir á rodear la autoridad de la Nación, el Presidente de la República decreta:

Artículo 1° En el término de 24 horas se presentarán en la Casa de Gobierno todos los empleados de la administración.

Art. 2° Los que en el término señalado no se presentasen y no justificaren la imposibilidad de hacerlo por causa de fuerza mayor, serán separados de su empleo.

Art. 3° Comuníquese, publíquese, etc.—M. Juarez Celman—*Salustiano J. Zavalía—J. A. García—N. Levalle—J. M. Astigueta.*

VII

NOTA DEL GENERAL CAMPOS

Jefe de las fuerzas revolucionarias

El jefe militar de las fuerzas revolucionarias—Buenos Aires, Julio 28 de 1890.—Al señor Presidente de la Junta Revolucionaria, Dr. D. Leandro N. Alem—Tengo el honor de dirigirme á V. E. cumpliendo los dictados de mi conciencia, como soldado y como hombre honrado, comunicándole cuál es nuestra situación actual, así como las municiones con que contamos, para que V. E. y los demás miembros del Gobierno puedan penetrarse de ella y resolver lo que en consecuencia mejor estimen.

La fuerza de línea que nos ha acompañado en este movimiento tiene en sus cartucheras noventa tiros próximamente; los batallones formados por los ciudadanos de la Unión Cívica están á veinticinco tiros y tenemos un depósito de municiones en el Parque de 50.000.

V. E., mejor que yo, sabe los esfuerzos que se han hecho en el comercio de la plaza para conseguir municiones, que desde el primer momento solicité con urgencia, y cuán infructuosas han sido las gestiones hechas por las personas encargadas de dar cumplimiento á esta comisión.

En esta situación, opino:

1.º Que llevar un ataque sobre el enemigo sería un esfuerzo aventurado, porque aunque creo que los desalojaríamos de sus posiciones en la plaza de la Libertad, allí se nos acabaría la munición.

2.º Que podríamos mantenernos á la defensiva y rechazar con éxito cualquier fuerza de ataque, pero en

pocas horas de combate récio se agotaría igualmente la munición.

Así pensando, creí que era de urgente necesidad que los señores jefes y comandantes de cuerpo fueran convocados á una Junta de Guerra, para hacerles conocer nuestra verdadera situación, y habiendo tenido lugar ésta, declaró que no era posible hacer otra cosa que lo anteriormente indicado por mí, lo que cumple á mi deber comunicar á V. E. á fin de que proceda como crea conveniente.

En los diversos ataques que el enemigo nos ha traido, él ha sido victoriosamente rechazado en toda la línea por nuestras tropas, habiendo nosotros perdido en ellos al Coronel Julio Campos, Capitán Roldán, Teniente Leyera, y dos oficiales cuyos nombres no recuerdo en este momento, varios oficiales heridos que incluidos á los de tropa y ciudadanos hacen un total de ciento cincuenta heridos y 23 muertos.

Hemos recogido á más 35 heridos y varios muertos del enemigo.

El espíritu de la tropa es de todo punto recomendable, y basta á significarlo que durante los cuatro días transcurridos no hemos tenido un solo desertor y, respecto de los ciudadanos, son de todos conocidas la espontaneidad y decisión con que se han presentado á tomar las armas, así como el valor con que se han batido.

Es, pues, urgente que la Junta Revolucionaria, penetrada de cuanto dejo expuesto, resuelva lo que crea conveniente.

Dios guarde á V. E.—(Firmado): *Manuel J. Campos.*

VIII

LA CARTA DE UN PATRIOTA

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

A la Junta Revolucionaria:

Señores: La gravedad del momento impulsa á atro-

pellar por sobre toda consideración, y aun por la más terrible de no ser escuchado, y á arrojarse en medio de los combatientes para pedirles en nombre de la Patria y de la humanidad la suspensión de la lucha, hasta encontrar bases honorables que la hagan cesar del todo, restableciendo el imperio del orden y de las leyes.

Dispuesto hasta á arrojar mi vida entera á la hoguera de la discordia, si fuese necesaria para apagarla, no vacilo en ofrecerme en compañía de los ciudadanos más respetables que se indiquen, para constituir una comisión mediadora, que se ocupe inmediatamente de arbitrar bases de arreglo que salven el decoro de los combatientes, pues al fin la lucha es entre hermanos y está comprometiendo la suerte del país en calamidades inauditas, cuando se ha hecho del centro de nuestra gran capital el campo yermo y sangriento del combate y los poderosos proyectiles que se lanzan los enemigos argentinos contra argentinos, hermanos contra hermanos, el ejército entre sí, caen sobre los edificios y despedazan á las mujeres, á los ancianos y á los niños, hasta haberse presenciado la estupenda barbaridad del bombardeo, condenable aun respecto de un enemigo extranjero.

Esta gran ciudad, nuestro lujo, nuestra joya, nuestra riqueza, hoy el corazón y la cabeza de la República que todos respetaron; Rosas mismo, prefiriendo en 1851 una batalla campal, antes que encerrarse con su infantería y artillería dentro de ella, como se lo aconsejaba el mejor de sus generales; Urquiza en 1859, llegado sobre sus suburbios con un ejército vencedor, sacrificando la victoria, fácil á su juicio, antes de cargar con la responsabilidad de los desórdenes consiguientes á un combate en las calles de la hermosa y populosa ciudad; Mitre, sometiéndose en 1880 con numerosas fuerzas, prefirió esa responsabilidad militar en la grandeza de su ánimo, á la tremenda del saqueo, del incendio y todos los desórde-

nes posibles en un gran centro de población. Cuando los encargados de mantener el orden luchan como fieras en su recinto: Rosas, Urquiza, Mitre, salvaron incólumes los respetos sagradas que merece á los argentinos la gran capital del Sud.

Sé que se ha aprovechado la tregua, después del largo y reñido combate, para aglomerar fuerzas de una y otra parte; todo ello en pura pérdida para la Patria, cuya figura majestuosa velan las pasiones á los corazones extraviados, para causar su ruina, invocando, empero, su santo nombre.

Sabéis cuánto puede el valor argentino: todo se consumirá en el fragor de la lucha fratricida: nuestro ejército; lo mejor de nuestra bizarra oficialidad; nuestros mejores elèmentos con que contábamos para defensa del honor é integridad nacional: la sangre argentina correrá á torrentes y en el fuego ominoso de la lucha, se consumirá frenética nuestra brillante juventud, la parte principal de nuestro ejército, dividido por las fantásticas divergencias que sublevan el patriotismo de los héroes.

Colocad la victoria sobre cualquiera de los combatientes y meditad: el horror, la responsabilidad de las calamidades de la patria, manchado el laurel de la victoria: horrible laurel que no puede colocarse puro sobre la frente del vencedor y que ennegrecerá la historia con la reprobación de los hechos imprevistos y espantables.

He sido actor en todas las luchas recordadas en más de cuarenta años de servicios á mi patria y jamás mi corazón ha sufrido tanto.

¡Qué! durante la era constitucional iniciada en 1852, hemos retrogradado á las épocas embrionarias del año 20? *Quién vale tanto como las ruinas y calamidades que hoy se desencadenan sobre los más vitales intereses y sobre la grandeza de la patria?*

Pero, basta, haria ofensa al corazón argentino de los jefes de la lucha.

Los propósitos de esta misiva han sido también manifestados á las autoridades nacionales, que los han tomado en consideración, desde que permiten su acceso al campo donde Vds. imperan.

Espero ansioso una respuesta; ésta conmoverá el corazón dolorido de todo ciudadano honesto y que ame á su patria, sobre todas las cosas en la tierra.

Vuestro conciudadano—*Benjamín Victorica.*

IX

MANIFIESTO DE LA JUNTA REVOLUCIONARIA

DESPUÉS DE LA CAPITULACIÓN

Al pueblo de la República

La nota del Sr. General Manuel J. Campos, jefe de las fuerzas revolucionarias, que se publica á continuación, explica las causas que nos han obligado á aceptar la mediación ofrecida por los Sres. Dres. Luis Saenz Peña y Benjamín Victorica, y Sres. Francisco B. Madero y Ernesto Tornquist. La escasa existencia de municiones, que solo nos hubiera permitido prolongar por pocas horas el combate, solo nos habría dado por resultado nuevos derramamientos de sangre de soldados y ciudadanos, sin ventaja alguna para el éxito de la causa revolucionaria.

La Revolución había recibido informes, que merecieron entera fé, sobre la existencia necesaria de municiones en el *Parque de Artillería*, suficiente para favorecer el número inmenso de ciudadanos que debían concurrir á armarse, y á quienes fué imposible dotar de las municiones para llevar adelante la acción ofensiva y decisiva de la Revolución. En esta situación, la Junta

Revolucionaria hizo todos los esfuerzos posibles para conseguirlas en la ciudad, pero esos esfuerzos han sido infructuosos. No se oculta á la Junta Revolucionaria la observación que podría hacerse, por haber pactado el día 27 un armisticio que proporcionaría al poder oficial el medio de obtener elementos del interior, pero cumple su deber declarando que si ese armisticio se convino, y si él tuvo por objeto dar sepultura á sus muertos y atender á la asistencia de los heridos, tuvo también como propósito culminante dar tiempo á aumentar la provisión de municiones y á que llegasen los elementos populares de las provincias inmediatas á la Capital, que se le ofrecían á cada instante por ciudadanos espectables y decididos por la causa nacional.

La Junta Revolucionaria se abstiene de entrar en otras consideraciones, dadas las condicionos del estado de sitio que le impiden ser más explícita, y espera solo el momento de que esa situación anormal desaparezca para hacer públicos, con el desarrollo necesario, los infaustos motivos que la han obligado á proceder en la forma que establecen las bases convenidas por la Comisión mediadora.

La Junta Revolucionaria, al concluir este manifiesto, cumple con el alto deber de manifestar su agradecimiento á los señores jefes y oficiales del ejército y armada, así como á los nobles soldados que, asociándose á los ciudadanos argentinos, han concurrido con sus virtudes cívicas y su esfuerzo personal á la causa de la Revolución.

Buenos Aires, Julio 29 de 1890—Por la Junta Revolucionaria:

Firmados—*L. N. Alem—A. del Valle—M. Demaría—M. Goyena—Juan José Romero—Lucio V. López.*

X

LAS BASES DE LA PAZ

Bases fijadas definitivamente por la Comisión mediadora autorizada por el Excelentísimo Sr. Presidente de la República y aceptadas por la Junta Revolucionaria:

1ª No se seguirá juicio ni procedimiento de ninguna especie contra los que hayan tómado parte en el movimiento revolucionario, militares ó civiles.

2ª Los cuerpos de línea que hayan tomado parte en la revolución serán conducidos por sus jefes y oficiales á sus respectivos alojamientos, quedando dichos cuerpos desde ese instante á las órdenes del Gobierno.

3ª Los jefes y oficiales y tropa de la armada quedan en igual condición que el ejército de tierra. El jefe de cada buque hará su entrega á la persona que designe el Gobierno.

4ª Los ciudadanos armados dejarán sus armas en el Parque y se disolverán pacíficamente.

5ª Los cadetes volverán á ser admitidos en sus respectivas escuelas.

Buenos Aires, 30 de Julio de 1890—*Benjamín Victorica—Luis Saenz Peña—Francisco Madero—Ernesto Tornquist.*

XI

DESPEDIDA A LAS TROPAS REVOLUCIONARIAS

ARENGA DEL DR. DEL VALLE

«Soldados:

»Hace diez años que tomo parte en la vida política

de nuestro país y he combatido siempre en la Cámara y en la prensa por la libertad.

»Vosotros, valerosos soldados, que habeis tomado parte en este movimiento revolucionario, habeis peleado heroicamente, como combate el soldado argentino.

»La gratitud del pueblo será eterna para vosotros.

»Cada soldado que caía herido ó muerto, era una herida para mi corazón, porque estando á las órdenes del Gobierno, os habeis unido voluntariamente al pueblo, para defender sus derechos.

»Nuestra victoria hace honor á los ciudadanos y soldados que han tomado parte en la contienda.

»La falta de municiones nos obliga á dejar las armas, ya que la dirección superior no podía permitir que vosotros y los voluntarios se hicieran matar sin poderse defender.

»Volved á vuestros cuarteles y recordad que lo primero que debe reinar en todo soldado, es el orden y la disciplina.

»Os doy mi palabra de honor que á nadie se hará daño alguno, y en nombre del pueblo os doy gracias por la ayuda que le habeis prestado.»

XII

PROCLAMA DEL GENERAL LEVALLE

El comandante en jefe del ejército nacional á la Nación Argentina—Restos mortales de los que cayeron en uno y otro lado, defendiendo altivos sus convicciones: Os presento las armas ungidas por la victoria!

Ejército nacional! Habeis salvado de la vergüenza y del descrédito el nombre inmaculado de nuestra patria;



1—Capitán Desiderio Rosas y Racedo.
2—Capitán Marcos H. Osorio.
3—Teniente José Missaglia.
4—Teniente Aurelio Figueroa.
5—Teniente Juan C. Serrato.
6—Teniente Carlos Bussetti.
7—Subteniente Juan G. Graciano.
8—Subteniente Luis Fortunato.
9.—Cadete Juan Iturrieta.

recibid las bendiciones de todo un pueblo valiente, noble y trabajador, que os contempla con orgullo y me hace á vuestra imagen.

La sangre vertida en las jornadas del 26, 27, 28 y 29 no será estéril para el bienestar general; la palabra que os empeñé en el combate, será mantenida hasta que los hechos la reemplacen; y la renuevo solemnemente, á la faz de la nación, que ha escuchado de pié, toda dolorida, el estampido del cañón.

Adversarios de ayer! Volved tranquilos á vuestros hogares y decid á quien quiera oirlo, que os habeis batido como saben batirse siempre los argentinos, y que teneis el derecho de ser tratados con el cariño y la estimación que inspiran los valientes.

Conciudadanos! La causa más grande del pueblo es la que levanta la idea de la patria por encima de todas las consideraciones. Inspiraos en ese sentimiento; sed sinceros en vuestras protestas y leales á vuestros pactos. Bajo la metralla y la granada hemos sufrido el fuego adverso, dominando todo lo que se mueve en el hombre cuando expone su vida, antes que romper la tregua concedida: tomad ejemplo.

Rodead al Presidente de la República con vuestras simpatías; es el primero de los ciudadanos, y su palabra queda de hoy en adelante ligada á la mia, sobre el campo de batalla, en presencia de la nacion armada.

Extranjeros! Desearía llamaros hermanos en la labor y el sacrificio, para pediros que mireis esta segunda patria como se mira una hermana preferida.

El comercio puede abrir sus puertas al público y transitar libremente: el ejército y la gendarmería velarán hasta que se olvide lo pasado.

Pueblo heróico de Buenos Aires! Vuestra tranquilidad en medio de la lucha es digna de elogios; habeis demostrado una vez más la fortaleza de vuestro ánimo, soportando con estoicismo el bombardeo inútil y criminal y los perjuicios de la lucha.

Soldados de línea y de la guardia nacional: os confundo á todos en un estrecho abrazo, porque sois igualmente venerables servidores de la patria. Admiro vuestra bravura; me enorgullece tanta lealtad; y, cuando en medio de una ciudad rica y populosa, habeis permanecido *tres dias sin comer ni dormir*, no encuentro héroes con quien compararos.

Pueblo de la República: sirva esta dolorosa prueba de lección á los exaltados que, sin reflexión madura, toman las armas para discutir al gobierno federal el derecho de la fuerza y la fuerza del derecho. Dias más, y doscientos mil guardia nacionales, movidos por un solo sentimiento, habrian acudido, de un extremo al otro de la República, para sostener la constitución.

Sub-oficiales, cabos, distinguidos y soldados que en las filas de la revolucion habéis hecho fuego inconscientemente contra la bandera de la patria: quedais indultados y podeis volver al ejército.

Vuestro camarada y amigo—*Nicolás Levalle*.

Cuartel general, Plaza de la Libertad, Julio 30 de 1890.

XIII

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBICA AL PUEBLO ARGENTINO

Diez años habían trascurrido sin que el orden fuera perturbado en la República; diez años de paz fecunda en que, resuelto el último problema de nuestra organizacion nacional por el establecimiento de la capital en Buenos Aires, la República Argentina habia asombrado al mundo por su riqueza y sus rápidos progresos.

¿Por qué en una situación cuya legalidad nadie des-

conoce, la tea de la discordia ha encendido las pasiones hasta el extremo de dar nuevamente al mundo el escándalo de una lucha fraticida y el más doloroso desmentido de nuestros progresos?

Esto es lo primero de que debemos darnos cuenta exacta, gobernantes y gobernados, en presencia de la rebelión de una parte del pueblo de esta capital apoyada por algunos cuerpos del ejército, estallada el 26 de Julio y vencida después de tres días de sangrientos combates; rebelión que no limitaba sus aspiraciones á deponer al Presidente de la República, sino que ha declarado el propósito de derrocar todas las autoridades constituídas de la Nación.

Desde luego llama la atención de todo observador tranquilo, un hecho que es un rasgo prominente de esta revolución, y que ha de guiarnos con seguridad al conocimiento de sus verdaderas causas: la revolución no ha pasado los límites de la capital; no ha encontrado eco en ninguna de las provincias, todas ellas han concurrido con una rapidez asombrosa á sofocarla.

Luego la causa de la revolución es puramente local y no representa un principio ni un sentimiento nacional.

Las revoluciones son fenómenos que se explican, no por la disminución, sino por la pérdida absoluta de todas las libertades, que pone al pueblo en la dura necesidad de romper las ligaduras que lo oprimen.

Libertad del sufragio, libertad de la prensa, libertad de reunión, son la expresión de todos los derechos políticos del ciudadano; pero mientras una sola de ellas subsista, es posible y fácil revindicar las demás sin ocurrir al recurso extremo de la revolución.

¿Puede el más exaltado enemigo del gobierno sostener que el pueblo se halla privado de sus libertades escenciales?

Pongan la mano sobre su conciencia los ciudadanos

[illegible]

[illegible] ha lanzado á la revolución [illegible] todas las autoridades constituidas.

Conciudadanos: es necesario no ocultarnos la verdad. La única causa de la revolución que acaba de ser sofocada, es la ambicion insensata de un partido local de Buenos Aires que aspira á imponer su voluntad á toda la República.

No digo que no haya cometido errores en mi gobierno, siempre con la más sana y patriótica intención, porque al fin el error es propio del hombre; pero crímenes ni

faltas que justifiquen el odio y la rebelión, jamás; pongo de ello á Dios por testigo!

En presencia de la rebelión injustificable de un partido local que invocando la libertad pretendía oprimir toda la República, derrocando el gobierno legal que ella se había dado libremente, para imponerle un gobierno presidido por D. Leandro Alem y creado por un motín de cuartel, mi deber ineludible era reprimirla y salvar á la república y no he vacilado en cumplirlo, aunque para ello haya sido necesario el doloroso sacrificio de derramar sangre argentina.

El ejército fiel á su bandera, se lanzó heróicamente al combate sin reparar en el número del enemigo, ni en las ventajosas posiciones que ocupaba; la guardia nacional de todas las provincias concurrió con prontitud y patriótica decisión al lugar del peligro, y la rebelión fué completamente dominada, después de tres días de lucha sangrienta.

Pero no basta vencer la rebelión y dejar triunfante el principio de autoridad: era necesario devolver la tranquilidad á los espíritus y cimentar la paz en el corazón de todos los argentinos; y no he vacilado tampoco en cubrir la falta de los vencidos con una completa amnistía.

Y á ellos me dirijo ahora, invocando el santo amor á la patria que siempre encuentra eco en el corazón de los argentinos, para recordarles que somos miembros de una misma familia, que no hay motivo alguno que justifique una lucha fraticida y que debemos vivir en paz bajo el amparo de nuestras leyes.

La más amplia libertad ha de ser garantida á todos en la elección del ciudadano que haya de sucederme en el mando; lo he declarado solemnemente ante el Congreso y ante el país entero, y ahora lo repito ante las víctimas del deber, cumplido de un lado y del sentimiento extraviado del otro.

He de cumplir fielmente la palabra empeñada bajo fé del honor y del patriotismo.

Y después de la palabra de concordia para los vencidos, la palabra de gratitud para los vencedores.

Al ejército fiel á su bandera, á sus bravos jefes y oficiales, á la valiente guardia nacional de las provincias, á Levalle, el héroe que los ha conducido á la victoria; á Pellegrini que lo ha acompañado á todas horas en el peligro y á todos los ciudadanos que han concurrido expontáneamente á sostener la autoridad, mi eterna gratitud. Que la patria los bendiga como á sus salvadores.

Vuestro Presidente—*M. Juarez Celman.*

XIV

ARENGA DEL GENERAL LEVALLE

Cuartel General, Plaza de la Libertad.

Señores generales, gefes y oficiales del ejército nacional:

Me cabe una vez más la honra de aclamaros sobre el campo de batalla, en nombre de la patria.

Un motin de cuartel acaba de manchar vuestra reputación, y soy testigo presencial de que habeis lavado esa mancha con sangre de valientes.

Los oficiales que han olvidado en un estravío criminal las tradiciones gloriosas del ejército argentino llevan sobre sus nombres la condena de la nación.

Los cuerpos que sublevándose contra el gobierno nacional y rompiendo fuego sobre los que fueron sus compañeros de armas, culatean las ordenanzas milita-

res, se han hecho acreedores á la supresión de sus nú meros.

Ejército de la Constitución: todavía no hemos concluido; es preciso acabar con esta ignominia. Yo estoy en medio de vosotros y sé lo que valeis en el combate. Recibireis el premio digno de vuestros hechos, y empeño solemnemente la palabra del Presidente de la República, de que así se hará.

¡Viva la Nación Argentina!

¡Viva el ejército que se ha conservado fiel al cumplimiento del deber!

N. Levalle.



OPERACIONES MILITARES

DE LA

REVOLUCION

PARTE OFICIAL DEL GENERAL CAMPOS

EL GEFE MILITAR
DE LAS FUERZAS
Revolucionarias

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.

Al Señor Presidente de la Junta Revolucionaria, Doctor Leandro N. Alem.

Tengo el honor de elevar á conocimiento del señor Presidente el parte detallado de las operaciones militares efectuadas por las fuerzas revolucionarias desde el momento en que una parte de la guarnición de esta capital, respondiendo á las aspiraciones del pueblo y secundando su acción, se puso al servicio de la causa de las instituciones consignadas en nuestra carta fundamental.

Como es sabido, me encontraba arrestado en el cuartel del batallón 10 de línea; y hasta las diez de la noche del dia 25 del corriente ignoraba por completo que la Junta presidida por V. E. hubiese resuelto que la revolución se verificase en las primeras horas de la madrugada siguiente. El aviso verbal que se me envió con

personas de mi familia, no pudo serme trasmitido con libertad, porque el Sargento Mayor Toscano, segundo Jefe del cuerpo en que me encontraba preso, permaneció en mi alojamiento hasta la una y media de la mañana; y antes de retirarse entró de visita el Coronel Juan G. Diaz, «Jefe de día» de la guarnición, quien no me abandonó hasta las 3 y 25 a. m., hora recien en la que llegué á saber las últimas combinaciones del plan revolucionario, en la parte que me tocaba ejecutar, y que se habían acordado durante mi prisión.

Inmediatamente llamé á los capitanes Osorio y Rosas y Racedo, y de acuerdo con ellos y algunos otros oficiales subalternos y soldados que estaban iniciados en el movimiento que iba á efectuarse, hice que se aprontase el batallón con todas las precauciones y cuidados del caso, y á las 4 y 25 de la madrugada salia á la calle al frente del cuerpo. Un sólo incidente pudo hacer conocer la operación que realizamos con tanto éxito, sin ser sentidos, ni aun por el Mayor Toscano y Coronel Díaz que quedaban custodiados en el cuartel, y fué que ya en la calle á un recluta que venía á retaguardia se le escapó un tiro. Felizmente este hecho no tuvo la transcendencia que se pudiera temer, y por el contrario los soldados respondieron dando vivas á la patria y á mi. Pocos momentos después se agregaban al batallón en marcha mis hermanos Pedro, Cárlos y Juan María y mis sobrinos Ventura y Rafael Martinez Campos y Arturo Campos, á quienes había dejado en el cuartel guardando á los dos jefes ya nombrados.

Seguimos por la calle Centro América hasta el edificio de las aguas corrientes, en donde se me incorporó la guardia de la Penitenciaría al mando del Capitán Aguirre, distinguido oficial que después tomó el mando del batallón de Ingenieros, á cuyo cuerpo pertenecía.

Allí mismo se nos unieron el batallón 9° de línea, al mando del Teniente Coronel José García y del Sargento Mayor Mom; el regimiento 1° de Artillería, al mando

del malogrado Capitán Manuel Roldán; y una compañía de cadetes del Colegio militar, al mando del bizarro sargento Hermelo, cuyo patriotismo, decisión y valor, así como el de todos sus compañeros; no tengo palabras con que encomiar. Toda esta fuerza venía á las órdenes del Sr. Coronel Julio Figueroa y de los señores Aristóbulo del Valle, Lucio V. López é Hipólito Irigoyen, como comisionados de la Junta Revolucionaria.

Hecha la incorporación, tomé el mando superior y me dirijí por la avenida Alvear hasta la calle Cerrito, y por esta hasta el Parque de Artillería, que lo encontré ya ocupado por V. E. y demás miembros de la Junta, el batallón 5º de línea, al mando del Teniente Coronel Ruiz y sargento mayor Bravo, parte del batallón de ingenieros al mando del teniente Ruiz Diaz, y un crecido número de ciudadanos que coronaban la azotea. Hice hacer alto á la columna, dar frente y salir al orden de parada, en cuya formación se tocó el himno nacional y en seguida diana en medio de los estruendosos vítores del pueblo que acudía presuroso y enardecido al Parque pidiendo armas y aclamando la revolución.

Acto continuo dividí las fuerzas en dos brigadas, compuesta la primera de los batallones 5º y 10º, al mando del Sr. Coronel Mariano Espina, y la segunda del batallón de Ingenieros y del 9º de línea, al mando del Sr. Coronel Figueroa, ocupando inmediatamente los puestos que les designé. A la Artillería no se le dió colocación en las brigadas, porque creí desde el primer momento que ella debía operar por piezas ó baterías sueltas.

La compañía del batallón 4º de línea, que estando de guardia en la casa de gobierno nacional se vino al Parque al mando de su Capitán Calandra, fué agregada al batallón 9º.

Tomadas ya las disposiciones necesarias para no ser sorprendidos, entré al Parque á conferenciar con la Junta y acordar las resoluciones que se convinieran,

haciendo conocer la revolución, así como también para organizar y armar los ciudadanos.

Nombré Jefe superior del Parque al Sr. Coronel Martín Irigoyen; y Jefe del detall al Sargento Mayor Felipe Vazquez. Al Sr. Coronel Morales y al Sr. Comandante Joaquín Montaña les confié el mando de los cívicos que defendían la parte alta del Parque; y al ciudadano don Rodolfo Bunge dí el encargo, teniendo como segundo al Sargento Mayor Mondragón, de formar un batallón de voluntarios que se denominó «1° de la Unión Cívica». Al Capitán Lamas se le dió el mando de la compañía de cadetes, el que se alternaba en el servicio con el Capitán Romero, ayudando ambos al mismo tiempo á la distribución de armas.

Mientras se tomaban estas disposiciones y otras análogas, ya fuimos atacados por la calle de Cerrito por fuerzas del Gobierno, iniciándose un fuerte tiroteo que fué contestado por el batallón 9°. Casi al mismo tiempo, en tres coches de tramways, se dirigía al Parque por la calle Lavalle el comisario de policía Sosa con ochenta y tantos vigilantes, los que fueron batidos y dispersos, tomándoseles unos sesenta prisioneros. En seguida el Mayor Toscano, al frente de más de cien vigilantes, nos ataca por la calle Libertad y es igualmente batido, haciéndosele muchas bajas y tambien un crecido número de prisioneros.

Con los prisioneros tomados en estos encuentros se formaron dos compañías, al mando la primera del Teniente Coronel López, y la segunda del Sargento Mayor Garaita, que nos acompañaba con decisión.

Vuelto al Parque después de estos combates parciales, tuve aviso seguro de que todas las fuerzas del Gobierno se habían movido de sus acuartelamientos, como me lo hacían sospechar los continuados ataques que nos traían, sin obtener todavía noticias ciertas del punto preciso de su concentración. Comprendí entonces que desde el primer momento habíamos sido sentidos. El no haber

sido apresados los señores Presidente de la República, Vice-Presidente, Ministro de la Guerra y General Roca, me afirmó más en la seguridad de que nuestro primer plan había fracasado, descubriéndose la revolución al iniciarse, y calculé desde ese instante todos los muy sérios peligros que corría nuestra cruzada. A V. E. le consta cuánto se había recomendado la detención de esos cuatro señores, y cuán indispensable esa para nuestro buen éxito. Mis temores desgraciadamente se confirmaron.

El bombardeo que la escuadra debía hacer á ciertos puntos de antemano indicados, era la señal que esperaba para llevar un ataque combinado al enemigo; pero como el bombardeo no se efectuó en los momentos precisos, dímos fatalmente tiempo á que las fuerzas contrarias se hicieran cada vez más fuertes, contando para ello no sólo con todos los inmensos recursos con que cuenta siempre un Gobierno, sino también con el prestigio moral que tiene, cualesquiera que sean las circunstancias, la autoridad constituida, aunque como en el caso presente ella no responda á las aspiraciones del país. Tengo que manifestar, sin embargo, como un deber de conciencia, que si la escuadra no principió á debido tiempo su bombardeo, fué porque las primeras señales que se le hicieron anunciándole el estallido de la revolución no pudieron ser vistas, y después fué imposible repetir aquellas por falta de globos, que era el medio convenido para hacerlas.

Entretanto el enemigo nos trajo un nuevo ataque por la calle Talcahuano, en que fué de nuevo rechazado y un otro que inició por la calle de Viamonte tuvo el mismo resultado. Allí me encontraba con mi hermano el señor Coronel Julio Campos, que no obstante habérsele confiado una importante misión para La Plata y mientras esperaba la hora indicada para partir, apénas sintió el fuego, brioso y valiente como siempre, acudió inmediatamente al puesto del peligro. Repetidas veces le pedí

se retirara, y viendo que mis pedidos eran infructuosos tuve que hacer uso de mi autoridad para ordenarle que lo hiciera, como en efecto lo efectuó, y al retirarse, en su camino, en momentos que indicaba al Jefe del batallón de Ingenieros el lugar que ocupaba el cantón del Coronel Garmendia con fuerzas enemigas, fué cuando recibió en el pecho una bala que le produjo la muerte instantánea. Junto con él caía también muerto el inteligente y valeroso Capitán Roldán, de Artillería, así como el joven Teniente Layera, de la misma arma, que con un coraje que hace honor al nombre argentino se batían con sus piezas.

En esos mismos momentos fué herido de muerte el inteligente mèdico y pintor Dr. Fernandez Villanueva, autor del reputado cuadro «La batalla de Maipú», que en desempeño de su cometido se encontraba en una de nuestras baterías atendiendo las víctimas; asi como también cayeron heridos los valientes oficiales Capitán Fernandez y teniente Vallée, que V. E. sabe bien con cuánta decisión y patriotismo han cooperado á llevar á cabo este movimienio revolucionario.

Estos continuados incidentes nos habían tomado la mayor parre del día y teníamos encima la noche, hora que yo creí propicia para que los enemigos nos trajeran un ataque decisivo, dado el mayor número de tropas regulares y organizadas con que contaban. En consecuencia procedí á reconcentrar nuestras fuerzas sobre puntos determinados, dejando al enemigo expeditas las calles de Viamonte y Tucumán para facilitarle su entrada á la plaza. Los cívicos acantonados en el Palacio Miró, al mando del Mayor Soler, así como los que se encontraban en la esquina de Córdoba y Talcahuano, en la de Viamonte y Uruguay, las fuerzas reconcentradas en la misma plaza, y los cantones escalonados por Lavalle hasta Suipacha, que dependían del señor Coronel Espina, tenían órdenes terminantes de no hacer un sólo disparo hasta tanto el enemigo ocupase la plaza, ope-

ración que creía segura por las facilidades que al efecto le dejaba y que he mencionado.

Esperaba solucionar allí nuestra situación en un gran combate, y ya fuésemos vencedores ó vencidos, demostrar á propios y extraños que la raza argentina no ha degenerado de la tradición gloriosa que nos han legado nuestros padres, cuando pasearon triunfantes por la América del Sud el pendón de la inmortal revolución de Mayo. Mi idea no era equivocada á estar á las afirmaciones de los diarios oficiales, y fué el General Roca, según se afirma con generalidad, quien disuadió al General Levalle de la resolución de ataque que yo esperaba con mucho fundamento.

Fué á estas horas que el jefe encargado del depósito de armamento y municiones me significó que éstas solo alcanzaban ya al número de setenta mil tiros de fusil más ó menos,—hecho que me llamó profundamente la atención, pues, como V. E. sabe, creíamos tener la seguridad de que existían en los almacenes del Parque quinientos sesenta mil tiros. Muy alarmado, como es natural, con esta noticia, ordené el inmediato recuento de la munición, el que dió el siguiente resultado: sesenta mil tiros de munición buena y nueva y diez mil que existían allí desde el año 80, dejados por el gobierno de la provincia de Buenos Aires en tiempos del doctor Tejedor.

Estos últimos diez mil tiros eran de un uso muy peligroso, porque el óxido y el salitre de la pólvora roen el cartucho metálico, y al hacer el disparo se adhiere aquel á las paredes del cañón, inutilizando el arma. Como tuve necesidad, sin embargo, de repartir esa munición en ciertos cantones, proveí á éstos de una doble dotación de fusiles para reponer los que quedaran inservibles.

La noche del 26 transcurrió sin mayor novedad, cambiándose de cuando en cuando uno que otro tiro aislado, lo que no nos perjudicó, sirviéndonos en cambio para

acostumbrar á los ciudadanos al manejo del arma, y demostrar el buen temple que á todos animaba.

En la madrugada del 27 las fuerzas enemigas, amparándose de la densa niebla que había, nos trajeron un fuerte ataque por la calle Talcahuano, norte, que fué rechazado por nuestros soldados y muy especialmente por los cívicos que, al mando del señor coronel de guardias nacionales Dr. Juan José Castro, ocupaba el «Cantón General Mitre», esquina Talcahuano y Córdoba, y que durante dos horas se batieron denodadamente contra tropas de línea, siendo apoyados en su defensa por dos piezas de artillería que, al mando del Sargento Mayor Day y otro oficial de la misma arma, hacían fuego desde la puerta del Parque en la dirección indicada.

Rechazado este ataque con grandes pérdidas de la parte contraria, y que fué el único realmente serio de cuantos intentó, ordené se recogieran los muertos y heridos dejados por el enemigo, al mismo tiempo que se ejecutaba igual cosa con los nuestros, que los constituían las bajas sufridas en el cantón del Coronel Castro y de los que tengo presente al muy apreciable periodista Manuel Curutchet, que acaba de fallecer á consecuencia de su herida, y heridos los conocidos y valientes jóvenes Enrique Madero, Alberto Sumbland, Domingo Matheu, N. Elías, N. Tusseli, Troncoso y Francisco Alcobendas,—un sargento muerto del 9° de Infantería y cinco soldados heridos del mismo cuerpo; y tres soldados de artillería.

A las 10 1|2 de esa misma mañana la junta presidida por V. E. ordenó la suspensión de operaciones militares, en virtud del armisticio pactado con el gobierno y el cual debía durar hasta la misma hora del lúnes 28. Durante ese día, ayudado eficazmente por el distinguido doctor Guillermo Udaondo, jefe del hospital de sangre establecido en el Parque y por el doctor Alejandro Castro y sus demás abnegados compañeros, estudiantes de medicina y algunos particulares de la Cruz Roja, entre

los que recuerdo al Sr. Enrique Bosch, se transportaron la mayor parte de los heridos á los distintos hospitales de esta capital y se dieron los pasos necesarios para sepultar á nuestros lamentados muertos,—no descuidando tampoco, porque era de urgente necesidad, el tratar de procurarme las municiones que creía indispensables para la buena terminación de nuestra empresa.

No debo pasar adelante sin mencionar antes, entre las personas que han prestado su consagración á los heridos, á la Srta. Rawson, estudiante de medicina, que con su noble ejemplo animaba á los enfermeros y que allí, en ese campo de desolación, era la digna representante de la mujer argentina, siempre pronta á la caridad y al sacrificio.

A las 8 de la mañana del lunes 28 se verificó el entierro del Coronel Campos, habiéndole tributado los honores de ordenanza el Batallón 5° de línea, con bandera y banda de música, no haciéndosele la descarga de estilo no tan solo por el armisticio, sino también por el ahorro que hacíamos de nuestra munición.

Antes de renovarse las operaciones, se presentó en el Parque la Comisión mediadora, compuesta de los Sres. Dr. Benjamin Victorica, Dr. Luis Saenz Peña, Francisco B. Madero y Ernesto Tornquist, quienes conferenciaron con la Junta y de acuerdo con los miembros del Gobierno Nacional se convino la continuación del armisticio hasta las 5 de tarde de ese mismo dia lunes.

A objeto de conocer la opinión, sobre nuestra situación militar, de los señores jefes y oficiales, comandantes de fuerza, los reuní en ese intérvalo en *Junta de Guerra*, y la determinación que se tomó la conoce V. E. por mi nota anterior de fecha 28 del corriente.

Proseguíase entre tanto la ocupación de nuevos cantones y puntos dominantes, tanto por parte de nosotros como del enemigo,—llegando por nuestra parte á extender la linea de cantones escalonados de Este á Oeste por la calle Lavalle, desde Suipacha hasta Callao, en donde

nos habíamos posesionado del Colegio del Sálvador. Todos los alrededores del Parque estaban además guardados por los ciudadanos armados, alcanzando los cantones por Talcahuano hasta Piedad y por Montevideo y Zeballos hasta frente á la misma policía. En muchos y diversos puntos de la ciudad, se establecieron también cantones de partidarios de la revolución, teniéndolos aunque no continuados por las calles de Artes y Buen Orden, desde Lavalle hasta inmediaciones de la plaza Constitución.

El nuevo armisticio del dia lúnes, fué roto dos veces por fuegos del enemigo, en una de las que se encontraba casualmente en el Parque y presenció este hecho la Comisión mediadora. En estos lamentables incidentes tuvimos también varias bajas, cuyo número no puedo precisar, pero que quedan incluidos en el total de las que hemos sufrido y que es el siguiente:

Muertos; 1 Coronel, 1 Médico, 2 Capitanes, 3 Tenientes y 30 indivíduos entre soldados y cívicos; y 110 heridos igualmente de tropa y ciudadanos, entre los que se cuentan cinco oficiales.

Siempre pensé que podría prolongarse nuestra situación aun cuando el éxito no nos fuera favorable por las circunstancias que dejo apuntadas; pero, en verdad, creo que nuestro triunfo habría sido seguro é indudable, si las fuerzas que la provincia de Buenos Aires envió en favor del Gobierno Nacional, hubiesen venido á engrosar nuestras filas comc era de esperarse, dadas las vinculaciones de esa provincia con su antigua capital, así como la grandeza y comunidad de la causa que defendíamos. No solo era una nueva fuerza material la que habríamos conseguido, sino también el apoyo moral que esa cooperación nos hubiese prestado. Desgraciadamente nuestras esperanzas quedaron defraudadas.

El martes 29, concluido el pacto con el Gobierno bajo las bases conocidas, se procedió al desarme de la fuerza de cívicos, quienes en todos los momentos protestaban y

ofrecían el sacrificio de sus vidas para salvar la causa encomendada á su defensa. Iguales manifestaciones hacían por su parte los jefes, oficiales y soldados del ejército, que vinculados al pueblo por simpatías y peligros, reclamaban un ataque decisivo antes de deponer las armas.

Difícil me sería, señor Presidente, explicar de una manera clara las impresiones que sobre mi ánimo ejercían estas maifestaciones del patriotismo y del valor, hechos por hombres que preferían ofrecer sus vidas en holocausto de las instituciones, antes de transigir con el actual órden de cosas tan contrario á los sentimientos del país. Tenía que sofocar los impulsos de mi corazón, que también como á ellos me arrastraba á la misma tendencia, y solo pensando en la inmensa resposabilidad que sobre mí pesaba y en el estéril sacrificio de tanta vida, que puede despues ser útil á la patria, podía dominarme y continuar en mi tarea, no obstante comprender lo poco simpático de mi posición á los ojos de los exaltados ó de aquellos que desconfiando siempre de los que mandan, llegan á no tener confianza en sí propios.

Proseguí, cumpliendo lo pactado, mi obra de desarme y desalojo de los cantones, esperando que los jefes designados al efecto por el Gobierno viniesen á recibirse de los cuerpos de línea que sus antiguos jefes y oficiales se negaban á conducir á los cuarteles. Fué en vano la espera; no obstante haberlo solicitado varias veces, nadie concurrió á recibirlos. En consecuencia y siendo ya la hora muy avanzada, dispuse que dichos cuerpos se retiraran á sus respectivos alojamientos, conducidos cada uno por un oficial, pero creyendo siempre, como así sucedió, que aquellos se dispersarían en el camino.

No es mi ánimo disculparme de las pocas ó muchas faltas por mí cometidas en el desempeño del comando militar de las fuerzas revolucionarias, y espero tranquilo el fallo de mis conciudadanos y de la historia que después me juzgará, pues no he tenido ni el pensamiento

ni el propósito al ofrecer mi concurso á la revolución, de presentarme como un General seguro del triunfo y sí solo como un ciudadano patriota que no vacilaba en sacrificar por el bien público mi vida, la de mis hijos y mi posición como soldado de la nación, es decir, del pueblo, que he alcanzado después de 26 años de servir á la república sin que jamás me haya doblado por la adulación ó el interés.

Las contrariedades de mi actual situación están hasta cierto punto compensadas por el alto honor que me ha cabido de haber mandado como General, jefes, oficiales, soldados y ciudadanos que con tanto heroísmo han sabido mantener las posiciones por ellos ocupadas y revindicar el honor del pueblo argentino que parecia haber olvidado sus tradiciones y su altivez no desmentida.

Recomiendo, pues, á la consideración de la Junta y de todo el país el nombre de esos valientes; y no hago recomendaciones especiales porque todos á una han rivalizado en su brillante comportación, estando plenamente seguro que de estos compañeros no faltará uno sólo el día que la patria los reclame. Debo, sin embargo, recordar al señor General Napoleón Uriburu y Coronel Martín Guerrico, mis queridos y antiguos compañeros de armas, que desde los primeros momentos de la revolución se presentaron á compartir con nosotros los peligros y las responsabilidades; lo mismo que á los señores coroneles Figueroa, Espina, Irigoyen y Morales, y en sus personas á todos los demás señores jefes y oficiales que me han acompañado y que con tanto coraje, pericia y firmeza me han secundado.

Adjunto á V. E. los partes de los dos señores jefes de brigada y del Coronel Juan José Castro, el del cirujano mayor del Hospital de sangre, Dr. Udaondo; lo mismo que la lista de los presos que tuvimos detenidos en el Parque, entre los que se cuentan varios militares y el Ministro de Hacienda de la nación, Dr. Juan A. García, *tomado en* la mañana del sábado 26 por el estimado

joven diarista, Sr. Mendía, quien durante toda nuestra jornada se ha hecho notar por su decición y actividad.

Saludo con toda mi consideración á V. E., á quien Dios guarde.

MANUEL J. CAMPOS.

LISTA DE PRESOS

Ministro de Hacienda, Dr. Juan A. García.

Coronel, D. Julian Volajousson.

Coronel, D. Benito Machado.

Teniente Coronel, D. Ramon Falcon.

Sargento Mayor Correa.

Capitan Montiel.

Comisario Sosa y dos oficiales de Policia.

El Guarda Almacen Corné, y varios otros empleados pertenecientes al Parque de Artillería.

El Sargento Mayor Etchichuri, quien habiéndose presentado voluntario y obtenido el mando un canton, trató despues de desertarse y fué apresado por su segundo, que lo era un Cadete de la Escuela Militar.

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.

*
* *

(1) A más de los presos que se mencionan en la lista oficial se encontraban también los siguientes: Antonio Peredo, Gregorio Olazabal, José M. Pérez, Andrés Rodriguez.

Incomunicados: José Videla, Manuel García, Calixto Piris.

Atados á cañones: Georges Vastvin.eux, Francisco Argus, Rafael Dalne, Fernando Depardoyent y Alberto Estenchez. Estos cinco individuos franceses fueron tomados levantando planos é inutilizando cañones en el Parque.

---

(1) *Nota del autor.*

PARTE DEL CORONEL ESPINA

GEFE DE LA PRIMERA BRIGADA

Al Sr. general de brigada Don Manuel J. Campos, jefe de las fuerzas revolucionarias.

Paso á dar cuenta á V. E. de las operaciones militares efectuadas por la brigada á mis órdenes compuesta de los batallones 5° y 10 de infantería de línea, dos piezas de artillería y mil guardias nacionales de Buenos Aires.

El dia 26 por la mañana, hallándome con la compañía de cazadores del 9° de línea en la boca-calle de Viamont y Cerrito, rompí el fuego sobre una fuerza como de doscientos vigilantes que avanzaba á las órdenes del Mayor Toscano, la que fué deshecha dejando muchos muertos y heridos.

Nombrado en seguida jefe de la primera brigada, procedí á organizar cantones con los ciudadanos armados, estendiéndolos por Lavalle desde Suipacha hasta Montevideo, por Libertad y Talcahuano hasta Cuyo, y se ocupó tambien la Iglesia de San Nicolás.

Ordené la construccion de barricadas, y en estas posiciones se libraron los combates de esos dias, sin que consiguieran las fuerzas del Gobierno avanzar un solo paso.

El dia 27 por la mañana inicié un movimiento de flanco sobre la plaza de la Libertad con los granaderos y cazadores del 5°, á las órdenes del mayor Bravo, ocupando como base de esta operación la casa de altos de Paraguay y Uruguay, pero desgraciadamente esta operación que nos hubiera dado la posesion de esa plaza fué interrumpida por el armisticio.

Las bajas sufridas son seis oficiales y ochenta de tropa entre muertos y heridos.

Recomiendo á V. S. la conducta de los tenientes de artillería Vallée y Escalada, del comandante Ruiz y mayor Bravo y oficialidad del 5°, del capitan Rosas Racedo y oficialidad del 10 de infantería, la del subteniente Rafael Gonzalez Bosch, jefe del canton «Libertad» la de los tenientes Leandro Anaya y Aurelio Figueroa, jefes del canton «Coronel Espina» que se batieron con bravura desde la Intendencia Municipal, y la de mi ayudante el teniente Rudecindo Pereira que al caer gravemente herido gritó ¡viva Buenos Aires!

La tropa de línea y los ciudadanos que se armaron en defensa del honor y decoro de la patria, han rivalizado en valor y en entusiasmo, y con lágrimas han depuesto sus armas ante un enemigo á quien habrían vencido en el combate—Dios guarde á V. S.—*Mariano Espina.*

PARTE DEL CORONEL FIGUEROA

GEFE DE LA SEGUNDA BRIGADA

Del jefe de la 2ª brigada de las tropas revolucionarias al jefe superior de las mismas D. Manuel J. Campos.

El que suscribe tiene el honor de elevar á V. E. el parte de las operaciones efectuadas por las fuerzas que estaban á mi mando desde que se inició el movimiento revolucionario del 26 del corriente, adjuntándole tambien los partes parciales del comandante del batallon 9° de infantería y del capitan D. Bernardo Calandra, comandante de un piquete del batallon 4° de infantería, que accidentalmente estaba de guardia en la casa de gobierno.

Faltan los partes que hasta este momento no he recibido del batallon.... que se puso á mis órdenes formando en virtud de la orden general expedida por V. E. en el primer momento, como así mismo el de las dos baterías del primer regimiento de artillería.

Creo de mi deber, en virtud de haber operado en el movimiento revolucionario contra el orden establecido, comenzar por declarar con toda mi dignidad como hombre y mi lealtad como soldado, que los móviles que me dicidieron á tomar parte en el levantamiento del pueblo, de la marina y del ejército, contra el actual orden de cosas, han sido impersonales y patrióticos. He creido que mi deber de militar y ciudadano me obligaba á concurrir con todo mi esfuerzo á la reaccion política y administrativa reclamada por el pais con urgencia, y por esta razon desde hace varios meses me ocupé con decision en preparar y reunir dentro de mi esfera de accion los elementos y las personas que pudieran concurrir á ella, ofreciéndolas desde luego y poniéndolas al servicio de los hombres que dirigian la oposicion á fin de que ésta pudiera llevarse al terreno indispensable de la revolucion.

El primer contingente que ofrecí y que ha respondido de una manera aún más brillante y completa de lo que yo imaginaba, fué el batallon 9° de infantería, á cuyos oficiales me dirijí, y tambien algunas clases y soldados, porque confiaba en las virtudes de su brillante oficialidad y tropa, cuyo íntimo afecto hácia mi persona por unos y otros, nunca fué desmentido durarante ocho años que tuve el alto honor de mandar este cuerpo ejemplar, y que es de los mejores y más sólido por su disciplina y moral, tanto más meritorio por cuanto todos los cuerpos del ejército rivalizan en condiciones recomendables.

Perdóneseme esta digresion por ser un tributo que no puedo dejar de rendir á este batallon objeto de mi cariño y de mi respeto que tan bien ha respondido á

mi llamado cuando he invocado el nombre de la patria.

El infrascrito, lo mismo que los demás señores jefes y oficiales de los diferentes cuerpos con quienes tengo el honor de compartir los sacrificios y la responsabidad de esta jornada, nos hemos lanzado por la via extrema de las armas, obedeciendo solo á convicciones arraigadas de que por mi parte nunca hice misterio; mi resolucion no ha sido fruto de impremeditacion y ligereza; he procedido serena y reflexivamente y mi actitud de hoy es consecuente con mi conducta de siempre, porque al arriesgar esta vez mi vida, la tranquilidad de mi familia y mi porvenir en la noble carrera de las armas en que me formé, solo he tenido en vista el bien y el honor de la patria: á su servicio tuve la honra de ganar los galones y á su servicio tengo ahora doblemente la honra de perderlos.

La suerte adversa que le ha cabido á esta cruzada tan desgraciada como inmerecida, no la siento por mi, la siento por el país.

Despues de esta explicacion indispensable, dada la naturaleza anormal de los hechos producidos, paso ahora á exponer en detalle las operaciones militares confiadas á mi direccion.

El sábado 26 á las 3 de la mañana, en compañia del Teniente D. Jorge Señorans del batallon 4 ° y Sub-teniente D. José Uriburu del 1 °, en calidad de ayudantes, vestido el infrascrito con traje particular y debajo el uniforme militar, despues de haber salido del Cuartel del Retiro, donde me encontraba arrestado, me dirijí en un carruaje preparado de antemano al Cuartel de Artilleria y, como estaba convenido, la distinguida oficialidad del Regimiento de Artilleria, púsose á mis órdenes. Casi simultáneamente se incorporó el Batallon 9 ° de infanteria con su jefe á la cabeza, quien á última hora se decidió á entrar en el movimiento viendo que el 2 ° jefe, el distinguido Sargento Mayor Mom y la

oficialidad, de una manera decidida, sacaban el batallon haciendo honor á la palabra empeñada. Enseguida se agregaron los jóvenes cadetes del Colegio Militar, todo con arreglo á lo convenido de antemano. Formada la columna en condicion conveniente, púseme en marcha hacia la ciudad por la Avenida Alvear. En el trayecto se incorporó el destacamento del Cuerpo de Ingenieros que guardaba la penitenciaria. Frente al edificio de las aguas corrientes presentóse un oficial de policia y cuatro vigilantes á caballo, los que fueron desarmados y puestos en la columna bajo custodia; poco antes de llegar á la Recoleta, incorporóse tambien V. S. al mando del Batallon 10 de Infanteaia, poniéndose el infrascrito á sus órdenes desde aquel momento.

Llegados á la Plaza del Parpue, punto de concentracion de todas las fuerzas, V. S. dispuso que todos los cuerpos continuaran la marcha sobre la calle de Lavalle y que el infrascripto, con el batallon 9°, piquete del batallon 4° y dos baterias de artilleria, tomase posisiones en las calles de Talcahuno y Viamonte, Libertad y Viamonte, y Tucuman y Libertad. Dos horas próximamente permanecí esperando la orden de ataque al «Departamento General de Policia», segun estaba acordado en el plan de operaciones por la Junta Revolucionaria, á la cual V. S. como yo teniamos el honor de pertenecer.

Pero antes de recibir esta orden fuí atacado simultáneamente, como dos horas despues de nuestra llegada, por la calle Talcahuano esquina á Córdoba, Libertad esquina á Córdoba, Viamont y Cerrito y Tucuman y Cerrito. El fuego del enemigo era por consiguiente cruzado y certero, y fué contestado por las fuerzas á mis órdenes. Inmediatamente mandé colocar un canton en el palacio de Miró con tropa de la compañia de granaderos del Batallon 9° á las que más tarde se incorporaron algunos cívicos que me fueron enviados del Parque. Comprendiendo que mi posicion era desventa

josa, pues tenía que soportar el fuego cruzado de las calles Viamont y Libertad, ordené el avance por la calle Viamont de la Compañía de cazadores, al mando de su Capitán D. Alejandro Sarmiento con órden de rechazar á todo trance al enemigo y posesionarse de la calle de Cerrito que él ocupaba, lo que fué ejecutado. Igual cosa dispuse por la calle Libertad con la segunda Compañía, al mando del Capitán D. Adolfo Señorans y con idénlico resultado. Así conseguí que nuestra artillería pudiese dirigir sus fuegos con más seguridad. El 11 de caballería hizo algunos desfiles á gran galope por la calle Paraguay, sufriendo en ella muchas bajas por nuestra infantería y artillería al desembocar por Libertad y Talcahuano. Pocos momentos después retiré la tropa de línea del cantón Miró, convencido de que los cívicos reemplazaban perfectamente aquella y con objeto de tener el Batallon listo para llevar ó recibir un ataque que podía ser sério.

El enemigo, mientras tanto, se acantonaba en las azoteas de la misma calle Cerrito y Paraguay por lo que dispuse retirar las compañias destacadas que ya empezaban á ser fusiladas impunemente.

El fuego se sostuvo con pequeños intérvalos durante todo el día. Al anochecer recibí ordenes de V. S. de replegar el Batallón sobre la Escuela situada en Viamonte y Talcahuano, y la artillería y Compañía del 4° sobre el Parque. Con arreglo á esta órden, dispuse el embarque de las piezas y puestas en marcha defendidas por el Batallón 9 que cubria la retirada, se terminó la operación.

El enemigo, en cuanto se apercibió de nuestra retirada, avanzó con fuego nutrido; en este instante el Batallón 9 tuvo algunas bajas más.

En los tres días subsiguientes tuvieron lugar varios combates, sostenidos desde los acantonamientos del Batallón, como de otros formados por cívicos. En la noche del sábado resolví, por lo que pudiera convenir, abrir una

trinchera por la calle Viamonte y Talcahuano, para en caso permaneciéramos en la Plaza, como había sucedido desgraciadamente durante ese día; siendo tanto más necesario por haberme apercibido que el enemigo hacía también trinchera en la misma calle Talcahuano y Paraguay. Al día siguiente en esta trinchera se colocó nuevamente una batería que durante el resto de la lucha hizo sus fuegos al enemigo con mucho éxito.

El mismo día de la capitulación, por la mañana, en la creencia de que aún continuaría la lucha, pedí doscientos cívicos, los que coloqué en tres cantones sobre las calles Paraguay y Uruguay, de manera que al renovarse el combate, debian hacer un fuego mortífero, puesto que flanqueaban la trinchera enemiga de las calles Talcahuano y Paraguay, al mismo tiempo que sus fuegos eran también eficaces sobre la misma Plaza Libertad, centro de las operaciones del enemigo.

El Batallon 9 de infantería tuvo de baja durante toda la lucha, 9 muertos y diez y siete heridos. La Compañía del Batallón 4 °, con una fuerza total de ventiocho soldados, tuvo dos de tropa muertos y siete heridos sólo durante el primer día. En cuanto á las dos baterías del bizarro Regimiento de artillería puestas á mis órdenes, ignoro el número de bajas por no haber recibido aún el parte, pero puedo asegurar á V. S. que ha perdido un buen número de tropa, porque al venir las piezas, recibian los fuegos cruzados del enemigo, constándome sin embargo, que tenemos que lamentar la pérdida irreparable del bizarro y noble Capitán Roldan, muerto al pié del cañon que apuntaba y dos ó tres oficiales más y herido otro distinguido oficial que asombraba igualmente por su valor y serenidad, el Capitan Fernandez.

Como argentino, me siento orgulloso de haber visto á mis compatriotas mostrar un valor y temple de alma superior á todo elogio, rivalizando con los soldados de línea, como lo prueba el ejemplo dado hasta por jóvenes de dieciocho años que aún después de heridos, per-

sistían en mantenerse en el puesto del honor mientras se sentían con fuerzas para sostener su arma.

Aunque sea ya tan extenso este parte, no me decido á terminarlo sin cumplir con el sagrado deber de recomendar á la consideración del país entero la conducta abnegada y valiente hasta el heroismo, de toda la oficialidad y tropa de línea que bajo mis órdenes ha combatido por la revolución, señalándose en primera línea el brillante Regimiento 1º de Artilleria.

No debo ni puedo prescindir tampoco de nombrar á los jefes de cantón, no sólo como un acto de justicia, sino como saludable ejemplo y estímulo para este heróico pueblo, para el día en que la patria necesite la sangre de sus hijos. Estos señores son D. Celindo Castro, D. Nicolás Dávila y D. Ramón Arias, á quienes he visto en todos los momentos durante tres días no ceder, ni al peligro ni á la fatiga. Dios guarde á V. S.—*Julio Figueroa.*

PARTE DEL CAPITAN CALANDRA

«Del comandante del piquete del batallón 4º de infantería al Coronel D. Julio Figueroa—Julio 29—Tengo el honor de comunicar á V. S. que el día 26 del corriente á las 4 y 10 a. m. me puse en marcha para el Parque de Artillería, de la Casa de Gobierno donde me encontraba de guardia, con un oficial y 28 individuos de tropa del batallón 4º de infantería, recibiendo orden del Sr. General Campos de incorporarme al batallón 9º de infanteria que V. S. manda; siendo colocado á las 7 a. m. próximamente en la esquina de la calle Tucumán y Cerrito, donde todo el día sostuvimos un fuego graneado del que resultaron dos soldados muertos y siete heridos, recibiendo orden al venir la noche de replegarme

al Parque, siendo colocado en la azotea de este edificio, donde he permanecido hasta la fecha.—Dios guarde á V. S.—*Bernardo Calandra.*

PARTE DEL COMANDANTE GARCIA

«Del jefe del batallón 9º de línea al Coronel D. Julio Figueroa—Julio 29—El batallón de mi mando salió de su cuartel de Maldonado á las 3 y 1[2 a. m. del sábado 26 del corriente y á las 4 a. m. hizo alto frente al cuartel del regimiento 1º de artillería, al que nos incorporamos, así como los cadetes de Palermo.

Esta fuerza siguió la marcha por la avenida Buenos Aires y, algunas cuadras antes de llegar á la Recoleta, se le incorporó el batallón 10 é Ingenieros con el Sr. General Manuel Campos á la cabeza. Continuó la marcha hasta la plaza General Lavalle, donde se tocó diana á las 6 y 1[4 a. m., y como á las 9 fué atacado el batallón por fuerzas del Gobierno Nacional. defendiéndose hasta las 6 p. m., habiendo tenido nueve muertos y quince heridos durante el combate.

Como á las 6 y 3[4 p. m., ordenó V. S. se replegase el batallón á la escuela que está situada en la esquina de Viamont y Talcahuano, donde se acantonó.

En la madrugada del día 27 las tropas de afuera trajeron un ataque, el que fué rechazado. A las 6 y 1[2 a. m. del mismo trajeron un violento ataque las mismas fuerzas, el que fué igualmente rechazado, durando el fuego de este último una hora y cuarto, habiendo tenido en él dos heridos.

Después de esto ha habido una tregua que ha durado, salvo pequeños ataques, hasta el día 28 á las 11 y 1[4 a. m., hora en que se inició el atapue nuevamente, durando tres cuartos de hora, parando el fuego hasta



1—Capitán Martín E. Aguirre.
2—Teniente Mateo Ruiz Diaz.
3—Teniente Guillermo Mendoza.
4—Teniente Hilario Cuitiño.
5—Teniente Adriano Godoy.
6—Teniente Adolfo Benavidez.
7—Teniente Martín Rodriguez.
8—Teniente Rafael Oliveira César.
9—Teniente Teodoro Schoeder.
10—Teniente Tristan Balaguer.
11—Teniente Reimundo Baigorria.
12—Subteniente Telmo Pereyra.
13—Subteniente Guillermo Tornquist.

as cinco P. M. del mismo dia, en que se inició de nue vo durando próximamente media hora.

Las pérdidas que tiene que lamentar el batallon son en su totalidad de nueve muertos y diecisiete heridos.

Es cuanto tengo que comunicarle á V. S., á quien Dios guarde.—*José García.*

PARTE DEL CORONEL CASTRO

GEFE DEL BATALLON «BUENOS AIRES»

Buenos Aires, Julio 30 de 1890—Al Sr. General don Manuel J. Campos, comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias.

Cumplo con el deber de dar cuenta á V. S. de las operaciones realizadas por las fuerzas que V. S. puso á mi mando.

En las primeras horas del sábado 26 del corriente, marché del Parque de Artillería con dos compañías de voluntarios de jóvenes de la Union Cívica con un personal de sesenta y dos hombres, y tomé posiciones convenientes en dicha azotea de acuerdo con las instrucciones que V. S. me dió al efecto.

Allí, como á V. S. le consta, permanecí con dichas fuerzas todo el sábado 26 y domingo 27 recibiendo y contestando los fuegos de fusilería y artillería que el enemigo nos hacía desde la esquina Talcahuano y Paraguay, donde tenía una trinchera artillada, como tambien desde sus cantones de la calle Libertad y adyacencias, y contribuyendo al rechazo de los diversos ataques que se nos trajo sobre esa parte de nuestra línea avanzada.

Como V. S. lo ha podido apreciar personalmente, nuestros fuegos han sido nutrídos, contínuos y efica-

ces, no habiendo cesado ellos ni por un solo momento mientras así lo requirieron las peripecias de los combates trabados.

Nuestras pérdidas han sido bien sensibles.

Dos muertos, N. Diaz y el distinguido jòven Manuel Curutchet, mi ayudante; y cuatro heridos, Francisco Alcobendas, Alberto Sumdblad, Enrique Madero y Pedro J. Troncoso, que cayeron todos ellos valerosamente en sus respectivos puestos cumpliendo con sus deberes.

Terminado el fuego de esos dos dias y pactado el armisticio, V. S. dispuso mi relevo y que me retirara al cuartel general del Parque para que, sobre la base de las dos compañias que tenía, formara el batallon que se denominó «Buenos Aires,» aumentando el personal hasta el número de ciento cincuenta hombres, lo que así hice—marchando en la noche del domingo á ocupar la posicion del colegio del Salvador en la calle de Callao.

Convenientemente organizada esa línea de defensa con ese canton por base y los demás que ya estaban establecidos, así como otros más que consideré necesario establecer en distintas posiciones bajo el mando de distinguidos jefes y ciudadanos que V. S. puso bajo mis òrdenes, nos vimos en el caso de sostener continuos tiroteos contra fuerzas enemigas con éxitos completos por nuestra parte.

Allí me llegó el dia 29 á las 4 p. m. la órden de V. S. de disolver pacíficamente las fuerzas, lo que así se verificò.

Al terminar este parte solo me resta manifestar á V. S., con suma satisfaccion, el valor y decision patriótica con que se han conducido en todos los momentos de la lucha y de las fatigas todos los jefes y oficiales y soldados, mis nobles compañeros, á quienes me ha cabido la honra de mandar.

Oportunamente cumpliré con el deber de presentar

á V. S. el estado completo del personal del batallon de cívicos «Buenos Aires» y compañías sueltas que he tenido bajo mi mando.—Dios guarde á V. S. muchos años.—*Juan José Castro.*

PARTE DEL CIRUJANO MAYOR

Dr. Guillermo Udaondo

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.—Al señor general en jeje de las fuerzas revolucionarias don Manuel J. Campos.—Nombrado por V. S. cirujano mayor del ejército revolucionario, dando cumplimiento á mi mision, procedí á organizar en el Parque, en compañía de mis distinguidos colegas, doctores Alojandro Castro y Fernandez Villanueva, un hospital de sangre donde se han asistido los heridos de una y otra parte, caidos en las inmediaciones del cuartel general, en los combates del 26, 27 y 28 del presente.

Los elementos con que contaba para la asistencia de los heridos eran bien escasos y esta circunstancia me obligó á enviarlos á los diversos hospitales del Municipio contando para ell› con el concurso generoso y humanitario de la empresa de los Sres. Cabral, de la casa de los Sres. Demarchi y Parodi, Expreso Villalonga y las ambulancias enviadas por la Cruz Roja y la Asistencia Pública.

Establecido así el servicio, pudo hacerse en el hospital improvisado en el Parque las primeras curaciones á todos los heridos, y una vez con este auxilio, pasaban á los diversos hospitales para su cuidado y asistencia.

Segun los diversos partes de los practicantes de servicio, el total de heridos que llegaran á nuestro hospital y asistidos en él así come en los cantones pró-

ximos al cuartel general, se eleva á ciento cincuenta y el de los muertos recojidos á cuarenta y cinco. La nómina de unos y otros las adjunto por separado, aunque incompleta la segunda, por razones que no escaparán á V. S.

Al dar cuenta á V. S. de la mision que se me confiriera, debo hacer una mencion especial del digno proceder de mis compañeros, así como de la conducta de los practicantes, los que no se limitaban á prestar sus humanitarios servicios á los heridos, traidos al hospital sino que llegaban á recogerlos personalmente en los cantones y sitios de combate exponiendo á cada paso sus vidas.

Entre las víctimas de la abnegacion y del deber se encuentra el Dr. Fernandez Villanueva, el que cayó atravesado por una bala enemiga en momentos que cumplía su ministerio, procurando recoger del campo de batalla á uno de nuestros heridos y tambien el estudiante de 6° año señor Elías, que recibió una grave herida en el pecho en circunstancas análogas.

Recomendable tambien es, señor general, la conducta de la señorita Rawson, estudiante de medicina, la que en los dos últimos dias nos acompañó con celo digno de todo aplauso, cuidando con solicitud y contraccion á nuestros heridos.

Entre los médicos tengo, Exmo. señor, que hacer mencion especial del Dr. Alejandro Castro, quien encargado desde los primeros momentos de la ambulancia, dirigió con el mayor acierto todas las operaciones quirúrgicas que allí se efectuaron, dando por resultado que casi todos los heridos se encuentran hoy en camino de su restablecimiento.

Aunque temo incurrir en omisiones que lamentaré, pues hubiese querido recordar á todos mis compañeros en esta comunicacion, voy á dar á V. S. una nómina de los médicos y practicantes que tan valioso concurso nos prestaron.

Médicos: Alejandro Castro, Rodolfo de Gainza, Nicasio Echepareborda, Larroque, Justo Vidal, Esteves, Libreicht, Trizar y Davison.

Practicantes: Keravenant, Máximo Castro, Elvira Rawson, Reyna, Echagüe, Vera, Rodger, Joaquin Queco, Pita, Llambras, Piaggio, Madrid, Colombres, Muñoz, Castilla, Barbieri, Repetto, Duvignac, O. Farell, Vateone, Otto Wernicke, Guttero, Ricardo Lynch, Frugone Fabier, Lares, Mathis, Keller, Asaura, y Murray, este último se ocupó sin descanso en organizar el personal voluntario de camilleros que trabajó en el trasporte de los heridos del campo de batalla á la ambulancia y de ésta á los hospitales.

Es cuanto tengo que comunicar á V. S. á quien Dios guarde.—*G. Udaondo.*



OPERACIONES MILITARES

DE LAS FUERZAS

DEL GOBIERNO

VERSION OFICIAL DE LOS SUCESOS

PARTES MILITARES DEL JEFE DE DIA AL MINISTRO DE LA GUERRA

Buenos Aires, Julio 31 de 1890—A S. E. el Sr. Ministro de Guerra y Marina, Teniente General D. Nicolás Levalle—Tengo el honor de comunicar á V. E. que el dia 26 del corriente, encontrándome de servicio de jefe de dia, hallábame en el cuartel del batallon 10° de infanteria de línea y, siendo las cuatro de la mañana, salió este sublevado. Inmediatamente me trasladé al cuartel del Retiro, por ser el que más cerca se encontraba, mandando á mi ayudante el capitan D. Ricardo Gimenez á darle cuenta al Sr. General D. Zacarias Supisiche de lo ocurrido, mientras yo buscaba al jefe del regimiento 6° de caballeria de línea, Teniente Coronel D. Alfredo Cabot para ordenarle pusiese al regimiento sobre las armas y tomase las medidas necesarias.

En seguida pedí comunicacion por telèfono, con los demás cuerpos de la guarnicion, recibiendo por contestacion que el batallon 5° de infanteria ya se habia sublevado. Púseme en comunicacion con V. E. que me

ordenó concurriese á su casa habitacion para recibir órdenes, y, una vez recibidas, me trasladé á Palermo á imponerme de lo que alli ocurria. A la llegada á ese punto me encontré que el Comandante Luzurriaga habia ya tomado sus precauciones colocando centinelas en la azotea del colegio. Interrogué á este jefe de lo que ocurria, contestóme que el regimiento 1° de artilleria y el batallon 9° de infanteria de línea, sublebados, se dirigian al centro de la ciudad, incorporándose á ellos, á su paso, 30 ó 35 aspirantes. Dispuse que la banda y soldados del regimiento que habian quedado se incorporasen al Colegio Militar á las òrdenes del Comandante Luzurriaga. Terminada esta operacion, me trasladé al cuartel del regimiento 6° de caballeria de línea, donde se hallaba ya el Excmo. Sr. Presidente de la República con V. E., dándoles personalmente cuenta de todas las medidas que había adoptado. Traslidéme enseguida, por órden de V. E., á renonocer el Parque de artilleria, encontrándolo ocupado por las fuerzas revolucionarias. Regresé inmediamente y dí cuenta á V. E., que ordenó me trasladase al cuartel del regimiento 11° de caballeria de línea y me pusiese en marcha con él, incorporando el Colegio Militar y soldados que quedaron del regimiento 1° de artilleria para conducirlos al cuartel del Retiro juntamente con las piezas de artilleria que se hallaban en el Colegio. En mi camino por la calle Santa Fé me encontré con el Sr. General D. Zacarias Supisiche que, á la cabeza del mencionado regimiento, se dirigia al centro para incorporarse á las demás fuerzas, y, habiéndole comunicado la órden que tenia, regresó á palermo para dar cumplimiento á ella. En virtud de que era necesario alistar las piezas, dispuso el señor general continuar su marcha, dejándome diez soldados del regimiento 11° de caballeria de linea para que diese cumplimiento á lo ordenado. Ordené en consecuencia, al Comandante Luzurriaga alistase las compañias de aspirantes y demás tropa que antes habia

dejado á sus órdenes, tomando un carro para conducir una de las 5 piezas. Con todo el personal mencionado presentéme en el Retiro al Sr. Jefe del Estado Mayor que se hallaba con el Excmo. Sr. Presidente de la República y con V. E., quedando desde ese momento las fuerzas bajo sus inmediatas órdenes.

Al terminar este parte cumplo con el deber de recomendar de una manera especial á la consideracion de V. E. al capitan ayudante D. Ricardo Gimenez que, en los momentos mas difíciles, ha cumplido con su deber, con valor y decision.—Dios guarde á V. E.—*Juan G. Diaz.*

PARTE DEL CORONEL GARMENDIA

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

A S. E. el Sr. Ministro de Guerra y Marina teniente general D. Nicolás Levalle.—Tengo el honor de dirigirme á V. S. dándole cuenta de lo ocurrido en los combates de los dias 26, 27 y 28.

En cumplimiento de las instrucciones y órdenes de V. S. tomé una compañía de 36 hombres del batallon 4 de infantería de línea, al mando del capitan D. Manuel Porcel de Peralta y otra de 26 plazas del cuerpo de Bomberos al mando del capitan D. Edmundo Fossa, cuyas tropas munidas de algunos picos y barretas que debían perforar las dos manzanas que nos separaban de la posicion que ocupaba el enemigo en la plaza del Parque, de manera que si la empresa se realizaba llegaríamos á dominar la misma plaza del Parque, donde estaba situada su artillería que nos hacía bastante daño. Como se vé, este movimiento era una cuña que se introducía en el centro de las posiciones del adversario que en ese momento estaba prepotente y aumen-

taba por instantes sus fuerzas con numerosos contingentes populares.

Entre los oficiales que encontré al acaso y los pedí á V. E. fué el sargento mayor don José Sandalio Sosa, á quien le ordené procediera á perforar los fondos de la casa de inquilinato núm. 1184 de la calle Paraguay, que puede concidera rse como punto de partida de estos trabajos.

A las 11 y media de la mañana conseguimos romper el muro del fondo de la primera casa saliendo en seguida á otra cuya puerta daba á la calle Libertad núm. 861.

De la primera se pasó á la casa núm. 849, de la misma calle y enseguida á la casa que ocupa la capilla y hospital francés, saliendo en seguida á la calle Córdoba por la casa núm. 1169 y se penetro á la manzana opuesta, por la casa núm. 1166.

El pasaje de esta calle, con el fin de evitar pérdidas de nuestra parte, se hizo á gran carrera y efectuando este camino peligroso, soldado por soldado, operacion que fué tan feliz, que solo produjo un herido en una pierna á pesar del fuego lento del enemigo.

Tomada la primer casa Córdoba núm. 1169 avanzamos á perforar el fondo abriendo un boquete pasando á la casa núm. 773 de la calle Libertad y de allí al edificio alto del señor Rolon núm. 761.

Una vez en este edificio que enfrentaba al jardin de Miró, ordené la perforacion de la pared de la casa contigua y mientras tanto subí á la casa de alto que enfrenta al jardin del palacio Miró y establecí un canton en los salones y departamentos que miran á la calle, colocando los colchones y los muebles en los balcones y dos soldados en cada uno de éstos, con la orden terminante de no hacer fuego hasta que no ordenase, pues, hubiera sido frusfrar nuestra operacion si anticipadamente hubiéramos hecho conocer nuestras intenciones á nuestros bravos adversarios.

La perforacion continuó hasta encontrar la casa calle Libertad núm. 753. En este edificio pasamos á perforar la pared de la casa que ocupa el Sr. Bengolea; calle Libertad núm. .... y recien despues de dos horas de trabajo, á causa de ser construido el muro de sólido material, se hizo la apertura del boquete, á eso de las 4 y 1|2 de la tarde ordenando entonces al mayor Sosa, que penetrara con una fuerza y ocupase la azotea del edificio.

Antes de realizar esta operacion, ordené como medida de precaucion, la esploracion de un gran sótano que existe en esta casa.

Una vez cerciorado de que no teniamos nada que temer por ese punto le ordené al mayor Sosa que hiciese desalojar á la bayoneta á la fuerza del adversario de la azotea del Sr. Carrié y tomar la posicion de ese punto, rompiendo sus fuegos sobre el palacio Miró, cuyos bravos defensores habían tomado posesion de aquel punto y sostenían un fuego nutrido sobre la embocadura de la calle Libertad, en la plaza del mismo nombre y la torre de la capilla de los Padres Redentoristas y nuestros cantones de retaguardia.

Mientras que se hacían estos preparativos para llevar á cabo esta arriesgada operacion, había hecho guardar todas las puertas de calle de las casas ocupadas por nuestras fuerzas, y piquetes intermediarios garantían completamente la seguridad de nuestra retaguardia, constituyéndose al mismo tiempo en baluartes sucesivos de defensa.

El seño coronel Cherry que me acompañaba como amigo en esta empresa, fué solicitado por mi á tomar el mando del canton de la casa del señor Rolon, lo que al momento fué aceptado con decision por parte de él y contento por la mía, al ver que las pequeñas fracciones que iban á combatir bajo mis órdenes, eran dirigidas por viejos é inteligentes oficiales.

Ya todo pronto, dí la órden de asalto al canton de la casa frente de por medio del palacio de Miró.

Los bravos soldados penetraron con el mayor sigilo hasta la azotea donde estaba pasesionado el canton del adversario, mandado por el sub-teniente Ivurtia. Del chóque resultó muerto ese joven oficial y un ciudadano, y otros heridos que se vieron caer en la dispersion, teniendo por nuestra parte que lamentar la muerte del soldado Oviedo y la herida felizmente leve del bravo capitan Porcel de Peralta y la del soldado Eduardo Agüedo. Es de mi deber hacer resaltar aqui la conducta observada por el referido capitan, como la del sargento distinguido D. Bernardino Lopez, que le salvó la vida, matando al oficial contrario en momentos que este le hacia fuego.

Como la consigna dada á los cantones era de romper el fuego sobre el palacio de Miró, el canton de la casa del señor Rolon lo dirigió repentinamente por sorpresa, sobre las fuerzas que ocupaban el jardin del palacio, produciendo algunas bajas en esos grupos, que inmediamente reaccionando rompieron una mosquetería infernal cuyos efectos pueden verse en el salon de recibo del Dr. Delgadillo y las piezas contiguas que habian servido de resguardo de nuestros bravos soldados.

Mientras tanto habia ya cumplido valientemente el mayor Sosa las instrucciones que yo le habia dado y como todo ha pasado á mi vista, puedo certificar las nobles aptltudes de este oficial.

Una vez en posesion del canton de la casa del Sr. Carrié, frente al palacio de Miró, se rompió fuego sobre éste, muriendo tambien, segun dicen, el oficial que lo mandaba, en momentos que me hacía un disparo con el revolver y desalojándolo aparentemente la fuerza que lo guarnecía.

Conociendo la importancia de la posicion conquistada y sabiendo de antemano que el tenaz adversario no

permitiria que hubiéramos tenido la audacia de sentar real en su mismo campo, constituyendo nuestra posicion adquirida una amenaza constante, supuse que se prepararia á tomar la revancha y una revancha séria, pues disponia de los grandes elementos de destruccion con que cuenta nuestro material de guerra; entonces traté de barrer continuamente la plaza Parque con nuestro fuego y evité la aglomeracion de fuerzas de la azotea, disponiéndose que toda la defensa se limitara á 22 hombres, incluso la reserva, que se encontraba en otra pequeña azotea, que sirve como de patio á unos cuartos de sirvientes.

El enemigo desalojado habia descendido á la casa de la señora de Oromi, ocupando las piezas interiores, me limité entonces á una estricta vigilancia sobre él, para prevenir las fuerzas aisladas que en esta clase de guerra son las que mas daño hacen.

Habiendo sobrevenido la noche hice cesar el fuego y procedí á construir nuestros improvisados resguardos con todo lo que encontramos á mano, de manera que por todos lados quedaban cubiertos nuestros dispersos infantes.

Para completar las disposiciones de defensa del edificio el capitan Fossa con la compañia de bomberos fué encargado de la defensa interior y puerta principal de la casa.

El adversario que habia empezado su preparativo de defensa, inició algunos trabajos para resguardar las piezas que dominaban las entradas de la plaza. Recibido este aviso por el mayor Sosa, le ordené que rompiera el fuego desmoralizador, el que hice cesar poco despues de sentir que dominaba la Plaza del Parque el mayor silencio.

Como preveía que al amanecer nos atacarian, ordené al comandante Reyes, que con el resto de su batallon pasase á la manzana comprendida entre Viamonte y

Córdoba, dejando un canton y un piquete en la casa del frente, número 1199.

Una vez el comandante Reyes en el punto que le habia designado le ordené distribuyese su fuerza de modo que, además de guardar las puertas de las casas que iban á la calle por donde nos podrian atacar, quedó una reserva general en la primera casa á la manzana, en la casa del señor Rolon y en la del señor Kleen.

Esta fuerza quedaba á las órdenes del mayor Azopardo, segundo jefe del batallon 4°, debiendo acudir en caso necesario á cualquier punto amenazado.

Enterado el comandante Reyes de nuestra situacion, le ordené tomase posesion de la casa del señor Rolon y que esperase al dia siguiente para ocupar las azoteas de los flancos de la referida casa, de donde podrian dirijir sus fuegos contra un canton enemigo situado esquina Córdoba y Talcahuano, el canton del palacio de Miró y una parte de la Plaza del Parque.

A las 11 de la noche cumpliendo órdenes de V. E., que tenia el intento de que yo llamase la atencion por este punto para ocupar otras posiciones, rompí el fuego que por otra parte tenia el objeto de producir una alarma desmoralizadora y barrer la Plaza del Parque, donde empezaban á ejecutarse algunas obras.

Como habia previsto que el enemigo haria el blanco de sus fuegos en nuestra posicion en cuanto viniera el dia, cosa fácil de suponer por las razones que he dado antes, ordené al sentir el silencio en la Plaza del Parque, que se diera algun descanso á la tropa, que en todo el dia habia tenido tan ruda tarea.

Durante la noche el enemigo nos hizo varias descargas de ametralladoras, lo que no impidió que concluyésemos nuestros resguardos.

Apenas lució el alba del dia 27, empezó el fuego con la mayor intensidad, atacando nuestra posicion con artilleria y con fuego vivo de fusileria que, apesar de

su crepitacion incesante, no nos produjo baja alguna. El fuego duró con intermitencias hasta las 8 1|2 produciendo un gran derroche de municion como es consiguiente, apesar de exigir el fuego lento.

Mientras esto sucedia, ordenaba al mayor Medina que perforase los fondos de la caballeriza que dá á la calle Viamonte y Parque, que domina completamente esta plaza.

Ocupada ya esta posicion, se levantó bandera de parlamento, saliendo entonces de la casa del Sr. Elizalde y otras cercanas 24 ciudadanos armados que habian pertenecido á la guarnicion del canton de la casa del Sr. Carrié, los que desarmados tuve el honor de enviar a V. E.

Cuando estábamos sobre la Plaza del Parque se observó un gran movimiento en ella é iniciaron sus trabajos, construyendo baterias con varias piezas de artilleria, subiendo ametralladoras á diversas azoteas y reforzando algunos cantones y llevando al centro de la Plaza al lado de la estátua General Lavalle una pieza de sitio de calibre 22|c destinada á demoler nuestro canton; operacion que de antemano ya habia sido prevista y tomadas las disposiciones del caso.

A las 11 a. m. el fuego fué iniciado por la artilleria de la calle Lavalle y Libertad, batiendo por esta arma y ametralladoras, como se verá por el efecto producido en sus muros, el débil baluarte que tenia yo el honor de defender con mis nobles compañeros, pues en medio de ese fuego tremendo no hubo un ánimo que desfalleciese, manifestando una serenidad y una entereza propia y digna de argentinos.

Todo el fuego enemigo de los cantones de la plaza de la casa de Miró convergía sobre nuestra posicion, que respondia de las ventanas, de los balcones, de la azotea sin ceder un palmo á la tempestad de plomo y hierro que nos envolvia.

Los fragmentos del muro que se destrozoba hirieron al

teniente Cáceres y Dr. Carrié y algunos soldados,
o felizmente, la mala puntería del adversario no
dujo pérdida alguna. El mejor testimonio de lo que
pongo son las casas que hemos defendido, hechas
edazos por los proyectiles de nuestros adversarios, en
onde solo se puede tomar una idea del fuego que han
esistido.

Algun tiempo despues cesó el fuego, notándose nuevo movimiènto en la Plaza y la salida de tres piezas de artilleria del Parque en direccion á la calle Tucuman.

Amanecio el dia 28 y pudimos observar nuevos preparativos en las posiciones de los enemigos.

Hasta las 4 y 30 p. m. siguió sin alteracion alguna hora en que se rompiò el fuego con tanta intensidad como antes, cesando inmediatamente al toque respectivo.

Despues de esto no tengo nada más que decir respecto al cumplimiento de las órdenes de V. E. solo recomendar á su consideracion, por su digna comportacion en primera fila, á la brava tropa del 4° de línea, que en muchos momentos ha combatido sola y sin oficiales, como sucedió el primer dia en que estos no daban abasto por el diverso fraccionamiento de la fuerza. Al Sr. coronel Cherry que oficiosamente el dia 26 tomó el mando del canton de la casa del Sr. Rolon y se batió como un soldado. Al Sr. Comandante Reyes á quien nombré 2° jefe y cumplió con pericia varias instrucciones y órdenes que le dí, batiéndose en los cantones de las casas del Sr. Rolon. Al sargento mayor D. José Sandalio Sosa, que desde el primer dia estuvo á mi lado y le confié el mando del canton de la casa de Carrié, habiendo secundado con su valor y su aptitud reconocida las órdenes que le impartia. Al sargento mayor D. Pedro Medina á quien le confié el mando de los cantones de la calle Viamonte. Al Mayor D. Francisco Vila, á quien confié el mando del canton de la casa de la
Oromí, que batia la Plaza del Parque. Al

capitan D. Manuel Porcel de Peralta, que bizárramente asaltò el canton de la casa de Carrié, siendo herido y permaneciendo de pié peleando largo tiempo hasta que ordené que se retirase. Al capitan de G. N. don Nicanor G. Sosa que sirviò como ayudante.

Además de los oficiales que anteriormente he nombrado, tambien debo recordar al capitan D. Roberto Capurro, al capitan de G. N. don Nicolás Sosa Esquivel, capitan D. José Benavidez, teniente José M. Barreto, herido en la cara el 27, el teniente Adolfo Peña del 4°, teniente Angel Herrera de caballeria, teniente Vicente Villafañe, capitan D. Edmundo Fossa, teniente 1° Martin Rodriguez y sub-teniente Candelario Díaz; estos dos últimos pertenecen al batallon Santa Fé y prestaron servicios á las órdenes del mayor Medina y el mayor Vila en los cantones de la calle Viamonte; al sub-teniente Cáceres, sargento 2° distinguido D. Bernardino Lopez, el que además de la entereza en la batalla como soldado, ha demostrado tener aptitudes para el mando, el teniente Agustin Cejas, que se presentó á última hora y muy especialmente al Dr. Romualdo M. Pizarro que desde el primer momento me acompañó como ayudante, manifestando una serenidad en medio del fuego digna de un bravo soldado; tambien debo recomendar á la compañia de bomberos qne ejecutò la perforacion de los muros y sirvió de reserva á las tropas que se batian.

Adjunto á V. E. los partes parciales de los jefes de canton, el croquis de las operaciones ejecutadas y la relacion de los soldados que se han batido incluso los muertos y heridos.

No concluiré este parte con una felicitacion que es de práctica, porque la sangre argentina derramada en esta lucha, solo tiene la gloria comun de ambos combates y el regocijo de extraños, pero es bueno que sepan que no hemos degenerado y que somos un pueblo de

soldados, donde los niños se baten como hombres y los soldados como héroes.

Dios guarde á V. E.—*José Ignacio Garmendia.*

DEL JEFE DEL REGIMIENTO 6 DE CABALLERIA

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.—Al Sr. jefe de estado mayor general del ejército, general de division D. Donato Álvarez.—En cumplimiento á los órdenes de V. S. vengo á dar cuenta á ese E. M. de las diversas comisiones que ha efectuado el regimiento á mi mando, y de las altas y bajas que ha tenido durante la revolucion que estalló el dia 26 del corriente y que duró hasta el 29; no obstante de faltar aún del expresado varias comisiones comandadas por oficiales y clases y que el infrascrito ignora su destino, diré que:

El alférez D. Eduardo Caned o salió el dia 26 en comision á traer tres cañones de la Boca del Riacuhuelo, acompañado de 15 de tropa y regresó conduciéndolos sin novedad alguna.

El martes 29 fué con dos soldados á buscar el regimiento 11 de caballería que se encontraba en el puente de Maldonado. El dia miércoles, desde la oracion hasta las tres de la mañana, hizo la policía alrededor de la plaza de la Victoria, adyacencias del mercado del Centro y del Departamento de policía.

El teniente 2° D. José María Lozano encontròse durante toda la noche, acompañado de ocho de tropa, á retaguardia del batallon 8 de línea. El domingo 27, cuando se produjo el armisticio, recorrió todas las calles accesibles y donde se produjeron los combates. El lúnes 28 fué con cinco de tropa, en comision, hasta la misma plaza del enemigo, donde habló con el rebelde general D. Manuel J. Campos. El martes 29 hizo de

patrulla con la fuerza á sus órdenes al rededor é inmediaciones de las posiciones enemigas.

El teniente 1° D. Juan Boeri, acompañado del teniente 2° D. Juan Gonzalez, alférez José Fagina y veinte de tropa, presentóse el sábado á la noche á recibir órdenes del Exmo. senor ministro de guerra y marina, quien le ordenó fuera á descubrir los cantones enemigos. Cuando llegó á las calles de Artes y Tucuman tuvo que retirarse por el fuego nutrido que le hacían de uno que estaba situado en las calles de Lavalle y Artes. Matáronle dos caballos y regresó á dar cuenta al señor ministro de los cantones que había encontrado. Nuevamente ordenósele marchara á hacer otras descubiertas hácia el sud, regresando con datos y sin novedad en la fuerza. El domingo 27 púsose á las órdenes inmediatas del Sr. general de division D. Donato Àlvarez, y entregó seis de tropa à un capitan que no recuerdo su nombre y tres al mayor Martin Marley. Dicho Sr. general lo acantonò en las calles de Suipacha y Viamonte, donde estuvo haciendo descubiertas y observando al enemigo hasta el mártes 29 á las 9 y 30 a. m. En ese momento fué enviado por el Sr. generalÁlvarez, con diez de tropa, hácia el sud á hacer descubiertas á inmediaciones del enemigo y recoger datos sobre las posiciones enemigas, dejando herido al soldado Vidal Gonzalez que fué entregado á la Cruz Roja. Cuando llegó á la calle de Cambacéres entre Estados Unidos é Independencia, de ambas esquinas y de la torre de la Iglesia, fué acribillado á balazos, dejando dos soldados muertos, uno herido y cinco caballos muertos. Ese mismo dia á las 2 p. m. ordenósele marchara al 11 de Setiembre, recorriera el sud y oeste avanzando hácia las posiciones enemigas, lo que efectuó hasta el dia siguiente, miércoles 30, que se presentó al cuerpo en la plaza de la Libertad.

El teniente 1° D. Francisco Lemos, alférez José Ormacchia y veinte de tropa, marcharon el dia 26 sirvien-

do de escolta al Exmo. Sr. Presidente de la República, acompañándole hasta la estacion Campana y regresando despues con la misma comision á la capital. Una vez instalados en la casa de gobierno y siempre á las órdenes de S. E. se le desprendía á hacer comisiones y formar cantones próximos á la plaza Victoria, hasta el miércoles 30, que recibió órden de incorporarse al cuerpo. En esta comision hallábase agregado el sargento distinguido del regimiento 5 de caballería, Usandivaras, donde ha cumplido con su deber.

Al alférez José Cernadas desprendiósele en comision con catorce de tropa á órdenes del Sr. coronel Godoy, con quien ha desempeñado durante todos los dias de combate diferentes comisiones, presentándose al cuerpo el miércoles 30 sin novedad en la fuerza.

El teniente 2° D. Francisco Matiza fué desprendido de la plaza Libertad el domingo 27 por òrden del infrascripto con objeto do hacer descubiertas y practicar algunas observaciones hácia el enemigo cuando se inició el armisticio, y fué traidoramente herido, regresando poco despues el sargento y soldados que lo acompañaban á dar cuenta de lo ocurrido.

El alférez Leopoldo Reyes fué comisionado por el que suscribe para explorar algunos cantones que había en la calle de Callao y como fuese recibido á balazos, regresó por las calles de Santa-Fé y Rodriguez Peña, donde el suscrito hallábase con el resto del regimiento á dar cuenta de su comision, pero con tan mala suerte que el caballo rodó por el suelo fracturándole una pierna.

El alférez D. Julio Ahumada ha desempeñado todos los dias y en todos los momentos muchas comisiones siempre con éxito muy feliz.

El teniente 1° D. Juan J. Raceti, habilitado del regimiento que ha servido de ayudante del infrascripto desde el primero hasta el último momento, observó una conducta digna del mayor encomio en todas las comi-

siones que se le confiaron, desplegando siempre la mayor actividad.

El sargento 1° distinguido D. Lionel Pitzmaurice y el distinguido Baldomero Alvarez, se han hecho acreedores á la concideracion de la superioridad por su actividad en el desempeño de sus comisiones.

Los mayores Masley y García han desempeñado algunas comisiones de poca importancia.

El teniente coronel D. Juan J. Solís, que hace próximamente dos años desempeña las funciones de segundo jefe del regimiento, ha tenido varias comisiones de importancia, tales como descubiertas arriesgadas, recogidas de hacienda para el ejército, etc,, etc.

El alférez D. Juan Fraza ha permanecido al cuidado de los enfermos é inútiles.

Ahora, en cuanto al que suscribe, ha obedecido y cumplido todas las órdenes de los superiores.

En cuanto á las bajas habidas, por el presente parte V. S. se impondrá, no teniendo alta alguna que comunicar.

Más despues, cuando el resto del regimiento que falta se presente, y se conozca más detalles, se participará á V. E. de lo que haya habido.

Aprovecho esta ocasion para recomendar ante V. E. y la superioridad, á todos los subordinados que he tenido el honor de mandar.

Dios guarde á V. S.—*Alfredo Cabót.*

DEL JEFE DEL REGIMIENTO 11 DE CABALLERIA

Bunenos Aires, Julio 29 de 1890.—Al Sr. jefe de la guarnicion, general de brigada D. Zacarías Supisiche. —Tengo el honor de comunicar á V. S. las distintas operaciones del regimiento de mi mando en los dias 26 27 y 28 del actual.

Tan pronto de iniciarse la sublevacion de algunos cuerpos del ejército contra el superior gobierno nacional, hice preparar mi fuerza acudiendo con la celeridad posible al sitio de la alarma. Allí recibi órdenes del Sr. ministro de la guerra y de V. S. de replegar hácia los suburbios de la ciudad y tomar las disposiciones convenientes para la más estricta vigilancia, procediendo al rechazo de los sublevados que intentaran extender el radio de su accion ó penetrar al centro de la plaza.

Contramarché por la calle de Santa-Fé y me establecí á la altura de la de Callao, desplegando un cordon extenso de descubridores volantes apostados en todas las boca-calles y bifurcacion de los diferentes caminos por la parte del sur. Además de esto desprendí comisiones activas que avanzaban hasta los mismos cantones, con órdenes terminantes y positivas de contrarrestar el fuego que se les hiciera y batirse en retirada.

Esta acertada distraccion en diversos sentidos fué de mucha ulilidad práctica y de confusion subitánea para los enemigos por ese lado. De vuelta esas partidas á dar cuenta de que el fuego cesaba, replegué el regimiento y me estacioné. siempre en el mismo órden, y atento por supuesto á las precauciones que el cumplimiento del deber sugiere en casos semejantes. Hice recorrer las calles Centro América y Recoleta hasta Paseo de Julio, no ocurriendo en esta observancia novedad alguna.

Reconcentré nuevamente el regimiento y esperé el dia 27 en que V. S. se sirvió encomendarme marchara hasta la plaza de la Libertad. Como el regimiento núm. 2 de artillería era esperado de un momento á otro, me fué dada órden expresa de destacar un escuadron para que sin pérdida de tiempo hiciera una recuesta de caballos, evitando toda exaccion violenta, la precisa y nada más para aqu l cuerpo.—La fuerza así

desprendida enviéla con la doble mision de emprender una descubierta hasta Flores y Belgrano. Todo se hizo como se había dispuesto, dejándome lleno de satifaccion la manera con que se cumplía tan eficazmente la ejecucion de mis disposiciones.

El dia 28 fueron conducidas al Retiro, y á primera hora, las cabalgaduras á que se alude en el párrafo anterior, haciendo alto el regimiento en su cuartel respectivo hasta recibir órdenes de V. S. En efecto, llegada la diana y en mérito de venir un ayudante con una trasmision urgente y perentoria de ponerme en camino á fin de concurrir al ataque decisivo que se iba á efectuar sobre la plaza General Lavalle en la misma madrugada, avancé hácia el Retiro, punto de reunion para organizarse las columnas de ataque. (La suspension estaba cada vez más fluctuante.)

En esa circunstancia recibí por órden de V. S. la comision de conducir dos piezas á la plaza de la Víctoria, las que fueron acto continuo trasladadas, presentándome despues á S. E. el señor Presidente de la República y al teniente general D. Julio A. Roca, á cuyas indicaciones superiores me encaminé por la calle de Belgrano, destacando á vanguardia y á los flancos una línea de tiradores que respondieron con un ardor vivísimo, digno de una honrosa mencion, al fuego incesante que se les hiciera. Esa distribucion convenientemente ejecutada paralizó tal vez muchas iniciativas de los contrarios.

Mis instrucciones, que eran llegar hasta el departamento de Policia y en esa actitud esperar nuevas órdenes, me permitieron nuevamente destacar uaa partida de veinticinco hombres para que recorriera los parajes de Barracas, Boca, plaza de la Constitncion y 11 de Setiembre. Esa fuerza no fué hostilizada, volviendo por la tarde á incorporárseme.

Incúmbeme ahora hacer presente á V. S. que en el mortífero fuego de fusileria y artilleria que sostuvimos

el dia 26, quedaron fuera de accion dos oficiales: el teniente 2° D. Carlos F. Guido, cuyo caballo fué destrozado por una bala de cañon, y el de igual clase D. Camilo Gay, el primero de estos al frente de la 2ª mitad del 2° escuadron y el último de una caida del caballo, sirviendo en calidad de ayudante á las órdenes de V. S. El bravo capitan D. Nicolás Ramallo, conjuntamente con el teniente Guido, como queda ya dicho, y la mitad presentada fueron desmontados á cañonazos. El jefe del escuadron lo mismo que su subordinado y demás soldados, demostraron serenidad de ánimo completo, volviendo á montar á caballo en medio de un peligro inminente el capitan Ramallo, sin que pudiera verificarlo el valiente teniente Guido por las fuertes contusiones recibidas y que lo imposibilitaron de todo movimiento.

Además quedaron fuera de combate en esa refriega y otros encuentros, cuarenta soldados y cien caballos.

Esto quedará como un vivo recuerdo de las acciones parciales de la oficialidad y soldados del regimiento 11 de caballeria de línea.

Excuso recomendar el celo, ardor y actividad de los jefes, teniente coronel D. Julio Morosini. mayor Don Manuel Palma, capitanes; D. Belisario Supisiche, Don Sebastian Estrada, D. Teófilo R. O'Donell, D. Miguel H. Arias, mi ayudante el capitan D. Ricardo P. Piaggio, tenientes primeros D. Agustin Urtubey, Enrique Seoane, Gregorio Mogrovejo; tenientes segundos D. Francisco Villarino, Pedro I. Gonzalez, José L. Carlini, los alféreces Antequeda, Bousinet, Guido (Miguel), y los cadetes Juan Piñero Lobal, Julio Bousinet, Juarez, y tropa á mis órdenes que tambien ha sabido cumplir con su deber, cabiéndome el orgulo, si así puedo expresarme, de haber respondido á mi gobierno con la fidelidad y constancia demostrada por mi regimiento en todas ocasiones.

Ahora voy á permitirme llamar la consideracion de V. E. hácia algunos ayudantes que vinieron á ponerse á mis órdenes y entre ellos el teniente coronel D. Froilan Leyria, capitan Salvatierra y los demás oficiales mios, unos con licencia y otros de la plana mayor, cuyos nombres son los siguientes: capitan D. José M. Silva del 3° de caballeria, teniente 1° D. Pablo Jofré y tenientes segundos, D. José O. Iturreo del 3° de caballeria y D. Eduardo Morcillo del 6° de caballeria. Todos estos oficiales se presentaron en el mismo momento en que estallaba la revolucion.

Lo que doy cuenta V. S. á sus afactos—Dios guarde á V. S.—*Francisco Leyria.*

DEL CIRUJANO MAYOR DEL EJÉRCITO AL GEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL

«Tengo el agrado de elevar á conocimiento de V. S. el informe que me ha sido pasado por el cirujano del ejército Dr. D. Carlos L. Villar, sobre las novedades ocurridas en el Hospital militar de la capital, de cuya direccion se ha hecho cargo por mi órden en la mañana del 27 de Julio ppdo.

Los minuciosos detalles que él contiene sobre la parte técnica como administrativa del expresado establecimiento, me eximen de entrar en consideraciones relativas á los importantes servicios que en él se han prestado con la mejor voluntad y decision durante los dias del combate y que continúan prestándose aún con la misma energía y decision de los primeros momentos; —reservándome hacerlas en todo caso en la memoria especial que oportunamente pasaré á V. S. de los trabajos practicados por la sanidad militar del ejército y personal de su dependencia, durante las circunstancias

tacion á este hospital sin que lo haya efectuado hasta ahora.

El dia 28, siendo las 12 m., se presentó el cirujano de brigada D. Isidro Lobo, el cual quedó incorporado al personal médico del establecimiento. Ofreció tambien sus servicios, y fueron aceptados, el ex-practicante D. Antenor Alvarez, designándosele la sala 7ª.

El dia 29 á las 6 p. m. concurrió á incorporarse al establecimiento el cirujano de brigada Dr. D. Facundo Larrosa.

Los heridos empezaron á recibirse el dia 26 á las 9 p. m. estableciéndose un servicio permanente de guardia del médico interno, de cirujanos, practicantes, farmacéuticos, oficina de entradas y porteria. El dia 27 dispuse la habilitacion de las salas 7ª y 8ª que se llenaron con 70 heridos entrados hasta las 5 p. m. del dia 29.

El dia de ayer hubo necesidad de habilitar nuevas salas por la considerable cantidad de heridos que se recibieron, teniendo que aglomerar los enfermos que antes se encontraban en asistencia, de los cuales hay varios inútiles para el servicio de las armas.

La escasez de elementos de que se disponía en estas circunstancias extraordinarias ha obligado á proceder á la compra de colchones y almohadas, y á utilizar las camas de los empleados y la servidumbre para la instalacion conveniente de las últimas salas de heridos á que he hecho referencia.

Todos son atendidos con la mayor solicitud por los cirujanos, practicantes y hermanas enfermeras, haciendo las curaciones varias veces al dia y llenándose las indicaciones médicas y dietéticas con la mayor vigilancia y cuidado.

En los 129 heridos recibidos hasta este momento 2 y 30 p. m., muchos de ellos de bastante gravedad, solamente se han producido cinco defunciones, habiéndos

hecho varias operaciones de alta cirujía y otras de menor importancia de que informaré á V. S. detalladamente, en la estadística que oportunamente elevaré á su conocimiento.

Aunque con algunas dificultades, el hospital ha podido proveerse de los artículos de consumo, sin que los enfermos y heridos hayan carecido de su alimentacion apropiada, lo mismo que en las circunstancias normales.

A consecuencia de encontrarse cerradas las oficinas del registro civil, hubo necesidad de enviar á la casa de aislamiento para su cremacion 5 cadáveres de las defunciones producidas, de lo que se ha dejado constancia en el archivo del establecimiento, exceptuando un vigilante de la seccion 8ª de policía, cuya filiacion no ha podido ser tomada, por el estado de gravedad en que fué recibido, falleciendo á las pocas horas de su entrada.

Es digna de ser mencionada la espontaneidad con que se ha presentado la señorita Dominga Rauschert, ofreciendo gratuitamente sus servicios para el cuidado de los heridos, no habiendo podido ser aceptados en el hospital, por ser suficiente el número de hermanas.

Numerosas personas y familias, cuya relacion adjunto por separado, ya particularmente, ya reunidas en comision de caridad, han remitido limones, hilas, vendas y otros útiles para curacion de los heridos.

Sólo me resta consignar la buena voluntad y decision con que se han conducido, tanto el médico interno como todos los cirújanos, practicantes farmacéuticos y empleados que he mencionado al principio de esta nota, sin omitir sacrificio en el desempeño de sus funcionciones, permaneciendo en los dias de combate en servicio permanente, tanto de dia como de noche y sin distincion de categorias.

Merecen una mencion especial las hermanas de caridad de la órden de San Francisco al servicio del establecimiento, cuyo personal limitado á las necesidades

normales del hospital, ha llenado satisfactoriamente las exigencias de la situacion excepcional que atravesamos, con el sublime desprendimiento y abnegacion de su santo ministerio.

El capellan del ejército D. Gregorio Bragnes permanente en su servicio de auxiliar á los heridos confortándolos con los consuelos de la religion, ha cumplido fielmente con su mision residiendo tambien en el hospital.

Es cuanto tengo que informar al Inspector general del cuerpo de sanidad del ejército.—*Carlos L. Villar*, médico director; *Josè Iglesias y Paz*, secretario.

DEL GENERAL AYALA AL GENEPAL EN GEFE DEL EJÈRCITO

Con fecha 30 de Julio ppdo. el general de division D. Juan Ayala (hoy teniente general) pasó la siguiente comunicacion al jefe de las fuerzas nacionales:

«Tengo el honor de elevar á V. E. la lista de los señores jefes, oficiales y ciudadanos que me han acompañado desde el dia 26 del corriente en que estalló la revolucion hasta la terminacion de la misma.

La conducta observada por todos ellos ha sido intachable y se han hecho por ello acreedores á la concideracion del superior gobierno, permitiéndome, Sr, ministro, hacer especial mencion del teniente coronel D. Manuel Lopez, capitan D. Daniel Sanchez y tenientes segundos D. Juan Ayala y D. Felix Benavides, que han sido los ayudantes que me han acompañado desde el primer momento, con quienes me trasladé del Retiro á la plaza Libertad á ponerme á órdenes de V. E.

Debo tambien, cumpliendo con mi deber, recordar muy especialmente al Sr. diputado Dr. Gabriel Larsen del Castaño y Dr. Ceferino Cigorraga, que me acompa-



1—Cadete Marcos Hermelo.
2—Pedro Cenoz
3—Isaac Torrent.
4—Ricardo San Millan.
5—Antonio Lopez.
6—Enrique Mendez.
7—Pablo San Martín.
8—Leandro A. Alem.
9—Florencio Cardenas.
10—Octavio Fernandez.
11—Joaquín Ramirez.
12—Dalmiro Llopart.
13—Pedro Cejas.
14—Santiago Vallée.
15—Pablo Saravia.
16—Jovino Pereyra.

ñaron como secretarios y ayudantes, no separándose de mi lado ni en lo más récio del combate, como así mismo el ciudadano Diógenes Sanz.

Aprovechando esta oportunidad, saludo á V. E. con mi más distinguida conciderácion, á quien Dios Guarde —*Juan Ayala.*

Hé aquí la lista á que se refiere en su nota el general Ayala:

Coroneles Angel Zavalía y Baldomero F. Sotelo, del 27 al 30, Ayudantes; Teniente Coronel Juan Torres, del 27 hasta la fecha, Ayudante; Ramon Perez, del 26 al 30, jefe de canton; Romirio Baldes, del 26 al 30, jefe de canton; Heriberto Sandoval, del 28 al 30, Ayudante; Leonidas Pico, del 28 al 30, Ayudante; Martin Salas, del 28 al 30, Ayudante; Benigno Cárcova, del 27 al 30, jefe de canton; Alejandro Etchichury, del 28 al 30, Ayudante; Alejandro Fábregas, del 26 al 30, Ayudante; Francisco Ribeiro, del 27 al 30, Ayudante; Gualberto Torena, del 28 al 30, Ayudante; Eusebio Laprida, del 27 al 30, Ayudante; Manuel Lopez, del 26 al 30, Ayudante; José S. Daza, del 26 al 30, Ayudante; Palemon Gonzalez; del 27 al 30, jefe de canton; Manuel de la Cuesta. del 28 al 30, Ayudante; Mayores Cándido Patíño, del 27 hasta la fecha, Ayudante; Casto Feijóo, del 27 al 30, Ayudante; Capitan D. Daniel Sanchez, del 26 hasta la fecha, Ayudante; Tenientes Primeros Juan Ayala, del 26 hasta la fecha, Ayudante; Felix Benavides, del 26 al 30, encargado de una pieza de artillería, fué herido; Dr. Gabriel Larsen del Castaño, del 27 al 30, Secretario Ayudante; Dr. Ceferino Cigorraga, del 27 al 30, Secretario Ayudante; Diógenes Sanz, del 27 al 30, Ayudante.

Adicion á la órden general del 28 de Julio—«A fin de facilitar el mejor servicio en las operaciones de guerra que van á tener lugar bajo la direccion del que firma, todas las órdenes que fueren impartidas por el general de division D. Juan Ayala serán recibidas como si lo fuesen directamente del ministro de la guerra, el que

se encuentra en este campamento, conservando el comando inmediato de él como hasta aquí el Sr. General de brigada D. Zacarías Supisiche, lo que se hace saber á los cuerpos para su cumplimiento.—Campamento general plaza de la Libertad, 28 de Julio de 1890.—*Nicolás Levalle.*



Estado de sitio

DISCURSOS

DE LOS SENADORES

DRES. ROCHA Y PIZARRO

DISCURSO DEL DOCTOR ROCHA EN LA CÁMARA DE SENADORES

No en vano los constituyentes arjentinos con una gran sabiduria defirieron al Senado el acuerdo del estado de sitio, porque cuando se considera la trascendencia de esta facultad, cuando se piensa que ella puede privarnos de nuestra libertad personal, don el mas precioso que puede poseer el hombre, se comprende que conviene que ese acuerdo lo preste la rama de poder lejislativo, no la que esta mas en contacto con el pueblo, no la mas numerosa, pero sí la que debe suponerse que está compuesta de los hombres que hayan vivido mas tiempo, que hayan pasado ya por las grandes luchas de la vida, que hayan experimentado los deslumbramientos del triunfo y sufrido los estremecimientos del terror de la derrota, y que despues que han pasado los unos y los otros, que los ofuscaron un momento, comprenden que todas esas emociones no son sinó llamaradas que nada fundan, que nada crean y que por el contrario pueden destruir lo mas precioso que se quiere salvar.

Me parece, Sr. Presidente, que el momento en que nos

encontramos es uno de los mas solemnes para nuestro país en la época presente.

Yo me felicito de hallarme en una situacion política que me permite decirle al Senado todo lo que siento, todo lo que pienso, sin ambajes y sin reticencias.

Es público que he sabido que habia estallado la revolucion recien cuando fué conocida por la poblacion de esta ciudad, en las primeras horas de la mañana del dia 26. Tengo muchos amigos queridos que se han batido en las filas de la revolucion, y tengo tambien amigos igualmente queridos entre los que se han batido del lado del gobierno. Todos saben que mi único rol en esta tristísima emerjencia ha sido tratar de mediar para impedir que continuase el derramamiento de sangre.

Hoy, señor Presidente, mi papel será someter al Senado, á los hombres de gobierno, á los que toman conscientemente sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos y de la nueva época que se presenta para el país, las reflexiones que me sujiere la consideracion del porvenir que nos espera.

Hay dos polítícas á seguir: no hay términos medios. Una política de fuerza, enérgica, violenta, haciendo imperar la fuerza sobre todo y plegar todas las resistencias; y la otra, una política amplia, jenerosa de amnistía absoluta y completa para todos, por un olvido patriótico y fraternal.

El Senado puede elejir entre las dos. Por la una, que creo no adoptará el Senado, no alcanzará sinó á exacerbar los ánimos, á enardeder las pasiones, triunfará durante cierto tiempo talvez, pero las pasiones comprimidas estallarán como estallan los volcanes que se creen apagados por que no lanzan su penacho de humo y llamas, pero que el dia menos pensado nos sorprenden, arrojando torrentes de fuego y lava que aniquilan todo lo que se encuentra á su alrededor.

Es bueno que la mayoría, ya que tiene el gobierno, ya

que tiene la victoria, piense en esto y proceda con conciencia y reflexion.

¿Cree que debe adoptar un gobierno fuerte, un gobierno enérjico, un gobierno de represion?—Que lo adopte en buena hora; pero no piense que va á poder mantenerse con términos medios; que esté resuelto á todos los extremos, á cumplir la ley con la severidad màs estricta, sin entrañas, y que crea que pueden volver aquellos tiempos en que se colgaban los hombres en as plazas públicas cuando esos hombres conspiraban.

Sr. DEL PINO—Eso jamás sucederá.

Sr. ROCHA—¿Jamàs ha sucedido? Ahí está la plaza de la Victoria donde se colgaba en la horca á los conspiradores! El Senador es jóven y no me extraña que no conozca las primeras pájinas de nuestra historia.

Sr. DEL PINO—El señor Senador no me va á enseñar la historia de mi patria; he dicho que eso no sucederá en lo futuro.

Sr. ROCHA—Si ha dicho que no ha sucedido es porque no conoce la historia argentina.

Sr. DEL PINO—La conozco muy bien, no he dicho las palabras que el señor Senador me atribuye, y seguramente el señor Senador no ha querido escucharme.

Sr. ROCHA—Desde el momento en que el señor Senador me interrumpía, no podia snponer otra cosa sino que era para contradecir lo que yo afirmaba. Buscaba la razon de esa interrupcion y no me la explicaba de otro modo.

Sr. DEL PINO—Mi intencion no ha sido interrumpir al señor Senador.

Sr. ROCHA—No me hacen daño las interrupciones: estoy acostumbrado á las discusiones parlamentarias, y así es que nunca me perturban las interrupciones.

Decía, señor Presidente, que es bueno que la mayoría medite bien sobre los dos caminos que tiene delante de sí, y adonde pueden llevarla, porque no hay nada mas

triste en la vida que tomar un camino sin saber á donde ha de conducirnos.

Es necesario apaciguar el país. No quiero, no debo, ni es el momento para averiguar las causas que han producido el estado presente. No es mi mente venir á enardecer las pasiones, ni deben hacerse justificaciones ó críticas cuando todavia no se ha disipado el humo del combate; tampoco es noble humillar á los vencidos, ni digno lisonjear á los vencedores.

Otro debe ser el fin de mis palabras: apreciar como hombre público cual es la situacion política y cual es el estado social y financiero del país. ¿Por qué no se ha de decir la verdad? No estamos entre arjentinos? ¿No somos nosotros los Senadores, el consejo de ancianos de la nacion?

Nuestro deber es decir todo lo que pensamos, todo lo que sentimos, y con los males descubiertos á nuestra vista, buscar los remedios para curarlos, á fin de que no nos encontremos en presencia de situaciones sin salida, que cuando nos sorprendan no sepamos como modificar, y nos encontremos un dia con multitudes perturbadas por la ajitacion y la anarquía, que se echen en los brazos vergonzosos de la dictadura para asegurar la tranquilidad. Yo quiero que impere la ley, pero quiero tambien que impere la libertad y que el Senado se convenza que si adopta una política de represion es bueno que no olvide que esta política tiene que ir hasta los últimos extremos.

No crea el señor Senador por Catamarca que va á bastar una ley de estado de sitio para tranquilizar los ánimos....

Sr. del Pino—No he dicho eso.

Sr. Rocha—No crea que va á bastar para alcanzar este objeto una ley de estado de sitio y enseguida algunas concesiones personales. No crea el señor Senador que con esto va á destruir pasiones que arden en el

fondo de todos los corazones. No; el cañon ha callado, pero las pasiones gritan en el fondo de todas las almas. (Aplausos en la barra.)

Yo no tengo por el momento una medida concreta y determinada que proponer al Senado, pero le ruego que medite sobre esto: la política á que responde esta ley de estado de sitio, despues que el Presidente de la república ha triunfado sobre la revolucion del 26 de Julio, ¿á qué puede conducir? ¿Va á usar sus facultades? ¿Contra quien va á ejercitarlas? Contra pocos ó muchos de los revolucionarios? Esto no puede apaciguar los espíritus; es mas posible que de lugar á nuevas perturbaciones, á revoluciones ó complots quizás, que tendrá que reprimir cada dia con mayor severidad. Por el contrario, si el Presidente de la república. si la mayoría del Senado adoptaran una política amplia, una política de amnistía absoluta y de olvido completo, tengo la esperanza de que traería poco á poco la tranquilidad á los espíritus. Despues de una borrasca, ni en el alma humana, ni en el mar se obtiene la tranquilidad inmediata, pero poco á poco las olas se van levantando ménos, la espuma no llega tanto á la orilla y al fin la calma se restablece.

¿Por qué en lugar de votar el estado de sitio, no votamos una amnistía ámplia y jeneral? Por qué todos los hombres que hemos estado alejados, ya pertenezcan á la mayoría del Senado ó formemos parte de la minoría, por qué no nos aproximamos despues de una ley de tan alto sentido moral? Unidos en un sentido patriótico, estudiaríamos las medidas de pacificacion y. deponiendo intereses del momento y sentimientos personales, nos presentaríamos ante el país en esta hermosa situacion.

Todos nuestros hombres han tenido momentos de vértigo, pero todos han tenido tambien horas de patriotismo, en las cuales han querido salvar la patria que parecía que iba á perecer entre las ruinas de la guerra civil.

¡Qué nos falta para volver á estas horas? nada ó muy poco.

¿Cómo se ha hecho esta nacion arjentina que cuando todos creíamos que estaba difinitivamente consolidada la vemos en momentos de peligro? ¿Por qué desaparecen sus elementos de fuerza regular? ¿Por qué desaparecen sus medios de expresion, de opinion jeneral? ¿Por qué desaparece nuestro crédito exterior? ¿Qué es lo que falta para restablecer todas estas fuerzas perdidas ó dibilitadas? ¿Serán tan grandes los esfuerzos como los que hicieran nuestros mayores para fundar y constituir nuestra nacionalidad? ¿Tendríamos acaso que luchar contra el poder imponente de la Santa Alianza que recorre la América entera batallando dia á dia, atravesando desiertos sin agua, cruzando montañas nevadas y yendo allá perdidos á morír en climas desconocidos sin tener ese último consuelo del patriota que cuando cae sabe que es tierra querida la que vá á cubrir sus huesos? Nó, señor presidente, no son estos trabajos jigantescos los que tenemos que realizar.

¡Qué pequeños parecemos si nos comparamos con los hombres de las jeneraciones anteriores, si consideramos los esfuerzos, las enerjias, las abnegaciones, las percepciones clarísimas de su mente cuando tenían que luchar contra las armas de la madre patria y el sentimiento absolutista de la Europa triunfante despues de la caida de Napoleon, combatiendo al mismo tiempo contra todas las pasiones desordenadas que pugnaban entre nosotros, cuando apenas un grupo de burgueses comprendia la libertad y el resto, la masa bárbara, solo tenía el sentimiento del criollo, el odio al extranjero! Con estos elementos, sin embargo, formaron esta patria para asegurar la libertad para nosotros y para todos los que quisieran habitar nuestro suelo, como dice hermosamente el preámbulo de la constitucion.

Pero, lo repito, no se necesitan tan grandes esfuer-

zos: lo único que necesitamos es vencernos á nosotros mismos, vencer nuestras pasiones; venzámos las pues, y en nombre del patriotismo, y en lugar de una ley de estado de sitio decretemos una amnistia amplia y jeneral, y para que este acto tenga toda solemnidad, votémosla por aclamacion, que es por este camino por el único que podemos llegar á concluir con las luchas entre hermanos. (Aplausos).

DISCURSO DEL SEÑOR SENADOR MANUEL D. PIZARRO

Sr. Pizarro—Pido la palabra.

Al tratar del estado de sitio de la república, asunto tan grave en si y que tiene por objeto pacificar el país por los medios que la constitucion ha creado á este efecto, evitando otras medidas de represion y de violencia, como las que acaban de tener lugar en la capital, yo creo que no podemos dejar de considerar el estado jeneral de la nacion, y que se hace necesario, en estos momentos, ocupar la atencion de la cámara con algunas breves concideraciones á este respecto.

Yo me permitiré por tanto hacer algunas observaciones de carácter político, y al hablar quizás por última vez en este recinto, lo haré con toda la sinceridad y con toda la efusion del patriotismo, con toda la verdad que en momentos tan solemnes débo á mis colegas del senado y al pais en jeneral.

Ha de notarse en todo, señor presidente, el estado psicològico en que me encuentro. Mis palabras que van á producir impresión desagradable en muchos de los que me oyen, despues del triunfo que celebran, reproducen en mi espiritu estas conceptuosas expresiones de Byron: «¡el triunfo y la victoria lloran!»

En presencia de la victoria que el gobierno acaba de

alcanzar sobre la revolucion, yo siento, á pesar de todo, entristecido mi espiritu; y una lágrima, lágrima de sangre que cae sobre mi corazon, lo conmueve y ajita con los más encontrados sentimientos, comprendiendo, sin embargo, hasta que punto la Providencia vela sobre los destinos de este infortunado pais, al haber ahogado esta revolucion, que tantos, tan poderosos y fuertes elementos contaba, y que cae vencida de una manera realmente providencial.

La revolucion, señor presidente, está vencida; pero el gobierno está muerto. Y al expresarme así, no entiendo hablar de los hombres del gobierno, sino del gobierno en si mismo, y como persona moral.

El gobierno es autoridad moral, respeto á las leyes, prestijio en los que mandan, y obediencia en los demás—no en nombre de la fuerza, sino en nombre de algo más alto que dignifica al hombre:—en nombre del deber, del sentimiento moral, del respeto que por si misma se deben á la autoridad y á las leyes!

Y todo esto ha desaparecido.

¿Pero cuál es el estado jeneral de la nacion lijeramente bosquejado, porque no me quiero detener largo tiempo en esto?

¿Existe el gobierno como institucion regular siquiera?

Veásmolo.

El ejército está anarquizado y perdido: la armada nacional perdida y anarquizada: la disciplina militar ha desaparecido: y los buques de la escuadra y los cuerpos del ejército han sacudido la obediencia al gobierno y acaban de batirse entre sí. El ejército y la escuadra de la nacion han desaparecido como institucion regular.

Las finanzas estan arruinadas, el crédito público y privado debilitados, estan casi perdidos: el comercio agonizante, la libertad política suprimida. En una palabra, señor presidente, las instituciones representan

entre nosotros un monton de escombros como los que acaba de hacer el cañon en nuestras calles....

SR. PEREZ—Nos está haciendo una proclama revolucionaria el señor Senador.

SR. ROCHA—Déjésele hablar...

SR. PIZARRO—Un momento, señor senador.

Esta es talvez la última vez que hablo: tengo mi renuncia en el bolsillo. (Aplausos).

Voy á hablar luego como partidario del señor Senador.

SR. PEREZ—Quisiera oirle hablar como argentino.

SR. PIZARRO—Como arjentino; eso no me vá á enseñar el señor senador.

SR. PEREZ—No quisiera que viniera á remover cosas que debemos olvidar.

SR. PIZARRO—Son cosas que estan dentro de la cuestion cuando se habla de una ley de pacificacion de la república, y yo voy á presentar otro medio de pacificacion que no es el del estado de sitio, y necesito para ello ocuparme brevemente de todas estas cosas.

Alguno hay que me escucha y que sabe que no es de ahora que yo veo desenvolverse los sucesos como se desenvuelven; alguno hay que sabe, desde mucho tiempo atrás, que este fué en mi un presentimiento, y que no es de ahora que creo al país lanzado fatalmentente por un camino sin salida, por un camino que no tiene más salida que esta de sangre en que le vemos.

¿Por qué no he pertenecido, señor presidente, á la Union Cívica, encontrándome como me encuentro tan distanciado de los hombres de gobierno y de su política?

No he pertenecido, señor presidente, á la Union Cívica, porque ella se había propuesto un problema irresoluble, que era este: ¿Cómo se puede modificar en el sentido de su mejoramiento el estado politico del país, cuando el resorte de accion política, que es el voto público, está roto y no juega?

La Union Cívica, ni ningun partido del país podía proponerse modificar la situacion política del mismo, que es la que acabo de bosquejar á grandes rasgos, sino por medio de la violencia, que era el único medio de accion que le quedaba para modificar una situacion en sí misma de fuerza.

La revolucion, era pues, un hecho fatal; es la consecuencia de las premisas establecidas que debía fatalmente producirse.

Sr. Perez—Me parece que no está en la cuestion el señor Senador.

Sr. Pizarro—Ya voy á llegar á ella.

Oigame el señor senador y no me haga perder el poco de calma que yo mismo me estoy pidiendo, y me esfuerzo por tener. No pertenecí á la Union Cívica porque veía este desenlace necesario y fatal; y yo que había contribuido hace diez años con todo el entusiasmo de mi alma á fundar un determinado órden de cosas en la república, no habría podido, no habría debido venir á combatirle hoy con las armas en la mano, destruyendo el principio fundamental en que se basa.

De aquí el estado contradictorio de lucha y de violencia en que mi espiritu se encuentra; yo tenia que estar al lado del gobierno sirviendo aquella tendencia política en cuanto me fuera posible, y sin embargo, estaba de por medio todo aquel abismo de la situacion que acabo de presentar y que me impedía llegar á confundirme entre sus filas.

Porque esta revolucion, señor Presidente, se presentaba animada de un espiritu reaccionario contra la política que defendí en 1880. Ella se presentaba públicamente, con el carácter revindicatorio de dos naciones enemigas y hasta pocos dias antes de producirse anunciaba las revindicaciones de Metz y de Sedan, refiriéndose á los sucesos del 80. Yo no podía entonces servir esta revolucion; yo que era así extranjero y enemigo, yo que era así aleman por no haber nacido en este sue-

lo; yo, no podía servir esta revolucion, no podía secundar los propósitos de la Union Cívica y me mantuve alejado de ella, comprendiendo sin embargo que la revolucion era una necesidad imprescindible y fatal.

No puedo, pues, hablar en el sentido que el señor Senador por Jujuy quisiera oirme; no puedo entonar cantos de victoria, que estén exentos de amargura, al dia siguiente de dominada la revolucion, porque si es plausible la derrota de la revolucion, que yo condeno; es deplorable tambien, la victoria sobre ella alcanzada.

Yo no hago ahora cargos á los hombres del gobierno: examino los hechos y digo que el ejército se ha anarquizado; que las tropas más leales y los jefes con que más creia contar el gobierno han estado al servicio de la revolucion; que el gobierno no ha tenido conocimiento de ella, á pesar de su vasta extension, y de tener por base los cuerpos de su mayor confianza.

Esto indica un profundo malestar en la opinion, esto indica el mayor desprestijio en la autoridad, la mayor impopularidad del gobierno; que será así forzoso reconocer.

Todo esto acusa deficiencia de parte del gobierno, ya se concidere la situacion del país en relacion á las finanzas, al crédito, á la milicia; ya sea en el órden de las libertades públicas y de los derechos políticos que las leyes acuerdan á los ciudadanos para el gobierno de la nacion y de sus estados,

Si el gobierno no es la causa y origen único de todo cuanta al respecto sucede, no puede negarse que hay á lo menos falta de tino, abandono de la cosa pública, cierta especie de impericia ¿qué sé yo? No se puede atribuir todo á la casualidad. Los sucesos humanos no estan conducidos por la fatalidad: *mens agitat mollem*; el espiritu conduce los sucesos humanos.

Estos sucesos son así producidos por causas inteligen-

tes, son consecuencias lógicas de premisas ya establecidas.

¿Por qué no se han evitado en tiempo? ¿Por qué no se han prevenido? ¿Por qué siquiera no se han conocido?

Hay deficencia entonces en el servicio público por parte del gobierno; y lo que yo no habria aceptado, si la revolucion triunfante se nos hubiera presentado con la renuncia del señor Presidente de la república, que no habria suscrito la aceptacion de una renuncia semejante, y que la habria rechazado, cuando otro quizás se habria apresurado á recojerla; yo vengo en este momento á pedir como medio de pacificar el país, no leyes de estado de sitio, sino la renuncia en masa de los miembros del Poder Ejecutivo; Presidente, Vice, Ministros y Presidente mismo del Senado. (Aplausos).

Señor Presidente—Prevengo á la barra que si contiinúan estas manifestaciones se hará desalojar.

Sr. Pizarro—Se me dirá que esto es una utopia; que es pedirle al partido que ha triunfado y está dominando, que entregue la situacion al adversario vencido. No, señor Presidente, no pido esto, ni lo propongo tampoco; y precisamente el alejamiento en que me he mantenido delos autores de la revolucion, prueba que está muy léjos de mí semejante idea. Pero creo que dentro de la Constititucion hay medios de dar al país verdaderas bases de tranquilidad: creo que por el medio propuesto se puede obtener esto, elijiendo entre los hombres mismos de la situacion, uno de los honorables colegas del Senado, el que mas confianza inspire que sea nombrado Presidente provisorio y que con su carácter constitucional ejerza el P. E. y termine este período azaroso de gobierno, presidiendo lealmente las elecciones próximas.

Esto y no leyes de asedio es lo que, á mi juico, contribuiría mas eficazmente para calmar la ajitacion pública, para dar base de tranquilidad al país, para abrir nuevos horizontes en todas las ramas de la ad-

ministracion, sin perder el partido que está en el gobierno sus posiciones, para cederlas al adversario.

Esto es lo que propongo como político, y lo que patrióticamente deseo como arjentino.

Ni es un imposible ni es una deshonra; muy lejos de eso: lo que ayer no podría hacer el Presidente de la república; lo que habria sido un acto de debilidad que lo empequeñecería; hoy seria acto de magnanimidad; hoy seria un acto de verdadero patriotismo que honraria á él y á su partido que hoy domina en vez de gobernar el país, por que es dominacion y no gobierno lo que viene haciendo en el poder.

Por esta razon creo que á muy poca cosa conduce una ley de estado de sitio en estos momentos.

¿Qué haria con ella el P. E. que no haya hecho ó no pudiera hacer sin esta ley? ¿Cuál es la barrera que puede hoy detenerlo en sus actos, dominada como está la fuerza de la revolucion, y contando como cuenta con amigos tan decididos en el seno del Congreso?

El país queda entregado completamente á discrecion de los hombres del poder ejecutivo y del partido de la situacion; y me parece que el medio de buscar soluciones á tan tirante estado de cosas, no son ciertamente las medidas de guerra y las leyes de estado de sitio.

Por esta razon y sin querer fatigar mas la atencion del Senado, estoy en contra de este proyecto, y aconsejo un temperamento que me parece oportuno y patriótico, y que talvez mañana se eche de ménos, y sea imposible usar con éxito igual, pues vendrá tarde quizás! He dicho.

—Se retira del recinto el señor Senador Pizarro.

LA CAIDA DE JUAREZ

Sesion del Congreso

EL CONGRESO EN ASAMBLEA

RENUNCIA DE JUAREZ

DISCURSOS: MANSILLA Y ROCHA

LA CAIDA DEL PIGMEO

A las cinco de la tarde reunióse el Congreso en asamblea bajo la presidencia del General Roca. Hacia ya largo rato que los senadores y diputados esperaban para entrar en sesion que llegara la anunciada dimision del Dr. Juarez.

Viendo que dicho documento no llegaba y que iba transcurriendo el tiempo, varios señores Diputados y Senadores redactaron y firmaron la siguiente carta dirigida al Presidente, en la que se le pedia la dimision de su cargo:

Sr. Presidente de la República Dr. D. Miguel Juarez Celman.

Los que suscriben, Senadores y Diputados al Congreso Nacional, sobreponièndose á sentimientos de amistad

personal nunca desmentidos y animados de un propósito de conservacion pública en momentos difíciles y solemnes, cumplen con un deber de conciencia y patriotismo al declarar al Sr. Presidente que su renuncia es el único camino constitucional para salvar al país del peligro que le amenaza.

Saludan á Vd.—Guillermo Torres, Juan Balestra, Juan V. Lalanne, Gabriel Larsen del Castaño, Arturo Castaño, Julio Dantas, Gonnet M., Gonnet L. M., Lagos Ovidio, José M. Ramos Mejia, Ruiz, Bruchmann, Leiva, Cáceres, J. M. Padilla V., Prado, Albarracin, Arias, Canton, Atanasio Ceballos, Vazquez, Victor Victorica, Obejero, Andrónico Castro, Maciá.—(Siguen las firmas).

A las 4.30 llegó por fin la dimision y las Cámaras se constituyeron en asamblea.

Despues de abrir la sesion y dar lectura del acta de la anterior, el General Roca manifestó haberse recibido un pliego del Presidente de la República dirigido á la asamblea, que habia motivado la reunion á que habia sido convocada.

Dice así:

Al Honorable Congreso de la Nacion.

He desempeñado durante cuatro años el cargo de Presidente de la República con lealtad y patriotismo.

Habia consagrado todo mi espíritu y todos mis anhelos para mejorar la difícil situacion financiera porque atraviesa el país, inspirándome en los elevados sentimientos de bienestar comun y escuchando el consejo de los primeros hombres de la Nacion, cuando un motin de cuartel ha ensangrentado las calles de la capital y llenado de dolor al pueblo arjentino, que descansaba tranquilo en la seguridad de sus altos destinos, creyendo que habia prescrito para siempre de su historia estos medios criminales de realizar evoluciones políticas y satisfacer ambiciones de círculo ó partido.

El motin ha sido vencido, y una amnistia general y

absoluta ha amparado con el olvido á sus autores y para sellar más eficazmente mis sinceros propósitos de fraternidad y afirmar mi política impersonal, he invitado á los hombres más espectables y representativos á formar parte del gobierno, buscando el concurso de sus talentos, de su experiencia y de su patriotismo.

Mis nobles esfuerzos han sido inútiles.

La República tiene grandes compromisos de honor que cumplir en el exterior, y en el interior una obra inteligente y laboriosa de administracion y de política que no se puede retardar.

Dejo á otros la tarea, confiando en que serán más felices que yo, y presento á vuestra honorabilidad la renuncia del cargo de Presidente de la Nacion, haciendo con satisfaccion el sacrificio de mi persona al inspirarme en los grandes intereses del país.

No es el momento de discutir los actos de mi gobierno, pero por mi parte descanso seguro en la justicia de los hombres, cuando se hayan apagado las pasiones encendidas y se pueda juzgarme con ánimo tranquilo y levantado.

Dios guarde á V. H.

M. JUAREZ CELMAN.

Despues de una pregunta de la presidencia para que la asamblea acordara si se habia de tratar sobre tablas de la dimision ó si se debia nombrar comision, á propuesta del doctor Rocha, se decidió que se tratara de ella inmediatamente por votacion ordinaria.

Abierto el debate pidieron la palabra los señores Olmedo y Parera para hacer constar su voto en contra, rogando á la asamblea que les dispensaran de fundarlos por razones de patriotismo.

Levantóse el general Mansilla y pronunció el siguiente discurso para fundar su voto;

DISCURSO DEL SEÑOR MANSILLA

«Un hombre de gran experiencia política, que asistió durante setenta y cinco años á todas las transformaciones de los Estados europeos, dijo en algun momento solemne de su vida: *Tout arrive* (todo llega).

Hemos llegado, pues, á uno de esos momentos en que se cumple la palabra del que solo creía en el éxito y en la fortuna,—monsieur de Talleyrand,—aquel que al morir solo merecía de la Francia estas palabras: «Ayer ha dejado de existir el traidor, elegante y á la moda, monsieur de Talleyrand.»

Es la primera vez que el pueblo arjentino, lejítimamente representado, se reune para tomar en consideracion la renuncia del primer majistrado de la República.

No es la primera vez que las revoluciones derrocan periódicamente hombres, situaciones ó cosas; son fechas marcadas en nuestra historia: el año 50, el año 60, el año 70, el año 80 y el año 90.

Hay un mal crónico; hay una enfermedad nacional que no necesito apuntar, pero que no escapará al espíritu trascendental de los que me escuchan. Esa enfermedad reside en la metrópoli, que no quiere resignarse á no ejercer la hegemonia politica del país.

La revolucion es la que derroca al presidente de la República, y nosotros si aceptamos esta renuncia, no seremos más que los últimos derrotados de una revolucion que no ha triunfado!

Sr. ESPINOSA—Muy bien!

Buenos Aires ha sido la cuna de la libertad; Buenos Aires continúa siendo el seno donde se ajitan las grandes pasiones que estallan con rujidos que hacen que

los hermanos se desconozcan y que tiñan con su sangre jenerosa hasta cerca de los mismos humbrales de esa casa donde estuvieron los virreyes que al grito de libertad fueron desalojados por el pueblo de Mayo!

Buenos Aires intentará dentro de diez años otra solucion por la fuerza, mientras este sentimiento nacional no se arraigue en su seno!

No discuto ni la conciencia que armó el brazo de los soldados que, olvidando sus deberes; se unieron á las fuerzas populares; ni discuto tampoco la conciencia de ios que se han llamado cívicos, por que el patriotismo inspiraba á los que resistian y el patriotismo no se discute, porque no se discute la pasion que está en el alma!

Sr. Espinosa—!Muy bien!

Sr. Mansilla—Pero me es lícito discutir este acto de una trascendencia soberana, y me es lícito decir, con la debilidad de mi acento, porque es poca la autoridad que tengo, haciendo anhelos para que mi voz recorra con vibraciones tonantes todos los ámbitos de la patria y vaya á decir á todos mis conciudadanos, que no es ésta la manera de derrocar presidentes!

Si el Presidente faltó á sus deberes, la Constitucion y las leyes nos han señalado cual es la manera de darle una leccion á sus sucesores: es traerlo aquí, al banco de los acusados, juzgarlo, condenarlo y expulsarlo! Porque, dígase lo que se quiera, señor Presidente, en esta obra de errores, todos y cada uno de nosotros, con rarísimas excepciones, hemos sido colaboradores, y poniendo cada uno la mano sobre su conciencia, tiene que convenir en que en dósis infinitesimales le hemos ayudado al error al señor Presidente de la República! (Muy bien en las bancas).

Tiene que serme molesto seguir dando rienda contenida á lo que bulle en este momento dentro de todo mi sér; y es tan grande, es tan profundo el respeto que tengo por este recinto y es tan cordial el vínculo que

me une á todos mis honorables colegas, que voy á terminar diciendo que votaré en contra de la renuncia del señor Presidente de la república, y que voy á votar en contra con sentimiento, que tambien quiero manifestar no obstante: que me parece un acto de culpable cobardía. (Muy bien en las bancas).

Los presidentes, cuando no son llamados á la barra de los acusados, mueren en su puesto como mueren los revolucionarios. como mueren los soldados sin bandera! (Muy bien! muy bien!)»

—

Contestóle el Dr. Rocha pronunciando un discurso que por sus levantados conceptos y por los sentimientos del mas acendrado y mas puro patriotismo que en él brillan, fué la nota mas saliente de la sesion de ayer, que por su importancia bien puede calificarse de memorable. He aquí el texto de la oracion pronunciada por el Dr. Rocha:

DISCURSO DEL DOCTOR ROCHA

Sr. Rocha—Pido la palabra.

«Muy noble, muy leal es la conducta de mi viejo y distinguido amigo el señor Diputado por Buenos Aires que acaba de hablar.

Nada debe ser más simpático á las almas levantadas que el probar en los momentos difíciles la consecuencia y la amistad personal hácia los que van á caer.

Fácil, muy fácil es para los poderosos que están en la mitad de su carrera ajitados por el poder, sostenidos por la fuerza y con las manos llenas de favores para derramarlos en su torno, encontrar amigos calurosos y decididos. Es difícil, es mas raro, encontrar esos ami-

gos en la última hora, cuando el poder se eclipsa.

Estos nobles sentimientos del Sr. Diputado Mansilla merecen todo mi aplauso como hombre; pero reclamo de él como político, como hombre de experiencia que ha seguido y aun hecho la historia de nuestro país y meditado sobre la historia de otros pueblos, [que se levante arriba de los sentimientos privados, por que en momentos solemnes como los que atravesamos, los pueblos y los hombres tienen que apretarse el corozon con mano viril y pensar en una sola cosa: la salvacion de la patria». (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Mi voz no puede ser tachada en este instante: yo no he sido amigo político del Sr. Presidente de la Repúca; pero en la última hora, en el último momento, cuando ha acudido á mi, aunque yo sabía que la opinion se lanzaba contra él como un torrente, por errores propios ò extraños, ò propios y extraños á la vez, no vacilé en aceptar la confianza que me acordaba una comision de miembros del Congreso para salvar la situacion en esos momentos, procurando mantener la tranquilidad, pero salvaguardando tambien los principios en que se basan los gobiernos libres. Me presté de buena voluntad, buscando un medio posible de evitar la renuncia del presidente, con el triunfo de las aspiraciones públicas, siempre que encontrara el concurso de la opinion del pueblo arjentino.

Tenía casi la conviccion de la inutilidad de mis esfuerzos: y sin embargo, desempeñé el encargo leal y resueltamente, porque creía que así servía á mi país, aun cuando sabía que merecía las críticas de la opinion y aun de mis propios amigos; pero he llegado á una época de la vida en que voy derecho á los fines que creo patrióticos, sin tener en cuenta si al perseguirlos el pueblo me aplaude ó me censura.

Cuento un poco con el tiempo que, pesando en la balanza la sinceridad de los esfuerzos, dicierne con justicia á los unos el castigo y á los otros el aplauso.

Pensaba tambien que el mismo fracaso de mi empeño serviría para demostrar que no había otra solucion que un acto patriótico de parte del Sr. Presidente de la República.

El tenía ejemplos en la historia, no solo de los otros paises, sino del nuestro propio, que debia seguír, sintiendo los latidos de la opinion pública, no únicamente de Buenos Aires sino de la República entera, porque no es cierto que se trate de un movimiento localista, ni menos que se pretenda levantar la hegemonia de esta metrópoli: es toda la nacion la que se agita y hace oir su voz hasta en este mismo recinto.

Es notoria la impopularidad del señor Presidente en toda la República.

Sr. Espinosa—Es un error.

Sr. Rocha—Amigos muy nobles hay, como el señor Diputado por Córdoba, que quieren acompañar al señor Presidente en su caida; pero yo reclamo de todos la verdad sincera; que interroguen su conciencia lealmente, y que digan si creen que el señor Presidente de la República sería un hombre capaz de afrontar una situacion de guerra á muerte contra la opinion como la que necesitaría llevar adelante en estos momentos.

No: el Sr. Presidente de la República—es duro decirlo para mí de un hombre que se encuentra en su situacion—carece de temperamento politico; no tiene ideas fijas ni resolucion firme y clara; y un hombre con esas deficiencias no puede afrontar los grandes y pavorosos problemas que se presentan en la actualidad y cuya solucion pone en peligro, no solo la constitucion sino la nacionalidad y talvez hasta la integridad de la patria! (Aplausos.)

Sr. Presidente, en estos dias la sociedad está viviendo sin gobierno y preservada solo de conflictos sangrientos y desquiciadores por el sentimiento de su propia conservacion.

La excitacion sacude todas las almas; la revolucion está en todas las casas; no se sabe si el ejército mismo no se encuentra de nuevo convulsionado, y nadie podría asegurar que esta noche no tuviéramos movimientos perturbadores sin que haya la fuerza suficiente para contenerlos.

En todas partes, en las plazas y las calles, los ciudadanos se reunen y se ajitan y hablan como una cosa necesaria de una nueva revolucion.

Es tiempo de salvar el pais antes que todo. Los hombres somos granos de arena que lleva el viento. Lo único que dura, lo único que vive, le único por lo que debemos sacrificarnos y que está por arriba de todo, es la patria!

Señores, en nombre, pues, de la patria aceptemos esta renuncia por aclamacion. De esta manera los amigos del señor Presidente de la República le haran un honor y podrán decir al pais que la han aceptado porque era nna suprema necesidad reclamada por el bien público.

(Aplausos en la barra.)»

Al sentarse el orador la barra prorrumpe en aclamaciones. El Sr. Presidente impone silencio rogando á todos que se abstengan de hacer manifestaciones.

El Sr. Espinosa pide que la votacion sea nominal y despues de un breve incidente así lo acuerda la asamblea por 44 votos contra 38.

El Sr. Presidete declara que se vá á proceder á la votacion nominal, que da el siguiente resultado:

Votaron la aceptacion de la renuncia del Dr. Juarez, los Sres. Padilla M., Albarracin, Figueroa, Bruchmann, Derqui, Paz, Gil, Doncel, Victorica, García, Mendoza, Posse, Rocha, Torres Guillermo, Castaño, Dantas, Zeballos, Gonnet M. B., Cáceres, Leiva, Ruiz, Rodriguez J. C., Larsen del Castaño, Perez, Lagos O., Gallo, Vazquez, Lopez, Echenique, Canton, Ovejero, Tello, Irion-

do, Galves, Vidal, de la Fuente, Castro, Dominguez J. A. Del Pino, de la Silva, Bustos, Cáceres, Robert, Aguirre, Silva, Arias Flavio, Prado, Gimenez, Hernandez, Crespo, Macía, Lalanne, Balestra, Meyer, Molina, R. Mejia, Ortega, Funes, Zorrilla, Lagos, Gibert y Gonnet L. M.

Y en contra, los señores Beracochea, Paz, Padilla V., Arias I. J., Centeno, Crespo, Malbran, Gonzalez, Olmedo, Mansilla, Godoy, Espinosa, Basualdo, Gimenez, Beltran, Herrera, Castillo, Alba Carreras; Parera, Quesada, Rueda, Güemes y Olmos.

El Sr. Presidente—Queda, pues, aceptada la renuncia del señor Presidente de la República.

El Secretario señor Ocampo, redactó la ley de aceptacíon de la renuncia en los siguientes términos:

El Congreso Arjentino reunido en Asamblea General, resuelve:

Artículo 1° Aceptar la renuncia interpuesta por el Dr. don Miguel Juarez Celman del cargo de Presidente de la República.

Art. 2° Comuníquese, etc.

A peticion del General Mansilla, el artículo 2° se modifica en la siguiente forma:

Art. 2° Désele las gracias por los importantes servicios prestados al país en el desempeño de dicho cargo y comuníquese.

A las 5 y 30 el general Roca dice que habiendo terminado el objeto de la Asamblea, se levante la sesion.

———

LA ACEPTACION DE LA RENUNCIA

Adjuntándole copia de la resolucion dictada por la Asamblea, que va en otro lugar, se dirigió al doctor Juarez Celman la siguiente nota;

Presidencia del Senado Nacional—Buenos Aires, Agosto 6 de 1890.—Al señor doctor D. Miguel Juarez Celman: El Honarable Congreso reunido en Asamblea General ha aceptado la renuncia interpuesta por V. del cargo de Presidente de la República, como se impondrá por la resolucion adjunta.

La Honorable Asamblea al tomar esta resolucion, ha dispuesto se agradezcan á Vd. los servicios prestados al país en el desempeño de tan elevado cargo.

Dios guarde á Vd.—JULIO A. ROCA, *Benigno Ocampo*, Secretario del Senado.





1—Dr. Fermín Rodriguez.
8—Dr. Oscar Liliedal.
15—Benjamin Butteler.
7—Luis N. Basail.
2—Mariano H. de la Riestra.
9—Enrique Madero (herido).
10—Dr. José C. Crotto.
11—Francisco Alcobendas (herido).
12—Pedro J. Troncoso (herido).
13—Dr. Enrique S. Perez.
14—Alberto Sundblad (herido).
16—Ernesto Oliver.
5—Elciro García.
4—José Fernandez.
5—Emilio Caillon.
6—Lino L. Lagos (hijo).

APÉNDICE

MAS DOCUMENTOS

DE

LA REVOLUCION

Y DEL

GOBIERNO

LA ESCUADRA REVOLUCIONARIA

Buenos Aires, Agosto 1º de 1890.—A S. E. el Sr. Jefe del Gobierno Provisorio, Dr. Leandro N. Alem.—Exmo. Sr.: Cumplo con el deber de dar cuenta á V. E. de todo lo ocurrido en la escuadra á mis órdenes, en los días 26, 27, 28 y 29 de Julio ppdo.

Por la noche del 25 á las primeras horas de la mañana del 26, y valiéndonos de los medios más pacíficos, nos posesionamos de la división anclada en la rada, compuesta del crucero «Patagonia», trasporte «Villarino» y cañonera «Paraná». Habiendo hablado á los oficiales de los diversos buques de lo que se trataba, casi todos se pusieron con júbilo de nuestra parte, lo mismo que la maestranza y tripulación.

A todos aquellos que no quisieron tomar parte en el movimiento, se les mandó á tierra en completa libertad.

Esa misma mañana, á las ocho próximamente, se acercó á la «Paraná» un vaporcito trayendo á su bordo al Sr. Contralmirante D. Bartolomé L. Cordero. Se le intimó retirarse, y no queriendo hacerlo, se mandó hacerle algunos disparos de ametralladora sin puntería, hasta que se retiraron. Cosa análoga pasó con otro vaporcito que conducía al Sr. Capitán de navío, D. Lázaro Iturrieta y varios oficiales.

El Sr. Contralmirante se dirigió al «Andes», fondeado en Los Pozos, é izó allí su insignia.

Mientras tanto, á las 11 a. m. próximamente, á bordo dél «Maipú» al grito de ¡Viva la Unión Cívica! tomaba este buque el Alférez de Navío D. Guillermo Wells. El comandante, Teniente de Navío D. Atilio Barilari, con un valor que le honra, quiso sofocar el entusiasta movimiento haciendo fuego con su revólver, siendo contestado por la gente de á bordo. Entonces el Alférez de Navío Wells le intimó se diera preso en nombre de la Unión Cívica. Tenemos que lamentar en la toma del «Maipú» las heridas que sacó el Sr. Barilari y un individuo de tropa muerto por él.

Acto continuo salió el «Maipú» de la dársena y se dirigió á incorporársenos; mandando antes á tierra con su ordenanza al Sr. Barilari.

En el acorazado «Los Andes» se ignoraba que los demás buques estuvieran por la revolución; mas habiendo visto el Teniente de Fragata D. Gregorio Aguerriberri, que el Sr. Contralmirante avisaba al Sr. General Levalle que la escuadra estaba toda sublevadada, reunió á los oficiales y convinieron seguir ellos con «Los Andes» nuestra misma suerte.

Se hizo formar la tripulación, y después de una pequeña arenga, se dirijió el Teniente de Fragata Aguerriberri *solo* y comunicó al Sr. Contralmirante que él y toda su comitiva quedaban arrestados á bordo en nombre de la Unión Cívica. Poco después atracó un vaporcito con el Capitán de Navío Sr. Lawry y oficiales que, atraídos por la insignia de Contralmirante que había permanecido izada, creyeron ir á buques del Gobierno. Fueron todos arrestados.

Acto contínuo zarpó el «Andes y fué á incorporarse á la escuadra.

Esa misma tarde se presentaron el Teniente de Fragata D. Vicente E. Montes y los alféreces de Fragata Perez é Irizar. Estos últimos eran los que debían tomar

la división de torpedos, y me comunicaron que la gran bajante les había impedido salir con las lanchas, por lo que el Teniente de Fragata D. Leopaldo Taboada, que iba á tomar el mando de la división, les ordenó presentarse á algunos oficiales al Parque, y á ellos á bordo del buque jefe.

A las 5 p. m., y á su pedido, se trasbordaron al vapor «Rápido» el Sr. Contralmirante, el Capitán de Navío señor Lawry y el Alférez de Navío Durán, quienes prometieron irse á la Colonia. Después supimos que estos señores se dirijieron á La Plata, donde desembarcaron. Escuso pedir á V. E. que, tanto el Sr. Contralmirante como los que le acompañaban, fueron tratados con los honores y consideraciones de sus rangos respectivos.

A las 8 p. m., ya reunida la escuadra, llegó á bordo del «Villarino» el Sr. Capitán de Fragata D. Edelmiro Cordero, creyendo venir á buques del Gobierno. Quedó arrestado á bordo y se tomó por ser necesario el vaporcito «Doly» que lo había conducido.

La misma noche del 26 organicé el servicio de la escuadra, nombrando los siguientes comandantes y segundos de cada buque, por medio de una orden general:

Buque jefe trasporte «Villarino,» Comandante teniente de fragata, Vicente E. Montes; 2° Comandante alferez de navío, Eduardo Quesnel.

Crucero «Patagonia,» Comandante teniente de navío, Ramón Lira; 2° Comandante teniente de fragata, Enrique M. Quintana.

Acorazado «Los Andes,» Comandante teniente de fragata, Gregorio Aguerriberri; 2° Comandante en comisión teniente de fragata, Emilio A. Bárcena.

Cañonera «Paraná,» Comandante teniente de fragata, Juan P. Saenz Valiente; 2° Comandante alferez de navío, Fernando L. Dousset.

Arriete torpedero «Maipú.» Comandante alferez de navío, Guillermo Wells; 2° Comandante alferez de fragata, Hilario Ibarra.

Aviso «Doli,» Comandante alferez de fragata, Julián Irizar.

Día 26—A causa de la gran bajante no pudo la escuadra presentarse en los Pozos, y por no verse señales de tierra no se hizo fuego á ningunos de los puntos indicados en la órden de esta fecha. La escuadra fondeó en la rada exterior permaneciendo con vapor suficiente para poder navegar un cuarto de hora después de ser ordenado.

Día 27—En cumplimiento de la primera órden de esta fecha, se rompió el fuego de artillería sobre el cuartel del Retiro y casa de gobierno, así que la marea permitió acercarse á la ciudad. El acorazado «Los Andes,» el «Maipú,» la «Paraná» y el «Doly» en los Pozos y el «Villarino» y el «Patagonia» en la canal de la Boca. El primero de estos últimos no hizo fuego por carecer de artillería de gran alcance.

Ese mismo día se mandó á tierradel «Maipú» el individuo muerto por el señor Barilari.

Habiéndose visto en la Prefectura Marítima bandera de parlamento, se suspendió el fuego y se retiró la división que estaba en los Pozos.

Más tarde se recibió la comunicación de ese gobierno de haberse dado una tregua de 24 horas.

Al retirarse la división de los Pozos, y á causa de la poca práctica de algunos marineros en el manejo de las armas, uno de ellos dejó su rifle cargado, lo que ocasionó casualmente, la muerte de otro infeliz que tomó el rifle, hiriéndose mortalmente en el cráneo.

Esta misma tarde se presentó el Alferez de Fragata don Augusto Sarmiento con la torpedera número 2. Venía del Tigre. Este oficial nos comunicó que el Comodoro de Solier había preparado los torpederos de primera clase y nos iba á atacar.

En vista de esto procedí á hacer tomar varios vaporcitos, con el objeto de mantener un círculo de rondas de vigilancia, lo qu ayudado por los tres focos de luz eléc-

trica del «Patagonia» y «Maipú», hacía imposible un buen resultado á los atacantes.

Día 28—En esta mañana mandé á tierra en el vapor «Eolo» al Alferez de Fragata Imperiale y al médico cirujano del «Villarino» con comunicaciones y adquirir noticias detalladas de lo que allí pasaba. Se mandó también por el mismo vapor al herido que había ya fallecido en el «Andes.»

A las proximidades del medio día, y cuando la marea lo permitió, fueron con el objeto de hacer acto de presencia á los Pozos, la «Paraná», el «Maipú» y el «Doly.» El «Andes» no pudo ir, pues fué necesario tomar carbón, por lo cual se atracó á la barca «Celestina S» y sacó bajo recibo 40 toneladas.

Esta misma tarde, habiéndose izado en una casa particular bandera blanca, se mandó al Alferez de Fragata Ferrini á averiguar lo que deseaban, retirándose inmediatamente la división.

Después de esto fué que se recibió la orden de esta fecha, mandando no hacer más disparos.

A las 4 p. m. próximamente, salió de la Boca una división de escuadra, compuesta de cuatro buques: uno español, dos de la armada británica y uno de la República Oriental del Uruguay.

Siéndonos sospechosos sus movimientos, nos alistamos al combate el «Villarino» y «Patagonia», únicos buques que estaban en las proximidades de la canal; y, buscando la incorporación del «Andes», se hicieron señales á los buques que venían de los Pozos.

Sin embargo, y á pesar de sus maniobras, parece que sus intenciones no eran hostiles, y que venían solo á pedir que cesara, si posible fuera, el bombardeo. Se les contestó en los términos que he tenido el honor de comunicar á V. E., pues no nos era posible acceder á pedidos que podrían estar en contra con disposiciones del gobierno provisorio, á quien obedecíamos.

Esta noche se pasó sin ninguna novedad, habiéndose redoblado la vigilancia.

Día 29—No siendo posible ver señales de ninguna clase de tierra, se colocó la escuadra en los Pozos y la Canal para hacer desalojar el Retiro, Casa de Gobierno y plaza de Mayo, donde se sabía había fuerzas adversarias. Poco después se presentaron los oficiales mandados en comisión.

A medio día próximamente se presentó un ciudadano que venía de La Plata en busca de un jefe y del apoyo de la escuadra para convulsionar esa ciudad y llevar refuerzos al Parque.

A las dos p. m. se mandaron á tierra con comunicaciones al Alferez de Fragata Imperiale y al ciudadano antes aludido.

Poco después se vieron estallar en tierra muchos cohetes voladores y bombas, por lo que se suspendió el fuego y se retiraron los buques de los Pozos.

Coincidía con esto la llegada á bordo del buque jefe de los señores Goyena y Romero, ministros del Gobierno Provisorio, quienes traian las bases de los tratados hechos.

Los acompañaba el señor Capitán de Navío don Enrique G. Howard, que venía á recibir la escuadra en nombre del Gobierno Nacional.

Reunida la oficialidad de todos los buques á bordo del «Villarino», se les impuso de lo que había dispuesto el gobierno de V. E. Hízose en seguida entrega de la escuadra, recomendándose á las tripulaciones la mayor subordinación para con los nuevos oficiales y jefes que iban á mandarlos.

A más de las seguridades ofrecidas en el tratado, el señor Capitán de Navio Howard nos garantió, bajo su palabra de honor, que esas garantías serían cumplidas, y para el caso que no sucediera así, se ofreció á correr con nosotros igual suerte. Este proceder digno y caballeresco ha venido á hacer generales las simpatías de que

tan justamente gozaba el Sr. Howard, y lo hago constar en este parte, por que lo he considerado un deber de justicia.

A nuestro pedido ordenó el señor Capitán de Navío Howard, se nos condujera en el «Villarino» á La Plata, donde desembarcamos.

Antes de concluir este parte, debo hacer conocer á V. E. el entusiasmo y disciplina ejemplar que ha reinado á bordo de los buques, que me cupo el honor de mandar en jefe durante los cuatro días de revolución.

Dios guarde á V. E.—*Eduardo O'Connor*—Jefe de la Escuadra Revolucionaria.

LA ARTILLERÍA REVOLUCIONARIA

PARTE DEL MAYOR RICARDO A. DAY

Buenos Aires, Julio 30 de 1890.

Al Comandante en Jefe de las fuerzas revolucionarias, General D. Manuel J. Campos.

Con la convicción de cumplir un deber de patriotismo, como ciudadano y también como soldado al servicio de la Nación, me incorporé á la revolución en la mañana del 26 de Julio á las 8 1|2 a. m., tan pronto como tuve conocimiento de ella.

V. S., invocando resolución del Gobierno Provisorio, me ordenó á las 9 a. m. que tomara el mando del Regi miento 1° de Artillería y á mi cargo el material del arma, cumplo ahora el deber de elevar á V. S. el parte de las operaciones efectuadas por las fuerzas á mis órdenes.

El Regimiento 1° de Artillería, dejando en su Cuartel la banda de música é inútiles, se había incorporado, bajo las órdenes del Capitan Roldan, con diecisiete oficiales y ciento noventa de tropa, dos baterías de cam

paña, de seis piezas cada una, sistema Krupp, calibre 7.—5. Una de estas baterias, sistema de tiro rápido á cartucho metálico.

Estaban situadas en batería:

4 piezas en Talcahuano y Viamont, á las órdenes del Capitan Roldan, Tenientes Lopez, Layera y Sisay.

3 en Libertad y Viamont, mandadas por el Capitán Fernandez y Tenientes Raybaud y Escalada y Alférez Lagos.

3 en Lavalle y Libertad, con el Teniente Vallée y Alférez Ibañez y Guerrero.

1 en Lavalle y Talcahuano, con el Teniente Velez.

1 en Tucuman y Libertad, al mando del Teniente Estrada.

El Teniente Albarracin y Alferez Mujica, con los pelotones de reserva; y el Teniente Risso Patron y Alfèrez Eduardo Tello, mis ayudantes.

Los armones bien provistos y enganchados á sus tiros, las tropas y oficiales listos á montar á caballo y todo, en fin, en actitud de combate y completo órden.

En el Parque había: munición de artillería en abundancia, más de cien piezas de campaña sistema Krupp, prontas y cuarenta ametralladoras Nordenfeldt y Gatling con su correspondiente dotación de municiones; veinte piezas Krupp de sitio, calibre 10 cents. que podían montarse en tres ò cuatro horas y un sin número de piezas de sistema anticuado, pero capaces de prestar buenos servicios.

Dia 26

Durante la mañana, sostuvimos fuego lento, enviando algunas granadas á diversos grupos y cantones de fuerzas del gobierno de Juarez. Una pieza colocada en Talcahuano fué destinada á apagar el fuego de fusilería que se nos dirigía desde la torre próxima (300 metros) de *Las Victorias*, consiguiendo su objeto desde el primer disparo.

Al las doce meridiano, fué muerto el benemérito Capitan Roldan, en momentos en que se dirigía por Viamont hacia Libertad para estudiar las posiciones del enemigo.

A las 3 p. m. el fuego de fusilería que se nos hacía por Talcahuano desde Paraguay (250 metros), empezó á ser más nutrido, contestándolo por nuestra parte, á metralla con las dos piezas situadas en la esquina Viamont. Eramos sostenidos eficazmente por el canton de ciudadanos de la misma esquina, reforzado luego por una parte del Batallon de Ingenieros y tropa del Regimiento de Artillería, al mando del Teniente Albarracin.

Las fuerzas de Juarez, parapetadas en los edificios de la manzana entre Córdoba y Paraguay y, que hacian fuego casi á tiro de pistola sobre nuestra artillería á descubierto, soportaron con grandes pérdidas nuestro fuego hasta las seis de la tarde.

Perdimos en este encuentro al Teniente Máximo Layera muerto, y varios artilleros. El Teniente Estanislao Lopez, aunque herido, no dejó el mando de esa bateria que asumió á la muerte del Capitan Roldan.

En esta batería, como á las cuatro y treinta, fué muerto el señor Coronel don Julio Campos, quien me indicaba, en esos momentos (con el dedo porque la voz no se oia) las cercanas posiciones del enemigo.

Mientras tanto, las otras baterias contestaban bien el fuego de fusilería que les correspondía y la de Libertad y Viamont, con sus certeros disparos, desmontó dos piezas que empezaron á funcionar desde la plaza Libertad.

Perdimos en ellas varios artilleros y el Capitan Luís S. Fernández, Teniente Tomás Vallèe y el Alférez Eusebio Ibañez, heridos de gravedad.

DIA 27

Al aclarar empezó el fuego el enemigo desde una

trinchera de tiradores, levantada esa noche en Talcahuano y Paraguay y desde las azoteas vecinas.

Comenzamos con dos piezas situadas frente á la puerta del Parque cargadas á Shrapnel y metralla, alternativamente, y para terminar con una ametralladora Nordenfeldt que solo funcionó un instante, y reemplazada por otra con igual resultado.

Apuntaba estas piezas personalmente, el Alférez José M. Mujica, retirándose el enemigo del *campo de batalla* á las 8 a. m.

Esta nos ocasionó tres artilleros heridos.

Durante el día emplazamos nuestra artillería como el anterior, excepto la batería de Libertad y Viamont que consideré más conveniente colocarla en la plaza Lavalle, diagonalmente, para enfilarla y batir mejor el canton Garmendia, situado frente al palacio Miró. Empezamos á levantar atrincheramientos.

La batería de Libertad y Lavalle, fué construida para tirar hácia la plaza Libertad y por Lavalle.

Colocamos una pieza de montaña sobre la azotea de la Escuela graduada, Talcahuano y Viamont, un gran campo de tiro sobre los acantonamientos y trincheras del enemigo y tomó su dirección el Teniente Benjamin Estrada.

Durante el armisticio de ese día tuvimos que contestar el fuego que se interrumpió varias veces.

Día 28

Mejoramos nuestros atrincheramientos.

Hice colocar una ametrallodora en el palacio Miró, bajo la dirección del teniente Manuel Manrique y guarda marina Enrique García, que allí fué muerto; otra en la escuela y cuatro en las azoteas de la plaza Lavalle con frente al Norte, que podían hacer fuego convergente sobre los puntos ocupados por el adversario. Manejaban estas ametralladoras el teniente de fragata Leopoldo Taboa

da, alféreces de fragata José Pereira, Ernesto Anábia, Vicente O iden y guarda marina Ricardo Sartori.

Por vía de ensayo, hice montar y colocar una pieza de sitio Krupp, calibre 10 cts., apuntada diagonalmente desde la plaza al cantón Garmendia. Esta pieza no hizo ningun disparo.

Roto el armisticio en la tarde de este día, contestamos durante trece minutos con nuestras ametralladoras, las cuales habiendo sido previamente revisadas, funcionaron admirablemente.

La batería de Talcahuano y Viamont, mandada por los tenientes Gregorio Velez y Eduardo Sisay y alferez José Luis Guerrero, la de la escuela por el teniente Benjamin Estrada, y la de Libertad por los tenientes Pablo Escalada y Arturo Albarracín, contestaron tiro por tiro á las baterías que tenían á su frente.

Tambièn las del centro de la plaza Lavalle, manejadas por el teniente Urizar del 2° regimiento de artillería, que estando en el Hosqital Militar se escapó y pidió le diéramos colocación, alferez Garcia igualmente agregado, alferez Mujica, condestable Clemente Vallotta y cabo Domingo Allaria y otros aspirantes del 4° y 5° año del Colegio Militar, dirigieron sus disparos, ocasio nando visibles desperfectos al cantón Garmendia.

Durante este tiroteo, tuvimos cuatro artilleros heridos y una pieza desmontada cuyas ruedas se cambiaron inmediatamente y continuó el fuego. Segun datos posteriores, en solo la artillería enemiga tuvieron en esta ocasión dos oficiales, treinta y cuatro de tropa y cinco piezas inutilizadas por nuestros proyectiles.

Día 29

Continuación del armisticio. Pacto.

Desarme y disolución dejando la bandera custodiada por la guardia de cadetes del Colegio Militar en el Parque de Artillería.

Resúmen: Nuestras pérdidas, como consta de la rela-

ción adjunta, han sido: dos oficiales muertos y cuatro heridos del regimiento de artillería; y dos de tropa muertos y veintiun heridos.

Agregados: Dos oficiales muertos incluyendo al teniente Urizar, que fué muerto al retirarse el día 29 á las 4 y 30 m. p. m.

Creo inútil asegurar al señor general que los oficiales y tropa á mis órdenes han cumplido dignamente con su deber, y que aquellos, usando de la amplia iniciativa que les acordé, en previsión de los acontecimientos y fiado en su competencia, han demostrado aptitudes militares que no quiero empañar tratando de hacer su elogio.

El mando que se me confió, ha sido así muy fácil de desempeñar: simples indicaciones de detalle para la distribución del servicio y tratar de impedir que se prodigasen demasiado.

Esperando que nuestra conducta merezca su aprobación, tengo el honor de saludar al señor general.

RICARDO A. DAY

BATALLON 9º

Buenos Aires, Julio 30 de 1890.

Al Sr. Coronel D. Mariano Espina, Jefe del Regimiento 9 de infantería de línea.

Habiéndome comprometido directamente con V. S. á tomar parte en la revolución de Julio, debo directamente también darle cuenta de que como 2º Jefe del Batallón 9 de línea, secundé el movimiento, poniendo de mi parte toda la decisión y entusiasmo que la causa me inspiraba.

Sabrá V. S. por el parte del Comandante García que

no se realizó el asalto al cuartel del Regimiento 11 de caballería de línea y que, según V. S. me manifestó verbalmente, debía ser la base del gran movimiento.

Dios guarde á V. S.

Rodolfo Mon.

—

Buenos Aires, Julio 30 de 1890.

Al Sr. Jefe del Regimiento 9 de infantería de línea, Coronel Don Mariano Espina.

Tengo el honor de dirijirme á V. S. á fin de poner en su conocimiento las medidas adoptadas en el cuartel del Batallón 9 de línea desde el momento que contraje con V. S. el compromiso de tomar parte en la revolución que se preparaba en defensa de los derechos del Pueblo Argentino y que acepté con entusiasmo y decisión.

Teniendo conocimiento que el regimiento 11 de caballería vigilaba nuestros movimientos, de acuerdo con V. S. ordené que entrase cada veinticuatro horas una compañía de servicio con sus oficiales á la cabeza. Esta compañía, situada frente á las cuadras del regimiento 11 de caballería, tenía por objeto dominarlo, cuando llegase el momento de formar el batallón; pero habiéndose precipitado el movimiento por causas que ignoro, y habiendo estallado en la noche que por orden del jefe de la guarnición debíamos trasladarnos al polígono del tiro, el batallón siguió el movimiento de las fuerzas revolucionarias sin dar el golpe proyectado sobre el regimiento 11 de caballería.

Posteriormente nos acantonamos á órdenes del Coronel Figueroa, á quien elevé el parte de la operación.

Dios guarde á V. S.

Jose García.

—

BATALLON 10 DE INFANTERIA DE LINEA

Parte del Jefe del Batallón 10 de Infantería de línea (desconocido hasta ahora), al Jefe de la Brigada, Coronel Espina.

Buenos Aires, 21 Agosto 1890.

Al Sr. Coronel D. Mariano Espina.

Tengo el honor de dirijirme á V. S. dando cuenta de los servicios que durante la revolución de Julio pasado, ha prestado el Batallón 10 de Infantería, que permaneció todo el tiempo á mis ordenes.

El día 25 de Julio por la noche y en virtud de compro misos anteriores, recibía comunicación del Comité de «La Unión Cívica», que en la madrugada del 26 estallaría el movimiento revolucionario tan anhelado por el pueblo argentino.

En vista de las órdenes recibidas, y poniendo en conocimiento de ellas al Sr. General D. Manuel J. Campos, éste me designó el comando del Batallón, y el Capitán D. Márcos A. Ossorio de segundo, conviniendo que á las 4 a. m. saldriamos con él del cuartel.

Llegada la hora designada y tomando las precauciones que la prudencia exigía en casos semejantes, se hizo formar el Batallón y saliendo por la calle Peña hasta Centro-América, y por ésta hasta la Avenida Alvear, nos incorporamos á la columna revolucionaria que venía de Palermo.

A las 5 y 30 a. m. nos encontrábamos en la plaza General Lavalle, y en conocimiento más tarde de la Orden General de la Junta Revolucionaria, por la cual se le nombraba á V. S. Jefe de la Brigada á que pertenecía el Batallón, ocupé por su orden la calle Libertad y Lavalle con dos piezas de artillería del primer Regimiento de la misma arma.

A las 10 a. m. desprendí por su orden varios destaca-

mentos, que se acantonaron en las calles Lavalle y Cerrito, uno mandado por el Teniente Aurelio Figueroa y el otro por el Subteniente Rafael Gonzalez, otro á las calles Libertad y Tucumán, mandado por el sargento 1º Juan Iturrieta, y un último á las de Corrientes y Libertad, por el sargento 1º José Irusta, quedando en las barricadas de Lavalle y Libertad 90 hombres, bajo las órdenes inmediatas del que suscribe, el Capitán D. Márcos A. Ossorio, los Tenientes Juan G. Terrato, Cárlos A. Busseti y Ramón Nogueyra, y los subtenientes Juan A. Graciano y Luis Fortunato.

El Teniente José Missaglia había sido nombrado para acompañar al Sr. General Manuel J. Campos, en calidad de Ayudante.

Todas las posiciones tomadas por los diversos destacamentos del Batallon de mi mando, han sido conservadas con la decisión y valor que caracterizan á los soldados argentinos, tanto por los oficiales y tropa como por los ciudadanos que voluntariamente han compartido el peligro y las fatigas hasta el último día de la lucha, que por disposición superior recibí órdenes de hacerlas abandonar.

Las bajas han sido 4 muertos y 18 heridos, todos de la clase de tropa.

No tengo, señor Coronel, ninguna recomendación especial que hacer, pues todos, oficiales y tropa, han cumplido con su deber con entusiasmo y patriotismo; debo, sin embargo, mencionar la actitud del Teniente Ramón Nogueyra y Subteniente Rafael Gonzalez, los cuales, á pesar de estar separados del Cuerpo, se presentaron á prestar sus servicios inmediatamente que tuvieron conocimiento de los sucesos que se desarrollaban.

Dios guarde á V. S.

DESIDERIO ROSAS Y RACEDO.

BATALLON DE INGENIEROS

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.

Al Jefe de la 2ª Brigada de Infantería de las fuerzas revolucionarias, Coronel D. Mariano Espina.

Señor:

He tenido el honor de mandar el Batallon de Ingenieros en los combates del 26 al 29 del corriente mes, y debo dejar constancia de la participación que este cuerpo ha tenido en la memorable jornada de esos dias.

El Batallón concurrió á la revolución del 26 con once oficiales (cuya nómina acompaño) y doscientos cuarenta y tres de tropa, levantando sus armas con la conciencia del ciudadano que pone por encima de toda consideración personal, la imágen imaculada de la patria, á la que debe en todo tiempo el contingente de su sangre y el tributo de su vida.

Depuestas las armas y serenados los espíritus, creemos hoy, como creíamos ayer y como creeremos siempre, haber cumplido nuestro deber de soldados fieles á la patria y de ciudadanos amantes de ella, sus instituciones y progresos. Porque entendemos que el deber de fidelidad del ejército al gobierno, no es incondicional ni va más allá del punto en que los hombres que componen el último, ó más concretamente si se quiere, el Presidente de la República se sustituya con su voluntad caprichosa á las instituciones, que deberia ser el primero en acatar.

Antes que el gobierno es la Constituciòn, menoscabada, escarnecida por los poderes públicos, contra quienes hemos hecho armas.

La teoría de la fidelidad incondicional del ejército, es la teoria de la mansedumbre más pasiva, que llevada á los extremos convertiria á la noble institución creada para mantener el órden dentro del juego armónico de la

Constitución y defender las fronteras y la soberanía nacional, en instrumento de despotismo, en defensor de la corrupción que transforma los pueblos, de naciones altivas, en agrupaciones degradadas.

No pretenderé sostener que la fuerza debe pesar habitualmente en la balanza de los partidos políticos, pues me doy cuenta de los peligros que en ello corren las instituciones; ella debe usarse con prudencia, según los casos y las circunstancias.

Nadie sostendrá que hicieron mal los comandantes de los batallones de patricios en apoyar la gloriosa revolución del año diez contra los poderes constituidos de entónces, ni que hiciera mal el ejército que se levantara contra la tiranía de Rosas. La cuestión consiste en distinguir la línea que separa lo legal de lo ilegal, donde empieza la transgresión del deber; y por lo que hace á mis compañeros de cuerpo, yo puedo decir que tenemos la conciencia bien tranquila, seguros del juicio del pueblo, con quien hemos fraternizado, y el de la Nación, que seguramente lamenta que el sacrificio hecho no haya sido coronado por el éxito. No será estéril, sin embargo; no lo es nunca la sangre derramada por la libertad; ahí queda el ejemplo que servirá de provechosa lección.

He entrado en estas consideraciones, señor Coronel, en virtud del mal efecto que nos ha producido la proclama del señor General Levalle, llamándonos motineros de cuartel, para demostrar que de un motin indigno de la oficialidad de mi cuerpo á una revolución santa y necesaria, hay mucha diferencia.

V. S. sabe que el Batallon se encontraba cubriendo algunos destacamentos de la guarnición y que era natural se tropezara con dificultades para reconcentrarnos, como teníamos órden, á la plaza General Lavalle; sin embargo, todos los oficiales iniciados en el movimiento cumplimos estrictamente con la órden recibida, sin

vacilar un solo momento. El Teniente Ruiz Diaz condujo la tropa que había en el cuartel, el Teniente Baigorría la que estaba destacada en la Correccional, el Subteniente Pereyra la del hospital San Roque y el que suscribe las fuerzas que estaban en la Penitenciaría.

Llegados á la plaza General Lavalle en las primeras horas de la madrugada del día 26, una vez formado el cuerpo y después de comunicada la órden general del día, por la que tuve conocimiento de que el Jefe de mi Brigada era el señor Coronel don Martin Irigoyen, me presenté á recibir órdenes, quien me ordenó las recibiera de V. S.

Cumpliendo siempre órdenes de V. S. se practicaron por el cuerpo de mi mando las siguientes operaciones: en las primeras horas de las mañana del 26, la compañia de telegrafistas, á las òrdenes del Teniente don Adolfo Benavides, ocupó la calle Talcahuano y Viamont, manteniendo un tiroteo más ó menos de cuarenta minutos; á las once y media mandé relevo á esta compañia con la de pontoneros, á las órdenes del Teniente Baigorría.

En circunstancias que esta compañía se movia, V. S. me ordenó mandara otra á la calle Libertad y Tucuman, siendo designado el Teniente Oliveira Cegar, que mantuvo un tiroteo regular con algunas bajas.

Luego que estas compañias estaban colocadas, hubo necesidad de hacer un reconocimiento por la calle Uruguay hasta la de Paraguay y fué designado otrá vez el Teniente Benavides con su compañia, en cuya operación fué herido él y cinco individuos de tropa.

Esta posición fué más tarde abandonada, siguiendo orden superior, y puse al mando de la compañia al Subteniente Balaguer, con la orden que levantara un pequeño atrincheramiento para resguardo de la tropa y colocar á más una ametralladora que era manejada por mis mismos oficiales y tropa.

El día 27 por la mañana, después de replegada la compañia de pontoneros, ordené al Teniente Baigorría pusiera á las órdenes del Teniente Godoy, agregado al cuerpo, quince hombres, y tanto uno como otro levantaran trincheras por lo que pudiera suceder; el uno en la calle Uruguay y Tucuman como tropa de refuerzo ó relevo, y el otro en la calle Tucuman, á mitad de cuadra, entre Uruguay y Paraná, teniendo allí también una ametralladora dirigida por el oficial y tropa del cuerpo.

El Teniente Ruiz Diaz, que por ser el oficial que me seguía en antigüedad, desempeñaba las funciones de 2º jefe, ha llenado sus deberes con puntualiadad y decisión, reemplazándome en todos los casos en que por necesidad no me he encontrado presente.

El día 28 dispuse, siguiendo órdenes de V. S., que una compañia se colocara nuevamente en la calle Viamont y Talcahuano, designando para que la comandara al Ayudante del Batallon don Hilario Cuitiño, quien con aviso al que suscribe tomó posesión de una casa en la esquina de Córdoba y Talcahuano para acantonarse, en atención de que el punto designado lo dejaba en una actitud completamente pasiva.

Como á las 2 1/2 p. m. se inició un tiroteo en dirección á la plaza Libertad, que se hizo general hácia la izquierda de nuestra linea; el Subteniente Balaguer, en virtud del fuego que pasivamente recibia la compañia que mandaba y en la creencia que era un ataque general que traía la fuerza enemiga, avanzó bizarramente á colocarse de nuevo en el punto de que el día antes fué retirado, donde se proponia protejer algunos cantones de ciudadanos avanzados á nuestra línea.

Al toque de retirada que partia del Cuartel General y que fué repetido por mi trompa de órdenes, la compañia volvió á desalojar esta posición para colocarse en su atrincheramiento, habiendo sufrido una pérdida de cinco bajas entre muertos y heridos.

Las bajas habidas en el Batallon se elevaron á 1 ofi-

cial y 28 de tropa, á saber: banda 4, zapadores 1, pontoneros 7, ferrocarrileros 5. y telegrafistas un oficial y 11 de tropa.

En pliego separado acompaño á V. S. la lista de ias bajas.

No tengo recomendación especial que hacer: todos los oficiales y clases han cumplido honrosamente con su deber, conforme á las circunstancias en que se han hallado; S. V. ha sido testigo de la disciplina recomendable y el valor del Batallon de Ingenieros, que aun después de concluida la acción de guerra, cumplió con el deber de depositar en su Cuartel la bandera que lo cubría.

Dios guarde á V. S.

MARTIN E. AGUIRRE.

DEL JEFE DE LAS FUERZAS DE LA GUARNICIÓN

Buenos Aires, Julio 30 de 1890.

Al señor jefe de estado mayor general, General de División D. Donato Alvarez.

Para conocimiento de V. S. y demás efectos á que haya lugar, tengo el honor de adjuntar el parte detallado de los jefes de cuerpo de la guarnición de mi mando inmediato, que, adictos al gobierno constituido y resueltos á defender el honor y la integridad nacional, han tomado parte en los combates de los días 26, 27 y 28 del actual, contra las fuerzas rebeldes á la nación.

Cumpliendo órdenes directas de S. E. el señor Ministro de la Guerra, y cuando ya las fuerzas rebeldes se habían posesionado del Parque de Artillería, tomé posesión de la plaza Libertad como á eso de las 8 de la mañana del día 26, con los batallones 2º, 4º y 6º de Infantería de línea, recibiendo en el trayecto un fuego nutrido de fusilería.

Como á eso de las 9 á 10 a. m. el combate se hizo muy nutrido y general, recibiendo el fuego de más de 20 cantones, que los sediciosos habían formado en las azoteas de las casas adyacentes á ambas plazas. Las piezas Krupp del Regimiento 1º de Artillería rebelde nos hacían mucho daño y repeliendo á éstas con solo el fuego de mosquetería de nuestros infantes. Este combate récio duró hasta el anochecer.

Comoá las 3 p. m. de este día incorporóse el Batallón 8º de Infantería de línea y el Batallón de Artillería de costas, bajo las órdenes de sus jefes respectivos, lo que con este refuerzo hice tomar posiciones en las azoteas más próximas á la plaza Lavalle, todo de orden de S. E. el señor Ministro de la Guerra, formándose cantones de 10 á 20 hombres, bajo el comando inmediato de jefes de línea y sacando de todo el estado mayor disponible los mejores jefes y oficiales, según mi concepto.

Durante toda la noche se combatió sin cesar, contestando á los fuegos del enemigo.

Al día siguiente 27, el tiroteo de fusilería y cañón recrudeció, durando hasta las 11 a. m., hora en que se percibió bandera blanca de parlamento, mandándose en consecuencia cesar el fuego, lo que se consiguió con mucha dificultad.

Como la supresión de hostilidades duró hasta las 10 del día 28, las tropas rebeldes dieron principio á hostilizarnos rompiendo el fuego con artillería; nuestras tropas contestaron con fusilería y solo dos disparos de cañón por pieza, pues no queríamos, y según orden del señor Ministro, causar mayor alarma en la población y evitar en lo posible mayor derramamiento de sangre, pues nuestros elementos ya eran poderosos por la incorporación del Regimiento 2º de Artillería ligera con 23 piezas Krupp y bien dotadas de munición, 3 batallones del Rosario de Santa Fé y fuerzas de Entre Rios y Córdoba.

Con éstos elementos, nuestra actitud fué conservarnos en espectativa hasta las 4 p. m., hora en que nuevamen-

te los rebeldes reabrieron las hostilidades sin saber á qué atribuirlo, cuyos fuegos fueron apagados con un tiroteo que duró como 20 minutos.

Puede decirse que aquí terminó el combate de estos tres días de lucha, pues durante la noche solo tiros aislados se dejaron sentir en los cantones.

Debo hacer una mención especial de los servicios prestados por el señor Coronel D. Francisco Leyría, al mando del Regimiento 11 de Caballería de línea, quien, desde los primeros momentos y con la más infatigable actividad, ha impedido la incorporación y concentración á la plaza General Lavalle de fuerzas enemigas, dispersándolas completamente.

Las operaciones militares de este regimiento, que sin embargo de ser tan reducido en número, ha abarcado un radio de acción y vigilancia en todas direcciones de la ciudad, desde el Riachuelo hasta el Paseo de Julio y toda la parte norte y oeste, son dignas del mayor encomio, pues á ellas se debe en gran parte que la revolución no hubiera tomado mayor impulso. El parte de este jefe hará conocer á V. S. los detalles de las operaciones.

Puedo asegurar á V. S. que todas las tropas que han estado bajo mis inmediatas órdenes se han conducido con valor, dejando una enseña de moral y disciplina digna de la bandera que juraron defender.

Réstame solo recomendar la conducta observada por mis ayudantes inmediatos, Mayor Mariano J. Vega y Teniente 1º Elvenger Grandioly, que han cumplido mis órdenes, como la de los Tenientes Coroneles D. Benigno Cárcova y Lino O. de Roa, del estado mayor general, guerreros estos dos del Paraguay; así como también los de igual clase D. Bernardino Masariego y D. Manuel López y Teniente 1º Gregorio Mogrovejo.

Cumpliendo también con un deber de la más estricta justicia, debo recomendar especialmente, para que se digne transmitirlo á la consideración del gobierno, la conducta observada por el Mayor D. Mariano Salas y el

señor diputado nacional Dr. D. Andrónico Castro, ambos guerreros del Paraguay y viejos servidores al país, quienes no se han separado un solo momento de mi lado, hasta el fin de la pelea, sufriendo todo el rigor del fuego y cumpliendo con la mayor actividad todas mis órdenes y disposiciones en medio de las balas del enemigo, llegando ambos hasta armarse y hacer fuego personalmente en los momentos supremos porque pasamos.

Omito en el presente el parte de las operaciones del Regimiento 6º de Caballería y el número total de muertos y heridos, por no haberlo remitido el primero y ser los segundos deficientes y faltar otros por la urgencia con que se me ha pedido éste.

Por intermedio de V. S. me cabe la satisfacción de felicitar al país, y al gobierno que tan dignamente preside sus destinos, por la pronta terminación de una lucha sangrienta que, principiada bajo los horrores imaginables, ha terminado por el triunfo de los soldados de la Constitución, cimentando una vez más el orden, instituciones y la paz de la República, que esperamos será duradera.

Con tal motivo me es grato saludar al señor Jefe de Estado Mayor General.

Dios guarde á V. S.

ZACARÌAS SUPISICHE.

DEL JEFE DEL ESTADO MAYOR DE LAS FUERZAS QUE OCUPAN LA PLAZA LIBERTAD

Buenos Aires, plaza Libertad, Julio 29 de 1890.

Al Exmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, General de División D. Nicolás Levalle.

Me es satisfactorio dar cuenta á V. E. de los resultados alcanzados por los combatientes de los cantones

que situé en la noche del 26 y 27 del corriente sobre los edificios más dominantes de las manzanas entre las calles Libertad, Charcas, Paraguay y Talcahuano; la de ésta entre las de Santa-Fé, Charcas y Uruguay y en el colegio de las hermanas de San Vicente de Paul, siendo en su totalidad seis el número de aquellos, cuyos fuegos hicieron converger sobre los del enemigo, que en número de ocho, establecidos desde la esquina de Talcahuano y Viamont, extendíanse hacia el N. O. en las manzanas limitidas por dichas calles, la de Charcas y Paraná.

El fuego nutrido y certero que hacía el enemigo sobre nuestras posiciones era contestado con ardoroso brío por nuestros soldados, y cuando entró á operar el cantón de flanco que situé en la fundición de los Sres. Zamboni, en la calle Charcas á mitad de cuadra de la de Talcahuano, aquellos fueron obligados á refugiarse en sus abrigos con considerables pérdidas, como tuve ocasión de presenciarlo dándome cuenta exacta de ellas por partes extra-oficiales que recibí.

Excusado me es, Sr. Ministro, citar nombres propios que hayan descollado en el combate, pues, como V. E. ha tenido oportunidad de verlo, todos á una y momentos por momentos han redoblado sus esfuerzos para que la acción común dé el resultado de una victoria como la que hemos alcanzado.

La inteligencia y actividad de nuestros jefes y oficiales para conducir su tropa en el fuego y tomar medidas periciales para luchar con ventaja con el enemigo, demuestran evidentemente que al lado de la lealtad y el patriotismo han hecho campear las dotes militares de nuestro moderno ejército.

Soldados bisoños, si me particularizo en la marineria del cantón que mandaba el Teniente Coronel D. Romirio Valdés, han combatido como buenos veteranos, y oficiales recién salidos de las aulas han demostrado sus apti-

tudes de comando, todo lo que es digno de especial recomendación.

Termino este parte adjuntando á la consideración de V. E. la nómina de los jefes y oficiales que á mis inmediatas órdenes han combatido con mando de fuerzas, ó trasmitiendo órdenes mias durante las días 26, 27 y 28.

Dios guarde á V. E.—Sócrates Anaya

EJÉRCITO

Teniente Coronel Ramòn E. Pérez, jefe de tres cantones; id. Romirio T. Valdés, jefe de cantón; id. Vicente Nogueira, ayudante de órdenes; id. Ramòn G. Alvarez, id. id.; Mayor Eduardo O. Escola, jefe de cantón y batería; id. José A. Especihe, jefe de cantón; Capitán Emilio Rougnaut, oficial de cantón; id. Washington Pacheco, ayudante; id. Filadelfio Villamayor, oficial de canton; id. Gerardo J. Caula, ayudante; id. Ramón V. Llamas, id.; id. Diógenes Torres, id.; id. Germán Mejía, id.; Teniente 1° Lorenzo Bravo, ayudante oficial de cantón; id. 2° Ramón García, id. id. id.

MARINA

Teniente de navío Juan Aguirre, oficial de cantón; id. Macedonio Bustos, ayudante; Teniente de fragata Angel Amores, oficial de cantón; id. Fernando Musas, ayudante; id. Rafael García Mansilla, id.; Alférez de fragata Mariano Beascochea, id.

Buenos Aires, plaza Libertad, Julio 29 de 1890.—*S. Anaya.*

DEL JEFE DE LA LINEA DE CANTONES DE LA IZQUIERDA

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.

Al Exmo. Sr. Ministro de la Guerra, General de División D. Nicolás Levalle.

Terminadas las operaciones de guerra efectuadas con

tra las fuerzas rebeldes en los días 26, 27, 28 y 29 del corriente, tengo el honor de dar cuenta á V. E. de la parte que personalmente me ha tocado en esta jornada.

Con conocimiento que algunos cuerpos se habian movido de sus cuarteles, me dirigí al E. M. general, desde donde impartí órdenes á los cuerpos con quienes pude comunicarme, de marchar inmediatamente á la plaza del Retiro, donde me encontrarian.

Reunido con V. E. y habiéndose puesto al frente de los batallones que llevaron el primer ataque á los rebeldes, quedé en el cuartel del Retiro con el Regimiento 6º de Caballería, ocupándome con toda actividad de la concentración y organización de las fuerzas que iban llegando, así como del acopio de armamento y municiones y reunión de caballada para dicho Regimiento 6º, cuyo Jefe y personal todo desempeñó con precisión cuanta comisión le confié, tanto de exploraciones como de custodias, conducciones de municiones, etc.: formaba los batallones de vigilantes al mando de los Tenientes Coroneles D. Juan G. Giles y D. Floro Latorre, estableciendo cantones tomando las principales posiciones, completando la columna que debia partir conmigo al combate con los alumnos de los colegios militares que se me incorporaron con los Tenientes Coroneles D. Enrique Luzuriaga y D. Alfredo Diaz, siendo conducido el de Palermo por el señor Coronel D. Juan G. Díaz, con dos piezas Krupp, una de las cuales, habiéndosela podido habilitar y con el personal apto, remití inmediatamente á V. E., así como más tarde lo efectué con tres piezas de la armada que á medida que las habilitaban el Coronel D. Enrique Godoy y el Teniente Coronel D. Estéban Ramos, con el personal suficiente, mandaba al sitio del combate.

Conociendo prácticamente, por inventarios que había hecho levantar, las existencias que había de munición en el Parque, que era insignificante en relación de los depósitos en el Arsenal de guerra, y que ésta era y sería base principal que decidiera el éxito, pues los cuerpos

sublevados no podían contar sino con las entregas que últimamente se les hiciera, y que era de toda importancia salvar de un golpe de mano los depósitos del Arsenal, comisioné al Sr. Coronel D. Félix Benavides para que con toda actividad procediera á buscarla, autorizándole para tomar todos los vehiculos que encontrara, y con la escolta suficiente los transportara á la plaza Libertad. El Sr. Coronel completó mis propósitos y con toda satisfacción recibí el aviso que á las 8 p. m. no quedaba en el Arsenal ni un solo tiro, y el ejército provisto del material que debia coronar el éxito y el triunfo de la causa del orden; y esta previsión así realizada proporcionó que ni un solo momento faltaran estos elementos. La actividad del Sr. Coronel Benavides es digna de todo encomio, complaciéndome en consignarlo aquí.—Y aun antes de la llegada de los carros que condujo esta munición, ya había enviado comisiones volantes que recorrieran los cuarteles y trajeran las que hubieran dejado allí las tropas, enviándolas á V. E. para reponer las que se fueran consumiendo.—V. E. prácticamente ha podido notar la actividad de este proceder, su resultado feliz y la importancia que tuvo, redoblando el ánimo de todos ante la seguridad que no por falta de munición había de abatirse la justicia de la causa ni dudarse de la seguridad de la victoria.

El Sr. Coronel D. Amaro Arias, en esos momentos, redoblando sus esfuerzos me secundaba en todo, así como también los Coroneles D. Juan G. Díaz y D. Ramón J. Bravo.

A las 7 p. m. del día 26, organizada una columna de 800 hombres y recibida la orden de V. E., marché por Arenales hasta situarme en la calle Charcas sobre la plaza Libertad, desde donde por nuevas instrucciones pasé á ocupar en Artes hasta Tucumán las principales posiciones hasta estrechar al enemigo en sus puestos más avanzados, estableciendo trece cantones, algunos de los cuales, como los establecidos en las esquinas de Artes y

ba: izquierda, Coronel Diaz con los cantones Dantes en las esquinas Artes y Viamont, el cantòn Iturre, Artes y Tucumán, y el gran cantón «General Alvarez» esquina Artes y Tucumán, corriéndose por Tucumán hasta Cerrito con los Tenientes Coroneles Adalid, Aberastain Oro y Lara, y avanzado por Córdoba entre Cerrito y Libertad los cantones del mando del Teniente Coronel Lobo, dos en el Frontón Buenos Aires y otro en la esquina Cerrito y Viamont.—Dios guarde á V. E.

DONATO ALVAREZ.

DEL JEFE DE LA EXTREMA IZQUIERDA DE CANTONES DE LA LÍNEA IZQUIERDA

Buenos Aires, Julio 30 de 1890.

Al Sr. Jefe de E. M. General del ejército, General de División D. Donato Alvarez.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. el resultado obtenido por las fuerzas á mis órdenes en la defensa del cantón «Gral. Alvarez,» que V. S. tuvo á bien confiarme, y seis más situados en las calles Tucumán, Cerrito, Artes y Viamont, que formaban nuestra línea izquierda de acantonamiento.

Durante los combates que han tenido lugar, las fuerzas á mis órdenes han sostenido un nutrido fuego de fusileria con la línea de cantones de los revolucionarios que teniamos al frente y á nuestros flancos, algunos de los cuales estaban situados á cuarenta metros de nuestras posiciones, consiguiendo desalojar unos y disminuir considerablemente los otros.

Adjunto á V. S. los partes parciales que mandaban los difentes cantones, y por ellos se informará V. S. de las pérdidas que hemos tenido que lamentar y los heridos que existen.

Me permito recomendar á la superioridad la conducta observada por los señores jefes, oficiales y tropa á mis órdenes, la que en su mayor parte se componía de agentes de policía de esta capital, por haber cumplido todos ellos con su deber.

Dios guarde V. S.

JUAN G. DIAZ.

DEL COMANDANTE MODESTO TORRES

Buenos Aires, Julio 31 de 1890.

Señor Jefe del Estado Mayor general del ejército, General de División D. Donato Alvarez.

Habiendo terminado las operaciones á que dieron márgen los sucesos acaecidos en esta ciudad en estos últimos días, me permito recomendar á la consideración de V. S. el Capitán del Estado Mayor general, D. Pedro E. Wuirnos, cuyo oficial se encontraba de servicio en esa repartición el día 26 del corriente bajo mis órdenes y ser quien dió cuenta á S. E. el Sr. Ministro de la Guerra de la sublevación de los cuerpos, comunicada por el Capitán del Colegio Militar D. Martin Hernandez y que quedó por órden del Sr. Ministro en el Estado Mayor trasmitiendo la órden á los señores jefes y oficiales que se presentaran, buscaran la incorporación del Retiro, incorporándoseme el mencionado oficial el día 27 y permaneciendo á mis órdenes hasta la fecha, habiendo cumplido satisfactoriamente con su deber.

Dios guarde á V. S.

MODESTO TORRES.

DEL JEFE DEL CANTON GENERAL ALVAREZ

Buenos Aires, Julio de 1890.

Al Sr. Coronel D. Juan G. Díaz, Jefe de la línea de cantones extrema izquierda.

El día de ayer, á las 8 a. m., recibí orden del señor General de División D. Donato Alvarez de prestar mis servicios en la línea de cantones al mando de V. S., que me dispensó el honor de confiarme el mando del cantón situado en las calles de Tucumán y Artes, extrema izquierda, cuya guarnición se componía de los señores jefes, Mayores Manuel Sontag, Francisco Schieroni; oficiales, Capitanes Martín P. Palacios, Horacio Pintos, Pedro Piudarrieux, Luis Aguirre; Tenientes 1º Juan Medina y 2º José Martínez, Francisco Espinosa, Pedro Bruché, Eduardo Reibaud; Subteniente Virgilio Villamayor; Alféreces Carlos E. Molina y Juan Wysoschy, veintisiete Cadetes del Colegio Militar, un Cadete del nueve y ciento ochenta de tropa (agentes de policía).

Tan pronto me recibí del mando, estudié con la mayor escrupulosidad el terreno sobre el cual debía operar, practicado lo cual, dispuse la colocación de la fuerza.

A las 12 y 1|2 p. m. los rebeldes rompieron un vivo fuego sobre nuestras posiciones, el cual contesté con el mayor éxito, pues nuestros fuegos apagaron los de varios cantones enemigos; el fuego duró veintitres minutos, habiendo tenido un oficial herido, Teniente 1º D. Eduardo Ramayón, un sargento y dos soldados contusos.

A las 3 rompieron nuevamente el fuego, con igual éxito para nuestras posiciones; esta vez duró 18 minutos el fuego, lo que significa que cada vez resisten menos y que muy pronto tendrán que rendir las armas al poder inconmovible de la nación.

Solo me resta decir á V. S. que los señores jefes, oficia-

les, cadetes y tropa á mis órdenes han cumplido con su deber.

Dios guarde á V. S.

Saturnino M. Lara.

DEL JEFE DEL CANTON ARTES Y TUCUMAN

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

Al Sr. Jefe de la línea del Este, cantón «General Alvarez», Coronel D. Juan G. Díaz.

Tengo el honor de dar cuenta á V. S. que durante el vivo fuego con que me arreciaba el enemigo el día de ayer de los varios cantones de éste que rodeaban al de mi mando, toda la fuerza á mis órdenes se ha conducido con denuedo y entereza, recomendando á la atención de V. S. la comportación del Capitán Ayudante D. Nicanor Zapiola, del Regimiento 9 de G. N. de la capital, y Subteniente, en comisión, del ex-Batallón 9 de Infantería de línea, D. Enrique Saenz. Habiendo tenido contusos á los vigilantes Vicente Cachi, José Francisco y Comio Oliva, de ninguna gravedad.

Es cuanto tengo la satisfacción de dar cuenta á V. S.

Dios guarde á V. S.

Honorio Iturre.

DEL JEFE DE LOS CANTONES CERRITO Y TUCUMAN

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

Al Sr. Jefe de los cantones de Artes, Tucumán y Cerrito, Coronel D. Juan G. Díaz.

En cumplimiento á lo ordenado por V. S. después

de recibirse de los cantones de las calles de Artes, Tucumán y Cerrito, mis operaciones han consistido en hacer fuego contra los sublevados posesionados de la Intendencia Municipal y algunos otros cantones adyacentes, y en especial observar el frente del Parque de Artillería y las operaciones del enemigo, para rechazar la agresión en caso de ser atacado ó esperar órdenes de operar.

También durante la noche se recorren las azoteas de las calles de Cerrito y Viamont, algunas de las cuales han sido ocupadas.

Se han tomado todas las precauciones necesarias en esta clase de guerra, por lo que no tengo que lamentar en la fuerza á mis órdenes ninguna baja.

Ahora me resta recomendar á V. S., por su excelente comportación, al Capitán D. Juan F. Genoud, del Regimiento 11 de Infantería, y al Teniente 1º del Batallón de Ingenieros D. José M. Abogadro, que han coadyuvado eficazmente al buen éxito obtenido.

Debo también hacer presente á V. S. que para ello ha sido necesario todo el celo y actividad que han desplegado los agentes de policía que constituyen la fuerza de mi comando.

Dios guarde á V. S.

FÉLIX ADALID.

DEL JEFE DEL CANTON TUCUMAN ENTRE CERRITO Y ARTES

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

Sr. Jefe superior de las fuerzas de los cantones Tucumán, de Artes á Cerrito, Coronel D. Juan G. Díaz.

Me es satisfactorio comunicar á V. S. que á pesar del nutridísimo fuego recibido del enemigo en los combates librados ayer, no tenemos baja personal que lamentar,

no obstante haber sido destruidos completamente los balcones, puertas y ventanas de las posiciones que defendíamos.

Recomiendo á V. S. especialmente la conducta y valor desplegado por el Mayor D. Manuel Alderete, Comisario auxiliar Manuel Lagos, Capitanes Leandro Miranda y José N. Lynch; igual recomendación debo hacer para completar la justicia respecto á la Policía de la capital y tres soldados del Batallón 4º de Infantería de línea.

Dios guarde á V. S.

RAMÓN ABERASTAIN Y ORO.

DEL CORONEL MOLINA

Casa de Gobierno, Julio 30 de 1890.

Al Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Teniente General D. Nicolás Levalle.

Tengo el honor de participar á V. E. las operaciones llevadas á cabo desde el día 26, que fuí nombrado jefe de las fuerzas que se reunieron en la Casa de Gobierno Nacional, para su defensa y de la plaza de la Victoria.

Al recibirme del puesto, quedaron bajo mis órdenes los siguientes jefes y oficiales:

Tenientes Coroneles, Saturnino Berón, Manuel E. Icaza, Juan F. Vivot, Romirio Valdez, y mis ayudantes, Capitán Pedro J. Reguera, Martín G. de San Martín, Germán Mejías.

Habiéndoseme presentado después el Coronel D. Liborio Bernal, Tenientes Coroneles Franklin, Rawson, Bonifacio Zapiola, Jorge Rodhe, Manuel Dantas, Maximino Rendón.

Mayores, N. Montenegro, Francisco Vila, Merardo H. Latorre, Alberto Martínez, Saturnino Canavery, Castro

Vergara, Izauro Herrera, Benjamín Barrozo (Teniente Coronel).

Capitanes, Ignacio Rodríguez, Julián Rodríguez, Nicolás Fernández, Lorenzo Machado.

Tenientes, Andrés E. Rodríguez, Dionisio Meza.

Sub-Tenientes, Avelino Martínez, Mauricio Solá.

Y las fuerzas que á continuación se expresan: un piquete del 2 de línea á las órdenes del Capitán Reguera y Subteniente Solá con 32 individuos de tropa. En seguida recibí las fuerzas siguientes: un piquete de bomberos de policía de la capital, con 30 hombres, otro de la Subprefectura Marítima con 32, otro de peones de la Aduana con 30, otro de vigilantes con 48, otro piquete de marineros de diversas reparticiones con 20 hombres, procediendo á armar á 70 individuos que se presentaron.

Con estas fuerzas organicé el servicio de cantones hasta la calle de Florida, y rondines hasta dos cuadras en todas direcciones de la plaza de Victoria. Servicio que fué retirado al recibir la orden de V. E. de marchar á cubrir con esta fuerza la calle de Piedad, desde Cerrito hasta Talcahuano.

Para esta operación le dí la organización siguiente:

Al Teniente Coronel Berón con 50 hombres, compuestos del piquete del 2 de línea y algunos vigilantes y bomberos. Al Mayor de marina Juan Aguirre 50, al Comandante Valdez 60, al Comandante Rodhe 60, reservando los restantes para darles colocación en los cantones en su oportunidad.

A los Tenientes Coroneles Manuel E. Icaza y Juan Francisco Vivot, los designé para que, cumpliendo mis disposiciones, ocurriesen á todos los puntos que fuesen necesarios, tomando esta precaución por ser una fuerza tan heterogénea la que tenía á mis órdenes.

Marché á la 1 a. m. á cumplir la orden recibida, por la calle de Piedad, y al llegar á la de Talcahuano apareció un fuerte cantón enemigo que nos hizo fuego, sostenien-

do un combate de poca duración, en que tuvimos 21 hombres fuera de combate, entre muertos y heridos; en esos momentos había destacado al Comandante Valdez con la fuerza á sus órdenes por la calle de Libertad para su acantonamiento.

No sabiendo la existencia de ese cantón ni de otro que habia á retaguardia, que también nos hizo fuego, el primer momento fué de sorpresa y una parte de los ciudadanos, marineros y vigilantes se dispersaron.

El resto de la fuerza y la que conseguimos contener de los dispersos fué llevada al cuartel del Retiro en dos grupos, el primero á mis órdenes con los Comandantes Berón, Vivot, Rawson y mis ayudantes Reguera y San Martín y Subtenientes Martínez y Solá; y el otro grupo á órdenes del Comandante Icaza, con el Mayor de marina Aguirre, los Capitanes Rodríguez y Mejías y el Teniente Meza, habiéndoseme agregado la Escuela Cabos y Sargentos y dos piezas de artillería.

Al amanecer del día siguiente (27 del corriente) la escuadra había cambiado señales con los insurrectos; avanzó hasta ponerse á 2.500 metros próximamente del cuartel que ocupábamos, lo que tuve el honor de participar á V. E.; por lo que recibí la orden de desocuparlo en caso de bombardeo.

A las 8 a. m. la escuadra dió principio al cañoneo, tomando por blanco al cuartel, con tan mala puntería, que los 14 primeros disparos de la artillería de grueso calibre no dieron en el blanco, siendo cortos todos los tiros.

Incorporado á V. E. en la plaza de Libertad, recibí la orden de ocupar nuevamente la Casa de Gobierno y plaza de la Victoria, donde recibiría más fuerza que llegaría de la provincia.

Le dí cumplimiento inmediatamente, habiendo llegado el 28 á la noche 4 batallones de G. N. de Córdoba y uno de Santa-Fé.

El Sr. Presidente de la República y el Sr. Teniente General Roca, que llegaron esa noche á la Casa de Gobierno, encontraron el servicio de campaña correctamente establecido, teniendo la seguridad de que sería rechazada cualquier fuerza que nos hubiese atacado.

Nuestros acantonamientos estaban fuertemente guarnecidos y la vigilancia por medio de patrullas y rondines era llevada hasta más de cinco cuadras de nuestra posición: en todos estos servicios he sido eficazmente secundado por los Tenientes Coroneles Berón, Icaza y mis ayudantes Reguera, San Martín y Mejías, que no han tenido un momento de descanso y cuya actividad é inteligencia han cooperado á la corrección de mis operaciones; debo también llamar la atención de V. E. sobre el comportamiento del piquete del Batallón 2 de línea á las órdenes del Subteniente Solá, que no se conmovió al recibir la primera descarga á boca de jarro, sin embargo de haber sido sorprendido.

El día 29 la escuadra aproximó dos de sus buques en dirección á los Pozos, y sin embargo de estar en armisticio, se conoció la mareada intención de bombardear.

No se hizo esperar mucho el primer disparo, y aun cuando tenía por objetivo principal este bombardeo la Casa de Gobierno, sus tiros no dieron en el blanco, habiendo solo conseguido los cascos de sus granadas herir á 5 individuos de tropa que se encontraban acuartelados en los depósitos de la Aduana.

Los disparos en su mayor parte fueron tan elevados, que pasando por encima de la Casa de Gobierno cayeron en la plaza de la Victoria y en el interior de la ciudad.

Hoy, acatando las órdenes de V. E., he entregado las fuerzas á mis órdenes al Coronel D. Enrique Godoy.

Por no ser muy extenso no entro en otros detalles, que por otra parte V. E. se los explicará perfectamente por haber estado en comunicación no interrumpida con ese cuartel general.

Debo recomendar muy especialmente á V. E. el cumplimiento de los Tenientes Coroneles Manuel E. Icaza, Saturnino Berón y Juan F. Vivot, y mis ayudantes Capitanes Pedro J. Reguera, Martín G. de San Martín y Germán Mejías, y á todos los jefes y oficiales á mis órdenes, que han cumplido con su deber.

Y entre los ciudadanos al Sr. Comisario Hernández de la sección 1ª, al Sr. D. Antero Carrasco y al Oficial de Policía Sr. Saráchaga, y el Capitán D. Teófilo O'Donnell del Regimiento 11 de Caballería y que, con su piquete, nos ha ayudado y prestado muy buenos servicios.

Dios guarde á V. E.

MIGUEL E. MOLINA

DEL COMANDANTE FRANCISCO SMITH

A S. E. el señor Jefe del ejército de operaciones contra los rebeldes, Teniente General don Nicolás Levalle.

Cumplo con el deber de dar cuenta á V. E. de las operaciones que efectuaron las fuerzas á mis órdenes y que V. E. se dignó confiarme á fin de conjurar la rebelión que tuvo lugar el 26 del ppdo.

En cumplimiento á la órden del señor Jefe, procedí á la formación de los batallones con los vigilantes, que en cumplimiento á lo dispuesto por el señor Jefe de Policía, Coronel don Alberto Capdevila, había concurrido á la plaza General San Martin, no pudiendo por la premura del tiempo formar más que uno, dándole el mando inmediato al Teniente Coronel don Modesto Torres, á quien V. E. me había mandado con ese objeto, como asimismo que pidiese en su nombre á los oficiales que había en el Estado Mayor general, para que agregados á los batallones les diera colocación, órden

que solo la cumplió el Capitán de caballería, don Gregorio Millan y Teniente N. Galindez.

Recibida la órden de marchar y no estando organizado más que el primer Batallón, marche con él, dando el mando del segundo al oficial principal de esta Comisaría, don José D. Ruiz, y como segundo al Inspector don Ventura Cornejo, llegando con estas fuerzas por la calle de Charcas á la altura de Artes y Suipacha, donde tuvo lugar el primer encuentro con el enemigo; tuve algunas bajas, siendo contusos el auxiliar de mi sección don Armando Rodriguez, Inspector don Ventura Cornejo; herido en un pié el Capitán don Gregorio Millan, y el que suscribe cayó del caballo al serle herido éste de un balazo; pero organizadas las fuerzas continuamos la marcha al mando del señor Jefe de Policía Coronel Capdevila, que en ese momento se me presentó por la calle de Artes, ordenando este jefe la formación de los cantones de Cerrito y Paraguay, Artes y Córdoba, Artes y Viamont, y muchos otros que más tarde se les dió otra colocación en vista de la faz que tomaba la lucha; tomadas estas medidas marchamos á la plaza Libertad con el objeto de dar cuenta á V. E. el señor Coronel Capdevila, lo que al efectuarlo tuvo la desgracia de ser herido en una pierna.

En vista de esto, tomé posesión de los cantones de Paraguay y Cerrito, dando el mando de uno de ellos al Comisario de la seción 6ª don Petronilo Galeano é Inspector de la Sección 17ª don Celedonio I. Sosa, y el otro el que suscribe con el Teniente Galindez, teniendo el primer día en esos cantones que lamentar la pérdida del sagento 2º N. Martinez, de la sección 28, y herido el sargento 1º Jesús Sosa y dos vigilantes.

En el segundo día, se me presentó el Teniente Coronel don Saturnino Lara, á quien le dí la dirección del canton que mandaba el Comisario señor Galeano.

En esta posición permanecí hasta el día 28, que por la

mañana recibí órden del señor Jefe nombrado interinamente por el Superior Gobierno, de incorporarme con las fuerzas á mis órdenes al Departamento de Policía, ordenándome V. E. que solo marchara con las fuerzas de los cantones que estaban en Libertad y Paraguay, que ascendían á 115 hombres, como asimismo los Comisarios Soldani, Carozzi, Galeano, Argüelles, Comisario auxiliar don Julio Gonzalez, Inspector de mi sección Celedonio S. Sosa, Ramon Paz Gudiño y Teniente Galindez, llegando con toda felicidad al Departamento, donde me puse á órdenes del señor Jefe interino, Coronel don José I. Arias, quien me encargó de tomar las medidas necesarias para rechazar cualquier ataque.

El día siguiente 29, á las 3 a. m., me ordenó que esa madrugada á las 5 marchara con unas fuerzas á tomar posesión de unos cantones que el día anterior nos habían hecho mucho fuego, lo que efectué perdiendo un cabo, dejando un vigilante herido en una casa de Lima y Alsina, recibiendo orden después de pasar al teatro Onrubia, donde permanecimos todo el día sosteniendo un fuego nutrido del Club Centro Gallego, muchas otras casas y mercado Modelo. En esta jornada me acompañaron el Comisario Galeano y principal don Tomás Pina y don Cárlos A. Pina.

Reducidos los revoltosos, recibí órden de incorporarme al Departamento, donde el señor Jefe interino Coronel Arias dispuso nos retirásemos á nuestras respectivas comisarias á restablecer el servicio.

Es cuanto tengo que dar cuenta á V. E., permitiéndome recomendar la conducta del Teniente del Estado Mayor, don N. Galindez.

Dios guarde á V. E.

FRANCISCO SMITH.

———

DEL JEFE DEL BATALLON 2° DE INFANTERIA

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

Al Sr. Jefe de la primera división, General D. Zacarías Supisiche.

En cumplimiento á la orden verbal recibida, tengo el honor de dar parte á V. S. A las 6 a. m. del día 26, recibí orden del Sr. Ministro de la Guerra, General Levalle, de marchar al trote á casa de S. E. el Sr. Presidente de la República, con motivo de haber estallado una revolución. En el acto dí cumplimiento á lo ordenado, y en el trayecto se me ordenó dirigirme al cuartel del Retiro, donde me presenté al Sr. Ministro.

De allí se me ordenó por dicho señor tomar las avenidas de la plaza; pero después de media hora, cuando llegaron otros cuerpos, se formó la columna que con el señor General Levalle á la cabeza, llegó á la plaza Libertad. Marchaba el Batallón de mi mando á la cabeza de dicha columna, y al llegar, desplegó, por haber sido atacado por un fuego de fusilería que nos hizo cuatro heridos.

Inmediatamente recibí orden de ocupar la esquina de Libertad y Paraguay, y de allí desprender dos compañías, de las que se dió el mando al Capitán Cambas, á la esquina de Talcahuano y Paraguay, quien debía permanecer allí en observación. A las 4 p. m. fueron esas compañías atacadas por las dos calles citadas, y hubo que mandar las dos restantes, el que suscribe al mando. Los revolucionarios, bien acantonados en los parajes que dominaban nuestra posición, nos hicieron un nutrido fuego, que fué sostenido con la disciplina que acostumbran nuestras tropas, durante tres horas consecutivas (7 de la tarde), más ó menos, hora en que suspendió el fuego el enemigo.

En este combate tuvo el Batallón 5 muertos y 23 heri-

dos de tropa, y el Capitán Carlos Wappers contuso. Durante la noche se mantuvo la fuerza sobre las armas sin novedad.

Día 27.—A las 6 1₍2 a. m. rompió el fuego el enemigo sobre nosotros por Talcahuano y Paraguay, cuyas dos calles teníamos que defender. El Capitán Carlos Carpi, con 80 soldados del Batallón 6 de línea, se me incorporó, pues el enemigo aumentaba considerablemente el número de combatientes, y solo quedaban del 2 91 hombres para contener el avance del enemigo por las dos calles. Distribuidas entonces las fuerzas se batieron bien durante tres horas; las del 6, en la calle Talcahuano, y las del 2, en la calle Paraguay. El Batallón 2 tuvo 3 muertos y 14 heridos, y el 6, 4 muertos y 10 heridos. Declarada la tregua, se pasó el resto del día y de la noche sin novedad.

Día 28.—A las 11 a. m. empezó el tiroteo en los cantones enemigos, haciéndose cada vez más fuerte, hasta que habiéndonos herido un par de soldados, les fué contestado. Con anticipación fueron colocadas dos piezas de artillería del 2º Regimiento, á las órdenes del Capitán D. Rafael Aguirre, que fué herido en las dos piernas ocupando su puesto en el combate dignamente, quedando al mando de ellas el Teniente 1º D. Eduardo Villarruel. En este día tuvo la artillería 2 muertos; el Capitán Aguirre y 13 heridos de tropa y 4 contusos, y el Batallón 6, tres muertos.

El fuego cesó después de un cuarto de hora de empezar y se sucedía con intervalos, motivados por tiros sueltos que nos dirigía el adversario, pero que no contestamos, cumpliendo órdenes de V. E.

Solo me resta recomendar á la consideración de la superioridad la brava conducta observada en los cuatro días de combate que ha sostenido el Batallón 2 que tengo el honor de mandar, y las fuerzas del 6 de infantería, Regimiento 2º de Artillería y un piquete del Batallón gendarmes del Rosario, que compartieron, rivalizando, el éxito obtenido.

po de mi mando durante el combate que tuvo lugar el dia 26 del corriente en la plaza Libertad y sus inmediaciones.

El dia indicado, en las primeras horas de la mañana, se recibió aviso en el Cuartel de tener una vigilancia severa, porque se tenia conocimiento de haber salido de sus cuarteles algunos batallones de la guarnición; más tarde se recibió órden de S. E. el señor Ministro de la Guerra de ponerme á órdenes del señor Coronel Nicolás H. Palacios para marchar al Retiro, órden que fué cumplida inmediatamente con la siguiente fuerza: 2 jefes, 8 oficiales y 162 individuos de tropa, llegando hasta el Retiro sin novedad, incorporándose en este punto el Teniente don Domingo Reyes con 20 hombres que se encontraba de reten en el Estado Mayor general y el Sargento Andrés López que se encontraba de reten en la Casa de Moneda con 7 de tropa, habiéndose agregado de O. S. un piquete de 15 hombres del Batallón 10 de línea, haciendo un total de la fuerza que salió del Retiro, de 2 jefes, 9 oficiales y 205 de tropa, de donde se marchó inmediatamente á la plaza del Parque por la calle Santa Fé y doblando al sud en la calle de Cerrito. El Batallón venia en columna en masa por mitades, y al llegar la cabeza de éste á más de la mitad de la cuadra ya nombrada entre Santa Fé y Charcas, recibió el Batallón un fuertísimo fuego de fusilería de frente y otro fuego que se hacia de las ventanas de las casas de dicha cuadra que dan frente al este, recibiendo éste por el flanco derecho. El que suscribe mandó *flanco derecho hileras á la izquierda* para ponerse á cubierto de los fuegos que se hacian en los altos, pero las Compañías de la cola no alcazaron á oir la voz de mando y rompieron el fuego sobre los altos, pasando inmediatamente á la plaza Libertad, donde se desplegó el Batallón dando frente al sud, dejando en el trayecto de una cuadra como 20 hombres entre muertos y heridos, donde el Batallón siguió recibiendo el fuego del enemigo. En este mo-

mento recibí órden del señor Ministro de la Guerra de tomar posesión de las casas de la calle de Paraguay comprendidas entre las calles de Libertad y Cerrito, órden que fué cumplida, derribando la puerta de la casa del señor Sorondo, pasando por las azoteas hasta tomar la casa de altos que hay en la misma acera, teniendo que echar abajo las puertas de los balcones para poder penetrar á ella, operación que se ejecutó en un momento, quedando el Batallón acantonado en cuatro de las cinco casas ya indicadas. Momentos después recibí orden superior de abandonar el puesto que tenía; tanto la órden de tomar las casas ya indicadas como para desalojarlas, me fueron trasmitidas por el señor Coronel don Daniel Cerri.

El batallón continuó recibiendo el fuego del enemigo á pié firme, hasta que recibió orden de tomar posesión de la esquina de Paraguay y Cerrito, desplegando dos guerrillas, una á órdenes del Teniente 2º D. Domingo Reyes, que contestaba á los fuegos del enemigo que estaba acantonado al sud, la otra, con frente al este, al mando del Teniente 1º D. Julián Castellanos, tomando después posesión de la casa situada en la esquina de las calles ya mencionadas. En este momento recibí orden del Sr. Ministro de la Guerra de poner una compañía del Batallón á órdenes del Sr. Coronel D. José J. Garmendia, á objeto de perforar las casas y poner en comunicación la calle de Paraguay y Córdoba, por el centro de la manzana, habiendo destacado la compañía de cazadores á órdenes del Capitán D. Manuel Porcel de Peralta; en este momento fué puesto el Batallón á órdenes del señor General de División D. Juan Ayala, continuando el fuego tanto de la guerrilla como del piquete que estaba en el cantón de la esquina de Paraguay y Cerrito; el resto del Batallón permanecía formado en batalla en la calle de Paraguay, donde el fuego del enemigo nos hizo algunas bajas, continuando el fuego hasta entrarse el sol, recibiendo después órden que con todas las fuerzas de

mi batallón me pusiese á órdenes del Sr. Coronel Garmendia á fin de ocupar las mazanas comprendidas de la calle de Paraguay à Temple y de Libertad á Cerrito.

Correspondiendo pasar el parte de los distintos destacamentos al señor Coronel Garmendia, porque, como digo antes, desde ese momento quedé á sus órdenes, en cuanto á la relación de los muertos y heridos me es imposible dar con exactitud el número de éstos, por cuanto no podría especificar cuáles son los muertos ó heridos. Sin embargo, por separado, acompaño á V. S. una relación, dudando, como digo antes, que sea exacta, la que más tarte podré pasarle con exactitud, una vez que se recorran los hospitales y se tomen los nombres de los que se encuentran heridos en los distintos hospitales á que han sido llevados por la Cruz Roja.

No debo de terminar este parte sin recomendar á la consideración de la superioridad la comportación digna observada por mi segundo jefe, oficiales y tropa en las distintas peripecias de estos combates.

Dios guarde á V. S.

JORGE REYES.

DEL JEFE DEL BATALLÓN 6 DE INFANTERÍA

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

Al Sr. Jefe de las fuerzas de la guarnición de la capital, General de Brigada D. Zacarías Supisiche.

En cumplimiento á la orden recibida, comunico á V. S. que la conducta observada por el 1er Batallón del Regimiento de mi mando en los combates habidos en los días 26, 27 y 28 del corriente, ha sido digna de encomio, distinguiéndose especialmente el 2º jefe del Regimiento y jefe de dicho Batallón Teniente Coronel D. Tomás Par-

kinson, el 2° jefe del Batallón Mayor D. Eduardo H. Ruiz y oficialidad del mismo, excepción hecha del Capitán don Benjamín Calvete y del Teniente 2° D. Adolfo Medina, que no han concurrido á cumplir con su deber y se ignora hasta la fecha dónde se encuentran.

Me permito hacer una excepción y recomendar á la consideración de V. S. al Sargento 1° distinguido don Gil Juarez, que combatió heróicamente, á pesar de haber recibido tres heridas.

Dios guarde á V. S.

NICOLÁS H. PALACIOS.

Batallón 6° de Infantería de línea

Relación de los muertos y heridos que ha tenido el expresado durante los días 26, 27 y 28 del corriente.

Día 26.—Muertos, tropa 3; heridos, oficiales 3, tropa 17.

Día 27.—Muertos, tropa 5; heridos, tropa, 38.

Día 28.—Heridos, tropa 4.

Total.—Muertos, tropa 8; heridos, oficiales 3, tropa 59.

Campamento plaza Libertad, Julio 29 de 1890.—*Eduardo H. Ruiz.*—V° B°.—*Parkinson.*

DEL JEFE DEL BATALLÓN 8 DE INFANTERÍA

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.

Al Sr. Comandante en jefe de las fuerzas.

Tengo el honor de dirigirme á V. S. comunicándole que á las 8 y 1|2 a. m. del día 26 del corriente, recibió el que suscribe una nota del jefe de las fuerzas sublevadas, intimándole se presentara á él con el Batallón á su mando en el término de dos horas, las que transcurridas sería tratado como enemigo; inmediatamente dí cuenta de ello al Coronel, jefe del regimiento, D. Manuel F. Oro, esperando órdenes. A las 11 a. m. llegó el Coronel Ana-

esta noche con las torpederas y bata á la escuadra sublevada contra los poderes legales de la Nación. El señor Ministro tiene plena confianza en su lealtad, y sabe que usted y su escuadrilla cumplirán con su deber.

De orden del Sr. Ministro.

MIGUEL MALARIN,
Secretario privado.

Esta orden la lleva el Mayor Beccar.

MALARIN.





